

HQN™

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

KRISTAN HIGGINS



*Todo lo que
siempre quiso*

KRISTAN HIGGINS

*Todo lo que
siempre quiso*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Kirstan Higgins
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Todo lo que siempre quiso, n.º 189 - 12.6.19
Título original: All I Ever Wanted
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-810-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Este libro está dedicado, con amor y gratitud, a Carol Robinson, que ha sido mi gran amiga desde que éramos niñas. Te quiero, Nana.

Agradecimientos

Como siempre, gracias a Maria Carvainis, mi estupenda agente, además de a Keyren Gerlach, mi maravillosa editora, y a todo el mundo de Harlequin HQN por su increíble apoyo y entusiasmo.

Muchas gracias a mi veterinario, Sudesh Kumar, doctor en Medicina veterinaria, por responderme a más de cien preguntas, y a Nick Schade, propietario de Guillemot Kayaks y constructor de unas embarcaciones dignas de los dioses. Visítad su página web www.guillemot-kayaks.com y veréis ejemplos de su conocimiento del oficio. Por permitirme utilizar sus nombres, gracias a Annie, a Jack y a Seamus Doyle, a Jody Bingham y a Shaunee Cole, y a mis maravillosas amigas Hayley y Tess McIntyre. Adiaris Flores me ayudó con unas cuantas frases en español... ¡Gracias, cariño! Gracias también a Lane Garrison Gerard por inspirar el dudoso gusto musical de Josephine.

Tengo la suerte de contar con el apoyo y la amistad de muchos colegas escritores y, aunque no puedo nombrarlos a todos, aquí van unos cuantos: Cindy Gerard, Susan Mallery, Deeanne Gist, Cathy Maxwell, Susan Andersen, Allison Kent, Sherry Thomas y Monica McInerney. Gracias. De verdad.

Y, por último, todo mi amor para mi marido y mis hijos. Vosotros tres lo sois todo para mí.

Capítulo 1

A medida que el hombre de quien estaba enamorada iba acercándose a mi despacho, me vino a la mente la imagen de un ciervo paralizado delante de las luces de un camión. Yo era el ciervo, metafóricamente hablando, y Mark Rousseau era el camión de la fatalidad.

Como todos sabemos, el ciervo siempre se queda helado cuando lo ciegan los focos. El ciervo y yo, Callie Grey, una mujer de treinta años a las nueve y treinta cuatro minutos de esta misma mañana, somos perfectamente conscientes de que el camión nos va a atropellar. Sin embargo, nos quedamos ahí, esperando a que suceda lo inevitable, sea un camión, en el caso del ciervo, o un hombre que camina atléticamente hacia mí, con una sonrisa perpetua, el pelo castaño y rizado y unos maravillosos ojos oscuros. Yo esperé, con los ojos muy abiertos, como un ciervo. Era una lástima, porque, cuando no estaba bajo la influencia de Mark, yo no era como un ciervo asustado. Ni por asomo. Era mucho más parecida a un erizo adorable y alegre.

–Hola –dijo Mark, con una sonrisa.

¡Bum! Impacto. El sol entraba a raudales por las ventanas del edificio antiguo de ladrillo en el que trabajábamos él y yo, y lo iluminaba de tal forma que parecía alguien retratado por Miguel Ángel. Y, para rematar su atractivo, llevaba un viejo chaleco de punto que le había hecho su madre hacía años. Ya estaba deformado y descolorido, pero no era capaz de separarse de él.

Un buen hijo y un dios del sexo. Era como si hubiese dos Callies... la inteligente y sensata, a quien yo veía como una especie de Michelle Obama, y la boba enamorada de Betty Boop. Michelle debería darle una buena colleja a Betty Boop y, acto seguido, zarandearla. Sin embargo, eso no sucedió. Betty siguió allí sentada, embelesada, mientras la primera dama daba resoplidos de disgusto.

–Hola –dije, mientras me ruborizaba.

Después de cuatro años durante los cuales nos habíamos visto a diario, yo debería haber desarrollado cierta inmunidad, pero no. Tenía el pecho lleno de amor y de deseo, se me secaba la garganta y notaba un cosquilleo en los pies y en los dedos. Aunque, en aquel momento, estuviera intentando con todas mis fuerzas ser una compañera de trabajo inteligente, seguramente mi expresión era de adoración patética.

Mark se sentó en mi escritorio.

–Feliz cumpleaños –me dijo, como si fuera la frase más íntima y sugerente del mundo.

Cara: rojo explosión nuclear. Corazón: Aceleración máxima. Callie: a un centímetro del orgasmo.

–Gracias.

–Por supuesto, te he traído un regalo –murmuró él, con aquella voz... Dios, qué voz. Baja, suave, aterciopelada...

Sí, Mark y yo habíamos estado juntos cinco semanas. Cinco maravillosas semanas. Casi cinco y media, analizándolo bien. Cosa que yo había hecho.

Sacó un paquetito pequeño y rectangular del bolsillo trasero de su pantalón. A mí se me aceleró aún más el corazón, mientras la cabeza se me llenaba de pensamientos contradictorios.

«¿Una joya?», gritó Betty con entusiasmo. «Eso significa algo. Es romántico. ¡Muy romántico! Oh, Dios mío...».

Por otro lado, Michele me aconsejaba que fuera cautelosa.

«Tranquila, Callie. Vamos a ver cómo sigue esto».

–¡Oh, Mark! ¡Gracias! No tenías por qué –dije, con la voz susurrante.

Al otro lado de la pared de cristal que separaba nuestros despachos, Fleur Eames cerró sonoramente un cajón. La pared solo tenía tres metros de altura, y el techo estaba a cuatro, así que se oía todo. Supuse que mi compañera estaba intentando sacarme de mi aturdimiento. Fleur, la redactora publicitaria de la agencia, sabía que yo estaba enamorada. Todo el mundo lo sabía.

Carraspeé y tomé el paquetito de la mano de Mark. Él lo sujetó unos segundos, con una sonrisa, antes de soltarlo. Estaba envuelto en un papel amarillo muy alegre. El amarillo es mi color favorito. ¿Se lo había contado a él? ¿Había archivado Mark aquel pequeño dato, tal y como había archivado yo todo lo que me había dicho él? Bueno, aquello no podía ser una coincidencia, ¿no? ¿Acaso quería que volviéramos a estar juntos?

Yo llevaba cuatro años trabajando en la agencia de Mark. Éramos la única agencia de publicidad y relaciones públicas de la zona noreste de Vermont, Northeast Kingdom. La agencia tenía pocos empleados: Mark y yo, Fleur, la encargada de la oficina, Karen, y los dos informáticos pálidos del departamento de arte, Pete y Leila. Ah, y Damien, el secretario y esclavo servil de Mark, además de recepcionista.

A mí me encantaba mi trabajo. Además, era realmente buena, tal y como demostraba el enorme póster que había en la pared de mi despacho, con el que había estado a punto de ganar un Clio, el Oscar de la publicidad. La ceremonia de entrega de los premios Clio se había celebrado en Santa Fe hacía once meses, y había sido en aquella ciudad romántica y bella donde Mark y yo habíamos empezado nuestro idilio. Sin embargo, aquel no era el mejor momento para mantener una relación seria. Por lo menos, eso era lo que, al final, me había dicho Mark. ¿Qué mujer de veintinueve años iba a decirle eso al hombre del que estaba enamorada? Ninguna. No, era Mark el que encontraba el momento poco conveniente.

Pero, ahora... me hacía un regalo. ¿Querría decir que, por fin, había llegado el momento perfecto? Tal vez aquel mismo día en el que yo entraba en la treintena fuese el comienzo de una nueva era.

–Ábrelo, Callie –me dijo él, y yo obedecí, con la esperanza de que no se diera cuenta de que me temblaban los dedos.

Dentro del envoltorio había una cajita de terciopelo negro. Me mordí el labio y miré a Mark, que se encogió de hombros y volvió a sonreír de aquel modo que me paraba el corazón.

–No todos los días cumple treinta años mi chica preferida –dijo.

–Oh, puaj –dijo Damien, que acababa de aparecer en la puerta. Mark lo miró un instante y, después, volvió a mirarme a mí.

–Hola, Damien –dije yo.

–Hola –respondió él, con desprecio. Damien había roto una vez más con su novio y, en aquel momento, odiaba el amor en todas sus formas–. Jefe, Muriel por la línea dos.

En el rostro de Mark se reflejó algo pasajero. Tal vez, irritación... Muriel era la hija de nuestro nuevo cliente, Charles deVeers, el dueño y fundador de Bags to Riches, una empresa que hacía ropa deportiva y de montaña utilizando bolsas de plástico recicladas y fibras naturales. Era la mayor cuenta que habíamos tenido hasta el momento, y muy importante para Green Mountain,

que tenía casi todos sus clientes en Nueva Inglaterra. Yo solo había visto una vez a Muriel, pero Mark había estado yendo y viniendo a San Diego, donde estaba la oficina central de Bags to Riches. Como parte del trato, Charles había pedido que Muriel pudiera venir a Vermont a trabajar en un puesto ejecutivo de la agencia, para que él pudiera tener a alguien de confianza supervisando el proyecto. Y, como Charles nos estaba pagando muchísimo dinero, Mark le había dicho que sí.

Mark no respondió a Damien, que estaba disfrutando inmensamente del hecho de poder decirle lo que tenía que hacer.

—¿Jefe? —dijo, con algo más de ímpetu—. ¿Muriel? ¿Te acuerdas de ella? Está esperando.

—Pues que espere un poco más —respondió Mark, y me guiñó un ojo—. Esto es importante. Abre la caja, Callie.

Damien exhaló un suspiro y se fue por el pasillo.

Con las mejillas ardiendo, abrí el estuche de terciopelo. Era un brazalete de plata, con delicados hilos que se enredaban como ramas de hiedra.

—Oh, Mark, me encanta... —susurré, y pasé el dedo por la pulsera. Me mordí el labio al tiempo que se me empañaban los ojos de felicidad—. Gracias.

Él tenía una expresión de ternura.

—De nada. Significas mucho para mí. Ya lo sabes, Callie —dijo él.

Entonces, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Inmediatamente, todos los detalles se me grabaron en la mente: sus labios suaves y cálidos, el olor de su colonia Hugo Boss y el calor de su piel.

La esperanza, que llevaba los últimos diez meses hecha cenizas, resurgió.

—¿Crees que podrás ir después a mi fiesta de cumpleaños? —le pregunté, intentando parecer una persona animada y divertida, no lujuriosa.

Mis padres habían organizado una pequeña reunión en Elements, el mejor restaurante de la zona, y yo había invitado a todos mis compañeros de trabajo. No había motivos para fingir: como cumplía treinta años, esperaba algún regalo.

Mark se irguió, apartó una pila de papeles de un pequeño sofá que había en mi despacho y se sentó.

—Um... Mira, tengo que decirte una cosa. Conoces a Muriel, ¿no?

—La vi solo una vez. Parece muy... —dije. Cuando yo la había conocido, llevaba un traje negro muy elegante y unos zapatos estupendos. Era un poco... intensa—. Muy centrada en su trabajo.

–Sí, así es. Callie –dijo Mark, y vaciló–. Muriel y yo estamos saliendo juntos.

Tardé unos segundos en comprenderlo. Y, de nuevo, me convertí en el ciervo cegado por las luces del camión que se acercaba a mí a toda velocidad. Se me paró el corazón de golpe. No podía respirar. Michelle Obama se acercó, cabeceando con tristeza, cruzada de brazos. Yo me di cuenta de que me había quedado con la boca abierta, y la cerré.

–Ah –dije.

Mark miró hacia el suelo.

–Espero que esto no nos cause... incomodidad. Por lo de que tú y yo también salimos juntos, ya sabes.

Me envolvió un sonido estruendoso, como si estuviera en un río que bajaba crecido con el deshielo de primavera, y muy turbulento.

¿Mark estaba saliendo con alguien? ¿Cómo era posible? Y, si el momento era bueno para Muriel, ¿por qué no lo era para mí? Oh, mierda.

–¿Callie? –dijo él, y bajó la voz–. Hacerte daño es lo que menos quisiera en este mundo.

«Di algo», me ordenó la primera dama.

–¡No, no! –respondí, alegremente–. Es solo que... Nada, no te preocupes, Mark. No te preocupes –insistí. Tenía la sensación de que estaba sonriendo. Sonriendo y asintiendo. Sí, sí. Asentía–. Y ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

–Un par de meses –respondió Mark–. Vamos... vamos bastante en serio –dijo.

Sacó el brazalete del estuche y me lo puso en la muñeca, y me rozó la piel con los dedos. Yo tuve ganas de apartar la mano.

Conocía a Mark desde hacía muchos años, y él nunca había salido dos meses con la misma mujer. Un par de semanas, sí. Yo creía que mis cinco semanas eran un récord, sinceramente.

Ah. Mi cuerpo estaba reaccionando al hecho de que acababa de ser arrollado por un camión. Tenía una opresión en la garganta, me vibraban las articulaciones debido al impulso de escapar del peligro y sentía un agudo dolor en el pecho.

–Bueno, pues... ¿sabes una cosa? ¡Tengo que ir a renovar el carné de conducir! ¡Casi se me olvida! Ya sabes. Cumpleaños, renovación del carné... –«respira, Callie»–. ¿Te importaría que saliera un poco antes hoy a comer? –pregunté. En aquel momento, me falló la voz y tuve que carraspear, evitando

cuidadosamente la mirada de los ojos oscuros de Mark, que estaban llenos de tristeza.

–Claro, Callie. Tómate todo el tiempo que necesites.

Aquella amabilidad suya me provocó, de repente, instintos asesinos.

–No tardo –dije, muy pizpireta–. ¡Gracias por el brazalete! ¡Hasta luego!

Y, con eso, tomé el bolso y me puse de pie. Salí rodeando a Mark para no rozarme con él, que seguía sentado en el sofá, mirando hacia delante.

–Callie, lo siento –dijo.

–¡No, no tienes por qué disculparte! –exclamé, canturreando–. Bueno, me voy corriendo. Hoy cierran pronto. ¡Hasta luego!

Treinta minutos después, estaba en la cola de Tráfico, y el efecto de haber sido atropellada por el hombre a quien quería, y ahora odiaba, y aún quería, estaba pasándome factura. Michelle Obama me había abandonado después de darse cuenta, con consternación, de que no había forma de ayudarme, y Betty Boop tenía los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas. Para no dejarme dominar por la desesperación, me puse a mirar a mi alrededor. El suelo era de baldosas grises y estaba sucio. Las paredes eran blancas y estaban desconchadas. Yo era la quinta en una cola de unas diez personas, y todos estábamos cansados, sin vida, sin amor... o esa era la impresión que daba.

La escena parecía sacada de una obra existencialista francesa... El infierno no son los demás. El infierno es la Jefatura de Tráfico. Los funcionarios eran como robots. Se movían arrastrando los pies por detrás del mostrador; estaba claro que odiaban la suerte que les había tocado en la vida y que estaban sopesando hacerse el hara-kiri o perpetrar un desfalco para poder huir de aquel lugar deprimente. El reloj de la pared se burlaba de mí: «El tiempo vuela, nena. Se te pasa la vida sin que te des cuenta. Feliz cumpleaños».

Se me aceleró la respiración y comenzaron a temblarme las rodillas. De nuevo, se me llenaron los ojos de lágrimas, y noté el estúpido regalo de cumpleaños que llevaba en la muñeca. Debería quitármelo, fundirlo y fabricar una bala para matar a Mark. No, a mí misma. O tragarme el brazalete entero. Así, se me enredaría en los intestinos, tendrían que operarme y Mark tendría que ir al hospital y se daría cuenta de lo mucho que me quería, después de todo. Aunque yo ya no querría estar con él. «Sí, claro, Callie», dijo Michelle Obama, que reapareció en aquel momento. «Estarías dispuesta a comerte un

niño con tal de estar con él».

Bueno, tal vez no me comiese a un niño. Sin embargo, la idea de que Mark llevara dos meses saliendo con alguien en serio... ¡Ah, mierda! Él pánico se apoderó inesperadamente de mí. Aquella estúpida Muriel, con su pelo negro y su piel blanca, como una vampiresa, con sus zapatos fabulosos... ¿Cuándo habrían empezado a salir? ¿Cuándo, demonios?

Oh, mierda. ¿Debería marcharme de allí? Necesitaba renovar el carné de conducir. Aquel era el último día de plazo para poder hacerlo sin que me pusieran una multa. Había elegido un traje precioso para la foto; una blusa blanca y roja, una minifalda roja, unos aros dorados grandes... Y aquel día tenía el pelo perfecto, brillante y ondulado... Además, ¿qué iba a hacer? ¿Quedarme sentada en el coche, llorando? ¿Darle patadas a un árbol? No, yo no era de esas. Lo único que me apetecía era sentarme en mi mecedora y comer masa cruda de bizcocho.

Se me formó un sollozo en la garganta. Mierda.

–Siguiendo –dijo uno de los funcionarios de tráfico, y todos avanzamos diez centímetros. El hombre que estaba detrás de mí exhaló un audible suspiro.

Entonces, saqué el teléfono móvil del bolso y marqué el teléfono de Annie Doyle, pero me respondió el buzón de voz. Aquello me pareció un insulto personal. ¿Cómo era posible que mi mejor amiga no estuviera disponible en aquel momento? ¿Acaso ya no me quería?

Como mi estado de ánimo iba de mal en peor, pensé en llamar a mi madre... Dios, no. Aquello confirmaría que el cromosoma Y debía desaparecer de la faz de la tierra. ¿Mi hermana? No iba a ser mucho mejor, pero, al menos, era alguien. Por suerte, Hester sí me contestó, aunque yo sabía que estaba en el trabajo.

–¿Hester? ¿Tienes un minuto?

–¡Eh, cumpleaños! ¿Qué tal? –me preguntó mi hermana, con su potente voz, y yo tuve que apartarme el teléfono de la oreja.

–Hester –dije, medio llorando–. ¡Está saliendo con otra! Me ha regalado un brazalete precioso, me ha besado en la mejilla y, después, me ha dicho que estaba saliendo con otra, y que llevaban dos meses, y que van en serio, ¡pero yo lo sigo queriendo!

–Por Dios, señorita, contrólese –murmuró el hombre que iba detrás de mí, y sin pensar, yo me di la vuelta y lo fulminé con la mirada. Él enarcó una ceja con desdén, pero, en realidad, había empezado a mirarme mucha gente...

Milagrosamente, nadie sabía que yo estaba allí en aquel momento... La oficina de Tráfico estaba en Kettering, el pueblo de al lado de Georgebury, así que, al menos, tenía eso a mi favor.

—¿Es de Mark de quien estamos hablando? —preguntó Hester, como si hubiéramos hablado de otro hombre durante aquel año. O dos años. O cuatro.

—¡Sí! ¡Mark está saliendo con Muriel, de California! ¡Muriel, la hija de nuestro cliente más importante! ¿No te parece maravilloso?

El hombre que iba detrás de mí carraspeó sonoramente.

—Bueno, a mí, Mark siempre me parecido un arrogante y un imbécil —dijo Hester.

—¡No me estás ayudando! —le reproché yo. ¿Por qué no había respondido Annie al teléfono? Ella era mucho mejor en aquel tipo de situaciones. Era normal, no como Hester.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que es un príncipe azul? ¿Y dónde estás tú ahora?

—En Tráfico, en Kettering.

—¿Y qué haces ahí?

—Renovarme el carné de conducir, que estaba a punto de expirar. Y tenía que salir de la oficina... No sabía qué hacer —respondí, a punto de ponerme a sollozar—. Hester... yo siempre pensé que... Él dijo que no era el mejor momento. Nunca había ido en serio con nadie. Y llevan juntos dos meses...

El sentimiento de traición, la impresión que me habían causado aquellas palabras, me provocaron un dolor físico en el pecho, y tuve que ponerme la mano sobre el corazón mientras se me caían las lágrimas por las mejillas.

La mujer que iba delante de mí se dio la vuelta. Tenía la piel curtida y morena, y los hombros anchos. Debía de ser granjera.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó, con un fuerte acento de Vermont.

—Sí, estoy bien —respondí, con la voz temblorosa, intentando sonreír.

—Te he oído sin querer, nena —me dijo ella—. Los hombres pueden ser muy idiotas. Un día, mi marido, Norman, se sentó a la mesa a la hora de cenar y me dijo que quería divorciarse de mí porque llevaba una temporadita acostándose con la secretaria de la mantequería. Y eso, cuando llevábamos cuarenta y dos años casados.

—Oh, Dios mío... Lo siento muchísimo —le dije, y le agarré suavemente la mano. Tenía razón: los hombres eran idiotas. Mark era un idiota. Yo no debería sentir tanto dolor por él. Pero lo malo era que quería a aquella rata. ¡Oh, demonios!

–¿Hola? ¿Hola? Sigo aquí, Callie –me recordó mi hermana, sin miramientos–. ¿Qué quieres que te diga?

–No sé, Hes... ¿Qué crees que debería hacer?

–¿Salirse de aquí? –me sugirió el hombre que iba detrás.

–No tengo ni idea, Callie –dijo mi hermana, con un suspiro–. La relación más larga que yo he tenido en la vida duró treinta y seis horas. Lo cual, en realidad, ha sido perfecto para mí –añadió, pensativamente.

–Hes, yo... voy a tener que verlos juntos todos los días –dije. Aquello me encogía el corazón.

–Sí, seguramente, eso no va a ser fácil –convino mi hermana.

–Oh, pobrecita –dijo la mujer de delante, mientras me estrechaba suavemente la mano.

El trabajo ya nunca sería igual. Green Mountain Media, aquella agencia que yo había contribuido a levantar, sería la nueva casa de Muriel. Muriel. ¡Qué nombre tan mezquino! ¡Era el nombre de una chica rica! ¡Un nombre frío y despiadado! ¡No como Callie, que era tan amistoso y tan mono!

Se me escapó un sollozo, y el intolerante de detrás soltó un gruñido. Eso fue la gota que colmó el vaso. Me di la vuelta y le dije:

–Oiga, señor, siento molestarle, pero hoy tengo un día realmente malo, ¿sabe? ¿No le gusta? Pues a mí se me está rompiendo el corazón.

–Eso está claro –replicó él, con frialdad–. Por favor, no se prive. Continúe con su diarrea emocional.

Ooh... ¡Qué desgraciado! Era un tipo estirado e iba vestido de traje, y eso que estábamos en Vermont, por favor. Llevaba el pelo cortado al estilo militar, tenía los ojos azules y fríos y unos pómulos marcados, esclavos, llenos de desdén. Me giré de nuevo hacia delante. Estaba claro que aquel tipo no sabía lo que era el amor. El amor despechado. El amor rechazado. Mi tierno y leal corazón estaba hecho trizas.

Aunque, bueno, después de haber dicho todo eso, tal vez él tuviera un poco de razón.

–Voy a colgar –le dije a mi hermana, en un susurro–. Te llamo después, Hes.

–De acuerdo. Es una pena que hoy sea tu cumpleaños. Pero, escucha, si lo que te preocupa es lo de tener hijos, no tienes por qué disgustarte. Te puedo dejar embarazada en un minuto. Sé cuáles son los mejores donantes de esperma.

–No quiero que me dejes embarazada tú –solté, con un balbuceo.

–Por el amor de Dios –murmuró el señor de los pómulos esclavos. La mujer mayor que iba delante de mí se giró con cara de curiosidad.

–Mi hermana es médica especializada en fertilidad –le expliqué. Cerré el teléfono y me enjuagué los ojos con el dorso de la mano–. Tiene una gran reputación.

–Ah, eso está muy bien –me dijo la señora–. Mi hija se quedó embarazada por in vitro. Ahora tiene unos mellizos de cuatro años.

–Eso es estupendo –dije yo, con la voz llena de lágrimas.

–El siguiente –dijo el funcionario robótico. Todos dimos unos pasitos, y el hombre que iba detrás de mí suspiró.

La cabeza se me llenó de imágenes de Mark: nuestro primer beso, cuando yo solo tenía catorce años. Años después, en el trabajo, él, inclinado hacia mi monitor, con la mano apoyada en mi hombro. La semana anterior, casi emborrachándonos de sirope de arce en una granja para la que estábamos preparando un proyecto. Nuestro primer beso. Aquel maldito vuelo a Santa Fe. ¿He mencionado ya nuestro primer beso?

Se me cayeron las lágrimas otra vez, y respiré profundamente.

De repente, apareció un pañuelo doblado a un lado de mi cabeza. Me giré. El señor intolerante de los pómulos crueles me ofrecía su pañuelo.

–Tenga –me dijo, y yo lo tomé. Estaba planchado. Tal vez, incluso, almidonado. ¿Quién seguía haciendo algo así? Me soné la nariz y lo miré de nuevo.

–Quédeselo –me sugirió, mirando hacia delante, por encima de mi cabeza.

–Gracias –gemí.

–El siguiente –dijo otro de los funcionarios, y, una vez más, todos avanzamos un poco.

Después de una eternidad, por fin, renové el carné de conducir. Para empeorar las cosas, durante muchos años iba a parecer una loca, con la máscara de pestañas corrida, la cara hinchada y la sonrisa temblorosa y falsa. De nada me había servido elegir aquella ropa tan alegre para las fotos.

Mientras sacaba las llaves del bolso, vi que la granjera estaba junto a la puerta, poniéndose una de aquellas enormes gafas de sol negras que utilizaban las personas mayores cuando las habían operado de cataratas. Lo sentí mucho por ella. Al menos, a mí no me había dejado mi marido después de cuarenta y dos años.

–¿Le gustaría tomar una taza de café? –le pregunté.

–¿Quién, yo? –me preguntó–. No, cariño. Tengo que ir a trabajar. Pero espero que tengas muy buena suerte en todo.

Impulsivamente, le di un abrazo.

–Norman es un idiota –le dije.

–Y a mí me parece que tú eres un cielo –respondió ella, dándome unas palmaditas en la espalda–. Ese novio tuyo no sabe lo que se pierde.

–Gracias –musité, mientras las lágrimas arreciaban de nuevo.

Mi nueva amiga se despidió con un gesto de la mano y se fue hacia su coche.

Sonó mi teléfono. Era mi madre. Magnífico.

–¡Feliz cumpleaños, Calliope! –canturreó.

–Hola, mamá –respondí yo, preguntándome si iba a notar algo por mi tono de voz. No, no se percató de nada.

–Escucha, nena, tengo noticias. Acaba de llamar Dave. En Elements ha estallado una tubería de agua y se les ha inundado todo el restaurante.

Elements estaba en un edificio de más de ciento cincuenta años de antigüedad, y era frecuente que tuvieran aquel tipo de percances.

–No importa nada. De todos modos, no tengo ánimo para fiestas –dije. Por lo menos, no tendría que soportar una celebración de cumpleaños. Podría irme a casa a comer masa cruda de bizcocho.

–No seas tonta –me dijo mi madre–. Ya he llamado a todo el mundo. Vamos a hacer la fiesta aquí.

A mí se me encogió el corazón.

–¿«Aquí»? ¿Qué quieres decir con eso de «aquí»?

–En la funeraria, cariño. ¿Dónde iba a ser?

Capítulo 2

–No puedo creer que ya tengas treinta años –me dijo mi madre, por la noche, mientras me apretaba la mano con suavidad–. La familia del señor Paulson recibe a los allegados en la Sala de la Tranquilidad –añadió, dirigiéndose a una pareja bien vestida que se detuvo, con desconcierto, al ver mis globos de cumpleaños.

–¿Cómo puede tener nuestra niñita treinta años, Eleanor, cuando parece que tú tienes veinticinco? –preguntó mi padre, al otro lado, y me dio un abrazo que estuvo a punto de hacerme llorar. Mi madre lo ignoró, como hacía siempre desde que se habían divorciado, tantos años antes. Mi padre lo encajó con aplomo–. Callie, me enamoré de ti a primera vista. ¡Eras un bebé tan precioso! ¡Y sigues siendo una belleza!

–¿Tu padre ha estado bebiendo, Callie? –preguntó mi madre, sin dignarse a mirarlo–. En ese caso, por favor, pídele que se marche.

En aquella casa, «tu padre» significaba algo como «ese idiota».

–¿Has bebido, papá? –le pregunté, con afecto.

–No mucho –respondió él, calmadamente–. Bueno, más bien, no lo suficiente –añadió, en voz baja.

–Ah, entiendo –murmuré, y le di un buen trago a mi cóctel rosa.

Teniendo en cuenta lo que había ocurrido con el hombre del que estaba enamorada, que sonaba de fondo el Requiem de Verdi y que mi fiesta de cumpleaños se estaba celebrando en la funeraria de la familia, yo había decidido pasar el rato en compañía del vodka con zumo de arándanos.

Mi madre se irritó al darse cuenta de que no había conseguido ofender a mi padre, y me lanzó una mirada fulminante. Yo me erguí.

–La fiesta es preciosa, mamá –mentí, con una enorme sonrisa.

Ella se calmó y sonrió, también, aunque ligeramente.

–Siempre he pensado que este es el edificio más bonito de todo el pueblo – dijo–. Bueno, voy a ver qué tal va lo del señor Paulson –dijo, y se marchó a vigilar el funeral de la sala contigua.

Misinski's Funeral Home era un edificio impresionante, de estilo victoriano. El primer piso estaba destinado a la funeraria, y el segundo y el tercero eran la vivienda de mi madre y, desde hacía poco, también de mi hermano Freddie. Yo me había criado allí. Por supuesto, el sótano era donde se hacía el trabajo menos gratificante. Para mi madre, no tenía nada de raro celebrar un cumpleaños junto a un funeral. Aquella funeraria llevaba en su familia desde hacía tres generaciones, y ella tenía grabada en el ADN la filosofía de que la muerte era parte de la vida. Así pues, a los tres años, Freddie dormía la siesta en un ataúd. Mi madre solía guardar los pavos de Acción de Gracias en la misma cámara frigorífica donde mantenía frescos a los clientes.

Aquel día hacía un sol espléndido, porque ya llevábamos dos semanas de verano en Vermont. El cielo estaba muy azul, y olía a pino. Fuera, en la calle. Allí dentro, no tanto. La funeraria era como una cápsula del tiempo, donde nunca cambiaba nada. Olía a lilas, se oía música clásica fúnebre y se veían muebles pesados y oscuros por todas partes. Los féretros, los muertos... Yo suspiré.

–Bueno, y ¿cómo está mi niña? –me preguntó mi padre–. Has recibido mi cheque, ¿no?

–Sí, papá. ¡Muchísimas gracias! Y estoy muy bien.

Tenía la costumbre de mostrarme siempre muy alegre delante de mis padres, aunque todo fuera una mentira.

–¿Puedo contarte un secreto, Caniche? –me preguntó mi padre, mientras saludaba con la mano a alguien que estaba al otro lado de la Sala de la Serenidad.

–Claro, papá –respondí yo, y apoyé la cabeza en su hombro.

–Ahora que me he jubilado, voy a recuperar a tu madre.

–¿A recuperar a mi madre? ¿A qué te refieres? –pregunté yo, sin comprender qué quería decirme.

–A recuperarla, cortejarla, seducirla –me explicó él.

Yo me erguí de golpe.

–Eh... Ah, ya. Bueno, papá, creo que es mejor que ni lo intentes. Por si se te había olvidado, te odia.

–¡No! –exclamó él, con una sonrisa–. Bueno, tal vez se crea que me odia. Pero tu madre es la única mujer a la que yo he querido.

Me guiñó el ojo de aquella manera tan encantadora suya. Mi padre era muy guapo. Tenía el pelo plateado y los ojos oscuros, y hoyuelos en las mejillas. Yo me parecía mucho a él, salvo por las canas. Que, a decir verdad, estaban a la vuelta de la esquina. ¡Y Mark estaba con otra!

–No creo que sea buena idea, papá –dije, y le di otro sorbo a mi copa.

–¿Por qué no? –me preguntó mi padre, un poco inquieto ante mi falta de entusiasmo.

–Porque la engañaste cuando estaba embarazada de Freddie, por ejemplo.

Él asintió.

–Ese no fue el mejor de mis momentos –dijo él–. Pero, Callie, cariño, fue un error, y me he pasado veintidós años pagándolo muy caro. Además, es agua pasada. Yo tengo la esperanza de que me perdone.

–¿De verdad la sigues queriendo, papá?

–¡Pues claro que sí! Nunca he dejado de quererla –dijo él, y me estrechó suavemente con un brazo–. Me vas a ayudar, ¿a que sí?

–Eh... No estoy muy segura. La furia de mamá es... Bueno, ya sabes.

Que mi madre se enfadara contigo era el equivalente a verse ante un tornado de fuerza cinco... Muchas cosas volando por el aire, arrancándote trozos de carne.

–Oh, vamos, Caniche –me dijo mi padre–. Creía que tú y yo éramos iguales, unos románticos. Dios sabe que no puedo pedírselo a Hester.

–Sí, eso es verdad.

Después de todo, el mal ejemplo de mi padre era lo que había empujado a mi hermana a especializarse en dejar embarazadas a las mujeres sin la presencia física de un hombre.

–Pero, papá... ¿de verdad? ¿En serio crees que vas a poder superar todo lo que pasó?

La sonrisa eterna de mi padre se apagó durante un segundo.

–Si pudiera repetir las cosas –me dijo en voz baja, mirando su copa–, lo haría todo de forma muy distinta, Callie. Hubo un tiempo en el que fuimos muy felices, y yo... bueno.

Se le oscurecieron los ojos, como cuando se apagaba una luz.

–Oh, papá –susurré, con el corazón lleno de afecto por él.

Yo tenía ocho años cuando mis padres se divorciaron, y solo supe que mi

mundo se desmoronaba. Años más tarde, cuando Hester me explicó el motivo, me quedé horrorizada y consternada por lo que había hecho mi padre... pero él ya había recibido suficiente castigo. Hester llevaba años prácticamente sin dirigirle la palabra, y mi madre tenía bien afilados los cuchillos emocionales; estaba en su derecho. La infidelidad de mi padre era un misterio. Que yo supiera, y a pesar de su encanto a lo Cary Grant, llevaba solo desde que mi madre lo dejó. Yo nunca había conocido a una novia suya, ni siquiera me había enterado de que saliera a cenar con alguien. Era como si llevara expiando su pecado desde antes del nacimiento de Freddie.

–Una vez me quiso –dijo mi padre, en voz baja, casi para sí mismo–. Puedo hacer que se acuerde de por qué.

Sí. Si me quitaba de la cabeza los recuerdos de mi madre sollozando en el sofá, o maldiciendo a mi padre mientras mi hermano, de bebé, gritaba sin parar durante cinco meses de cólicos, podía encontrar algunas joyas. Mi madre, sentada en el regazo de mi padre. Ellos dos, bailando en el salón, sin música, cuando mi padre volvía de un viaje de negocios. El sonido de su risa detrás de la puerta de su dormitorio, tan reconfortante como el olor de un bizcocho de vainilla recién sacado del horno.

–¿Me vas a ayudar, Caniche? –me preguntó mi padre–. Por favor, hija.

Yo respiré profundamente.

–¿Sabes? Sí. Va a ser una batalla muy dura, pero sí.

A mi padre le cambió la cara y, de repente, volvió a ser un brillante George Clooney.

–¡Buena chica! Ya verás. La voy a recuperar –dijo. Me dio un beso en la mejilla, y yo sonreí sin poder evitarlo. Veintidós años eran suficiente condena, ¿no? Mi padre se merecía otra oportunidad en el amor.

Y yo, también. ¡Claro que sí! Betty Boop dejó de llorar y me miró. «¿De verdad? ¿Lo dices en serio?».

–¿Quieres otra copa? –me preguntó mi padre y, sin esperar respuesta, se fue a la barra improvisada del fondo.

De repente, me sentí mejor. Mi padre iba a tratar de recuperar al amor de su vida. Mark me había elegido una vez y, a lo mejor, durante aquellas cinco semanas, yo había sido demasiado dependiente, o ñoña. Llevaba soñando despierta con él desde Santa Fe. Cabía la posibilidad de que, si volvía a ser yo misma, la persona alegre, lista y agradable de siempre, Mark se diera cuenta de que yo era la mujer perfecta para él, y no Muriel. Y, si me veía con

otro... Aquella podía ser la patada en el trasero que necesitaba.

La... ¿cómo la había llamado el hombre que iba detrás de mí en la cola de Tráfico? La diarrea emocional me había purificado. La vida era estupenda, como decían las frases de las camisetas. O, al menos, iba a ser estupenda, ¿no? Yo podía encontrar a otra persona. Aunque Mark no me quisiera, encontraría a otro que sí. Iba a dejar de lloriquear. Después de todo, yo era Callie Grey, la antigua reina del baile del instituto. Le caía bien a todo el mundo.

—¿A que está todo precioso, tía? —me preguntó Josephine, mientras se agarraba a mi mano. Aquel día, mi sobrina de cinco años iba vestida como una estrella del pop, con una camiseta de red y unas mallas de leopardo, con una minifalda de volantes rosas y sandalias.

—Precioso, claro que sí —respondí, sonriéndole—. Casi tan precioso como tú —dije.

Ella me miró con una sonrisa resplandeciente, mostrándome sus dienteitos adorables, y yo le toqué la punta de la nariz con el dedo.

La Sala de la Serenidad estaba adornada con serpentinas amarillas y rosas, y con globos que flotaban por encima de la vidriera de Lázaro levantándose de la tumba. La tarta de cumpleaños estaba colocada en la mesa en la que, normalmente, descansaba el ataúd. Bronte había hecho una pancarta enorme que decía: *¡Feliz 30 cumpleaños, Callie!*

La sala estaba llena de amigos y parientes, además de un par de personas con cara de confusión que, seguramente, habían ido al funeral y se habían equivocado de sitio. Freddie, mi hermano, se había tomado un año sabático después de pasar algunos meses en la universidad de Tufts, donde parecía que estaba estudiando sobre todo cómo saltarse las clases y beber. Me hizo un brindis, y yo lo saludé con afecto. Mi hermana, que tenía la constitución de un rinoceronte, estaba inclinada sobre él y, a juzgar por la mirada perdida de Freddie, le estaba echando un buen sermón. Pete y Leila, mis compañeros de trabajo, miraban la bandeja de los quesos.

—Feliz cumpleaños, Calliope —dijo alguien con la voz grave y aterciopelada, a mi espalda. A mí se me heló la sangre en las venas—. Hoy estás muy guapa. Perfecta, de hecho.

—Gracias, Louis —murmuré yo y, al instante, me puse a buscar desesperadamente a algún pariente o hermano o amigo, o un cura, por si acaso Louis era de verdad un demonio necrófago al que había que exorcizar.

Louis Pincer era el ayudante de mi madre. Ella era la única que lo quería. Como todos sus hijos nos habíamos negado a trabajar en el negocio familiar, había tenido que buscarlo en otra parte. Y en esa otra parte, seguramente, algún lugar húmedo bajo tierra, había encontrado a Louis, un hombre alto y gordinflón, con una calvicie incipiente, los ojos verdes y ligeramente saltones y la voz perfecta para un director de funerales, grave, suave, terrorífica. Una vez, le había oído recitar en el baño: «Lo siento mucho, lo siento mucho, lo siento mucho». Ni que decir tiene, yo le resultaba atractiva. A todos los bichos raros les gustaba.

–Me gustaría llevarte a celebrarlo a lo grande –murmuró, mientras me miraba el pecho. Se llevó la copa a los labios y sacó la lengua para rebuscar la pajita mientras seguía mirándome. ¡Puaj!

–Ah. Bueno. Es todo un detalle por tu parte –dije yo–. Pero estoy muy... Hoy he tenido un día de locura... Trabajo. Cosas de esas. ¿Qué decías? –pregunté, fingiendo que acababa de oír algo–. ¿Sí, Hester? ¿Me necesitas? ¡Claro!

Salí corriendo al vestíbulo, por donde acababa de marcharse mi hermana, y respiré hondo unas cuantas veces. Estar con Louis siempre me daba ganas de salir corriendo al sol y jugar con cachorritos.

–No, no puedes alisarte el pelo –le estaba diciendo Hester a su hija mayor–. ¿Siguiente pregunta?

Bronte se giró hacia mí.

–¿No crees que una adolescente debería poder hacer lo que quiera con su pelo? –me preguntó Bronte, con la esperanza de que yo me solidarizara con ella.

–Eh... ¿No lo sabe mejor tu madre? –sugerí.

–Prueba a ver cómo es ser la única niña negra de todo el colegio –murmuró Bronte–. Además de tener este nombre tan estúpido.

–Eh –le dije yo–, estás hablando con la tía Calliope, que tiene el nombre de la musa de Homero. No me das pena por tu nombre.

–Y yo tengo el nombre de la fulana de *La letra escarlata* –dijo Hester–. Por lo menos, tú tienes el nombre de una escritora muy guay. Además, no fui yo la que lo elegí, como bien sabes.

Bronte tenía siete años cuando mi hermana la adoptó. Aunque Hester fuera una experta en fertilidad y podía haber tenido a sus hijas por inseminación artificial, las había adoptado a ambas. El padre biológico de Bronte era

afroamericano y su madre, coreana, y, como resultado de aquella mezcla, había nacido una niña increíblemente guapa. Sin embargo, como Vermont era el estado más blanco de todo el país, ella notaba mucho la diferencia, sobre todo desde que había llegado a la adolescencia, cuando era tan importante ser como todos los demás. Josephine, por otro lado, era blanca, y se parecía mucho a Hester, aunque por pura casualidad.

–Bueno, pues cuando cumpla los dieciséis, me voy a cambiar el nombre por Sheniqua –dijo Bronte, y nos miró a su madre y a mí con los ojos entrecerrados.

–Me encanta –dijo Hester, con calma, y Bronte se alejó. Mi hermana me miró–. ¿Estás bien?

–Sí, claro que sí –mentí, aunque la pregunta hizo que se me encogiera el corazón–. Mucho mejor. Gracias por escucharme esta tarde.

En aquel preciso instante, nuestra madre salió de la Sala de la Tranquilidad.

–¿Por casualidad habéis visto al señor Paulson? –nos preguntó, refiriéndose al difunto cuyo funeral estaba teniendo lugar en aquel momento–. Un trabajo fantástico. Ese Louis tiene mucho talento –añadió, y se alejó apresuradamente.

–Feliz cumpleaños, Callie –dijo Pete, emergiendo de la Sala de la Serenidad, con su enamorada firmemente tomada del brazo–. Nos encantaría quedarnos...

–...pero tenemos que irnos –dijo Leila. Miró nerviosamente a la otra sala, por cuya puerta se atisbaba al señor Paulson en su ataúd.

–Gracias por venir, chicos –dije yo, sonriendo con valentía.

–Callie, ¿cuándo empieza Muriel? –me preguntó Pete.

Al oír el nombre, a mí me ardió la cara.

–No lo sé –dije, intentando fingir que sentía desinterés.

Los jóvenes enamorados se miraron. «Pobre Callie. Vamos a disimular, como si no supiéramos nada sobre Mark y ella».

–Nos vemos el lunes, Callie –dijo Pete, al mismo tiempo que Leila murmuraba–: Que pases buen fin de semana.

Y salieron al aire fresco y al sol. Antes de que se cerrara la puerta, apareció alguien muy bienvenido.

–Ven conmigo fuera –me dijo mi mejor amiga–. Tengo un vino riquísimo. No nos vamos a quedar sentadas en la puta funeraria el día de tu cumpleaños.

A pesar de que Annie era bibliotecaria en un instituto, soltaba palabrotas como un pirata ebrio cuando no había niños cerca, y ese era un detalle que

hacía que la quisiera aún más.

En el exterior, corría una brisa seca y con un olor dulce. Además, era cierto que Annie tenía una botella de vino y unos vasos de plástico. Me dio un abrazo y echó a correr para rodear el lateral de Misinski's, hacia el precioso jardín trasero de mi infancia.

—Vaya, ¿qué pasa aquí? ¿Escapándote? ¿Abdicando del trono, Callie?

Annie hizo un mohín.

—¡Hola! —le dije yo a la recién llegada—. Ven con nosotras, Fleur. Aquí fuera se está muy bien.

Fleur y Annie eran amigas mías, las dos. Bueno, Annie lo era de un modo distinto, porque nos conocíamos desde siempre. Pero ella se había casado con su amor de infancia y tenía a Seamus, mi querido ahijado, y era increíblemente feliz. Fleur estaba soltera, como yo; de vez en cuando nos íbamos de copas o a comer juntas, y nos compadecíamos de nuestra soltería. Debido a que había pasado tres semanas en Inglaterra durante la universidad, Fleur hablaba con un ligero acento británico que podía ser muy divertido.

Annie y Fleur no se caían bien entre ellas, cosa que a mí me resultaba un poco halagadora.

Las tres nos sentamos en la mesa de picnic que mi madre tenía bajo el gran arce azucarero del jardín, aunque, a mi entender, ya nadie comía allí. Había un tordo cantando, y un herrerillo que nos observaba.

—Bueno, vaya mierda lo de Mark y Muriel, ¿no? —dijo Fleur. Encendió un English Oval y dio una calada, y expulsó el humo apartando la cara de Annie y de mí.

—Sí —dije yo, mientras tomaba con agradecimiento el vaso de papel que me tendía Annie.

—Estás mejor sin él —me dijo Annie, con firmeza. Le dio otro vaso a Fleur y se sirvió uno para ella. Yo le había enviado un extenso correo electrónico aquella tarde, con todos los detalles de mi desgracia—. Es un imbécil.

Suspiré.

—No, no lo es —le dije a mi amiga.

—No, en realidad, no lo es —dijo Fleur.

—Callie, lo siento, pero yo lo odio. Te dejó plantada con la excusa peregrina de que no era un buen momento, y ahora está saliendo con otra. ¡Es un imbécil!

Nos miró a Fleur y a mí con cara de pocos amigos, por encima de la montura dorada de sus gafas.

–Bueno, tienes un poco de razón –convine–. Pero eso solo son unos detalles. Mark es... bueno, es... –dije, con un suspiro, y añadí–: Perfecto, más o menos.

–Dios mío, lo estás defendiendo –murmuró Annie–. Eres patética.

–Pareces mi abuelo –dije yo.

–Lo que pasa es que no todo el mundo tiene la suerte de casarse con el que ha sido el amor de su vida desde tercero de básica, ¿sabes? –le dijo Fleur a Annie–. Para el resto de nosotras, la oferta está limitada. Mark es bastante aceptable comparado con lo que hay por ahí. Y, si es el amor de la vida de Callie, en mi opinión, debería ir por él. Sin hacer prisioneros, Callie.

–Pues a mí me parece que puedes aspirar a algo mucho mejor –dijo Annie, lealmente–. Y, Fleur, se me ha olvidado... ¿Cuánto tiempo estuviste viviendo en Inglaterra?

Fleur entrecerró los ojos.

–Una temporada –dijo, con tirantez.

–Tú solo tienes que salir a buscar, Callie. A encontrar a otro –me dijo Annie.

–O, mejor aún –replicó Fleur–, recuperar a Mark. Recuérdale lo fabulosa que eres. Sal con otro hombre, pon celoso a Mark y ¡pam! Habrás vuelto con él.

Aunque a mí se me había ocurrido lo mismo antes, no dije nada.

–No. Déjalo tirado, Callie –dijo Annie–. Te mereces a alguien mejor. Escríbelo en un post it y pégalo a tu espejo.

–¿Necesitas un buen revolcón, Calorie? –me preguntó mi hermano, que apareció por la puerta trasera–. A mis amigos de la universidad les parece que estás muy buena. Podrías ponerte a ligar con jovencitos, ¿qué te parece?

–Que yo misma soy demasiado joven para eso –repliqué–. Solo tengo treinta años. Además, quiero a alguien que no viva todavía con su madre –añadí, y me volví hacia mis amigas–. ¿Está soltero Gerard Butler?

–Quizá tengas unas miras un poco altas –murmuró Fleur.

–¿Y qué te parece Kevin Youkilis? –me sugirió Freddie, mientras se sentaba con nosotras–. Así podríamos tener entradas para los partidos de los Sox.

–No –dijo Annie–. Tiene la cabeza en forma de bombilla. Piensa en tus sobrinos y tus sobrinas, Freddie. ¡Ah! ¿Y el centrocampista, ese tan mono? ¿Ellsbury? ¡Ese sí que está bueno!

Mientras mis amigas y mi hermano iban haciendo sugerencias cada vez más

ridículas, mi cerebro trabajaba febrilmente. Annie tenía razón. Tenía que superar lo de Mark. Llevaba meses con el corazón encogido. Había llorado mucho por Mark Rousseau, había perdido muchas horas de sueño, había comido demasiada masa cruda de bizcocho. Tenía que pasar página. De lo contrario, ir al trabajo todos los días iba a ser infernal. Además, no quería seguir estando enamorada de alguien que no me correspondía.

Aunque siempre hubiera pensado que él era mi media naranja y que acabaríamos juntos. Y aunque él todavía tuviera mi corazón en sus manos.

Capítulo 3

Aquella noche, cuando entré en casa, me tropecé con un apéndice, algo bastante común para mí.

–Noah –grité–, si no empiezas a recoger tu pierna, te voy a aporrear con ella.

Mi abuelo me respondió, con su voz ronca, desde el salón.

–Ah, muy bien. Tómala con el pobre lisiado.

–¿Es que crees que estoy de broma?

Bowie, mi husky, vino saltando desde la cocina hacia mí, canturreando de alegría y amor canino, y me dio unos cuantos golpes con el rabo.

–Hola, Bowie –le dije yo, con mi voz especial para él–. Sí, sí, yo también te quiero. ¡Sí, mucho! ¡Te quiero, guapo!

Cuando Bowie me había lamido y mordisqueado la barbilla, y terminó de dar vueltas frenéticas a mi alrededor, se marchó corriendo al salón. Yo recogí la prótesis de mi abuelo y seguí a mi perro.

–El médico ha dicho que tienes que llevarla puesta –le dije, mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla.

–A la mierda el médico –dijo Noah, amablemente. Tenía el muñón apoyado en unos almohadones.

–No hables mal, abuelo –le dije–. ¿Es que te está dando problemas la pierna?

–Lo que me da problemas es que me falte la pierna –dijo él–. Pero no más de lo normal –añadió, y se frotó distraídamente el muñón, sin apartar los ojos de la pantalla de la televisión.

Noah era constructor de embarcaciones, fundador y único miembro de Noah's Arks, nombre que se me había ocurrido a mí a los cuatro años y del que todavía estaba orgullosa. Sus barcos eran legendarios; hacía bellos botes

de remos, kayaks y canoas. Los diseñaba y construía en madera con sus propias manos, y los vendía por miles de dólares cada uno. Allí, en la zona noreste del país, donde los ríos bajaban caudalosos y revueltos, era como un dios.

Por desgracia, hacía dos años había sufrido un pequeño derrame cerebral. Y, para empeorar aún más las cosas, en aquel momento estaba trabajando con una sierra radial, y se hizo un corte tan profundo en la pierna que tuvieron que amputársela justo por encima de la rodilla. En una reunión familiar, el médico nos había recomendado que lo ingresáramos en una residencia con asistencia para personas de la tercera edad. Noah, que llevaba viviendo solo desde que había muerto mi abuela, hacía unos años, se había quedado pálido. Y, sin pensarlo dos veces, yo le ofrecí irme a vivir con él hasta que se acostumbrara a la nueva situación. Aunque el muy gruñón nunca estaría dispuesto a reconocerlo, a mí me gustaba pensar que me lo agradecía.

Noah estaba viendo una reposición de *Pesca radical*. A los dos nos encantaba ver programas de realidad en la tele, pero aquel era su favorito. Mientras los curtidos alaskaños salían a vérselas con el mar de Bering, yo me senté en el sofá. Bowie saltó y se colocó a mi lado, y posó su preciosa cabeza gris y blanca en mi regazo, mirándome con adoración. Mi perro tenía un ojo marrón y, el otro, azul, y a mí me parecía una preciosidad. Le lancé un besito, y él movió las orejas hacia mí, como si yo fuera a contarle las noticias más importantes del mundo.

–Tú –le dije– eres un perrito muy bueno.

Porque, ¿acaso había un mensaje más importante que ese?

Miré a mi alrededor y vi que mi abuelo no había cumplido mi petición de mantenerlo todo ordenado. Había periódicos tirados alrededor de su silla, un cuenco lleno de helado derretido y un botellín de cerveza vacío. Maravilloso.

Noah y yo vivíamos en un edificio antiguo que había sido una fábrica. La mitad era su taller, la otra mitad era nuestra casa. En el piso de abajo estaban la cocina, una sala de estar y un gran salón con techos de doce metros de altura y unas enormes vigas arqueadas. Aquella gran sala estaba rodeada por un segundo piso a mitad de altura, en el cual había dos habitaciones. La mía era bastante grande y soleada, con mucho espacio para la cama, un escritorio y una mecedora, que estaba colocada delante de dos ventanales con vistas al río Trout. También tenía un magnífico baño con bañera de burbujas y ducha independiente. Noah estaba al otro lado del pasillo y, por suerte, tenía su

propio baño. Una nieta no podía aguantar tanto.

Cuando llegaron los anuncios, mi abuelo le quitó el sonido a la televisión.

–Bueno, ¿qué tal? ¿Lo habéis pasado bien?

Yo vacilé.

–Bueno... eh... al final, la fiesta ha sido en la funeraria. Estaban papá y mamá. Ha estado bien.

–Pues a mí me suena espantoso.

–Has hecho bien en quedarte en casa –le confirmé yo.

El abuelo evitaba las reuniones familiares como si fueran fuentes de contagio del ébola. No se llevaba demasiado bien con mi padre, su hijo. El hermano de mi padre, Remy, había muerto a los veinte años en un accidente de coche y, por lo poco que yo le había oído contar a mi padre, Remy era el hijo que Noah siempre había esperado: callado, estoico, curtido y habilidoso con las manos. Mi padre, por el contrario, se había pasado la vida relacionándose con gente debido a su trabajo de visitador médico. Y, por supuesto, estaba el divorcio de mis padres. Noah, que había adorado a mi abuela y la había cuidado con amor durante un cáncer de páncreas, lo había desaprobado profundamente.

–Pero te he traído tarta –le dije.

–Sabía que te tenía cerca por algún motivo –respondió él–. Toma –dijo, y se sacó del bolsillo de la camisa un pequeño animal tallado en madera. Era un perro. Un husky.

–¡Oh! ¡Gracias, abuelo! –exclamé, y le di un beso, que él toleró refunfuñando un poco. Llevaba haciendo aquellos animalitos de madera toda la vida para sus nietos. Yo tenía una buena colección.

–Estás un poco desanimada –comentó.

Aquello era una observación muy sagaz para la persona menos sentimental que yo había conocido nunca. De hecho, mi abuelo Noah nunca hablaba de su hijo Remy, pero tenía una fotografía de él en su habitación, y era la única cosa a la que nunca había que quitar el polvo. Cuando murió mi abuela, yo tenía seis años. Nunca vi a mi abuelo derramar una lágrima, pero su dolor era palpable. Yo estuve haciéndole un dibujo a la semana, durante meses, para intentar alegrarlo. Ni siquiera cuando le quitaron las vendas de la pierna se derrumbó. Comentó: «Maldito idiota». No hubo compasión por sí mismo, ni lloró por haber perdido la pierna. Así pues, el hecho de que comentara que yo estaba desanimada era asombroso.

Me quedé mirándolo, pero él no apartó los ojos de la pantalla muda.

–Eh... no. Estoy bien –dije. Me miré la muñeca. Todavía llevaba puesto el regalo de Mark–. Noah, estoy pensando que debería buscarme un novio. ¿Tú podrías darme algún consejo?

–No lo hagas –me dijo–. No vas a conseguir nada más que penas –dijo él, y torció la boca por debajo de su barba blanca–. Puedes vivir aquí para siempre y cuidarme.

–A mí me encanta cuidarte –le dije–. ¿Qué te parece un buen enema antes de acostarte?

–Esa boca, listilla –dijo él.

–Eh, sé amable conmigo. Hoy he cumplido treinta años –le recordé.

Bowie me lamió la mano y se tumbó boca arriba para que yo pudiera ver que su tripa blanca estaba allí, sin que nadie se la rascara.

–Pensándolo bien, no estaría mal que dieras un paso más en la vida, Callie –dijo Noah, inesperadamente–. No tienes por qué quedarte aquí para siempre.

–¿Y qué otra persona te iba a aguantar? –pregunté yo.

–Ahí tienes razón. ¿Vas a estar hablando toda la noche, o puedo ver cómo salva Johnathan a este tío?

–Me voy a la cama. ¿Necesitas algo?

–No, cariño, estoy bien –dijo, y apartó los ojos de la televisión–. Feliz cumpleaños, preciosa.

Yo me quedé inmóvil.

–Vaya. ¿Tal mal te parece que estoy?

Él sonrió.

–No digas que no lo he intentado.

Unos minutos después, después de lavarme los dientes y cepillarme el pelo, con mi pijama de pantalón corto a rayas amarillas y rosas y camiseta amarilla, estaba sentada en mi mecedora. Cumplir treinta años era un momento muy importante en la vida de una persona. Yo necesitaba... procesar las cosas. Y no había mejor sitio para pensar que aquella mecedora que me habían regalado aquel mismo día de mi cumpleaños, pero veintidós años antes.

Había dos partes en Vermont: el Viejo Vermont y el Nuevo. El Viejo Vermont era el de la gente dura, curtida, que no pronunciaba la erre, no sentía el frío y era inmune a la picadura de la mosca negra. Noah era de esos, por supuesto. Aunque no hablara con su vecino, sería capaz de cortar dos toneladas de leña si ese vecino se ponía enfermo. El Nuevo Vermont... bueno,

era de gente que conducía Volvos y Prius, que tenía botas de senderismo muy caras y que tendía la ropa fuera, no solo para que se secara al sol, sino, también, para dejar claras sus tendencias políticas y su ecologismo. Eran amigables y alegres... lo contrario que Noah.

David Morelock, como mi abuelo, era un hombre del Viejo Vermont. Era ebanista, y amigo de mi abuelo desde siempre. Un verano, casualmente, un periodista estaba veraneando en St. Albans, donde vivía el señor Morelock, y se topó con la tienda de muebles. Allí, se enteró de que el señor Morelock no tenía formación profesional, sino que era autodidacta, y que nunca usaba herramientas eléctricas... Sencillamente, iba todos los días a su granero y trabajaba. Dos meses después, la historia del señor Morelock salía publicada en el *The New York times*, y ¡bingo! Pasó de ser un artesano local a convertirse en una leyenda estadounidense. De repente, todos los habitantes de Vermont tenían que tener un mueble Morelock, y el pobre hombre se vio con muchísimo más trabajo del que podía abarcar. Antes del artículo, sus piezas costaban unos pocos cientos de dólares cada una. Después, las vendía por miles de dólares, cosa que le parecía divertida.

Mi octavo cumpleaños fue un día triste para mí. Mi padre se había ido de casa la semana anterior y, con todo aquel desastre, mi cumpleaños fue olvidado. Mi madre estaba embarazada, hundida y furiosa, pero, también, tratando de organizar el funeral de dos personas que habían muerto por inhalación de monóxido de carbono. Hester estaba pasando el verano fuera, en un campamento de matemáticas. Y, como resultado de todo eso, mi madre terminó dándome unos cereales Cheerios para desayunar y me llevó a casa de mi abuelo. Noah me subió a la furgoneta y, no recuerdo por qué motivo, me llevó a St. Albans.

Los dos hombres se pusieron a charlar, y yo me paseé por el viejo granjero, tomando pedazos de madera de aquí y allá, escribiendo mis iniciales en las pilas de serrín, intentando no disgustarme porque nadie se hubiera acordado de que yo ya había cumplido ocho años, porque entendía que los adultos tenían muchos problemas. Entonces, vi la silla.

Era una mecedora de las que uno ponía en el porche, de madera de arce color miel. Una obra de arte elegante y esbelta. Miré disimuladamente a mi abuelo y al señor Morelock para cerciorarme de que no me veían y le di un empujoncito. Se meció silenciosamente. ¿Podría sentarme? No había ningún letrero que dijera lo contrario. Me senté. El asiento y el respaldo tenían unas

proporciones perfectas, había curvaturas en los lugares exactos y, cuando me mecí, el movimiento fue tan suave y lento como el discurrir de un río tranquilo.

Me di cuenta, desde el primer momento, de que aquella mecedora era especial. Era... grácil. Solo con sentarse en ella, una persona podía sentirse más feliz. Aunque su padre ya no viviera en casa, su hermana estuviera lejos y su madre no le hubiera hecho una tarta de cumpleaños. Aquella era una mecedora que prometía buenos momentos. Mientras me balanceaba en ella, sentí que se me relajaba el nudo que tenía en la garganta desde que mis padres me habían dicho que se divorciaban.

Cerré los ojos y me imaginé, seguramente por primera vez, cómo iba a ser de mayor. Iba a tener un apartamento en Manhattan, con vistas a toda la ciudad. En la azotea habría un jardín con limoneros y maravillosas flores y, cuando yo volviera de trabajar todo el día en el programa *Today*, por las noches, Bryant Gumbel, mi marido, me serviría una copa y hablaríamos tomados de la mano de cosas de adultos, y él nunca me dejaría, algo que yo sabía con absoluta certeza.

—¿Te gusta la mecedora, pequeña? —me preguntó el señor Morelock, y yo abrí los ojos con un sentimiento de culpabilidad. Me ruboricé, y noté que me ardía la cara.

—Es... muy bonita —balbuceé, sin saber si estaba metida en un lío, o no.

—Tu abuelo me ha dicho que es tu cumpleaños —dijo él.

Yo miré a Noah. Me había sorprendido que se acordase de la fecha. Mi abuelo me guiñó un ojo.

—Sí, señor. Cumplo ocho años —dije.

—¿Y te gustaría que te regalara esta mecedora? —me preguntó el señor Morelock.

De repente, a mí se me llenaron los ojos de lágrimas, miré hacia mi regazo y asentí, sin poder hablar. Entonces, Noah me tomó en brazos y me dio un beso, y me dijo que no me pusiera ñoña con ellos, y yo le di las gracias al señor Morelock y obedecí.

Cuando Noah me llevó a casa aquella noche, subió la mecedora a mi habitación.

—Cuidala bien, jovencita —me dijo.

—Sí. Es mi mecedora para siempre —respondí yo.

Aquella mecedora le dio otro aspecto a mi habitación. De repente, la colcha rosa con volantes y mi póster del unicornio me parecieron pasados de moda.

Noah se echó a reír, me revolvió el pelo y me dejó con mi nuevo tesoro.

David Morelock murió aquella misma semana. Y, por algún motivo, su muerte fue un golpe muy duro para mí... Fue como perder a Santa Claus, o algo así, y yo ya estaba muy triste de todos modos. Noah me dijo que mi mecedora era la última que había hecho el señor Morelock y que, por eso, era la más especial y valiosa de todas. Yo me lo tomé en serio. No quería que nadie se sentara en ella, ni siquiera yo... La reservaba para aquellos momentos en que necesitaba consuelo.

Como, por ejemplo, ahora. Y, como de costumbre, la mecedora fue mágica. Se oía el estruendo del río Trout por la ventana, y el canto de una lechuza a lo lejos. Yo me mecí suavemente. ¡Querido señor Morelock, cuánto lo quise aquel día! Le di las gracias al ebanista por mi mecedora y noté que la tensión de mis hombros iba relajándose poco a poco.

Tenía que haber un hombre para mí en alguna parte. Por desgracia, Bryant Gumbel no estaba disponible, pero en el estado de las Verdes Montañas había un hombre que iba a verme y a quererme, y a pensar que yo era la persona más maravillosa del mundo. Íbamos a casarnos y, algunos días, yo llegaría a casa y los dos nos sentaríamos en el porche, y todo lo que siempre había deseado se haría realidad.

Respiré profundamente y, al oírme, Bowie se puso firme como si yo fuera a anunciar algo trascendental y brillante.

—Bowie —le dije—. Vamos a encontrar a un padre para ti.

Capítulo 4

Los jueves por la mañana iba a clase de yoga en el Centro de mayores. Por supuesto, tenía cuarenta o cincuenta años menos que la mayoría de las demás alumnas, pero, como era extremadamente poco ágil y, al verme, se sentían mejor consigo mismas, era bien recibida. Y, además, les llevaba mis famosas galletas de pepitas de chocolate.

Yo nunca había sido buena en el yoga. Muchas veces, me dormía durante la meditación, y alguna compañera tenía que darme un codazo para que me despertara. Leslie, la profesora, me lanzaba miradas de desaprobación mientras yo pestañeaba a causa de la somnolencia. De todos modos, Leslie llevaba mirándome así desde que yo le había arrebatado el título de reina del baile del instituto.

Sin embargo, me encantaba la clase de yoga, porque adoraba a las señoras, y me imaginaba que el ejercicio y el alineamiento de los chacras, fuera lo que fuera eso, no podían ser mala cosa.

Mark era muy buen jefe, y ese era uno de los muchos motivos por los que yo lo quería. Nos permitía tener un horario flexible porque pensaba que unos empleados felices trabajarían más y mejor. De ese modo, yo siempre encontraba un hueco para la clase de yoga o para acompañar a una excursión extraescolar a alguna de mis sobrinas. Además, Mark animaba a sus empleados a que fueran activos en la comunidad. Como yo, él había nacido en Georgebury y, a menudo, hacíamos trabajos gratuitos para asociaciones sin ánimo de lucro, como, por ejemplo, el Centro de mayores.

Confieso que también me encantaba que me mimaran y me arrullaran tanto. Todas creían que yo era una joya y que estaba destinada a tener un romance de ensueño con un hombre maravilloso. A menudo oía cosas como: «Eres muy lista por esperar hasta que llegue el hombre idóneo, Callie, cariño. Así, no

acabarás como mi hija/nieta/sobrina/hermana/vecina/yo». Entonces, comenzaban a contar historias de terror y, aunque no debería ser así, a mí me encantaba escucharlas. Jody Bingham, que, a la edad de setenta y seis años podía abrirse de piernas por completo, conocía a una mujer que se había casado con un hombre que ya tenía una esposa y, posiblemente, dos. La hija de Letty Baker se había casado con un fumador de marihuana a quien habían detenido durante el banquete de bodas. La hija de Elmira Butkes, Lily, ya se había divorciado dos veces. Su segundo exmarido era poeta y, lógicamente, no ganaba lo suficiente ni para alimentar a una hormiga. Iba a demandar a Lily para que le pasara una pensión.

–Sinceramente, no sé lo que le ocurre a mi hija –dijo Elmira, mientras hacíamos suavemente la transición a la postura de la Jirafa que mira hacia abajo. Bueno, algunas la hacían suavemente, otras parecíamos la Jirafa que moría hacia abajo, pero yo lo estaba intentando–. ¿Por qué no encuentra a un hombre normal, con un buen seguro de salud y un corte de pelo decente?

Todas murmuramos comprensivamente, y Leslie nos lanzó una mirada de desaprobación, porque no le gustaba que charláramos durante las clases.

–Bueno, de todos modos –dijo Elmira–, yo he llevado al señor Fluffers al veterinario esta semana, y es soltero, así que llamé a Lily y se lo dije. «Lily, el veterinario es soltero. ¿Por qué no puedes buscarte a alguien así?». Claro, por supuesto, ella no me hizo ni caso.

–Deberías intentarlo tú, Callie –me dijo Jody–. Un veterinario es casi tan bueno como un médico.

Me sonrió y me guiñó un ojo, mientras yo intentaba hacer algo parecido a su postura. Me resultaba todo un misterio cómo podía sonreír mientras se abría de piernas de aquel modo. Era cuestión de unos genes superiores, seguramente.

El nuevo veterinario, ¿eh? ¡Muy prometedor! Yo había trabajado para el doctor Kumar, el antiguo veterinario, cuando era una adolescente. Todo el mundo lo adoraba. Ofrecía café y donuts en la sala de espera, daba el número de teléfono de su casa y les cantaba a los animales nerviosos hasta que estaban, literalmente, comiendo de su mano. Era tan bueno que, a menudo, lloraba más que el dueño de una mascota a la que hubiera que sacrificar. Se había jubilado hacía poco tiempo y tenía planeado irse con la encantadora señora Kumar a Branson, Missouri. Estaban deseando visitar el museo de cera de la ciudad y montar en los barcos turísticos.

Aquel nuevo veterinario... umm. Si el doctor Kumar le había traspasado la clínica veterinaria, tenía que ser un buen tipo. Además, ¡ya teníamos mucho en común! A los veterinarios les encantaban los animales... ¡y a mí, también! Con nuevas esperanzas, me contorsioné para intentar hacer la Garza que gira hacia el oeste y tomé nota de que debía llamar para pedir cita aquel mismo día. Merecía la pena intentarlo. Yo estaba dispuesta a aprovechar todas las oportunidades que se me presentaran.

La noche anterior, por ejemplo, me había registrado en eCommitment. Annie estaba todavía más emocionada que yo, porque había tenido su última cita con un chico a los catorce años. Además, varias amigas, como por ejemplo, Karen, nuestra encargada de la oficina, habían conocido a sus maridos por internet. Claro, sería muy agradable conocer a alguien a la vieja usanza... Por ejemplo, mis abuelos maternos se habían conocido sobre un cadáver, en la escuela de artes funerarias. Bueno, tal vez aquello no fuera el epítome del romanticismo, pero, de todos modos...

En el pasado, antes de que Mark y yo estuviéramos juntos, yo había tenido un par de relaciones. No era un monstruo, ni nada parecido. De hecho, a los hombres les gustaba. Era bastante atractiva, en realidad. Tenía los ojos marrones, el pelo castaño y brillante, un hoyuelo en la mejilla izquierda... ¡Adorable! Aquel año había engordado un poco, a causa de toda la masa cruda de bizcocho que había tenido que tomar, pero aún podía decirse que tenía una figura curvilínea. Mi Wonderbra y yo lográbamos algunos escotes muy impresionantes. Los hombres todavía volvían la cabeza al pasar. Era muy admirada en el River Rats, un club de remo del pueblo que tenía en un pedestal a mi abuelo. Conocía a clientes que, de vez en cuando, eran hombres solteros, normales, de edad apropiada.

A pesar del mal ejemplo de mis padres y del rechazo que sentía Hester hacia el matrimonio, a pesar de que mi abuelo se había quedado destrozado al perder a mi abuela, yo siempre había sido optimista. El amor le convertía a uno en una persona mejor. Hacía que te sintieras protegida,preciada, elegida. Y, al querer a alguien, te hacías mejor, más noble, más generosa, más caritativa.

Estiré los brazos para hacer la postura del Gorila tranquilo e intenté abrazar a mi karma, tal y como nos estaba indicando Leslie. El nuevo veterinario, ¿eh? Con trabajo, una buena educación... Listo. Alguien que estaba a la altura de Mark. Sin duda, aquel veterinario también era bueno, cariñoso, divertido,

seguramente cocinaba muy bien y tenía las abdominales de Ryan Reynolds. Tal vez lo tuviera todo como Ryan Reynolds.

Por supuesto, me estaba adelantando a los acontecimientos.

Conseguí cita para ver al doctor McFarland aquel día, por la tarde, diciéndole a Carmella Landi, la recepcionista de toda la vida, que el pobre Bowie no se encontraba bien últimamente y que creía que había que hacerle una revisión.

–Entiendo –dijo ella, lacónicamente.

–Creo que ha debido de comerse algo raro –dije, intentando que resultara convincente. Aquello era una verdad a medias, porque Bowie se comía algo raro todos los días: un calcetín, un trozo de madera, una bolsa de habas congeladas... En una ocasión, se había comido uno de los pies de goma de Noah, que estaba sujeto al final de una prótesis especialmente fea.

Sin embargo, mientras nos preparábamos para ir al veterinario, me di cuenta de que Bowie estaba maravillosamente bien, con el pelo brillante, ladrando y cantando de alegría, con los ojos chispeantes mientras yo me ajustaba el escote. ¿Debía cambiarme de camisa? Sí. Me puse un suéter de color verde y manga corta y me desabroché los dos primeros botones. ¿Debía desabrochar el tercero? No, eso era vulgar.

–Por lo menos, intenta calmarte, Bowie –le dije–. No tienes que mentir, pero tampoco tienes que dar esos saltos de alegría.

Me puse unos pendientes a juego con el suéter, y un collar azul y verde. Me miré al espejo y me sonreí.

–Eres adorable –me dije–. Vamos, Bowie.

En otras circunstancias, habría ido en bicicleta. Bowie, como era un husky, había nacido para tirar. Noah y yo habíamos inventado un pequeño arnés para engancharlo a la bicicleta, y a mi perro le encantaba tirar de mí hacia arriba por las colinas del pueblo. Aquel día, sin embargo, tendríamos que ir en Lancelot, mi Prius verde. No iba a permitir que mi perro tirara de mí durante los cuatro kilómetros y medio que había entre mi casa y la clínica si se encontraba mal. Sentí una punzada de culpabilidad por la mentira, y le dediqué una plegaria rápida a san Francisco, el patrón de los animales, además de a Balto, el legendario perro de trineo cuyas heroicidades habían sido el origen de la Iditarod, para que Bowie conservara aquella salud de hierro.

Aquel día había humedad. El cielo estaba de un azul apagado, y en el tiempo habían dicho que iba a haber una temperatura de unos treinta grados, el calor máximo que solía hacer en Vermont. Había muchos mosquitos, así que me alegraba de tener que ir conduciendo.

Georgebury era la típica población de Vermont o, por lo menos, típica del Northeast Kingdom, donde las montañas eran demasiado bajas y escarpadas como para esquiar y, por eso, no recibía las ingentes cantidades de dinero que esa actividad aportaba a la economía. No. Georgebury era un poco destartado, y a sus habitantes nos gustaba así. El centro del pueblo estaba situado en la ladera de una colina, y era un pequeño grupo de edificios de tiendas, oficinas y restaurantes, con la arquitectura de ladrillo de un tiempo en que las construcciones se cuidaban más, con ventanas arqueadas y bonitos ornamentos, techos altos y suelos de tarima ancha. Green Mountain Media estaba en un edificio al estilo del Flatiron, en el cruce de las calles Allen y River.

Pasé por delante de la oficina y seguí subiendo por la colina hacia una zona residencial y más lujosa del pueblo, con grandes casas victorianas que habían construido los propietarios de la fábrica en el momento más próspero. Dejé atrás el precioso parque, el ateneo, el ayuntamiento y el internado privado. Misinski's Funeral Home también estaba allí. Era un edificio pintado con buen gusto, de color verde oscuro, amarillo y cobre, y tenía un toldo muy alargado. En la calle de la entrada había un coche funerario que anunciaba la función del establecimiento.

Aunque no era necesario, entré en Camden Street. Solo quería ver la calle, me dije a mí misma, mientras buscaba un coche con una matrícula de alquiler. Y, casi contra mi propia voluntad, ralenticé el paso.

A mí siempre me había encantado la casa de Mark. Era una casa muy grande, de estilo Craftsman, con el porche delantero de piedra, y tenía una gigantesca haya en el jardín trasero. Por supuesto, yo me había imaginado viviendo allí. Hacía once meses, había pasado cuatro noches en la casa de Mark, en la cama de Mark. Se me encogió el corazón al ver el jardín. Se suponía que nuestros hijos iban a jugar allí. «No, eso no va a pasar», me recordó la primera dama. «No te ha elegido a ti. Acéptalo y sigue adelante».

—Sí, sí, ya lo sé —murmuré.

Michelle tenía razón. Además, no parecía que hubiera nadie. Tal vez Muriel se estuviera alojando en otro lugar. Tal vez aquel asunto de que Mark y ella

estuvieran saliendo juntos fuese mucho menos serio de lo que parecía.

Con un suspiro, dejé atrás la calle de Mark y me dirigí al otro lado de la colina.

La clínica veterinaria estaba a unos ocho kilómetros del centro del pueblo, en la Route 2. Dejé el coche en el aparcamiento, tomé la correa de Bowie y lo desaté del arnés del asiento.

–Vamos, precioso –le dije, e intenté no tambalearme cuando Bowie se lanzó hacia la puerta. Adoraba al doctor Kumar, por supuesto, y cantaba con él cuando el veterinario le daba serenatas. Bowie se irguió sobre las dos patas traseras y se asomó al mostrador.

–Hola, Carmella –dije–. He traído a Bowie por lo de la revisión.

–Ya –dijo ella, enarcando una ceja, con cara de ironía.

–Creo que ha comido algo que no debía –le recordé.

–Umm, umm –murmuró, sin bajar la ceja–. Parece que eso ha ocurrido mucho últimamente –añadió, y señaló con la barbilla hacia la sala de espera.

Yo miré.

Oh.

La sala estaba... hasta la bandera. Y no solo estaba llena, sino que estaba llena de mujeres. Muchas mujeres jóvenes. Y... bueno... como yo, bastante arregladas. Y, más o menos, solteras. Vaya. Allí estaba Lily Butkes, que debía de haber hecho caso del consejo de su madre, con un enorme gato persa que me miraba despreciativamente. Aimee Wilder, que estaba un curso por delante de mí en el colegio, tenía en brazos a un Chihuahua tembloroso.

–Hola, Callie –me dijo, sonriendo.

Mierda. Aimee era muy guapa, muy alta, muy esbelta, como una supermodelo.

–Hola, Aimee, ¡me alegro de verte! –respondí con amabilidad.

En la sala de espera había otras dos mujeres a quienes no conocía, una de ellas, con un terrier con sobrepeso y, la otra, con una pitón negra enrollada en el brazo. Estaba también Jenna Sykes, otra compañera de colegio, que me sonrió. Tenía un cachorrito de caniche de color canela dormido en el hombro, como si fuera un bebé. Eso iba a ser difícil de superar. Un cachorrito era una ventaja muy injusta a la hora de buscar novio, sobre todo si el hombre en cuestión era veterinario. Me pregunté si esa era la estrategia de Jenna. Al menos, en vez de gastarse el dinero en la peluquería y en cosméticos para estar más guapa, ella había hecho una inversión que le iba a devolver amor.

–Siéntate, Callie –me dijo Carmella. Sacó el historial de Bowie y lo puso en una tablilla.

–Gracias, Carmella. Ven, Bowie.

Tiré de la correa mientras él intentaba olisquear hasta el último centímetro cuadrado de suelo, moviendo la cola frenéticamente, lanzando pelos al aire.

–Vamos, Bowie, sé bueno –le dije. Él olfateó la rodilla de la dueña de la serpiente pitón y, como debió de gustarle, trató de llegar a su entrepierna–. ¡No, Bowie! ¡Para! ¡Por favor, para! –le ordené, y miré a la mujer–. Lo siento muchísimo –dije, tratando de retirar a mi perro–. Le gusta mucho la gente.

Ella me miró fríamente, con sus ojos reptilianos, y, con gestos exagerados, se quitó unos pelos de Bowie de la rodilla. Era cierto eso de que las personas se parecían a sus mascotas.

–Jenna, puedes pasar a la sala tres –dijo Carmella–. Aimee, sala dos.

Jenna se puso de pie, con su cachorrito dormido, y me sonrió con seguridad. Aimee también se levantó, y se alejó por el pasillo meciendo las caderas. Yo oí una voz masculina y, después, una risita de Aimee.

Me senté y esperé. Mientras el tiempo pasaba lentamente, pensé que aquello podía salir bien. La siguiente en pasar fue la mujer de la pitón y, francamente, yo me alegré. Esa serpiente había estado mirando fijamente a Bowie. «A lo mejor no soy lo suficientemente grande como para comerte», parecía que estaba diciéndole. «Todavía».

Desde el asiento que yo había ocupado en la sala de espera, de la que, para mi consternación, había desaparecido la máquina de café, no podía ver al doctor McFarland. Y, bueno, tenía que reconocer que no había sido precisamente original llevando a mi perro para que le hiciera una revisión, pero tenía que intentarlo.

Jenna salió de la consulta con cara de pocos amigos, sujetando con cuidado al cachorrito, que se había despertado. Pagó la cuenta a Carmella y me miró.

–A partir de ahora, iré a la clínica del doctor Jones, en Kettering –refunfuñó–. Este tío es gilipollas. No me ha hecho ni caso.

Y, con eso, salió por la puerta.

–Hasta luego –dije yo. Ummm...

Un poco después, Aimee salió con su Chihuahua, que todavía estaba muy estresado. Aimee le lanzó la tarjeta de crédito a Carmella, suspiró y me miró.

–Buena suerte –me dijo, sin rodeos–. Si es que estás aquí por lo que yo pienso, claro.

–Gracias –dije yo, frunciendo el ceño.

Por fin, llego mi turno. Me quite un montón de pelos de Bowie de la falda, me cuadré de hombros y eché a andar por el pasillo.

–¡Hola, Callie! –me dijo Earl, el ayudante que llevaba trabajando en la clínica una eternidad.

–¡Hola, Earl! –respondí yo, y le di un abrazo.

–No me digas que Bowie está enfermo –dijo él.

–Bueno, solo un poco –dije, y me ruboricé.

–Ah –dijo Earl, con una mirada de sabiduría. Era una pena que tuviera sesenta años, porque yo siempre lo había querido.

Entré en la sala número cuatro y me senté en el pequeño banco de madera. El doctor Kumar tenía colgadas de las paredes una serie de dibujos de perros jugando al póquer o al billar. Aquellas ilustraciones habían desaparecido, pero las paredes estaban recién pintadas de un marrón oscuro bastante bonito. Por lo demás, la sala era tan sosa como cualquier otra sala de consultas veterinarias: había una mesa de metal, una pequeña nevera para las vacunas, un peso y un póster explicativo sobre las enfermedades transmitidas por las garrapatas. Todo aquello me daba sueño. Y parecía que a Bowie, también, porque bostezó y se dejó caer a mis pies, jadeando rítmicamente.

Estar allí, en el veterinario, me traía muchos recuerdos felices y, también, algunos tristes. De niños no nos dejaban tener mascotas... Intentamos tener un gato cuando yo tenía nueve años, pero en una ocasión se había metido en un ataúd ocupado, y había reaparecido durante el funeral, para espanto de la familia del difunto. Así que mi madre había mandado a Patches a vivir a una buena granja.

Sin embargo, yo siempre había querido a los animales y, cuando tenía catorce años, el doctor Kumar me había dejado ir a trabajar a la clínica, limpiando jaulas. Y, a medida que me hacía mayor, me había permitido lavar a los perros. Cuando moría una mascota, el doctor me pedía algunas veces que escribiera a mano el poema del Puente del arco iris, para poder enviárselo al dueño por correo. Ah, el poema del Puente del arco iris. Mierda, me estaban entrando ganas de llorar solo de acordarme.

El Poema del puente del arco iris dice que, cuando muere una mascota, va a un lugar soleado y maravilloso, lleno de praderas y bosques y amigos caninos y felinos. Es joven de nuevo, y está sano, y es muy feliz. Hay un precioso puente de arco iris muy cerca, pero tu perro nunca lo atraviesa. No. Él solo

juega y come filetes. Sin embargo, un buen día... tu perro se pone alerta. Ve algo a lo lejos. Empieza a temblar. ¿Será cierto? Sale corriendo, y corre, corre, corre... ¡hacia ti! Sí, eres tú. Te has muerto y has llegado al cielo, y tu perro te ha estado esperando todos estos años. Corre hacia ti y te lame la cara mientras mueve el rabo y tú lo acaricias y lo besas y lo abrazas. Eres tan feliz de estar de nuevo con tu amigo... Y, por fin, tu adorada mascota y tú cruzáis el Puente del arco iris y entráis en el cielo para vivir toda la eternidad.

Yo estaba sollozando.

–Te quiero, Bowie –dije, lloriqueando, inclinada sobre él. Bowie solo tenía tres años, así que esperaba que nos quedara mucho, mucho tiempo juntos, antes de que tuviera que pensar en el puente. Bowie me lamió las mejillas y me cantó una cancioncita. *Rurrroorah...*

–Te quiero, mi perrito –repetí, entre lágrimas.

La puerta se abrió y yo soplé rápidamente para quitarme el pelo de Bowie de entre los labios.

–Hola –dije, mientras me enjugaba los ojos y miraba hacia arriba.

Oh, mierda. Qué mierda. Una verdadera mierda.

Era el tipo de la Jefatura de Tráfico. El de «Por Dios, señorita, contrólese».

Estaba estudiando el historial de Bowie en la tablilla y, al principio, no me vio. Después, dijo:

–Hola, soy Ian McFarland.

Al verme, se quedó helado.

–Oh.

–Hola –dije yo, con la cara ardiendo.

–¿Se encuentra bien? –me preguntó, frunciendo el ceño.

–Sí –dije–. Estoy bien. Bueno, he llorado un poco. ¿Conoce el poema del Puente del arco iris? Estaba pensando en ese poema, y me he puesto un poco llorona. Ya sabe –dije. Volví a enjugarme los ojos y rebusqué un pañuelo de papel en mi bolso, pero no tenía.

–Tenga –dijo el veterinario, con una expresión pétrea. De nuevo, me tendió un impecable pañuelo de tela.

–Gracias –dije, mientras me ponía en pie. Él dio un paso hacia atrás, como si mi diarrea emocional hubiera regresado.

No era especialmente guapo... Bueno, tal vez tuviera cierto atractivo. Era parecido a un gángster ruso, con los pómulos afilados, el pelo rubio y corto y los ojos azules, muy claros. Su actitud era de... desaprobación. Estupendo.

Aquel tipo no parecía un veterinario lleno de ternura que fuera a llorar por el Puente del arco iris ni invitarme a cenar. Más bien, parecía alguien que sabía cómo matarme con el dedo meñique.

–Hola –dije de nuevo, al recordar que debía hablar–. Soy Callie. Callie Grey.

Al oír mi nombre, Bowie gimoteó y movió la cola como si quisiera decirme que lo estaba haciendo muy bien. El doctor McFarland miró el historial.

–¿Cuál es el problema? –preguntó.

Bowie notó que iba a haber un frotamiento de tripa en algún futuro cercano, y aprovechó el momento para rodar por el suelo y mostrar la barriga. Oh, qué adorable. Mi perro estaba... bueno. Emocionado. Interesado. Excitado.

Aparté los ojos de aquella exhibición de amor canino y tragué saliva.

–Yo... bueno, Bowie ha comido algo esta mañana. Lo cual no está fuera de lo común. Bowie, levántate –dije.

Estaba castrado, por supuesto, pero el hecho de que no pudiera tener cachorritos no significaba que no tuviera necesidades, y parecía que el doctor McFarland era su tipo. Mi perro no se movió, se quedó allí quieto, exhibiéndose.

–¿Qué se ha comido? –preguntó el veterinario.

–Eh... ¿el periódico? Pero eso lo hace a menudo. Seguramente, está bien.

–Debería tener más cuidado en no dejar el periódico por ahí –dijo él, y anotó algo en el historial, supongo que *Mal propietario de mascota*, o algo por el estilo. Entonces, me miró. Sí, con desaprobación.

–¿Cómo es su comportamiento?

¿Libidinoso?

–Eh, bueno... ha estado un poco... no sé, un poco... ¿triste? Así que... –sonreí con azoramiento.

¡Rooraahroh!, aulló Bowie, moviendo la cola de alegría.

El veterinario observó a mi perro y, después, me clavó una mirada llena de sarcasmo.

Yo tragué saliva.

–He pensado que nunca está de más hacerle una revisión a tu perro y ver si todo va bien. Me parecía que estaba un poco... apagado.

Bowie se tomó aquello como una pista para dar un saltito de esa manera ágil y rápida que tienen los huskies. Se quedó mirándome con sus enormes ojos de distinto color, con la cabeza ladeada, y dio un ladrido agudo, como si

me estuviera preguntando: «¿Y entonces? ¿Y entonces? ¿Qué pasó después, mamá? ¡Me encanta esta historia! ¡Aquí huele muy bien! ¿Puedo comer carne?».

–Parecía un poco apagado –repitió el doctor McFarland.

–Sí –respondí, y miré al suelo.

Él suspiró y dejó la tablilla sobre la mesa.

–Señorita Grey –dijo, mientras se cruzaba de brazos y me miraba con sus ojos árticos–. Voy a decirle una cosa: es usted la octava mujer que viene esta semana explicando vagamente que su mascota ha comido algo que no debía. Siete de esas mujeres eran solteras. Y, por lo que recuerdo de la mañana que pasamos juntos en Tráfico, usted también está soltera.

–Vaya. Parece que alguien tiene un ego muy fuerte –dije yo, y tiré de la correa de Bowie, que cada vez se acercaba más a la pierna del doctor McFarland.

–Supuestamente, dos de los perros se habían comido una bayeta. Cuando les dije a sus dueñas que era muy preocupante, porque una bayeta puede causar daños en el intestino, corrigieron rápidamente sus historias. Un loro, que podía o podía no haberse comido un juguete de plástico. Un gato que, a lo mejor, se había tragado un anillo. Cuando le recomendé que hiciéramos una placa de rayos X al animal, la dueña encontró el anillo en su bolsillo. Y cuatro perros, señorita Grey, que se habían comido un periódico y se sentían un poco mal.

–Qué coincidencia –dije yo, alegremente.

Él enarcó una ceja, con lentitud. Podría darle clases de severidad al señor Darcy. Jenna tenía razón: era un imbécil.

–¿Sabe una cosa, doctor McFarland? –le pregunté–. En realidad, tiene un poco de razón. Lo cierto es que... –hice una pausa. Él esperó. Yo esperé, también, a que se me ocurriera algo bueno–. Bowie sí se comió el periódico esta mañana. Pero yo ya tenía la idea de venir a verlo y, como Bowie se sentía un poco mal, pensé que era lo mejor –expliqué, y me aclaré suavemente la garganta–. Yo trabajé aquí para el doctor Kumar, ¿sabe? –pregunté. Él hizo un gesto negativo, con desinterés–. Bañaba a los perros y limpiaba. Era muy útil.

El doctor McFarland suspiró y miró la hora.

–Bueno, ahora trabajo en una agencia de publicidad y relaciones públicas y... umm... Sé lo bueno y amable que era el doctor Kumar, y usted tiene mucho camino que recorrer para llenar su vacío, y todo eso. Así que estaba pensando que tal vez necesitara un poco de ayuda para hacerle saber a la gente

del pueblo que es tan bueno como el doctor Kumar. Porque me estoy imaginando que, aunque ahora vea un aumento en el negocio gracias, sobre todo, al segmento de población de mujeres solteras del pueblo, tal vez después el número de clientes disminuya un poco.

¡Ajá! Él frunció el ceño, o lo frunció aún más, y yo seguí hablando.

–Puede que no sepa esto, pero hay otra clínica veterinaria en Kettering, que está a solo quince minutos de aquí, y mucho más cerca para la gente que vive en Main Street, así que... Me preguntaba si le interesaría contratar los servicios de mi agencia en el ámbito de las relaciones públicas.

¡Vaya! Aquello había sido totalmente inesperado. «No ha estado mal», dijo Michelle. «Aunque a mí no me gustan las mentiras, por supuesto».

El doctor McFarland me miró fijamente.

–Lo siento. No estoy buscando una agencia de publicidad.

–Sería algo más que un proyecto de relaciones públicas –dije yo. Bowie movió la cola para darme ánimos, y añadió un pequeño ladrido.

–No, gracias –dijo el veterinario– Y, ahora... ¿quiere que examine a su perro, sí o no?

–¡Claro! –respondí–. Ya que estamos...

El veterinario no puso los ojos en blanco, pero yo me di cuenta de que estaba a punto de hacerlo. Se arrodilló junto a Bowie que, inmediatamente, intentó montarlo.

–Baja –le dijo el doctor McFarland.

Para mi sorpresa, Bowie obedeció y le lamió la cara al veterinario, que sonrió ligeramente. Una sonrisa. Inesperadamente, yo sentí un cosquilleo cálido en el estómago... Doctor McFarland. Ian. Bonito nombre. Ian McFarland. Sí, me gustaba. El doctor McFarland se sacó un estetoscopio del bolsillo y lo puso contra el costado de Bowie, mientras sujetaba con suavidad la cabeza de mi perro para que no volviera a lamerlo.

–Entonces, las mujeres de Georgebury han estado pasándose por aquí, ¿eh? –le pregunté yo, como si no fuera una de ellas, las brujas desesperadas del noroeste de Vermont–. Supongo que no se les puede echar la culpa. Aquí arriba es difícil conocer gente nueva. Es gracioso que hayan venido siete personas con...

–¿Señorita Grey? –dijo él, y me clavó los ojos azul ártico. De repente, yo volví a sentir aquel calor líquido y fulminante. Aquellos ojos eran unos ojos muy bonitos, y él me estaba mirando fijamente, como si... Tal vez... ¿Tal vez

sintiera algo? ¿Algo por mí?

–Puede llamarme Callie –dije, con la voz un poco entrecortada–. Es el diminutivo de Calliope, la musa de Homero.

–Muy bien, Callie.

«¡Tu nombre! ¡Ha dicho tu nombre!», exclamó Betty Boop, y movió las pestañas como si fueran un abanico.

–¿Sí? –dije, con un suspiro.

–No puedo escuchar los sonidos del intestino de su perro si no deja de hablar.

–¡Claro! Los sonidos del intestino. Continúe, por favor. Haga lo que sea necesario. Usted es el médico. Examine. Buen chico, Bowie –dije. Cerré los ojos, cerré la boca y me quedé sentadita y quieta, imaginándome a la primera dama suspirando de resignación.

Después de un minuto, el doctor McFarland dijo:

–Parece que está bien –dijo. Se detuvo y anotó algo en el historial–. Intente no dejar periódicos donde su perro pueda comérselos. Por favor, pase por el mostrador de Carmella de camino a la salida.

–Claro. Me alegro de conocerlo –dije yo, ruborizándome de nuevo.

–Lo mismo digo –mintió él.

Lo seguí hacia el pasillo. Bowie ladró y dio un tirón de la correa, y me arrastró hacia delante. Yo choqué con la espalda del doctor McFarland y él se giró con cara de pocos amigos.

–Disculpe –murmuré, y tiré de Bowie hacia mí para apartarlo del objeto de su interés, una perra setter irlandés increíblemente bonita, que estaba desatada. Al vernos, se sentó inmediatamente y movió la cola.

–Vaya, qué perra tan preciosa –dije–. ¿Es suya?

–Sí –respondió él, y miró a mi perro, que gimoteaba, como un padre miraba al novio de su hija adolescente.

–Bowie, calla –dije. Mi perro se estaba excitando otra vez–. ¿Cómo se llama?

–Angie.

–Angie –dije yo y, rápidamente, me puse a canturrear la canción de los Rolling Stones, que era una de mis favoritas–: *Aaaangie, you can't say we never tri-ah-ah-ied.*

Bowie se unió a mí con un aullido y Angie movió la cola como si le gustara. Su dueño no dijo nada.

–¿Le puso el nombre por esa canción?

–No. Su nombre es Four D Mayo's Angel –respondió él, pacientemente–. Lo acorté.

–Ah, así que es de pura raza, ¿no?

–Sí.

–Bowie es un cruce.

–Sí, ya me he dado cuenta.

–Ah, claro. Porque usted es el veterinario.

«Por el amor de Dios», dijo Michelle. «Cállate, Callie».

–Angie, ve a dormir, nena –dijo el buen doctor. Su perra movió el rabo de nuevo, mirándome, y se fue por el pasillo. Bowie le lanzó un aullido de despedida.

–Bueno, nos vemos... –le ofrecí la mano al doctor McFarland, pero él ya se había metido en la siguiente sala de consultas para atender al terrier obeso y a su dueña.

Yo miré a mi perro, que me devolvió la mirada.

–No ha ido demasiado bien –susurré.

En el mostrador, Carmella se apiadó de mí.

–Está divorciado –me dijo–. Creo que no ha olvidado a su mujer.

–Ah –murmuré yo–. Es una pena.

Aquel viajecito a Humiliationville me costó setenta y cinco dólares. Michelle me dijo que había aprendido una valiosa lección, la de no hacerles perder el tiempo a los demás. Betty se lamentó por los zapatos que podía haberme comprado con ese dinero.

En el aparcamiento, la mujer de la pitón estaba deslizando a su mascota en el asiento delantero, y yo me pregunté qué demonios haría la serpiente mientras ella iba conduciendo.

–Ha sido una completa pérdida de tiempo –me dijo, mientras yo le abría la puerta a Bowie.

–Y que lo diga –respondí.

Cuando llegué a casa, taché al nuevo veterinario de la lista y entré en mi cuenta de correo electrónico. El día anterior, cuando se suponía que Annie tenía que estar preparándose para el nuevo año escolar, me envió varios candidatos que había seleccionado. Estaba disfrutando de lo lindo de sus

incursiones en el mundo de las citas por internet. «¡Este tío está buenísimo!», me había escrito, y me enviaba el link para acceder a su información. Doug336. ¿Qué significaban aquellos números? ¿Que había 336 Dougs en el mundo, todos ellos buscando el amor? Esos eran muchos Dougs. Suspiré y me giré a mirar una foto enmarcada que debería tirar.

Era del picnic de la agencia del año anterior, dos meses antes de aquel viaje a Santa Fe. Mark había organizado uno de esos retiros de empresa para fortalecer el vínculo de equipo entre los empleados. Había que hacer ejercicio físico y jugar al paintball y, aunque había habido muchas protestas y preguntas sobre por qué no nos habíamos ido a un crucero con las copas incluidas, yo me lo había pasado muy bien, sobre todo, durante el Chicken Challenge. ¡Oh, el Chicken Challenge! Básicamente, era un juego de ir a caballito sobre otra persona caminando por un lago y, ¿a quién le había tocado ir de compañera con el jefe? A mí, sí. Pete nos había sacado una foto a los dos, empapados y triunfantes, yo, a cuestras sobre Mark, con mis brazos alrededor de su precioso cuello. Aquel había sido un día muy, muy feliz. Y yo estaba segura de que él también lo sentía...

«Deshazte de esa foto», me dijo Michelle.

No lo hice. Pero aparté la mirada de ella e hice clic en el link.

—Bueno, Doug336 —dije—. Vamos a salir.

Capítulo 5

Yo conocía a Mark desde niña, y siempre lo había admirado desde la distancia. Él era dos años mayor que yo. Era hijo único. Vivía en la misma calle, más allá del parque del pueblo, y no en una funeraria, sino en una casa donde, según se rumoreaba, tenía una planta para él solo. Era alto, era atlético y era guapo. A mis ojos de niña, Mark Rousseau y Leonardo DiCaprio tenían el mismo atractivo y eran igual de inalcanzables...

Entonces, un día, llegó la fiesta del décimo cuarto cumpleaños de Gwen Hardy. Chicos y chicas, la habitación de juegos de la casa, un armario... Aunque bastantes de mis compañeros del colegio ya habían empezado a manosearse, yo todavía ni siquiera me había tomado de la mano con un chico. Jake Fiore me había pedido que saliera con él en sexto, pero yo le había dicho que mis padres eran muy estrictos y chapados a la antigua... no porque mis padres prestaran mucha atención, sino porque me parecía más fácil que navegar por las turbulentas aguas del amor adolescente.

Anthony Gates se me acercó en séptimo y, de nuevo, utilicé el comodín de los padres. Me disculpé y le dije que era un chico encantador, pero que mi padre... Dios. Pero, muchas gracias, me sentía realmente halagada. Como veis, aprendí el arte del rechazo agradable muy pronto en la vida.

La verdad era que yo sí creía en el amor. Después de que mi padre se fuera de casa, pensé que la vida iba a ser feliz de todos modos. Ayudaba a mi madre a cuidar a mi hermano pequeño y me levantaba alegre por las mañanas para contrarrestar a Hester. Me acordaba siempre de bajar de un salto del coche de mi padre cuando iba a recogerlos para que pasáramos la noche en su casa, y fingía que me encantaban los bolos porque a él le encantaban los bolos. Siempre tenía la habitación recogida. Sonreía cuando me apetecía llorar y, cuando lloraba, lo hacía en mi armario, para que nadie me oyera.

El amor iba a ser mi recompensa. Yo anhelaba el amor. Iba a conseguirlo, y no con un chico cualquiera. Iba a ser un amor abrumador e innegable, el amor con letras mayúsculas, el que había empujado a Johnny Depp a balancearse agarrado a una cuerda delante de una clínica psiquiátrica en *Benny & Joon*. Era evidente que mis padres habían fracasado estrepitosamente en ese sentido, pero yo no iba a cometer los mismos errores que ellos, fueran cuales fueran. Hester se había amargado por ello y era muy sarcástica. Tenía dieciséis años cuando mi padre se marchó, y fue perfectamente consciente del fracaso del matrimonio de mis padres. Ella pasó al otro extremo: juró que nunca iba a permitir que un hombre tuviera el control de su corazón. Cuando yo lloraba al ver una película de amor, ella ponía los ojos en blanco y me decía que dejara de hacer el ñoño, pero yo no podía parar. Y no quería.

En la habitación de ocio del sótano de Gwen, mientras sus padres veían *Seinfeld* en el piso de arriba, nosotros jugábamos al juego de la verdad o el reto y, si alguien no quería decir la verdad, tenía que meterse en el armario con otro para besarse. Antes de la fiesta, Annie y yo nos habíamos pasado más o menos mil horas hablando de quién queríamos que entrara en el armario con nosotras... Ella había elegido al monísimo Jack Doyle, el chico con el que acabaría casándose. Yo... en realidad, no tenía un candidato. Hasta la noche de la fiesta.

Gwen vivía a cuatro casas de los Rousseau, y había reunido valor para invitar a Mark a la fiesta. Y Mark había aceptado la invitación. Aquello era un gran triunfo para Gwen, porque Mark ya tenía dieciséis años. ¡Incluso tenía carné de conducir! ¡Jugaba al lacrosse y al fútbol! ¡Se afeitaba! Y, como todas sabíamos, Mark estaba saliendo con Julie Revere, y la hermana pequeña de Julie iba en la ruta del autobús con la prima de Corinne Breck, y Corinne, que estaba en nuestra clase, decía que su prima decía que la hermana de Julie decía que Julie decía que, a lo mejor, llegaba hasta el final con Mark.

Todas estábamos pendientes de él. Ninguna habíamos tocado el cuenco gigante de Cheetos por miedo a que se nos quedara un pegote naranja en los alambres del aparato de ortodoncia, y la mayoría estábamos bebiendo CocaCola Light en vez del ponche para niños. Yo me alegraba de haberme puesto mi minifalda vaquera con el jersey de lana rosa. Y, sí, Mark me había mirado diez minutos antes, al entrar, (¡gracias, sujetador con relleno!) y yo me había ruborizado aunque había fingido que no lo veía.

Cuando había llegado el turno de Mark al verdad o reto, yo ni siquiera oí la

pregunta que se suponía que él tenía que contestar. Se me llenaron los oídos de un ruido estruendoso. Me ardió la cara. Adopté una postura relajada y, cuando Mark detuvo sus ojos oscuros en mí, sonreí un poco, aunque me latía el corazón tan rápidamente que me sentía casi mareada. Él se puso de pie, atravesó el círculo y me tendió la mano.

–Bueno, niña, te toca venirte conmigo –dijo, con aquella media sonrisa que iba a torturarme durante la siguiente década y media.

Gwen y mis amigas Carla y Jenna se quedaron calladas, asombradas y celosas. La idea de que yo fuese la elegida era tan amarga para ellas como milagrosa para mí. Annie no me miró, y se lo agradecí... me habría puesto a dar grititos si lo hubiera hecho. Sin embargo, le brillaba la cara de emoción. Yo me puse de pie, me alisé la falda y tomé la mano de Mark. Lo seguí hasta el armario, casi flotando en aquel momento surrealista. ¡Mark Rousseau me estaba dando la mano! ¡Me estaba llevando a un armario! Era más de lo que nunca hubiera soñado.

El armario estaba lleno de cosas, y había una tubería de ventilación del aire acondicionado que recorría el espacio, así que teníamos que estar pegados el uno al otro. Mark olía de maravilla, a una mezcla de jabón y sudor, y yo oía su respiración. Me tomó la otra mano.

–Eres muy mona, Callie –susurró. Aquella fue la primera vez que dijo mi nombre, y yo estuve a punto de vomitar de la emoción.

–Gracias –susurré, tragando un poco de bilis. Tenía el pulso tan acelerado, y los latidos de mi corazón eran tan fuertes, que me extrañaba que no pudiera oírlos.

–¿Te han besado antes? –preguntó. Por su tono de voz, parecía que estaba sonriendo, aunque yo no podía verlo, porque estábamos a oscuras.

Me mordí el labio.

–Eh... No, en realidad, no –susurré.

–¿Y te parecería bien que yo te diera un beso ahora? –me preguntó él, también con un susurro.

–Claro –dije yo.

Fue un beso dulce y maravilloso, casto y perfecto. Sus labios eran suaves y cálidos. A mí se me formó un nudo en el estómago al notar su boca moviéndose contra la mía y, de repente, se me escapó un pequeño gemido. Me sentí mortificada. Mark se echó a reír y se retiró.

–¿Ha estado bien? –me preguntó.

–Umm, umm –respondí yo. Estaba demasiado avergonzada como para decir algo más.

Entonces, él volvió a besarme. Aquel segundo beso no fue igual que el primero, mágico y perfecto. El segundo fue... oh, fue cálido, maduro, más profundo y, Dios Santo, excitante. Empezaron a temblarme las rodillas. Mark deslizó las manos hasta mi trasero y me estrechó contra sí. ¡Oh!

Entonces, paró.

–Bueno, ya está –dijo, con calma. Dio un paso atrás y abrió la puerta del armario. Las luces y las risitas de las otras niñas me sacaron de un sueño maravilloso.

¡Mi primer beso! Mi primer beso me lo había dado Mark Rousseau, y había sido perfecto. Y el segundo, también. Volví a mi sitio del círculo, junto a Annie, como si estuviera flotando. Ella me preguntó algo y yo murmuré una respuesta sin sentido, pero no oía, no veía y no percibía las miradas de curiosidad de mis amigas. Tenía el corazón desbocado. En mi cabeza no dejaba de repetirse que Mark Rousseau me había besado.

Por supuesto, me enamoré locamente de él. Intentaba cruzarme en su camino por acá y por allá; por ejemplo, cuando iba al quiosco durante un partido de fútbol, yo pasaba por allí para que nos encontráramos como por casualidad. Él siempre me saludaba, incluso, a veces, diciendo mi nombre. Comencé a pasar en bicicleta por delante de su casa de vez en cuando... Bueno, cuatro o cinco veces a la semana, para ser sincera. Incluso me apunté al equipo de ciclismo campo a través porque hacían los entrenamientos cerca del equipo de lacrosse.

Mark no rompió con Julie. No pasó cerca de mi ventana para verme.

Pero me decía «hola» y, cuando estás en primer curso del instituto y un estudiante de tercero te dice «hola», eso es muy importante. Yo no salía con nadie hasta que él lo hacía, porque quería estar libre en caso de que él se fijara en mí. Pero él no se fijó. Después del instituto, se fue a la Universidad de Chicago. Yo salí con un par de chicos muy agradables. También me fui a la universidad. Tuve una relación. Incluso pensé que estaba enamorada, más o menos, aunque no era tan intenso como quizá debiera ser...

Al terminar la universidad, viví en Boston durante unos años muy divertidos, pero, al final, aquello no era para mí. Tenía un trabajo que me gustaba en una gran agencia de relaciones públicas, aunque el sueldo era mediocre. Tenía buenos amigos y lo pasábamos bien, e incluso salí con algunos chicos. Pero echaba de menos Vermont. Echaba de menos a mi familia,

sobre todo, a Bronte y a la pequeña Josephine. Llegó la hora de volver a casa. De sentar la cabeza. De encontrar a un buen tipo y casarme. De encontrar el amor con mayúsculas.

Y volví al aire limpio y los ríos caudalosos de Georgebury, a la funeraria, a la luz dulce de Vermont en verano. Tanto a mi madre como a mi padre les complacía que estuviera en casa. Freddie, que tenía el cociente intelectual de un genio, se aburría a menudo en el colegio y agradeció mucho la oportunidad de poder torturarme. Cuidaba a mis sobrinas, salía con Annie y con Jack, conseguí un trabajo cubriendo las reuniones del ayuntamiento para un periódico pequeño del pueblo y, por las noches, trabajaba de camarera, a la espera de que se presentara una buena oportunidad laboral para mí.

Y ocurrió. Mark volvió de Chicago, donde había estado trabajando aquellos años, y abrió Green Mountain Media.

Por supuesto, yo envié mi currículum. Como otras trescientas personas. Apenas había trabajos como aquel en nuestra parte del estado, y era una gran noticia en Georgebury. Me puse mi conjunto favorito de falda y jersey, comprado en Beacon Street, en Beantown, intentando transmitir profesionalidad, creatividad y originalidad. Aquel día me peiné con especial cuidado y ensayé mis respuestas delante del espejo.

Cuando entré en el despacho de Mark, la antigua atracción que sentía por él despertó al instante. Estaba más guapo que nunca, más masculino; tenía los hombros más anchos. Me preguntó por la universidad y por mi trabajo en Boston. Él me habló de lo mucho que le gustaba Back Bay, y de que intentaba ir por lo menos a un partido de los Sox al año. También comentó el hecho de que los dos hubiéramos vuelto a Georgebury. Yo le hice preguntas sobre la agencia, hablé de mi creatividad y de mi ética de trabajo y alabé a los Sox.

–Bueno, Callie –dijo él, mirando mi currículum–, tengo que decirte que eres una de las candidatas más cualificadas que he entrevistado. Esto es muy bueno.

–Gracias –dije, con una sonrisa, mientras se me encogían los dedos de los pies en los zapatos nuevos.

–No puedo decírtelo con total seguridad, porque todavía me queda gente por entrevistar, pero... bueno, creo que vas a tener noticias mías. Como muy tarde, el viernes.

–Excelente –dije yo–. Pero tómate el tiempo que necesites. Es una decisión muy importante. Necesitas la mezcla adecuada de gente para tu equipo.

Él asintió con agrado.

–Sí, es cierto. Gracias por venir.

–Un placer –dije yo.

Llegué hasta la puerta bastante satisfecha con la entrevista, por no mencionar las emociones que me había causado la presencia física de Mark. Entonces, él volvió a hablar.

–¿Callie?

Yo me volví.

–¿Sí?

–¿No nos besamos una vez en un armario?

¡Pam! Yo me puse muy roja.

–Ummm... Pues... no sé...

Él enarcó una ceja y sonrió lentamente.

–Callie, Callie. No se te habrá olvidado tu primer beso, ¿verdad?

Yo hice un mohín.

–Bueno, está bien, me has pillado. Sí, nos besamos en un armario. Pero no estaba segura de si debía mencionarlo en una entrevista de trabajo.

Él se echó a reír.

–No sé qué tendría de malo.

Y, entonces, me sonrió. Aquella sonrisa fue directamente a mi entrepierna, y yo me agarré al marco de la puerta con la esperanza de que no se notara que, de repente, me había puesto en celo.

–Creo recordar que fue muy... agradable –añadió él.

–Sí, yo también lo recuerdo –dije, y el corazón me golpeó el pecho–. Bueno, ha sido estupendo volver a verte, Mark.

–Te llamaré pronto.

Y me llamó. Conseguí el trabajo. Y, aunque me decía a mí misma a menudo que ya no tenía catorce años, que no podía permitirme el lujo de echar por la borda una estupenda oportunidad profesional y que el romanticismo no tenía lugar en el trabajo, estaba enamorada. Mark era un jefe estupendo, trabajador y lleno de energía, y apreciaba los esfuerzos de sus empleados. A mí me encantaba el trabajo... Como éramos una agencia pequeña, al principio participaba en todos los proyectos, y Mark se dio cuenta enseguida de que había contratado a la persona adecuada, algo que decía en voz alta frecuentemente. Flirteaba de vez en cuando, me decía que estaba guapa, aunque también se lo decía a Karen y a Leila y, más tarde, a Fleur. Pero nunca cruzó la línea, por mucho que yo se lo pidiera telepáticamente.

Hasta el año anterior, cuando me habían nominado para ganar un Clio.

Habíamos conseguido un proyecto para un hospital infantil, un gran hito para nosotros, porque la agencia todavía era muy joven. Queríamos dar en el blanco. Mark y yo estuvimos dos días sentados en la sala de reuniones de la mañana a la noche, trabajando incluso mientras comíamos, bebiendo café, llenando montones de hojas de papel y hablando hasta quedarnos roncos. ¿Cuáles eran las ventajas de aquel centro sanitario, en concreto? ¿Cómo podíamos enseñarle a la gente que no tenía que tomar un vuelo a Boston para contar con la mejor asistencia sanitaria? ¿Por qué debían elegir aquel hospital?

Entonces, en algún momento de la tarde del segundo día, a mí se me había ocurrido una idea. Mark estaba hablando sobre las estadísticas del hospital, o algo así, y yo alcé la mano para interrumpirlo. Entonces, dije la frase en voz alta, lentamente. Hice un esquema en mi libreta y miré a Mark a los ojos. Él se quedó boquiabierto y me devolvió la mirada.

–Eso es –dijo, susurrando.

Una semana después, estábamos grabando el anuncio. Yo elegí al niño, que era uno de los pacientes del hospital, y al médico, y los llevé a la sala donde quería que se tomara la fotografía. Hablé con Jens, el fotógrafo, sobre mi idea, sobre la iluminación y sobre el enfoque.

El cartel definitivo fue un primer plano de un niño de tres años en brazos de un médico. El niño descansaba la cabeza sobre el hombro de una mujer que miraba fijamente a la cámara. El médico tenía la cabeza girada hacia un lado, así que solo se veía su pelo gris y el estetoscopio que llevaba colgado del cuello. El niño llevaba una camiseta blanca a rayas rojas, el médico, una bata blanca. La pared que había tras ellos también era blanca. El punto focal de la fotografía era la cara del niño, que tenía unos grandes ojos verdes llenos de confianza y una ligera sonrisa, y miraba directamente a la cara del espectador. El eslogan era sencillo: *...como si fuera nuestro*. Debajo, *Hospital Infantil Noroeste*. Y eso fue todo. Al director del hospital se le empañaron los ojos al verlo.

Cuando llamó el comité de los Premios Clio, nos pusimos eufóricos. Por supuesto que los dos íbamos a ir a la ceremonia. ¡Era increíble! Un festival de tres días con las mejores agencias de publicidad del mundo, y nosotros éramos una de ellas.

Una o dos horas después de empezar el vuelo, Mark se quedó dormido. Yo

sentí una oleada de deseo y ternura. ¿Qué podía ser más maravilloso que ver dormir al hombre al que se ama? ¡Suspiro! Por una vez, no me importó que las líneas aéreas apretasen a los pasajeros como sardinas en lata, porque podía observarlo y estudiarlo a placer sin miedo a que me sorprendiera con la mirada. Tenía el pelo oscuro y ondulado y las pestañas negras y largas. Me parecía excitante, incluso, la forma en que su pecho subía y bajaba, con la respiración, debajo de su camisa azul claro.

Entonces, sobrevolando algún lugar del Medio Oeste, el capitán del avión se dirigió al pasaje por los altavoces.

–Señoras y señores, vamos a atravesar algunas turbulencias. Por favor, permanezcan en sus asientos y abróchense el cinturón de seguridad. Suban las bandejas. Personal de cabina, tome asiento. Las turbulencias van a ser bastante fuertes.

Yo obedecí y me cercioré de que Mark tuviera puesto el cinturón de seguridad. Después, metí el ordenador portátil en su bolsa. Para entonces, las sacudidas ya eran notables. El avión dio un tirón y tembló. La gente gritaba, incluida yo. Se me clavó el cinturón de seguridad en el estómago y el pelo se me alborotó. Era como la doma de un caballo, violenta e impredecible. Entonces, se oyó un pitido horrible, y las máscaras de oxígeno cayeron delante de los pasajeros. Mark se despertó de repente y, automáticamente, me abrazó, como si quisiera protegerme del peligro.

–¿Qué pasa? –preguntó, por encima del estruendo.

El avión volvió a sacudirse, y yo rodé hacia la izquierda. Tuve que agarrarme al brazo de Mark, y noté que el ordenador portátil se me deslizaba entre los pies. Se me quedó la mente en blanco a causa del terror. El avión siguió con sus sacudidas, y la gente gritaba y rezaba. Los motores rugían y chirriaban. Mark me miró a los ojos.

Entonces, el avión sufrió una caída tan brusca, que las tazas, los bolsos y los objetos en general salieron volando y chocaron con el techo. Más gritos. Yo no podía hablar. Me agarré con una mano al cabecero del respaldo y, con la otra, a la mano de Mark. El avión dio otra sacudida.

–Señoras y señores –dijo de nuevo el capitán Hewitt–. Tenemos algunas dificultades –añadió, con calma–. Agárrense fuerte.

Mientras él hablaba, el avión cayó de nuevo bruscamente. ¡Dios, estábamos atrapados en un tubo de metal, cayendo desde el cielo! Yo abrí la boca, pero no emití ningún sonido.

–Mierda, mierda, mierda –murmuró Mark.

–Oh, Dios, ayúdanos, ¡sálvanos! –gritó la mujer que iba delante de mí.

El avión dio otro bandazo, y hubo un grito general. «Vamos a morir», me dijo una parte de mi cerebro, la única que mantenía la calma y no estaba aullando de pánico. «Vamos a tener un accidente, Dios, es el final». Tenía las piernas agarrotadas por el miedo y los ojos muy abiertos, unos ojos que lo veían todo. El hombre que estaba al otro lado del pasillo iba encorvado y tenía las manos puestas sobre la nuca. Rezaba. Había basura por todas partes. ¿Quién iba a pensar que podía haber tantas cosas a mi alrededor? Una niña pequeña, dos asientos por delante de mí, sollozaba.

–¡Mamá, haz que pare, mamá!

Alguien vomitó, y la gente hablaba llorando por el teléfono móvil.

–Nena, esto va muy mal, te quiero, te quiero mucho...

Pero Mark y yo seguimos agarrados de la mano mientras el avión descendía y temblaba. Mark me puso la cabeza hacia abajo... Dios Santo, estaba en posición de choque, ¿quién sobrevivía a un accidente de avión? Estaba temblando descontroladamente, y tenía la cara llena de lágrimas... Josephine, Bronte, Hester, Freddie, mis padres. ¿Quién iba a cuidar a Noah? ¿Y Bowie? ¿Iba a saber mi adorado perro que yo había muerto?

El avión siguió dando sacudidas, inclinándose, enderezándose. Y, entonces, entre el caos y el terror, vi luces abajo, en tierra. Estábamos descendiendo, aunque el avión siguiera moviéndose descontroladamente. El sonido de la salida del tren de aterrizaje fue lo más bello que he oído en la vida.

–Vamos a aterrizar –dijo Mark, con la voz ahogada–. No vamos a morir.

Cuando las ruedas tocaron la pista, todo el avión estalló en sollozos y vítores.

–Bienvenidos a Nuevo México –dijo el capitán, con la voz temblorosa, ahora que ya estábamos a salvo–. Siento lo accidentado de la última parte del vuelo.

El personal de vuelo se puso en pie con la cara pálida y la gente se quitó el cinturón de seguridad antes de tiempo. Todo el mundo estaba desesperado por bajar del avión y mucha gente todavía lloraba. Sin embargo, estábamos vivos.

Yo me giré hacia Mark y nos miramos el uno al otro. Entonces, él me tomó la cara con ambas manos y me besó. Estaba empapado en sudor.

–Estamos bien –dijo, con la voz ronca.

Yo asentí. Todavía tenía la garganta demasiado oprimida como para hablar.

Había estado a punto de morir, pero no había muerto. Estaba viva. Era tan raro... Habíamos estado a punto de caer en picado desde el cielo, pero, de algún modo, habíamos sobrevivido.

Mientras estaba en el pasillo, esperando para salir, temblando, me parecía extrañísimo hacer aquellas tareas normales como encontrar el bolso y el ordenador portátil, alisarme la falda... La gente ya estaba hablando por el teléfono móvil, asegurándoles a sus seres queridos que estaba bien, abriendo los compartimentos superiores y sacando el equipaje de mano. Yo no hablé.

–Callie, ¿estás bien? –me preguntó Mark.

Asentí, y me di cuenta de que estaba llorando. Cuando pasamos por delante del capitán y la tripulación, los abracé a todos uno a uno. Dios Santo, cuánto los quería. Cuando llegué al capitán, tenía claro que era la mano derecha de Dios, no un hombre de mediana edad, rubio y con bigote.

–Gracias. Muchísimas gracias –le dije, entre lágrimas.

–Bueno, ahora que ya estamos todos sanos y a salvo, no importa mucho cómo ha sido el vuelo, ¿no le parece? –me dijo él, dándome unas palmaditas en el hombro—. Gracias por volar con nosotros, señorita.

Pero... no todos los días estaba uno a punto de morir en un accidente aéreo, ¿no? No había mejor celebración de la vida que bajar de un avión que había estado dando bandazos, sacudidas y tirones por el cielo, respirar el aire fresco y sentir el suelo firme bajo los pies. Bueno, había otra cosa que también era una buena celebración de la vida: el sexo.

Mark me tomó de la mano y, cuando ya estábamos fuera del avión, no me la soltó. No dijimos nada. Tomamos un taxi, llegamos al hotel, nos registramos en la recepción y entramos al ascensor. Íbamos a alojarnos en plantas distintas, pero él solo apretó el botón del noveno piso. En cuanto entramos a su habitación y la puerta se cerró, Mark me estrechó contra sí y me besó apasionadamente y, después, le dimos un buen uso a la enorme cama doble.

Fue maravilloso. Yo nunca había estado así de enamorada. El temblor de las manos de Mark mientras me desabotonaba la blusa, su peso encima de mí, su boca sobre la mía, aquella media sonrisa... Aquello sí que era el amor con mayúsculas. El amor que yo siempre había sabido que iba a encontrar, y era deslumbrante.

A la mañana siguiente, Mark sugirió que nos saltáramos el congreso, porque solo necesitábamos aparecer en la ceremonia y, ahora que habíamos estado a punto de morir, nos dábamos cuenta de la tontería que era todo aquello, en

realidad. Paseamos por la preciosa Santa Fe y compramos souvenirs hechos por los nativos americanos para Bronte y Josephine. Cuando empezó a hacer demasiado calor, nos metimos al cine y, durante la película, nos besamos como dos adolescentes. Cenamos en un pequeño restaurante y descubrimos que la salsa de chili verde era néctar de dioses, y nos preguntamos cómo era posible que hubiéramos podido vivir sin ella durante tanto tiempo.

El jueves por la noche, nuestro cartel ganó el bronce. No estaba mal, pero nos parecía insignificante, después de todo lo que nos había pasado. Nos teníamos el uno al otro. Sabíamos qué era lo que importaba de verdad. Por lo menos, eso pensaba yo.

Claramente, aquello era el comienzo de una historia de amor destinada a acabar en matrimonio. Era algo serio. Yo trabajaba para Mark, y él no se acostaría conmigo si no lo fuera. Después de aquella experiencia cercana a la muerte, se había dado cuenta, por fin, de lo que era yo para él. Las prioridades habían quedado claras, ¿verdad?

Pues no. En realidad, no.

Al final del congreso, Mark me dijo que se reuniría conmigo en el vestíbulo del hotel. Así que yo volví a mi habitación. Aquella era una señal que yo había ignorado. Aunque había dormido en su habitación, no me había invitado a compartirla, así que yo me había duchado y me había arreglado en la mía. Eso tenía sentido, porque habíamos pagado dos habitaciones. Mientras hacía el equipaje, canturreaba. Josephine iba a ser la niña de las arras más bonita del mundo. Bronte podría ser la dama de honor más joven. Yo tendría que pedirles a mis padres, a los dos, que me acompañaran al altar, para no demostrar favoritismos. ¿Una boda de invierno ambientada en la Navidad, o sería mejor que nos casáramos en junio, como mandaba la tradición? Mark y Callie. Callie y Mark. Sonaba muy bien, ¿verdad? Eso creía yo.

Cuando bajé al vestíbulo del hotel, Mark estaba hablando por su iPhone y casi ni me miró. Se lo perdoné. En el trayecto en taxi al aeropuerto, llamó a un cliente. No pasaba nada. Cuando yo comenté que me sentía nerviosa por tener que volar otra vez, él dijo, con cierta impaciencia:

–Callie, hay muy pocas probabilidades de que nos vuelva a pasar otra cosa igual. No seas tonta.

Yo sonreí animosamente, a él le dije que tenía razón y a mí misma me dije que no debía ser tan Betty Boop. Él se pasó el vuelo de vuelta trabajando con el ordenador portátil. Era lógico. Teníamos mucho trabajo. Yo fingí que

también iba trabajando, aunque solo iba escuchando atentamente por si fallaba alguno de los motores. Intenté abrazarme a Michelle Obama, la parte inteligente y práctica de mí misma. Intenté no prestarle atención a mi corazón, que latía traqueteando.

Durante las siguientes cinco semanas, intenté sentirme feliz. Tenía a Mark... más o menos. Él me quería... o eso pensaba yo. Estuve esas cinco semanas ignorando las señales. Fingía que no existía la distancia que había entre nosotros, aunque cada vez era más grande. Intentaba más que nunca ser adorable, perfecta, divertida. Perdonar sus respuestas cada vez más cortas. Hasta que, la noche número treinta y ocho de nuestra relación, él me invitó a su casa.

Al principio, cuando entré desde el frío aire del otoño, me llevé una agradable sorpresa. La mesa estaba puesta, él había hecho la cena y había puesto velas. La chimenea estaba encendida.

«Vaya», pensé. «Lo que pasaba era que Mark necesitaba adaptarse a la situación. Claramente, quiere estar conmigo; de lo contrario, ¿para qué iba a tomarse tantas molestias? Tal vez tenga preparado algo especial. ¡Un anillo de compromiso!».

Por primera vez desde Santa Fe, me relajé. Por supuesto que Mark me quería. Claro que sí.

Mark sirvió unas copas de vino, me ofreció queso Brie con crackers y rompió conmigo.

En la agencia había mucho trabajo, y mantener una relación seria en aquel momento... Estaba seguro de que yo lo entendía, y de que sentía lo mismo que él.

—Ah —dije, apagadamente—. Claro. Entonces, supongo que tenemos que tomarnos las cosas despacio, ¿no?

Mark me miró fijamente.

—Callie, tú eres... increíble. Pero yo no estoy en un momento de mi vida en el que pueda darte lo que mereces. Y te lo mereces todo. No es que no sienta que... por supuesto, eres especial para mí. Imagino que lo sabes, ¿no?

—Claro —susurré, con un picor en los ojos—. Entonces, ¿vamos a ir viendo lo que ocurre y lo reevaluamos en... unos seis meses?

El fuego crepité. Mark miró su plato y comenzó a romper en pedacitos un cracker.

—Para ser sincero, no sé lo que ocurrirá dentro de tanto tiempo, y no puedo

pedirte que me esperes hasta que pueda comprometerme.

–¡No, no! ¡No me importa esperar! Es que... Mark, el tiempo que pasamos en Santa Fe fue... –dije, y se me quebró un poco la voz–. Fue tan... especial.

–Sí, es cierto –reconoció. Después, imitó muy mal a Bogart, y añadió–: Siempre nos quedará Santa Fe.

Oh, Dios. ¡Aquello era el final! Traté de conseguir que cambiara de opinión.

–Pero yo... siento que tenemos algo... No sé, como un vínculo especial, y yo...

De repente, entendí el significado de las palabras «desesperadamente enamorada». Michelle me habló con bondad: «Se supone que no deberías tener que convencerlo, cariño». Yo la ignoré.

–No creo que debiéramos... No creo que debiéramos desdeñar así lo que sentimos el uno por el otro, Mark. Por favor.

–Eh... bueno –dijo él, lentamente, mientras hacía miguitas su cracker–. Callie, tú eres fantástica, y ojalá yo estuviera en otro momento de mi vida, pero no lo estoy –me miró como si fuera James Dean y sonrió tímidamente–. Espero que nos llevemos bien, ¿no? Que sigamos siendo amigos. Bueno, me gustaría que te quedaras a cenar. He hecho la cena.

«No te quedes. Respétate a ti misma y sal de aquí».

Tragué saliva.

–Sí, claro que todavía somos amigos, Mark –dije–. ¡Por supuesto!

–Muy bien –dijo Mark, y apartó el plato de crackers y queso–. Sabía que lo entenderías, Callie. Gracias a Dios que no eres una de esas mujeres histéricas que no soporta estar sola –añadió, con una sonrisa–. Tengo mucha hambre, ¿y tú?

–Sí, claro –respondí.

Me puse en pie y lo seguí hasta la mesa del comedor. La siguiente hora, Mark estuvo charlando de sus padres y del crucero que habían hecho por Noruega, de un par de clientes, de la injusticia de que los Yankees hubieran ganado otro Mundial. Y, durante todo aquel tiempo, yo murmuré y asentí, e incluso cené, mientras la cabeza no dejaba de darme vueltas. No sabía cómo había aceptado aquella situación. Mark lo había orquestado todo de manera muy inteligente para que no hubiera ninguna escenita, ni una ruptura real, ni lloros... Estábamos allí sentados, cenando, siendo de nuevo amigos y colegas de trabajo. Tenía que admitir que había manejado muy bien la situación.

Cuando llegué a casa aquella noche, me había convencido a mí misma de

que Mark había sido sincero. Era un mal momento para una relación seria... ¡Cierto! ¡Mark tenía razón! ¡Todo lo que había dicho era cierto! Las semanas siguientes, Betty Boop y yo conservamos la esperanza. Intenté estar alegre y esperé a que Mark volviera a fijarse en mí y quisiera que yo formara parte de su vida. Sin embargo, los días fueron pasando y mi optimismo se fue erosionando poco a poco, hasta que no pude negar la verdad. No me quería.

Debería haberle tomado odio, pero eso era imposible. En primer lugar, yo sí lo quería. Era divertido e inteligente, y un gran jefe. Adoraba su trabajo y valoraba a sus empleados. Me enviaba correos electrónicos con tonterías o links a historias raras y, algunas veces, me mandaba mensajes de texto durante las reuniones con algún comentario sobre un cliente. Me llamaba a mi casa si le había ocurrido algo. Cuando alababa mi trabajo, yo me sentía eufórica y orgullosa... pero la alegría duraba solo hasta que él se marchaba.

Aquellos tres días en Santa Fe habían sido tan perfectos que no podía olvidarlos. Debería haber llamado a Annie, haberme emborrachado de bombones de licor y haber hecho una lista de los motivos por los que odiaba a Mark. Pero no lo hice. Si hubiera podido dar marcha atrás en el tiempo, habría estado dispuesta a soportar aquel vuelo otra vez, con tal de recuperar los momentos felices en los que había tenido todo lo que quería.

Capítulo 6

El lunes, quedé para comer con Doug³³⁶ y conocerlo. Nos habíamos enviado algunos correos electrónicos y una fotografía, y habíamos visto las páginas de Facebook el uno del otro. Annie tenía mucha confianza en que saliera bien.

–Tienes que salir –me dijo, como si lo supiera todo acerca de las rupturas y el desamor a causa de las seis horas que Jack y ella se habían pasado enfadados en sexto–. Y esto te va a venir muy bien, ya lo verás. Sin que te des cuenta, te olvidarás de Mark en menos que canta un gallo.

Era posible, pensé, mientras elegía mi ropa con más atención de lo habitual. No solo iba a conocer a quien podía ser mi hombre ideal, sino que era el primer día de trabajo de Muriel en Green Mountain Media. Con solo pensarlo, se me encogía el estómago.

–No, no –le dije a mi reflejo–. Todo va a salir bien. Y estás muy mona.

Aquel día necesitaba motivación, afirmación personal, necesitaba representar bien el papel de genial directora creativa y joven profesional. Había elegido un precioso vestido amarillo y unas sandalias rojas de tacón. Un collar de cuentas rojas y naranjas y un bolso de ante naranja.

Damien se quedó mirando cuando entraba por la puerta de la oficina, con cierta dificultad, porque llevaba una bandeja de bollitos en las manos.

–¿Podrías ayudarme, Damien? –le dije.

–Estoy ocupado –dijo él, con una sola hoja de papel en la mano.

–Eres un idiota –gruñí yo, y conseguí entrar, por fin, en el vestíbulo–. Ni un solo bollito para ti.

–Estoy a régimen –respondió él. Después, bajó la voz–: Ella está aquí.

Yo me detuve.

–Ah, muy bien. ¡Estupendo!

Damien hizo un mohín, un gesto a medias de comprensión y a medias de disgusto, y volvió a sentarse en su sitio.

Green Mountain Media tenía forma de triángulo. El territorio de Damien era el vestíbulo, un espacio grande y soleado, adornado con varios carteles nuestros enmarcados y varios ficus grandes en macetas, y amueblado con un sofá y una mesita de centro que estaban delante del mostrador de recepción. Después, estaba el departamento de arte, un área abierta y alegre, con varias pantallas grandes de ordenadores MacIntosh, impresoras, escáneres y miles de cables. Allí reinaban Pete y Leila, hablando siempre en sus siglas de expertos en informática. A medida que se iba estrechando el triángulo estaban la sala de reuniones y el despacho de Karen, que era grande y oscuro. Oscuro, debido a que ella siempre tenía las persianas bajadas. Sospechábamos que Karen era medio vampiresa, puesto que odiaba las mañanas y la luz del sol. Enfrente del despacho de Karen estaba el de Fleur. Y, como directora creativa, yo tenía el despacho más grande, el que estaba más cerca del final del triángulo, donde también estaba el de Mark. Ahora, el despacho vacío que estaba justo enfrente del mío iba a ser ocupado por nuestra nueva compañera, Muriel.

Mientras me acercaba, se me encogió el corazón. Mark estaba en la puerta de aquel despacho, inclinado hacia delante.

–Hola, Callie –dijo, sonriendo como si fuera un día como otro cualquiera.

–Buenos días, jefe –dije yo, y me sentí tranquila al notar que mi voz sonaba normal. Me detuve. La bandeja de bollitos me pesaba. El bolso se me deslizó del hombro.

–Hola, Muriel, bienvenida.

Estaba junto a Mark, con la cadera huesuda arqueada hacia un lado.

–Hola –dijo ella, mirándome de arriba abajo. Arrugó las ventanas de la nariz, y añadió–: ¿Cómo estás, Calliope?

–Muy bien, gracias –respondí yo–. ¿Y tú? ¿Organizándote?

–Ya está hecho.

Muriel era guapa, eso no podía negarlo. Tenía el pelo negro y lo llevaba recogido en un moño. Aquel peinado acentuaba la estrechez de su rostro de reina de hielo. Tenía los ojos de color gris claro, brillantes, y la piel blanquísima, con dos manchas rosadas en las mejillas, como si le ardieran por la fiebre. Llevaba un traje negro muy ajustado, seguramente, de Armani, y una camisa negra de seda. Debía de usar la talla treinta y seis. Al instante, yo me sentí gorda y fofa.

–Bueno, voy a dejar la bandeja de bollitos...

–¿Tienes un momento? –me preguntó ella.

Yo miré a Mark, que me devolvió una mirada insulsa.

–Um... –titubeé–. ¡Claro! Por supuesto.

–Bueno, chicas, os dejo solas –dijo Mark, y se apartó para dejarme pasar–. Estás muy guapa hoy, Callie.

–Gracias –dije yo.

Él sonrió y cerró la puerta. Yo dejé la bandeja en la única superficie disponible, el escritorio de Muriel, y me sentí un poco agobiada. El perfume de Muriel lo impregnaba todo.

–Vaya, el despacho es estupendo –dije, con una sonrisa forzada.

Estupendo, si a uno le gustaban los paisajes yermos, claro. Durante el fin de semana habían reformado el despacho; el antiguo escritorio estándar había sido sustituido por otro moderno y blanco. Detrás de él había una lujosa butaca de cuero blanco. En las paredes había colgadas serigrafías de Ansel Adams... Bueno, teniendo en cuenta el dinero de los deVeers, seguramente eran la obra original. Paredes blancas, estanterías negras. Había una fotografía del señor deVeers y de ella, vestidos con ropa de esquiar, en la cima de alguna montaña. Yo recordé que la madre de Muriel había muerto cuando ella era pequeña.

Muriel se sentó en su sillón.

–Siéntate –me dijo.

Yo obedecí. Me sentía como si me hubieran llamado al despacho del director del colegio, algo que nunca había sucedido en la vida real.

–¿Te apetece un bollito? –le pregunté–. Los he hecho esta mañana.

–No, gracias –respondió ella.

–Bueno –dije yo, entonces–, ¿qué querías?

Ella volvió a mirarme de arriba abajo, como si estuviera examinando a un bicho.

–Me ha parecido que debía ponerte al tanto: Mark me contó lo de vuestra aventura del año pasado –dijo.

¿Aventura? ¿Así lo había llamado él? A mí se me encogió el corazón. En realidad, debí de encogerme entera, porque ella sonrió. Su sonrisa fue como la de Cruella De Vil.

–No quería que pensaras que te estaba ocultando esa información –dijo ella–. Debe de ser muy duro sentir algo por tu jefe, todavía.

–Oh, no –dije yo, mintiendo–. Estoy perfectamente. Mark y yo nos conocemos de toda la vida, y somos muy buenos amigos. De todos modos, muchas gracias –dije. Intenté mostrar la misma frialdad que ella, pero me resultó difícil, porque me ardía la cara.

–Umm, ummm –murmuró Muriel, enarcando una de sus finas cejas–. Pues te alabo por no permitir que eso se interponga en tu camino. Yo no estoy segura de si sería capaz de trabajar con el hombre al que quiero si el sentimiento no fuese mutuo.

Vaya. ¡Vaya! Hacía falta tener agallas para decir algo así.

–Yo estoy perfectamente, te lo aseguro –dije, aunque tenía un nudo en la garganta.

–¡Bien! Pues me alegro por ti, Callie –dijo ella–. Bueno, ahora, discúlpame, pero tengo que trabajar.

Me puse en pie, con las piernas temblorosas, y caminé hacia la puerta, tratando de conservar la compostura.

–¿Callie? –me dijo Muriel, mientras escribía en su libreta.

–¿Sí?

Ella no alzó la vista.

–No te olvides de tu comida.

–Es para todo el mundo –dije yo, a la defensiva–. Siempre hago bollos los lunes. Hay reuniones de producción.

Ella no respondió. Tan solo me lanzó una mirada dubitativa, como si pensara que yo iba a marcharme por el pasillo y a meterme diez bollitos en la boca.

Con cuidado de no lanzarle accidentalmente la bandeja a la cara, la recogí de la mesa y me marché. Cerré la puerta suavemente al salir.

La naturaleza de la publicidad es conseguir que la gente desee algo. Mi trabajo de directora creativa consistía en dar con un concepto... con una idea general para una campaña publicitaria. Pero, para mí, era algo más. Mi trabajo tenía algo de mágico. Cuando tenía una cuenta en mis manos, lo que tenía era la oportunidad de reflexionar sobre algo, de concentrarme solo en sus cualidades, de convencer a los demás para que les gustara, para que lo quisieran y lo necesitaran. Me concentraba en lo positivo. Eso siempre había sido uno de mis puntos fuertes.

Mark era el ejecutivo de cuentas de todos nuestros clientes, aunque yo sabía que Fleur tenía la esperanza de poder ascender. Por el momento, ella estaba por debajo de mí, y debía escribir los textos y pasármelos para que yo diera el visto bueno. Pete y Leila se encargaban de la parte gráfica de los proyectos, Karen reservaba los espacios para los anuncios, pagaba las facturas y llevaba las relaciones con nuestros agentes comerciales, y Damien respondía al teléfono, tomaba las citas y adoraba a Mark.

Y, ahora, también estaba Muriel. Nunca habíamos tenido a nadie trabajando en una sola cuenta, pero Bags to Riches era nuestro principal cliente. Querían hacer una campaña publicitaria a nivel nacional, en radio, televisión, internet, prensa, vallas publicitarias... todo. Aquella mañana, se suponía que Muriel iba a ponernos al tanto de lo que quería el cliente y, después, empezaríamos a pensar en diferentes ideas. Yo ya tenía algunas maquetas preparadas.

Diez minutos más tarde, todos los empleados entrábamos en la sala de reuniones. Yo dejé la bandeja de bollos en medio de la mesa.

–Que Dios te lo pague, Callie –dijo Pete, lanzándose por uno.

–Tienen muy buena pinta –dijo Mark, sonriéndome–. Muriel, Callie hace unos bollos increíbles. ¿Quieres uno?

–Oh, claro que sí –dijo ella, sonriéndole a él–. Me muero de hambre.

–Vaya, no me digas que comes carbohidratos y estás así de delgada. La vida es injusta. Hola, soy Fleur Eames –dijo Fleur. Dejó de hundir su bolsita de té en el agua y le tendió la mano–. Siento llegar tarde. No os vais a creer lo que me ha pasado viniendo. Un ciervo ha estado a punto de romperme el parabrisas.

–¿Has atropellado a un ciervo? –pregunté yo, con horror.

Fleur me miró.

–Casi. Pero tuve que pararme en el arcén para calmarme.

–Me alegro de conocerte –dijo Muriel.

–Yo, también –dijo Fleur–. He oído hablar muy bien de ti.

–Lameculos –susurró Damien, mientras se sentaba, como de costumbre, a mi lado.

Bueno –dijo Mark–, vamos a trabajar. Todo el mundo conoce ya a Muriel, tenemos los estupendos bollos de Callie...

Me sonrió, y yo le devolví una sonrisa forzada. La buena de Callie, con sus bollitos y pastelitos...

–Muriel –continuó él–, ¿te importaría ponernos al corriente de todo lo que

necesitamos saber sobre Bags to Riches?

–Claro, por supuesto. Pero antes, me gustaría deciros que estoy muy contenta de estar aquí –dijo ella, y nos sonrió a todos, uno por uno. Después, carraspeó y tomó sus notas–. Bags to Riches es una empresa que hace ropa deportiva con una mezcla de algodón y bolsas de plástico recicladas.

Hablaba con confianza, en voz muy alta, como si estuviera dirigiéndose a un estadio.

–Tenemos un público objetivo joven, de alto poder adquisitivo y aficionado a las actividades al aire libre, como el senderismo y el ciclismo –dijo. Nos miró a los ojos a todos, con una expresión grave. Damien me dio una patada por debajo de la mesa–. Nuestro objetivo es llegar a esta gente a través de varios medios de comunicación y de las redes sociales y aumentar las ventas. Gracias.

Y, con eso, se sentó. Mark la miró con desconcierto, pero ella se limitó a sonreír modosamente y se miró las manos.

–Um... De acuerdo. Estupendo, Muriel –dijo–. Bueno, Callie, ¿alguna idea?

Yo miré a Mark y a Muriel. La presentación de Muriel era tan básica que podría haberla hecho un alumno de cuarto de primaria. Normalmente, Mark nos daba información mucho más detallada... Cuánto iba a durar la campaña, en qué mercados tenían menos ventas, en cuáles había más beneficios, cuáles eran los productos licenciados, etc.

–¿Has... um... has terminado? –le pregunté yo.

–Pues sí, Callie, he terminado –respondió ella–. Mark ha dicho que ibas a exponer algunas ideas. ¿Puedes empezar?

–Por supuesto –dije yo. Miré a Pete, que se encogió de hombros–. Bueno, es obvio que lo que convierte a esta empresa en una empresa única es el elemento de las bolsas de plástico, y creo que es en lo que debemos concentrarnos.

–Obvio –murmuró Muriel.

Yo la miré.

–Mi primera idea está dirigida a los consumidores masculinos, graduados universitarios, de veinticinco a cuarenta años y que ganen más de cincuenta mil dólares al año –dije. Tomé el primer cartel de la silla de al lado y leí el eslogan–: «Demuestra de lo que eres capaz, salva el planeta. BTR Outwear».

En el cartel aparecía un tipo guapo y sudoroso, con la mochila al lado, oteando un bosque desde la cima de una montaña.

Mark sonrió, y yo me sentí orgullosa, como de costumbre.

–Oh, qué buen trabajo –dijo Leila.

–Delicioso –dijo Karen, y le dio un bocado a su bollo–. Él, quiero decir –añadió, señalando el cartel con un gesto de la barbilla.

–Estoy pensando que deberíamos grabar todos nuestros anuncios en parques nacionales –continuó–. Si BTR hace una donación, podemos decir que somos patrocinadores de la Yellowstone Foundation, por ejemplo, y...

–Ni siquiera lleva ropa de Bags to Riches –protestó Muriel. Los demás nos quedamos callados.

–Es una maqueta, Mure –dijo Mark, dándole una palmadita en la mano. Al ver que ella se quedaba confundida, él prosiguió–: No es el anuncio definitivo, solo es una idea para el anuncio.

–Ah –dijo ella–. Bueno. Pero el nombre de la empresa es Bags to Riches, no BTR.

–Sí –respondí yo–. Bueno, ese es otro punto. Me parece que Bags to Riches, de bolsas a riquezas, es un poco... inadecuado. Implica que alguien se está enriqueciendo con esto y, aunque estoy segura de que es cierto –dije, y todo el mundo se echó a reír, menos Muriel–, creo que deberíamos abreviarlo.

–No creo que a mi padre le guste esa idea –dijo Muriel, mientras escribía en su libreta–. Continúa, Callie, ¿tienes algo más?

Yo miré a Mark, que estaba concentrado observando la superficie de la mesa.

–Sí, Muriel –dije yo–. El público femenino.

Tomé la siguiente maqueta, de la que estaba bastante orgullosa. Era una foto de catálogo de una mujer escalando en Bryce Canyon, colgada sobre un precipicio, con los dientes apretados y gotas de sudor en la frente.

–«Redefiniendo la moda femenina. BTR Outwear».

–¡Oh, eso es fantástico, Callie! –exclamó Pete, con entusiasmo.

Mark asintió con una expresión satisfecha.

–Has dado en el clavo –murmuró.

Yo sonreí.

–Bueno, no estoy segura de cuánto presupuesto tenemos, pero me encantaría contratar a un par de famosos concienciados con la defensa del medio ambiente... Leonardo DiCaprio, por ejemplo.

–¿Y por qué íbamos a contratarlo a él? ¿Hace senderismo? –preguntó Muriel.

Yo me quedé callada y volví a mirar a Mark, que, de repente, estaba muy concentrado haciendo dibujitos en su libreta. Miré a Damien, que tenía los ojos abiertos como platos.

–Bueno, si conseguimos una cara muy conocida, sobre todo a alguien que está a favor de la causa, relacionaríamos BTR...

–Bags to Riches –me corrigió ella.

–Sí, claro –dije yo–. Bueno... pero el caso es que la gente quiere ser como los famosos, ¿no? Por eso J. Crew vende todo lo que se pone Michelle Obama.

–J. Crew no es nuestro competidor, Callie –dijo Muriel, de manera condescendiente.

Leila se estremeció.

–Sí, lo sé –dije yo–. Pero me refiero a que Michelle Obama tiene influencia. Y eso es cierto en cualquier campaña publicitaria que muestre a famosos, vendan leche o zapatillas deportivas. Así que, si tenemos a Leo en la campaña de BTR, seguro que las ventas aumentarán.

–Umm... –dijo Muriel–. Interesante.

Nadie miró a nadie. Aquello era algo muy básico de la publicidad.

Yo observé a Mark, que estaba mirando a Muriel con una expresión de ternura. Se inclinó y puso su mano sobre la de ella.

–Hay que asimilar mucha información –comentó–. Bueno, ha sido estupendo. Gracias, Callie. Volveremos a reunirnos contigo para ver cuáles son los siguientes pasos. Ah, y, otra cosa: la gente de BTR va a venir a finales de semana. El viernes habrá un evento. La participación es obligatoria.

–¿Qué tipo de evento?

–Un poco de senderismo, para que Charles conozca la belleza de una puesta de sol de Vermont –dijo Mark, e hizo caso omiso de la expresión de horror de Damien–. Después, cena y copas.

Justo antes de comer, Fleur entró en mi despacho y cerró la puerta.

–¿En qué coño estaba pensando Mark? –me preguntó, con un siseo de rabia–. Muy bien que se esté tirando a Muriel, pero ¿tenía que contratarla? ¡No sabe nada! –exclamó, y se dejó caer en mi sofá.

Cuando Fleur estaba realmente enfadada, su acento británico desaparecía sin que ella se diera cuenta. Yo sospechaba que quería cotillear.

–La empresa es de Mark –dije, con calma, desde mi ordenador–. Y estoy segura de que Muriel va a ponerse al día. Es obvio que su padre quiere que esté supervisando esta cuenta.

–Callie –susurró Fleur–. Yo tengo mucha más experiencia que Muriel –dijo, con su verdadero acento neoyorkino. Entonces, la verdad salió a la luz–. Yo no tengo por qué aceptar órdenes de esa zorra ignorante solo porque mi padre no sea el dueño de la empresa.

–Mira –le dije, en voz baja–, no te metas en eso. Solo haz bien tu trabajo y confía en que Mark se encargue de gestionar la situación.

–Gana más que yo. Y más que tú, también. Me lo ha dicho Karen.

–Karen no debería haberte...

–Está bien, está bien. No me lo ha dicho ella. Por casualidad, vi unos papeles cuando estaba en su despacho por otro asunto –dijo, con un suspiro, y añadió–: Me ha parecido que debías saberlo. Mark y tú habéis estado... bueno. Lo que sea.

Su acento británico había vuelto. Miré el reloj.

–Tengo que irme, Fleur, lo siento. He quedado para comer.

–¡Ah, claro! –exclamó ella–. ¡El plan!

–¿Qué plan? –pregunté yo, y cerré un archivo en mi ordenador.

–¡El plan para conseguir que Mark se ponga verde de envidia! –susurró ella, con alegría.

–Oh, no, no se trata de...

–¡No tienes por qué darme explicaciones! Te acompaño a la salida.

Con un suspiro, tomé el bolso, y las dos salimos al vestíbulo, donde estaba Mark, firmando la entrega de un documento en el mostrador de Damien.

–¡Que te diviertas en la cita! –dijo Fleur, en voz alta, justo cuando yo abría la puerta para salir de la oficina.

Mark y Damien alzaron la vista.

–¿Tienes una cita? –me preguntó Damien, tan asombrado como si acabara de decir que iba a hacerme un cambio de sexo.

Yo me ruboricé.

–No, solo he quedado con un amigo para comer.

Mark me miró con... perspicacia. Y esbozó la sonrisa de un hombre que había estado con una mujer y... ah... mierda. Estaba perdiendo el hilo de mis pensamientos. Tenía una mirada cálida, como si compartiéramos un secreto. Por un momento, yo...

–Qué emocionante –dijo Damien–. ¡Chao!

–Que te diviertas –dijo Mark, y me miró las piernas. Cuando volvió a subir la mirada, me guiñó un ojo, y a mí me dio un salto el corazón.

–Hasta luego –dije.

«Tienes que olvidarte de él», me dijo la señora Obama. «Lo estoy intentando», respondí yo.

Doug336 y yo habíamos quedado en Toasted & Roasted, uno de los tres restaurantes que había en nuestro pueblo. Era una cafetería pequeña, famosa, sobre todo, por su oferta de cafés: cafés con leche, mocas y tés. Además, servían sopa y sándwiches a la hora de comer. Era un local muy bonito, con las paredes de ladrillo y muchas plantas, y tenía el suelo de baldosas de estilo antiguo.

–Hola, Callie –me dijo el dueño cuando entré.

–Hola, Guy –respondí yo–. ¿Qué hay de bueno hoy?

–Sándwiches de pan de centeno con pastrami y queso suizo –dijo–. También, uno de filete con queso crema.

Los dos sonaban muy ricos... pero los dos eran una comida peligrosa para una cita, porque era necesario masticar mucho y utilizar muchas servilletas. La primera impresión era muy importante, y yo no quería que Doug336 me viera con un hilillo de jugo de filete cayéndome por la barbilla.

–Bueno, creo que voy a tomar un cuenco de sopa –dije, con pesar.

–Marchando –dijo Guy.

En aquel momento, se abrió la puerta, y entró mi madre. Con Louis. Al verme, la cara pálida del ayudante de mi madre se iluminó de una forma que me dio escalofríos.

–Vaya, vaya, vaya –dijo–. Por aquí hay una preciosidad.

–¡Hola, mamá! –exclamé yo, alegremente, y le di un beso, asegurándome de que ella permaneciera entre Voldemort y yo–. Hola, Louis.

–Hola, cariño, cómo me alegro de verte. Estás preciosa, Louis tiene razón –dijo mi madre.

En el rostro de Louis apareció una sonrisa de Grinch. Se acercó un poco más a mí. Oh, Dios... era obvio que acababa de salir del trabajo.

–Louis... todavía tienes los guantes puestos –dije, y tuve que tragar saliva por la cantidad de imágenes que aparecieron en mi cabeza. Aquellos guantes significaban que estaba... preparando a alguien.

–Ooooh, vaya –dijo él, y, si apartar la mirada de mí, se quitó los guantes

lentamente, como si estuviera haciendo un *striptease*. Dios Santo.

–Calliope, ¿sabes que tu padre me ha llamado varias veces últimamente? – me preguntó mi madre, con el ceño fruncido–. Por supuesto, yo no contesto. ¿Sabes si es que tiene un tumor cerebral, o algo de lo que yo debiera estar enterada?

–No, mamá, nada de tumores. Ahora que se ha jubilado, tiene más tiempo. Tal vez solo necesite... hablar.

Ella me miró con una expresión dubitativa y no dijo nada más.

–Hoy he estado pensando en ti, Calliope –murmuró Louis–. En cómo te... prepararía –dijo, y enarcó una ceja.

–¡Vamos, Louis! –exclamé yo, con espanto–. ¡Esa frase es terrible para intentar ligar, por no decir que es aterradora!

Él no respondió, tan solo sonrió.

–Bueno, he quedado con un amigo, así que me voy –añadí, retrocediendo–. ¡Que tengáis una comida muy agradable!

Y, con eso, me escabullí al rincón y me senté.

Toasted & Roasted empezó a llenarse, al acercarse la hora de comer. Yo saludé a algunas personas, ya que conocía a casi todo el mundo del pueblo. Dave, el hermano de Annie, entró hablando por teléfono.

–¡Hola, guapa! –me dijo, haciendo una pausa en su conversación. Yo le devolví el saludo con la mano. Siempre había adorado a Dave.

Si tardaba cuatro minutos más, Doug iba a llegar tarde; pensé en concederle diez minutos y, si no se presentaba, marcharme. Para distraerme, le envié un mensaje a Annie: *He quedado con Doug336. Por favor, elige el color de tu vestido de madrina de boda. Te llamo para contarte qué tal ha ido todo.* Annie se estaba tomando mucho interés en mi vida amorosa, porque quería que yo encontrara a alguien y fuera tan feliz como ella lo era con Jack.

¡Ajá! Por fin, vi entrar a Doug336 por la puerta. Saludé con la mano, pero él no me vio. Quien sí me vio fue el tipo que entraba detrás, que no era otro que Ian McFarland, el veterinario. Se quedó petrificado y asintió ligeramente antes de dirigir su atención a la pizarra donde estaba escrito el menú.

«Oh, tranquilo», pensé yo. «No he venido aquí por ti».

Me puse en pie y me acerqué para saludar a Doug. Ian no apartó la vista de la pizarra.

–Hola, Doug –dije, y le lancé la mejor de mis sonrisas. Por el rabillo del ojo, vi que Ian McFarland exhalaba un suspiro de alivio. ¡Por Dios!

–¡Hola, Callie! Encantado de conocerte –dijo Doug.

–Tengo esa mesa del fondo –dije–. ¿Quieres pedir la comida?

–No, no te preocupes. No he venido aquí por la comida –dijo él, con una sonrisa–. Adelante.

¡Ooh! ¡Me caía bien Doug336! ¡Era mono! Y ¡qué agradable que el doctor estirado viera que yo le gustaba a un hombre!

–Hola, doctor McFarland –dije.

–Hola, señorita Grey –respondió él, sin quitar los ojos de la pizarra.

–¿Puedo llamarle Ian? –le pregunté, solo por molestar.

Él me miró un instante y volvió a fijarse en la pizarra.

–Por supuesto.

–Que tengas un buen día, Ian –dije, y me giré hacia Doug.

«Eso es, Ian. Tengo una cita con un buen chico. Y es más mono que tú».

–Eres más guapa todavía en persona que en la foto –me dijo Doug336, cuando nos sentamos.

Yo sonreí.

–Gracias, Doug.

Era bastante atractivo. Tenía el pelo un poco largo y los ojos de color castaño claro. Buen físico, vaqueros, camiseta y un brazalete hecho de alguna fibra brillante.

Yo llevaba mucho tiempo sin quedar con un chico. De hecho, nunca había quedado con ningún chico a quien no conociera bien.

–Bueno –dije, sonriendo para que apareciera el hoyuelo que tenía en la mejilla, algo que siempre me funcionaba muy bien–. ¿Por dónde empezamos? Tengo que reconocer que eres el primer chico con el que quedo a través de internet.

–Una virgen de internet –murmuró Doug–. Qué agradable –añadió, y yo pestañeeé–. ¿Qué te parece si nos damos información básica el uno sobre el otro?

–Claro –dije yo. De repente, tuve dudas–. Bueno, trabajo en una agencia de publicidad. Tengo una hermana mayor y un hermano pequeño. He vivido en Vermont casi toda la vida, aunque fui a la universidad a Pennsylvania y viví en Boston unos años. No estoy casada, no tengo niños, pero tengo dos sobrinas.

–¿Vives sola?

–No, vivo con mi abuelo. Él es... –me detuve, porque no quería hacer partícipe a un extraño de los problemas de Noah–. Estamos muy unidos.

–Yo también tengo una compañera de piso –dijo Doug–. Es una bruja, pero es su casa, así que... ¿qué puedo hacer?

–Oh, eso es una pena –dije yo–. ¿Y no estás buscando otro sitio?

–Bueno, es mi madre, así que estoy atrapado allí.

Primer golpe.

–¿Y por qué no te mudas? –le pregunté.

–No tengo ni un dólar –dijo él, con una sonrisa de resignación.

Segundo golpe. Yo no tenía prejuicios en cuanto a la situación financiera de los demás, pero un tipo de treinta y tres años sin dinero que vivía con su madre... Los indicadores positivos no estaban, precisamente, lloviendo del cielo. «Mark y Muriel», me recordó Michelle Obama. «Tienes que dar un paso hacia delante, ¿no te acuerdas?».

Sí. Cierto. Además, el veterinario malhumorado se había sentado cerca y, por motivos obvios, yo quería que me viera interactuando con un hombre de mi edad.

–Bueno, y ¿en qué trabajas, Doug? –le pregunté yo.

Por el rabillo del ojo, vi que Ian desplegaba el *Wall Street Journal*. Antes de que Doug pudiera responder, se acercaron mi madre y Louis, con unas bolsas marrones en la mano.

–Callie, ¿tienes una cita? –me preguntó mi madre, sin molestarse en disimular el horror que le producía la situación.

–Hola –dijo Louis, acercándose demasiado a nuestra mesa. Doug y yo miramos hacia arriba–. Yo soy Louis. El amigo especial de Calliope.

–No, claro que no –dije yo–. Mamá, Louis, os presento a Doug. Doug, mi madre, Eleanor Misinski, y Louis Pinser, su ayudante.

–Me alegro de conocerlos –dijo Doug.

–¿Cuáles son tus intenciones hacia Callie? –preguntó Louis, con su voz de asesino en serie–. ¿Vas en serio? ¿Debería preocuparme, Calliope?

–Bueno, pues adiós –dije yo–. Adiós, Louis. Puedes irte. Vamos, vamos.

Mi madre tomó a Louis del brazo y lo apartó de la mesa.

–Espero que te diviertas –dijo, con el tono de voz sombrío, de comprensión, que utilizaba en el trabajo. Suspiró trágicamente; pobre mujer, ¿acaso su hija no había aprendido nada? A continuación, se llevó a Louis hacia la puerta y ambos salieron del restaurante.

Yo respiré profundamente y me concentré de nuevo en Doug.

–Disculpa –dije, con una sonrisa de timidez–. Estabas a punto de contarme

en qué trabajas.

–Soy artesano –dijo él, y se le iluminó la cara–. Utilizo materiales orgánicos para fabricar objetos sorprendentes y conseguir que la gente le preste más atención a nuestros dones naturales.

Claramente, era una explicación que Doug tenía ensayada y recitaba a menudo.

–Ah –dije yo–. Ah.

Traté de no desanimarme por aquel asunto del artesano de Vermont. Después de todo, en Vermont no era posible dar dos pasos sin encontrarse con un ceramista, un tejedor o un escultor. Mi propio abuelo era un artesano, aunque yo estaba bastante segura de que Noah preferiría pincharse con un tenedor en el ojo antes que utilizar esa etiqueta para sí mismo.

–Bueno, ¿y qué haces? –pregunté, y tomé una cucharada de sopa. Ah. Brécol y queso. Deliciosa.

–Hago maceteros colgantes de pelo humano –dijo Doug, y yo me atraganté.

Tomé una servilleta y empecé a toser. Se me llenaron los ojos de lágrimas y tuve que tragar convulsivamente. Mis ojos se clavaron en su brazalete. ¡Puaj! ¡Era pelo! ¡El pelo de alguien! Seguí tosiendo y estornudando, con una mezcla de hilaridad y de horror.

–Vaya –conseguí decir.

Ian McFarland me miró, y yo intenté sonreír y le saludé con un gesto débil de la mano.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó Doug.

–Claro, claro –dije, cuando recuperé el aliento–. Así que... pelo humano. Vaya.

–Sí, ya lo sé –dijo Doug, con orgullo–. No hay nadie que haga lo mismo hoy día, así que he ocupado mi sitio en el mercado.

–¿De verdad hay un mercado para el macramé hecho con pelo humano? –pregunté–. Bueno, es que es... pelo humano. Vaya.

¡Tercer golpe!

Se me quitó el apetito. Intenté abstraerme para no escuchar a Doug mientras él hablaba embelesado sobre la fuerza y la versatilidad de los diferentes tipos de pelo... Pelirrojo, moreno, rubio natural... Miré de reojo a mi izquierda y vi que Ian estaba concentrado leyendo el periódico. Qué manera tan agradable de pasar una comida, leyendo y comiendo, dos de mis pasatiempos favoritos. Y había pedido el sándwich de pastrami, qué suerte... Tenía una pinta deliciosa.

Doug se echó a reír de algo que había dicho él mismo, y yo lo miré.

–Bueno –dije, cuando sentí ya demasiada curiosidad–. Y ¿de dónde sacas el pelo? ¿De una peluquería?

–No, no de una peluquería –dijo él–. Tengo mis proveedores. Tú tienes un pelo muy bonito, a propósito –añadió, mientras me miraba la cabeza. Yo tragué saliva–. ¿Quieres ir a mi casa?

–¿Para que puedas cortarme la cabellera? –le pregunté. ¡Y yo que pensaba que Louis daba miedo!

–No –dijo él, riéndose–. Para estar un rato juntos. Mi madre tiene un sueño muy pesado.

–Eeh... Lo siento, Doug, pero esto no va a funcionar. Seguro que eres muy... ummm... creativo y... ummm... divertido, pero no creo que tengamos futuro.

–¡Muy bien! Gracias por hacerme perder el tiempo.

Doug se levantó y se marchó, dando zapatazos, como un niño con una rabieta. La gente lo miró, y yo me pregunté si alguien se habría fijado en su brazalete o en la calva que tenía en la cabeza, que destacó entre su pelo bajo la luz del sol al salir por la puerta.

Miré a Ian McFarland. Él también me estaba mirando, con aquellos ojos de color azul claro y glacial.

–¿Va todo bien, Callie? –me preguntó.

–Oh, sí, todo va maravillosamente bien, Ian –respondí yo–. ¿Y tu comida? La sopa estaba riquísima. ¡Vaya, qué tarde es! Tengo que irme corriendo. Que tengas un buenísimo día.

Capítulo 7

Entrar en el taller de Noah era como entrar en una catedral.

Estaba en el antiguo edificio de un aserradero, que había sido parte de la industria maderera sobre la que se había fundado el pueblo de Georgebury.

El techo tenía doce metros de altura, y todo resonaba como en un cañón entre dos montañas. Las paredes eran de ladrillo tosco, y el suelo era de tarima ancha de roble, sin barnizar, pulido como un cristal y teñido de color marrón oscuro después de soportar durante más de cien años el paso de las personas. La mesa de trabajo de Noah estaba situada junto a una pared e iluminada con una vieja lámpara de cobre. En un rincón había un horrible sillón reclinable con una tapicería a cuadros, en el que mi abuelo dormía a veces la siesta, y que debería ser retirado por el Ministerio de Sanidad. Aquella estancia enorme de quince metros de largo por doce de ancho llevaba un siglo y medio impregnándose del olor de la madera.

Había otros olores, por supuesto... Olía a poliuretano, por ejemplo, y al humo de la estufa de leña que había en la pared opuesta. También estaba el olor agradable y aceitoso de las herramientas de Noah y, algunas veces, el olor a perro mojado, porque Bowie se quedaba con Noah durante el día. Pero sobre todo, el aroma fuerte y maravilloso de la madera de cedro, pino y roble. Incluso cuando vivía en Boston, el olor a madera recién cortada me impulsaba a darme la vuelta para buscar a mi abuelo con la mirada.

En aquel momento, Noah tenía tres embarcaciones en diferentes etapas de fabricación. Una de ellas era un kayak de los que habían convertido a mi abuelo en un hombre venerado en el mundo de las embarcaciones a remo. Aquel kayak era largo, esbelto y elegante. Tenía el arco muy delgado para cortar la superficie del agua durante las regatas en mar abierto. Otro de los kayaks era, en palabras de Noah, «para idiotas como tú, Callie». Con esa frase

se refería a los que disfrutaban remando en un lago, mirando los pajaritos y los bonitos árboles. Aun así, era un modelo precioso y elegante. La tercera embarcación era también muy bonita... Era un bote de pesca de estilo Adirondack y, aunque estaba a medio hacer, yo ya me imaginaba a Jay Gatsby lanzando un hilo de pescar por la borda mientras suspiraba por aquella mujer vacía y superficial, Daisy.

—¡Noah! —exclamé, al llegar. Apareció la cabeza de Bowie, que ladró dos veces y echó a correr hacia mí. Yo me agaché para acariciarlo—. Hola, cariño. ¿Dónde está Noah?

—Aquí mismo —refunfuñó mi abuelo, mientras salía de la habitación donde tenía las herramientas—. ¿Qué quieres?

—Yo estoy muy bien, gracias, abuelo. Es todo un detalle que me lo preguntes —respondí. Él puso los ojos en blanco, con cara de pocos amigos—. Solo quería recordarte, querido Noah, que va a venir todo el mundo a cenar, así que deberías venir a lavarte y arreglarte.

Mi abuelo frunció el ceño. Parecía Santa Claus con una resaca horrible.

—¿Es obligatorio? —me preguntó—. Me parece recordar que no me cae bien ni la mitad de mi familia.

—Deja de gimotear —le dije yo—. Sí, es obligatorio. Y no es la mitad de tu familia. Más bien, es un tercio.

—Bueno, bueno. ¿Quién viene?

—Los de siempre. Freddie, Hester, las niñas, mamá —dije yo. Hice una pausa, y añadí—: Papá.

—¿Qué? ¿Tu padre, también? ¿Lo sabe tu madre?

—No. Creo que es mejor que sea una sorpresa.

—Ese hijo mío es un idiota —gruñó Noah, cabeceando—. ¡Y tu madre! ¡Lo va a destripar con un tenedor! ¿En que estabas pensando, hija mía? —preguntó él, y se pasó una mano por el pelo blanco mientras me miraba con desesperación.

—Está bien, abuelo. Te lo voy a contar —dije, y tomé aire profundamente—. Papá quiere volver con mamá, y me ha pedido que lo ayude.

—Ese imbécil nunca debería haberla dejado. Yo no volví a mirar a otra mujer desde que conocí a tu abuela.

—Ya lo sé —le dije con una sonrisa—. Pero papá... bueno, de todos modos, lo va a intentar.

—En mi opinión, todavía está en la adolescencia —dijo mi abuelo.

—Siempre ha sido un buen padre —dije yo. Y era cierto. Si no contábamos

con la parte en que había engañado a mi madre, claro.

–Un buen padre quiere a la madre de sus hijos –dijo Noah.

–Bueno. Aun así, van a venir todos.

–Yo ceno en mi habitación.

–No, claro que no. Es una cena familiar. Incluso Freddie va a venir.

–Hablando de adolescentes –dijo Noah–. ¿Ha terminado ya la universidad?

–No. Se ha tomado un año sabático para saber lo que quiere hacer, como te ha contado ya dieciocho veces. Hester viene con las niñas. Y, por supuesto, voy a estar yo, tu favorita. Así que vas a cenar con nosotros –dije.

Lo saqué del taller y lo llevé hacia la cocina, donde nos recibió un delicioso olor a pollo asado.

–Todavía tengo que lijar mucho –dijo él.

–Ya sabes que luego lo haré yo por ti. No tienes excusa, abuelo. Vas a cenar con nosotros.

–Eres cruel, Callie –me dijo Noah, mientras se sentaba para quitarse la pierna ortopédica–. Bowie, tu madre es muy mala.

Yo me erguí desde la puerta del horno, después de comprobar que el pollo estaba asándose a la perfección.

–¿Mala? Acabo de limpiar toda la casa, incluyendo el terrible abismo que es tu habitación, donde, por cierto, he encontrado cuatro platos y seis vasos sucios, por no mencionar esa botella de Dewar cuya existencia tú crees que ignoro. Y ¿no te hago la comida y la cena todos los días? ¿No lijo tus barcos cuando te quejas de la artritis, cuando, en realidad, los dos sabemos que lo que pasa es que odias lijar? Y quita esa pierna de la mesa.

–Bueno, de acuerdo, lo retiro –dijo él–. Solo eres mala a medias.

Yo organizaba una cena familiar una vez al mes, aunque alternaba las invitaciones a mis padres. Sin embargo, mi madre no dijo nada cuando entró por la puerta, una hora más tarde, y vio allí a mi padre. Él le sonrió tímidamente mientras abrazaba a mi hermano. Mi madre no dijo nada, no, pero también sonrió, lo cual era mucho más aterrador.

–Tobias –dijo, en un tono melifluido y letal. Si las cobras hablaran, seguro que tendrían ese mismo tono de voz.

–Eleanor –respondió mi padre–. Estás muy guapa.

–Bien dicho, papá –dijo Freddie, mientras se servía una copa de vino–. Los

piropos son un buen modo de empezar.

Parecía que Fred también conocía el plan de mi padre.

–Gracias, Tobias –dijo mi madre–. Tú también tienes buen aspecto. ¿Qué tal estás de la sífilis?

–Yo no tengo... –empezó mi padre, bruscamente. Sin embargo, recordó que estaba tratando de seducir a su mujer, y prosiguió con más calma–. Estoy cien por cien sano. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

–Estupendamente –respondió mi madre, sin pestañear. Juro que la temperatura descendió cinco grados de repente.

–Hola, mamá –dije yo, y le di un beso en la mejilla.

–¡Calliope! –exclamó ella–. Gracias por invitarnos –dijo, y entrecerró los ojos–. Es muy agradable que hayas invitado también a tu padre.

–Tengo miedo –susurró Freddie, mirándome–. Protégeme, Callie.

–¿Te apetece una copa de vino, mamá? –le pregunté.

–Claro.

–¿Cómo van las cosas en la funeraria? –pregunté, con la esperanza de ganar algún punto sacando a colación un tema tan querido para ella.

–Muy bien –respondió, en un tono menos amenazante–. Louis ha hecho la reconstrucción de un hombre que murió por un golpe de la yanta de un neumático de repuesto. Tenía la cabeza como un cuenco de espaguetis.

–Vaya –dijo Freddie, fascinado–. ¡Debía de ser un espectáculo!

–Pues sí, pues sí –dijo mi madre, animándose cada vez más con el tema de conversación–. Se veía incluso dónde estaban sus...

–¡Ya basta! –grité yo–. ¡Por favor, mamá!

–Callie, ¿cómo es posible que seas tan melindrosa cuando te has criado en una funeraria? –me preguntó mi madre–. Después de todo, llevas la muerte en la sangre.

–No, yo no llevo la muerte en la sangre –respondí con impaciencia–. Además, no elegí dónde tenía que vivir.

–Bueno, de todos modos –dijo mi madre, que, después de mirarme con frialdad, se volvió de nuevo hacia mi hermano–. Tenía la cara...

–¡Ah, mira, ya han llegado Hester y las niñas! –exclamé–. Voy a ayudarlas.

Y salí a la calle, en pleno chaparrón.

–¿Ese es el coche de papá? –me preguntó Hester, mientras salía de su furgoneta Volvo con cierta dificultad, lo cual me recordó que tenía que contenerme con la masa de bizcocho.

–¡Hola, tía! –dijo Josephine, y me abrazó la cintura–. ¿Quieres hacerme una trenza? ¿Sabes? ¡Estoy en el coro del colegio! ¡Vamos a cantar *Greensleeves*! ¡Hazme una trenza!

–¡Es genial, cariño! Te hago la trenza dentro de un rato, ¿de acuerdo? –le dije yo, y le di un beso–. Hola, Bronte, preciosa.

Bronte me lanzó una mirada fulminante sin quitarse los auriculares de los oídos.

–Hola –gruñó.

Ah, la adolescencia.

–Me alegro mucho de verte. Te quiero. Eres guapísima y muy lista –le dije.

–Tranquila, Callie –me dijo ella, pero me dio un beso y entró en casa. Josephine la siguió.

–¿Es el coche de papá, Callie? –me preguntó mi hermana, de nuevo.

–Sí –dije yo, con un suspiro–. Le dije que sería muy agradable que nos reuniéramos todos.

–¿Agradable, Callie? ¿Como si un león te arrancara los riñones cuando todavía estás viva? ¿Así de agradable?

–¡Sí, exacto! –respondí yo–. Vamos, Hester, no exageres. Algunas veces se ven.

–Solo en eventos públicos –replicó Hester–. Con mucha otra gente que puede distraerlos, confundirlos y bloquear las situaciones peligrosas –dijo mi hermana, mirándome con exasperación–. Eres boba, ¿lo sabías? ¿Es que estás intentando que vuelvan a estar juntos?

–No, no –dije yo–. Bueno... Papá... Um... Nada, no importa.

–Papá, ¿qué? ¿Se está muriendo?

–¡No! Mamá y tú... No, no se está muriendo. Es solo que... quiere hacer las paces con mamá.

–Mierda –dijo Hester–. Mira, voy a dejar a las niñas aquí y me voy a tirar a la carretera para que me atropellen.

–Pues, aunque eso suene muy divertido, prefiero que entres tú también y dejes de quejarte. He hecho una cena espléndida. Vamos a comer.

Mi hermana obedeció. Yo tomé una bocanada de aire fresco y húmedo y recité mentalmente una pequeña plegaria por la paz. Después, entré.

Las reuniones familiares eran... bueno, un infierno. Como yo era la mediana, hacía de árbitro, de confidente, de anfitriona y de mártir. ¿Sentía que debíamos reunirnos cada cierto tiempo? Claro. ¿Quería que mi familia se

reuniera? En teoría, sí. En realidad... Dios, no.

Pero mi padre me lo había pedido y, aunque yo sabía que no tenía ninguna posibilidad, tenía que ayudarlo. Si no lo hacía yo, no iba a hacerlo nadie.

Mi padre siempre había sido un tipo encantador y tímido, y mi madre, la reina de hielo que nunca le había permitido que olvidara que no le había perdonado. Freddie se llevaba bien con todo el mundo. Hester, como mamá, nunca había perdonado a papá, pero lo toleraba y reconocía que era un buen abuelo para las niñas.

En cuanto a Noah, era de la vieja escuela de Vermont. La abuela y él se habían conocido cuando tenían diecisiete años, se habían casado a los dieciocho y habían estado enamorados durante treinta y nueve años. Noah nos veía a los demás como una especie de retardados emocionales. Y tal vez tuviera razón.

—¿Podemos cenar ya? —gritó Noah, desde su sitio, donde estaba muy ocupado mirándonos a todos torvamente—. Tengo hambre. Y esta cerveza está más caliente que un plato de pis.

—Qué precioso lo que acabas de decir, abuelo —dijo Bronte.

—Ah, así que tienes carácter, ¿eh? Acabas de empezar a caerme bien —dijo Noah.

—Yo te traigo otra cerveza, papá —dijo mi padre.

—Bien, hijo. Ya era hora de que hicieras algo útil en la vida —dijo Noah—. Y, hablando de inutilidades, Freddie, ¿cuándo vas a graduarte en la universidad y dejar de chupar de los ahorros de tus padres?

—Dentro de cinco años, Noah —dijo Freddie, alegremente—. Acabo de cambiarme a Parapsicología. Quiero ser cazador de fantasmas, ¿qué te parece?

Mi abuelo no se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, y se atragantó con la cerveza. Mi madre, aunque normalmente defendía a Freddie, no dijo nada, porque estaba intentando que mi padre se convirtiera en una estatua de sal, o algo por el estilo.

—Me encantan las cenas familiares —dijo Hester.

—A mí, también —dije yo.

—Eh, ¿vas a poder ir de acompañante a una excursión de las Brownies la semana que viene? —me preguntó mi hermana—. Yo tengo un seminario en Boston.

—Claro —respondí—. ¿Cuándo es?

—Después del colegio. Josephine no quería perdérsela.

–No hay problema –dije yo–. ¿Adónde vamos? ¿A Cabot’s? –pregunté, esperanzadamente. En aquella granja tenían barra libre de queso.

–Eh... Josephine, ¿adónde van las Brownies la semana que viene, cariño? –preguntó Hester.

Josephine, que estaba acariciándole la barriga a Bowie y dejando todo el suelo recién aspirado lleno de pelos, se puso en pie de un salto.

–Creo que es una granja –dijo. Se agarró a mi cintura y empezó a suplicarme–. ¿Puedes venir, tía? ¿Puedes? ¿Por favor?

–Claro que puedo –dije yo.

Tenía muchos días de vacaciones acumulados, y Mark, que no tenía sobrinos ni sobrinas, siempre me había permitido hacer cosas con Bronte y Josephine. Al pensar en él, se me encogió el corazón. Había besado a Muriel cuando se marchaba de la oficina, aquel mismo día. En la mejilla.

–Hasta luego, nena –le había dicho.

Y Muriel se había ruborizado.

«Nena». A mí, Mark nunca me había llamado «nena». «Cariño», sí. Pero eso se lo llamaba también a Karen, y Karen era una barracuda con patas.

Con un suspiro, conseguí sentar a mi familia a la mesa para cenar. Les serví las bebidas y le di a Josephine un tenedor limpio, porque se le había caído el suyo. Después, aparté los centros de zinnias y cosmos, que había recogido aquella misma tarde, sequé un poco de agua que se había caído y, por fin, me senté.

–Qué agradable –comenté.

Nadie me respondió, porque todos estaban ya a la mitad de la comida. Siete minutos después, todo había terminado. Aquella cena, para la que yo había preparado mi famoso pollo asado al ajillo, puré de patatas, salsa casera, zanahorias estofadas y judías verdes con almendras, todo lo cual me había llevado unas dos horas, había sido ingerida en menos de trece minutos. Había tardado más en poner la mesa.

–Delicioso, Caniche –me dijo mi padre, guiñándome un ojo.

–Yo tengo que volver al taller –dijo Noah, refunfuñando. Se apartó de la mesa y salió del comedor dando saltitos.

–¿Dónde está tu pierna? –le pregunté. Él no me respondió.

–Está debajo de la mesa –dijo Josephine, después de asomarse.

–Qué asco –dijo Bronte, mientras empujaba el puré de patatas por el plato.

–¿Os apetecería jugar al Monopoly? –sugirió mi padre, esperanzadamente,

mientras sonreía a mi madre. Ella estaba mirando el mantel, seguramente, perdida en su ensoñación de descuartizar a su exmarido—. ¿Eleanor? A ti te encantaba. ¿No quieres que juguemos?

—¿Es un intento de ligoteo, papá? Hay que trabajárselo más —dijo Freddie, que alzó la vista del teléfono móvil y del mensaje que estaba escribiendo.

—¡Vamos a jugar a la Wii! —exclamó Josephine—. Callie, ¿podemos jugar a la Wii?

—¿Quién le ha puesto un nombre tan absurdo a esa cosa? —preguntó mi madre, mientras examinaba su manicura. Con la frecuente exposición al formaldehído, sus uñas eran fuertes y preciosas.

Mi padre se rio.

—Pues tienes razón, Ellie, es un nombre absurdo. ¿Y no preferís el Monopoly? ¿Bronte, cariño? ¿No quieres jugar con tus abuelitos?

—No —respondió Bronte, cruzándose de brazos.

—Fred, mueve el culo y ayuda a recoger a Callie —dijo mi hermana, dándole una patada a nuestro hermano pequeño.

—Ayúdala tú —contestó él, amablemente—. Tú tienes el trasero más grande, así que, seguramente, serás de más ayuda.

—Yo he estado trabajando todo el día —dijo Hester—, así que no seas imbécil.

—Estás todo el día dejando embarazadas a mujeres. ¿Quién te dice a ti que yo no estoy haciendo lo mismo? —respondió Freddie, enarcando las cejas con una expresión inocente, mientras Bronte se reía por lo bajo.

Ah, la familia. Mientras tanto, nadie me ayudaba a recoger la mesa. Yo tomé un poco más de vino, respiré profundamente y sonreí.

—Todo va bien, todo va bien —murmuré.

—Ahí está Callie, volviéndose loca lentamente mientras todos miramos —dijo Freddie. Yo sonreí con agradecimiento, porque, al menos, alguien me estaba prestando atención—. Eh, Cal, ¿has encontrado ya alguien con quien acostarte?

—Hay niñas en la habitación, Fred, además de tú mismo, que tienes una edad mental de seis años —dijo Hester, y le dio otra patada.

—Si tan empeñada estás en casarte —dijo mi madre, pensativamente—, ¿por qué no le das una oportunidad a Louis? Tiene muchísimo talento.

Mi hermano dio un resoplido.

—Sí, Callie, ese hombre tiene mucha mano con los cadáveres, así que...

—Fred, cállate. Mamá, no hables de Louis en la mesa —dije yo—. Además, papá ha preguntado si queréis jugar con él al Monopoly.

Mi madre desvió una mirada glacial hacia mi padre.

–¿Qué quieres, Tobias? –le preguntó con un siseo.

–¿Hay postre? –preguntó Bronte.

–Eso, salid corriendo mientras podáis, las dos –respondí–. Hay bizcocho y galletas de pepitas de chocolate en la despensa. Y Josephine y tú podéis tomar helado que hay en el congelador del sótano.

Mi padre frunció el ceño, porque, sin duda, esperaba que la presencia de las niñas le sirviera de escudo. Sin embargo, continuó.

–Bueno, ya que me lo preguntas, lo que quiero es que... dejemos el pasado atrás, Eleanor. Que recuperemos nuestra relación.

Mi madre no dijo nada.

–Tú eres la única mujer a la que he querido –añadió mi padre, aunque su sinceridad quedó un poco en entredicho cuando me miró y me guiñó un ojo. Hester se atragantó con el vino, pero él la ignoró, porque mi hermana estaba desengañada y no era muy probable que le prestara su ayuda en aquella misión quijotesca.

Mi madre lo miró.

–No sigas.

Mi padre continuó de todos modos.

–Mira, Eleanor, ya no somos jóvenes. Según nuestro hijo, tú no has vuelto a estar con un hombre, de todos modos...

Fred emitió un sonido ahogado... Al contrario que Hester y yo, él nunca había sabido mantener la boca cerrada cuando nuestros padres nos pedían información el uno del otro.

–...y tenemos que empezar a pensar en el resto de nuestra vida. No querrás terminar sola, ¿no? Todavía nos quedan muchos años buenos por delante –dijo mi padre. Se irguió en la silla y sonrió a mi madre–. ¿Qué dices, Ellie? ¿Lo intentamos de nuevo?

Mi madre sonrió. Fred, Hester y yo nos inclinamos hacia atrás, temiendo la explosión.

–Bueno, Tobias –dijo ella–. Ni siquiera tengo que pensarlo, porque estoy sobria. La respuesta es no.

–¿Por qué no lo intentamos? –sugirió mi padre–. Si no funciona, por lo menos estaremos abiertos a algo nuevo.

–¿Y por qué iba a querer yo estar contigo, Tobias?

Mi padre me lanzó una mirada de nerviosismo.

–Bueno –dijo, y yo tuve que reconocer que era un valiente–. Te quiero, Eleanor. A pesar de mi reprobable comportamiento, siempre te he querido. Llevo veinte años arrepintiéndome de lo que hice, y he aprendido de mis errores.

–No te he preguntado lo que significa esto para ti, Tobias –dijo mi madre–. ¿Qué gano yo?

Mi padre se quedó callado.

–¿Compañía? –sugirió.

–Puedo adoptar un perro.

Mi padre se movió en el asiento.

–Bueno, si quieres que hable con franqueza... ¿qué te parece el sexo?

–¡Hermanos míos! ¿Nos vamos? –les pregunté–. Así, nuestros padres tendrán la intimidad que necesitan.

Ni mi hermano ni mi hermana se movieron.

–Esto es mejor que *Tool Academy* –dijo Freddie, y dio un trago a su cerveza. Hester también se había quedado fascinada.

Mi madre no dijo nada, lo cual era extraño en ella. Mi padre se animó.

–¿No te acuerdas, Eleanor? La pasión y la urgencia nunca desaparecieron –dijo, y enarcó una ceja–. Era lo mejor de nuestro matrimonio.

–Salvo tus tres preciosos hijos, claro –dijo Freddie.

–Eso tenía que significar algo –siguió mi padre, ignorando a mi hermano.

–Es una pena que nuestros padres no sean republicanos –comenté yo–. De serlo, nunca hablarían de esto en público.

–En Vermont no hay republicanos –dijo Hester–. Se extinguieron, como los Shakers. ¿Queda vino?

Mis padres se quedaron mirándose el uno al otro. Y yo sentí que en mi corazón se encendía una pequeña chispa de esperanza. ¿Sería posible que volvieran a estar juntos?

–Él siempre te ha querido, mamá –dije, con suavidad.

Mi madre sonrió. Y la sonrisa era verdadera.

–Lo voy a pensar –dijo.

–¿Qué? –preguntó Hester–. ¿Cómo?

–¡Madre mía! –exclamó Freddie.

–Si –dijo mi madre.

–¿Si qué? –preguntó mi padre.

–Si me presentas a todas las mujeres con las que te acostaste mientras yo

estaba embarazada de nuestro hijo.

Mi padre se quedó pálido. Me imaginé un pequeño brote de esperanza que era aplastado por el robusto calzado de mi madre.

–Bueno... eh... Mujeres... solo fueron dos, Eleanor –dijo.

Ella enarcó una ceja.

–Bueno, fueron tres –admitió él–. Y... no sé qué fue de ellas. Creo que una se fue a Nueva Zelanda, y otra, a Francia. Lejos, eh...

–En realidad, yo sé que viven en un radio de ciento cincuenta kilómetros de aquí –dijo ella–. Les he seguido la pista todos estos años –añadió, mirando a sus hijos con afecto–. Me encanta Google.

Hester cerró los ojos y cabeceó.

–Así que, si has sido sincero al decir que siempre me has querido y que quieres recuperar lo nuestro, eso es lo que tienes que hacer –dijo mi madre, con petulancia.

Vaya. Sí que disfrutaba enterrando a la gente.

Cuando mi padre se marchó cabizbajo y Hester y las niñas se fueron a casa, y Freddie y Noah estaban en el taller, lijando una canoa, mi madre y yo nos quedamos juntas, lavando los platos.

–Ha sido interesante –dije, mientras aclaraba una copa. La puse en el escurridor; mi madre la tomó de allí y comenzó a secarla y abrillantarla con un vigor inquietante.

–Sí –respondió.

Yo la miré de reojo. Mi madre era atractiva a su manera: tenía un cuerpo grande, los rasgos fuertes y los ojos inteligentes. No era fea, pero tampoco era guapa. Tenía aspecto de... persona competente. Mi padre, por el contrario, atraía las miradas de todas las mujeres, desde los diecisiete a los noventa y cuatro, y era muy incompetente en muchos sentidos. Mi madre podría vencer a los nazis y subirse a su tanque y llevárselo a los aliados, mientras que mi padre se rendiría y rezaría para que no le ocurriera nada malo.

–Entonces, ¿de verdad te estás pensando lo de volver con él? –le pregunté, mientras seguía fregando platos.

–Pues claro que no –respondió ella–. Me engañó, Calliope.

–Ya. Entonces, no hay ni la más mínima oportunidad de que lo perdones, ¿no?

–Lo perdoné hace mucho, hija –mintió, sin mirarme.

–¿De verdad, mamá? Porque...

–¿Cómo va tu vida amorosa, cariño? ¿Te fue bien con ese joven tan desaliñado de la cafetería?

–No iba tan desaliñado...

–Bueno, me lo tomo como un «no». ¿Por qué tienes ese repentino interés en quedar con hombres? Creía que ibas a pedirle ayuda a Hester para tener un hijo.

–No –dije, lentamente–. Yo siempre... siempre he querido casarme y tener hijos de la manera tradicional. Que mi marido y yo seamos felices para siempre.

–Esa mecedora es tu perdición –murmuró mi madre.

–No es culpa de la mecedora, mamá –dije yo–. Que a papá y a ti no os saliera bien no...

–Cariño, dime tres parejas que lleven casadas más de diez años y sigan viviendo felices. Toma –me dijo, y me devolvió un plato–. Te has dejado esta mancha.

–Noah y la abuela. Nana y Dimpy –dije yo, mencionando a mis abuelos paternos y maternos.

–¿Y alguna pareja nacida después del mandato de Franklin D. Roosevelt?

–¿Annie y Jack?

–Una. ¿Y la segunda?

Me quedé callada.

–Bueno... esto... De acuerdo, tú ganas. Pero, mamá, creo que papá es sincero. Nunca ha dejado de quererte, eso lo sabes. Y tú llevas odiándolo muchos años. Ya sabes el dicho: que el amor y el odio son las dos caras de la misma moneda.

Ella me miró con su típica expresión de pesar, paciencia y ligero disgusto.

–Eres tan ingenua, Callie...

–Sí, es verdad –dije yo–. Pero es que me acuerdo de cuando erais felices. Cuando pienso en casarme, siempre os imagino a papá y a ti bailando en el salón cuando él volvía de un viaje.

Para mi sorpresa, a mi madre se le empañaron los ojos.

–Él pisoteó todo eso, ¿no? –dijo con la voz ronca.

–Sí, pero a lo mejor puedes perdonarle, mamá.

Ella suspiró.

–Cuando alguien te engaña, Callie, te rompe el corazón. Y eso no puede arreglarse.

Pensé en Mark y en todos los años que me había pasado esperándolo. Imaginándome que estábamos sentados en aquel mítico porche, en algún lugar. Y me lo imaginé con Muriel.

Mi madre tenía razón.

Capítulo 8

–Oh, mierda.

Me miré atentamente al espejo, pero era innegable. Me giré para verme el trasero. Error.

–¡Mierda, Bowie! ¡Mírame!

Él se levantó y se acercó, y me lamió la rodilla comprensivamente. Después, se tiró al suelo y me ofreció el estómago. Yo se lo rasqué y volví a analizar mi problema.

Aquella mañana, en el trabajo, Muriel había recibido un paquete muy grande de la empresa de su padre. Había repartido regalos con gran aplomo, empezando por Damien, en la recepción. Después, Pete, Leila y Karen. Después, Fleur. Había estado muy simpática, riéndose con Fleur, bromeando con Pete, regalando ropa como si estuviéramos en Navidad y ella fuera Santa Claus. Camisetas de varios colores, todas ellas con el logotipo de Bags to Riches, que era una bolsa de plástico flotante. Pantalones cortos para hacer senderismo, con múltiples bolsillos. Botas para caminar. Unas cuantas mochilas.

Entonces, llegó mi turno.

–Callie –dijo, sonriendo–. ¡Aquí tienes!

Me entregó una camiseta de un color amarillo parecido al de la bilis. Después, metió la mano en la caja y me dio un puñado de tela. Un puñado muy pequeño.

Yo pestañeé.

–Um...

Se me encogió el corazón al ver que eran unos pantalones de ciclismo.

–¿No queda ningún pantalón de senderismo?

Ella fingió que miraba en el interior de la caja.

—No, lo siento. Bueno, sí hay, pero es de mi talla —dijo. No añadió la última parte de su pensamiento: «Por lo tanto, tú no podrías meter ni un brazo»—. Callie, por favor, no le des importancia. Si es de Bags to Riches, no importa.

Pues a mí sí me importaba. Suspiré al mirarme en el espejo de mi habitación. La señorita Muriel deVeers debía de pesar cuarenta y ocho kilos, y era todo tendones y músculos bien definidos gracias a las incontables horas que pasaba con, según Fleur, el mismo entrenador personal que gritaba a los participantes en *The Biggest Loser*, un programa del que yo disfrutaba a menudo con un bote de Ben & Jerry's. Aquellos pantalones resaltarían el tipo delgado y huesudo de Muriel. ¿Y yo? Me miré... Oh, parecía que acababa de pasar mi primer trimestre. Por desgracia, no estaba embarazada. Al menos, no de un niño. Estaba embarazada de la vainilla suprema de Betty Crocker. Exacto. Estaba embarazada de comida.

Al día siguiente, por la tarde, era la caminata obligatoria con Charles DeVeers y un par de ejecutivos de BTR. Mark nos había animado a todos a llevar amigos, con la esperanza de demostrar lo saludable y aventurero que era nuestro estilo de vida. Aquello sonaba totalmente pretencioso. Pete y Leila eran unos fanáticos de los ordenadores, hasta tal punto, que a menudo chocaban con puertas y paredes porque andaban demasiado absortos en el mundo cibernético como para prestar atención a la realidad. La última vez que Karen había intentado hacer ejercicio físico había sido en el equipo de tejo de la escuela secundaria, que dejó en segundo curso. En cuanto a mí... Mi perro tiraba de mi bicicleta cuando subía alguna cuesta empinada, y no me gustaba remar en mi kayak a más velocidad de la que andaba.

A todo aquello había que añadir que nos dirigíamos al Sendero de las Caídas de los Ciervos, que serpenteaba a mil doscientos metros de altura en el monte Chenutney. Al parecer, aquel camino había recibido su nombre debido a la alarmante cantidad de ciervos que se despeñaban en él y, para mí, ese dato era de lo menos tranquilizador.

Sin embargo, lo peor de todo era el atuendo. ¡Maldita fuera Muriel! Sabía que lo había hecho deliberadamente. Quería que todo el mundo viera que estaba fofa y era una mujer inactiva.

—¡Mierda! —grité, de nuevo, y asusté a Bowie.

Cuando me senté en la cama, la cintura de las mallas de ciclismo se me clavó en el michelín. Miré la mecedora, que no tenía ninguna solución y que no quería hablarme. «Cuando estés conmigo», parecía que me estaba diciendo,

«no vamos a ser superficiales, ¿entendido?».

–Entendido –dije yo. Era consciente de que tenía que dejar de hablar con Michelle Obama, con Betty Boop y con mis muebles.

–No te preocupes –le dije a Bowie, que me estaba mirando con preocupación–. Contigo siempre voy a hablar. ¿Tú crees que podrías comerte parte de toda esta grasa corporal?

Mi perro me lamió la mano varias veces, pero declinó la invitación.

Llamé por teléfono a Hester y le dije:

–Eh, ¿existe algún fármaco milagroso que pueda hacerme perder cinco kilos de aquí a mañana?

–No –respondió ella, secamente–. Pero puedo ir para allá y cortarte la cabeza. Eso te liberaría de cuatro kilos. ¿Te vale?

–No me ayudas –respondí–. Tengo que llevar unos pantalones de ciclismo mañana y tengo un embarazo de comida...

–Ahora voy a colgar –dijo mi hermana, y lo hizo.

Yo no podía culparla, porque era patético por mi parte. Sin embargo, tenía que haber algo que pudiera hacer. Llamé a Annie, que normalmente era mucho más comprensiva en asuntos como aquel.

–¡Hola! –me dijo–. ¿Qué tal?

–Necesito perder varios kilos esta noche –dije. Oí el ruido de los cacharros de la cocina al fondo, y pregunté–: ¿Qué estás cocinando?

–A lo mejor no debería hablar de eso ahora, si quieres adelgazar –respondió ella, siempre tan sabia–. Seamus, escupe eso ahora mismo. No me importa. No. Está crudo.

–Dale un beso de mi parte.

–Callie te manda un beso, Seamus. ¡Te he dicho que escupas eso! –exclamó. Después, volvió a hacerme caso, y me preguntó–: ¿Qué te pasa?

–Senderismo con unos clientes, Muriel delgadísima, mallas de ciclismo, embarazo de comida. ¿Necesito explicar algo más?

–Oooh –dijo ella–. Lo entiendo. Mira, apunta esto.

Era mi mejor amiga por un buen motivo.

Cuarenta y cinco minutos después, yo estaba en un establecimiento que nunca había visitado: La hierba feliz. Era un herbolario nuevo de productos orgánicos. Olía raro, como a heno, ajo y marihuana, todo junto.

–¿En qué puedo ayudarte? –me preguntó la dependienta. Sonrió y se metió un mechón de pelo lacio detrás de la oreja.

–¡Oh, por ahora, en nada, gracias! Solo voy a echar un vistazo –respondí. No iba a admitir a la primera que era una boba que quería tener buen aspecto delante de su exnovio y su nueva novia.

Tenía intención de pasearme tranquilamente por la tienda, encontrar el producto que buscaba y, posiblemente, explicar que trabajaba en publicidad y estaba investigando, de ahí mi compra.

Cuando Annie me dio el nombre del Santo Grial de las medicinas para bajar de peso, lancé una búsqueda en Google y encontré opiniones bastante alentadoras. Una mujer, Cindy G., de Alabama, decía que había perdido tres kilos justo antes de su decimoquinta reunión de exalumnos del instituto. ¡Una talla entera!

–Bueno, y ¿cómo va el negocio?–grité, fingiendo que miraba los productos naturales para el cuidado del cabello. Había una marca de champú que contenía huevo, yogurt y miel. Así podías bañarte y desayunar a la vez.

–¡Estupendamente! –respondió ella–. ¿Eres de por aquí?

Charlamos amigablemente mientras yo me movía por los pasillos. Cuidado personal. Fortalecimiento sexual. Aumento de memoria. Mejora de actitud... Tal vez pudiera echarle algo de aquello a mi madre en el café. ¡Ah, ahí estaba! Salud intestinal. Y... ¡Bingo! Lo que yo había ido a buscar: *Infusión purgante y purificadora del doctor Duncan. Ideal para perder peso al inicio de una dieta.*

–Umm... –murmuré, levantando la caja como si estuviera intrigada–. Interesante.

La creativa publicitaria que había en mí se preguntó si no ayudaría a las ventas que el producto tuviera un nombre más sutil. Parecía que el doctor Duncan había hecho la caja mientras veía la televisión... estaba un poco torcida y, para que se mantuviera cerrada, tenía cinta adhesiva. La parte frontal mostraba una imagen borrosa del doctor Duncan, un hombre sonriente, barbudo y muy delgado. En la parte trasera figuraba la misma foto, y estaba descentrada. Vaya. Tal vez debiera ponerme en contacto con el doctor Duncan y proponerle una campaña publicitaria.

Al leer los textos del envase, me encogí. *La infusión purgante y purificadora del doctor Duncan es ideal para perder peso al inicio de una dieta. Se trata de una mezcla de hierbas totalmente orgánicas y naturales*

que desintoxicarán su intestino de los venenos modernos que se ingieren diariamente. ¡Eep! Aumentará la capacidad de su hígado para filtrar los desechos tóxicos, ¡Dios mío! Bla, bla, bla, ¡Ah! ¡Ahí estaba! ...se adhieren a las células de grasa de su cuerpo y tienen un efecto purgante que ayudará a arrancar el proceso de su nueva pérdida de peso y a mejorar su salud. Los resultados que empiezan a notarse a las pocas horas...

Bueno. Así que aquella noche me la iba a pasar en el baño. Aunque hubiera deseado ser una persona más sensata, de las que no intentaban perder tres kilos y medio en doce horas, tomé la caja. «No lo hagas», me aconsejó la señora Obama. Claro. Para ella era fácil decirlo; había clases de pilates en su honor. Además, la imagen de mi repugnante bebé acabó de golpe con mi sentido común. Y, después de todo, ¿no había funcionado la infusión para Cindy G.?

Eché un vistazo por la tienda. No había nadie más que la dependienta. Magnífico. Por supuesto, no iba a comprar solo el purgante... Lo metí entre otras compras para disimular. Tomé un champú a base de cera de abejas y una crema hidratante, qué diablos. Un paquete de té verde que tal vez le gustara a mi abuelo, y que era mejor que el café solo que tomaba todo el día. Ah, una barra de brillo labial para Josephine. Un gel de ducha de albaricoque para Bronte. Unas galletas orgánicas para Bowie, aunque sabía que mi perro prefería las hamburguesas con queso. Lo llevé todo al mostrador, cerciorándome de que la caja de la infusión purgante del doctor Duncan estuviera enterrada bajo todo lo demás.

—¡Me alegro de que hayas encontrado algo! —exclamó alegremente la dependienta.

—¡Oh, yo también! —le contesté—. Voy a comprar algunas cosas para mis sobrinas.

—¡Genial! ¡Estoy muy feliz! —añadió ella, como si quisiera convertir el evento en algo trascendental. Observó atentamente el champú, murmurando mientras lo hacía. Luego miró hacia un lado y sonrió de nuevo.

—¡Hola! ¡Bienvenido a La hierba feliz!

Me di la vuelta para mirar... y me estremecí. Era Ian McFarland. Mierda. Nadie quería que lo sorprendieran comprando un purgante milagroso para perder peso y, mucho menos, uno llamado *Infusión purgante del doctor Duncan*. Además, en mi caso, aquel hombre ya me había visto en mi peor momento. Me incliné sutilmente sobre el mostrador para que mi brazo tapara

el rostro borroso y barbudo del doctor Duncan, y decidí ser simpática.

–Hola, Ian –chillé.

–Hola, Callie –dijo él de un modo neutral.

Sus ojos se encontraron con los míos brevemente. Y, sin embargo... se acordaba de mi nombre. Cosa que, por supuesto, debía hacer. Pero, de todos modos, para mí fue como un cumplido. Y él era... no sé. Grande. Masculino. Un macho grande y fuerte de la especie humana. Y a mí me gustaban los machos grandes y fuertes. «Contente», me dijo Michelle. «Sí, señora», respondí yo. «Lo siento». Pero, mientras me disculpaba, mi atención volvió a centrarse en Ian.

Llevaba unos pantalones vaqueros... Yo no lo había visto nunca con un atuendo que no fuera un traje, y me estaba costando mucho apartar los ojos de aquellos vaqueros, que le quedaban muy bien. Llevaba un polo rojo descolorido, pero, aun así, su aspecto era... peligroso, pero de la manera más agradable posible: producía lujuria. Era como si, en cualquier momento, fuese a recibir la llamada de una misteriosa agencia gubernamental y a salir corriendo para matar a alguien, como hacía Clive Owen en *El caso Bourne*. Seguro que Ian tenía una cicatriz aún tierna en algún lugar... Sí, en realidad, ahí estaba, cerca de uno de los ojos. Seguramente, era de una pelea con cuchillos, me apostaría cualquier cosa.

Y también apostaría cualquier cosa a que sabía besar. Los hombres con aquel aspecto sabían besar, o, al menos, eso era lo que se decía en mis novelas románticas. Daban besos que empezaban con fuerza y luego se volvían suaves y largos, y estrechaban a la protagonista contra su pecho férreo con los brazos, que eran como bandas de acero, ella, toda suave y derretida, y él, duro y caliente...

¡Mierda! Me había quedado mirándolo fijamente. Y él me estaba mirando a mí. Enarcó la ceja con un inconfundible gesto de «¿Le importa, señora?». Yo me sonrojé, me volví hacia la dependienta y busqué la cartera en mi bolso. Tenía que comprar un purgante.

–Llevo un poco de prisa –susurré.

–¡No hay problema! –respondió ella, y pasó por la caja el champú–. ¿Está buscando algo especial hoy? –le preguntó a Ian.

–¿Tiene glucosamina en grajeas de mil miligramos? –preguntó él.

–Sí, creo que sí –respondió ella.

–¿Para perros? –pregunté yo.

Él volvió a mirarme.

–Sí.

Entonces, miró lo que yo había comprado. ¡Yo me había movido sin querer! Volví a ponerme delante del mostrador.

–Yo le doy glucosamina a Bowie –dije, un poco demasiado alto–. Todos los días. Me lo recomendó el doctor Kumar, aunque es joven. Me refiero a Bowie. Bowie es joven. Solo tiene tres años. El doctor Kumar... ¿es de mediana edad? Bueno, ya está jubilado. Aunque sus hijos están en la universidad, así que... ¿Cuántos años tendrá? ¿Sesenta? ¿Cincuenta y cinco? ¿Conoces a sus hijos? Son geniales.

Ian no respondió, y yo no lo culpé. Ian McFarland tenía algo que me hacía balbucear como si fuera idiota. Cerré los ojos por un segundo, sonreí y conseguí callarme. A mi espalda, la mujer más feliz del mundo me cantó el precio de mi compra.

–Son noventa y siete dólares con cuarenta y seis centavos –dijo.

–¡Dios mío! –exclamé–. ¡Vaya!

–Sí, ya lo sé –dijo ella, sonriendo como un mono–. Es que la *Infusión purg...*

–¡No importa! –la corté yo–. ¡Merece la pena! Porque es orgánica. Así que merece la pena –dije, y le entregué la tarjeta de crédito. ¿Cien pavos? ¡Dios!–. Estoy impaciente por probar el champú –dije, en un tono más normal, con la esperanza de distraerla del doctor Duncan y su cura milagrosa.

–Es maravilloso –dijo ella, mientras se metía un mechón de pelo mate detrás de la oreja–. Yo también lo uso.

Intenté no estremecerme.

–Qué bien.

–¡Aquí tiene! –dijo, y me entregó la bolsa–. Que tenga un día supermágico.

–Yo... ¡De acuerdo! –respondí–. Gracias.

Con la bolsa agarrada al pecho, pasé por delante de Ian.

–Que tengas un día supermágico, Ian –le dije, sin poder evitarlo.

–Siempre los tengo –murmuró él.

Al oír aquello, me quedé inmóvil. Miré hacia atrás. Ian no estaba sonriendo, exactamente. Sus labios formaban una línea recta, como siempre. Sin embargo, sus ojos... aquellos ojos tan azules... De nuevo, noté un cosquilleo en el estómago.

Fui pensando en aquel amago de sonrisa durante todo el camino a casa. Y

tengo que admitir que fue una agradable distracción.

El doctor Duncan era un genio. Tuve que reconocerlo al mirarme al espejo la tarde siguiente. Tendría que escribirle (como Hester G., de Vermont, para vengarme de mi hermana por no ayudar). ¡Y ni siquiera había tenido que dormir en el suelo de mi baño! Aunque eso tampoco habría sido demasiado horrible. Mi baño era una preciosidad, lo cual resultaba bastante extraño, ya que era Noah quien había rehabilitado aquel edificio, y yo no me imaginaba que le importara mucho que el baño fuera lujoso. Sin embargo, tenía un hermoso lavabo de pedestal, una zona de ducha separada por una mampara de bloques de vidrio, y el plato fuerte, una enorme bañera de hidromasaje que nunca había usado, aunque a menudo pretendiera hacerlo. El baño de Noah era mucho más práctico. Tal vez supiera que necesitaría que un nieto viviera con él algún día, y aquel había sido su soborno. Fuera cual fuera la motivación, yo me sentía agradecida. Siempre era un placer arreglarse allí.

Sobre todo, ahora que mi embarazo de comida, aunque no hubiera desaparecido por completo, había disminuido notablemente. No estaba segura de cómo había sucedido, ya que la temida angustia gastrointestinal no había aparecido. Sin embargo, yo me veía bastante bien. Curvilínea, incluso. Más parecida a la fértil J–Lo que a Lindsay Lohan, y daba gracias a Dios por ello. ¡Chúpate esa, Muriel! Si yo fuera el equivalente de, digamos, una hamburguesa buena, jugosa, reconfortante y deliciosa, Muriel era como un cordón de cuero crudo. Mark me había dicho una vez, en Santa Fe, que le gustaban las mujeres femeninas.

Tiré de las mallas de ciclismo para ajustármelas, le sonreí a mi propio reflejo y salí a mi habitación, donde me estaba esperando Freddie. ¡En mi mecedora!

–¡Levántate de ahí! –le ordené, de un ladrido–. ¡Fred! ¡Vamos!

–¿Por qué? Soy un adulto, no voy a tirar nada encima de la silla –gruñó mi hermano, pero obedeció.

–En primer lugar, tú no eres un adulto. Y, en segundo lugar, la mecedora es algo especial, como bien sabes. La estoy reservando.

–¿Para qué? –preguntó Freddie, y se dejó caer sobre mi cama.

–Para mi final feliz –respondí.

–Eso es patético –repuso él.

–Ya lo sé.

Sin embargo, aquella mecedora era para mi futuro y, hasta que no llegara a él, no iba a dejar que la utilizaran seres tales como mi hermano semilimpio.

–Pero no puedes sentarte en ella –continué–. Es la norma, y yo soy tu jefa, así que, se acabó. ¿Nos vamos?

–Sí, sí. Es realmente trágico que no tengas amigos y tengas que llevarme a mí.

–No te olvides de Bowie –dije yo. Al oír su nombre, Bowie se puso en pie de un salto . ¡Sí, Bowie, vamos a ir a dar un paseo! ¡Sí, sí, nos vamos! – exclamé. Me giré hacia mi hermano–. Y yo sí que tengo amigos. Lo que pasa es que Seamus tenía un partido de fútbol, así que Annie no podía venir, y Dave no podía venir porque Damien y él han roto.

Además de ser el hermano de Annie, Dave era el novio de Damien. Los dos mantenían viva su relación a base de rupturas y gloriosas reconciliaciones.

–Bueno, si quieres caerle bien a esa gente, has elegido al hermano correcto. No le voy a dar a nadie una clase sobre torsión ovárica y, además, hay que tener en cuenta mi belleza, mi encanto natural y mis capacidades atléticas.

–Ya veo que aquí no hay problemas de ego –le dije, dándole un coscorrón afectuoso.

–Es difícil quejarse cuando se es yo –respondió él.

Y era cierto. Era muy guapo, la viva imagen de nuestro padre y, según lo que decía Noah, del tío Remy.

Bajamos las escaleras, y me asomé al taller.

–Hasta luego, Noah –grité. La sierra de mesa estaba en marcha, así que saludé con la mano para hacerme oír.

–¿Dónde vais? –preguntó él, después de apagar la sierra.

–Tengo que ir a ese paseo por el monte obligatorio del trabajo. La cena está en el horno, ¿de acuerdo?

–¿Qué me has preparado? –preguntó él, con el ceño fruncido. A mi querido y malhumorado abuelo no le gustaba comer a solas.

–Lasaña de verduras –dije, y él frunció el ceño aún más–. Te va a gustar, porque le he puesto mucho queso. Bueno, Noah, tenemos que irnos. Vamos, Freddie, despídete de nuestro abuelo.

–Adiós, gruñón –dijo Freddie, sonriendo.

–Adiós, so bobo –respondió Noah, amablemente–. Cuida de tu hermana y que no se te olvide que mañana tienes que venir a ayudarme.

A las cinco de la tarde, puntualmente, entramos en el pequeño aparcamiento que había a los pies del monte Chenutney. Mark se acercó a paso ligero cuando salíamos del coche, y Bowie ladró de emoción y le lamió la rodilla.

—¡Estupendo! ¡Ya habéis llegado! Venid a conocer a la gente de BTR. Y, Callie, gracias por traer acompañante. Leila y Pete no han traído a nadie. Hola, Fred.

—¿Qué tal, Mark? —preguntó Fred, afablemente.

Claramente, Mark estaba un poco tenso. Los tres ejecutivos de BTR habían llegado aquella tarde, pero solo Mark y Muriel habían ido a comer con ellos, cosa que había sido dolorosa para mí. Normalmente, yo estaba en esas recepciones con los clientes. Aunque, en realidad, tal vez aquello fuera una cuestión más... familiar para él. Muriel. El padre de Muriel. El novio de Muriel. Yo me encogí.

Nos acercamos al grupo, cuyos integrantes tenían un aspecto muy poco aventurero y atlético. Damien, que una vez me había dicho que, para él, el estadounidense más ilustre era Giorgio Armani, estaba bastante ridículo con su ropa de BTR. Pete y Leila, que casi nunca se alejaban de sus ordenadores, se movían con desconcierto, sin soltarse las manos. Tenían unas piernas horriblemente blancas, incluso para los estándares de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, Muriel tenía un aspecto maravilloso. Era alta y delgada; llevaba botas de senderismo, unos pantalones cortos de color marrón y una camiseta sin mangas, de color rojo, con el logotipo de Bags to Riches impreso en la espalda. Se había hecho una coleta. Estaba relajada y feliz... no como de costumbre.

—Charles —dijo Mark, efusivamente, y me presentó—: Esta es Callie Grey, nuestra fantástica directora creativa. Está muy emocionada con la nueva campaña, ¿verdad, Callie?

—¡Por supuesto! —dije yo, y le lancé al señor deVeers una sonrisa resplandeciente, mientras mi perro se tiraba al suelo y exponía su estómago—. Me alegro mucho de conocerlo, por fin. Admiro mucho todo lo que ha hecho.

—Yo también me alegro de conocerte, Callie —dijo él. Sus ojos bajaron hasta mi pecho y, rápidamente, volvieron a subir—. Y mucho. Te presento a Anna, mi vicepresidenta de Marketing, y a Bill, nuestro director de Ventas.

Todos nos estrechamos la mano. Bill y Anna eran jóvenes, estaban en forma y eran guapísimos. Parecían gemelos... el pelo con mechas, un bronceado perfecto, los dientes blancos y brillantes... Lo que cualquiera esperaría de dos

ejecutivos de California.

–Mark dice que tienes grandes ideas para nosotros, Callie –dijo Charles deVeers.

–Eso creo –respondí yo–. Estoy deseando enseñárselas.

–Yo, también –dijo él, de una forma sugerente. Ummm... Bueno, también mi padre era un ligón, así que no podía tomarle manía por eso. Se inclinó para acariciar a Bowie que, inmediatamente, empezó a aullar de agradecimiento–. Vaya perro más precioso que tienes, Callie. Un perro muy bello para una mujer muy bella.

–Vaya, señor deVeers. Es usted muy halagador –dije, sonriendo.

–Llámame Charles, por favor –respondió él, sonriéndome también. Era algo inofensivo y, qué demonios... A mí me gustaban los hombres, sobre todo, aquellos a quienes yo les gustaba.

–Papá –dijo Muriel, colocándose entre nosotros y tomando a su padre del brazo–. Vamos a empezar ya, ¿de acuerdo? No podemos perder el tiempo, porque tenemos que estar de vuelta antes de que anochezca.

Me miró con frialdad, de pies a cabeza, y arrugó la nariz.

En aquel momento, apareció Fleur en su British Flag Mini Cooper. Cuando salió del coche, con ropa de senderismo normal, como la de Muriel, recordé que había dicho algo de que iba a llevar un acompañante... ¿Cuáles habían sido sus palabras, exactamente? Alguien con potencial. Y allí estaba: era Ian McFarland. A mí se me aceleró el corazón.

–¡Hola, amigos! –exclamó Fleur, con su impostado acento inglés.

–¡Hola! –dije yo, mientras se acercaban.

Fleur hizo las presentaciones. Cuando Ian le daba la mano a Mark, me miró. «Sí, Ian, exacto. Yo, diarrea emocional, Jefatura de Tráfico. Sí, es él».

Cinco minutos más tarde, estábamos caminando por el sendero y entrábamos al bosque. Primero iban Mark, Muriel y Charles, seguidos por Anna y Bill. Después, íbamos el resto, en un grupo heterogéneo: Fred, Damien, Pete, Leila, Fleur, Ian y yo. Karen se había excusado diciendo que se había hecho un esguince la noche anterior, mientras veía la televisión.

–Bueno, Fleur, ¿y de qué conoces al veterinario? –le pregunté.

–Por Tony Blair –dijo ella, refiriéndose a su terrier Jack Russell, un perro obeso y con un humor terrible–. Comió algo que le sentó mal, y no estaba tan contento como siempre.

–Ah –dije yo, y miré a Ian. Mierda. Ojalá hubiera pensado en algo distinto a

«Mi perro se ha comido el periódico».

El comienzo del camino era un agradable paseo, por un sendero ancho, entre los árboles. Sin embargo, a medida que el terreno ascendía, el camino se estrechaba. Y nuestro grupo se fue convirtiendo en una fila.

Fue entonces cuando mi estómago emitió un gorgoteo asombroso. *Squeerrrrlllerrrrggghhh...* Me sobresalté al oírlo. ¿Qué demonios era eso? Había comido, así que... Bueno, en realidad, me había comido dos zanahorias para no alimentar al bebé de grasa, después de que la infusión purgante del doctor Duncan hubiera funcionado tan... *Squeerrrrlllerrrrggghh*.

Oh, Dios Santo. Sentí un calambre ligero en el costado izquierdo, y me encogí. Oh, no.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Freddie.

—Umm... No —dije yo—. Estoy bien.

Gluuuurrrrrggghhh. Intenté contraer los músculos del estómago para amortiguar el sonido. No sirvió de nada. *Goooorrrrrggghhh*. ¡Dios, qué alto sonaba! Ian me miró, pero no abrió la boca.

Justo en aquel momento, Charles deVeers decidió que tenía que pasar más tiempo conmigo.

—¡Callie! —exclamó, y se giró, saludándome con la mano—. ¡Ven aquí con nosotros para que podamos charlar un rato!

—¡Encantada! —respondí. *Gluuuurrrrrggghhh*—. Disculpadme, chicos. El deber me llama.

Magnífico. Mi estómago iba haciendo ruidos que recordaban a *El exorcista* y, además, tenía que subir rápidamente para alcanzar al grupo de los ejecutivos, con Bowie saltando a mi lado. Además, mis pantalones de ciclismo, al estar hechos de bolsas de plástico, no transpiraban bien, y me estaban asfixiando los muslos. Me aparté con la mano los mosquitos que revoloteaban alrededor de mi cabeza e intenté no inhalar el aire mientras jadeaba.

—¿Qué tal está todo el mundo por aquí? —pregunté, con la respiración entrecortada, cuando llegué al principio de la fila—. ¿A que este bosque es maravilloso, señor deVeers?

—Por favor, llámame Charles —me repitió él, sonriendo. Debía de tener unos setenta años, pero no le caía ni una gota de sudor. Ni a su hija tampoco, pero, claro, yo sospechaba que ella era mitad reptil—. A propósito —añadió él—, me ha encantado tu idea para el nuevo logotipo.

Adiós, nombre largo y tonto con una bolsa de plástico flotante, hola, iniciales elegantes y sencillas.

–Me alegro muchísimo –dije, sin atreverme a mirar a Muriel.

–Callie, le estaba hablando a Charles sobre la campaña que ideamos el año pasado para la pista de esquí –dijo Mark. Me hizo un ligero gesto, que yo capté a la perfección. Necesitaba ayuda para hacerle la pelota al cliente, y eso no podía hacerlo nadie como yo.

Sonreí a Charles.

–Sí, fue un momento magnífico, Charles –*wwwweerrrrrrggghhh*. Rápidamente, me eché a reír para disimular el sonido borboteante de mis tripas. ¿Había terminado aquel? No, parecía que no. *Boooooorr...* Hablé por encima del sonido con la esperanza de que nadie lo oyera–. Bueno, nos gusta conocer los productos, lógicamente, así que Mark y yo fuimos a la estación para hacernos una idea. Además, Mark se ha criado sobre unos esquís, ¿verdad? Yo, no.

–Oh, oh –dijo Charles.

–A mí me encanta esquiar –dijo Muriel–. Papá, deberíamos volver a Utah.

–Sí, sería muy divertido, cariño. Continúa, Callie –dijo Charles.

Muriel apretó los labios.

Wwwwweerrrrrrggghhh.

–¿Tienes hambre, querida? –me preguntó Charles.

–¡Oh, no! Bueno, no he comido aún. No quería ir incómoda en este maravilloso paseo. ¡Pero estoy perfectamente! –exclamé, con una sonrisa resplandeciente, intentando, al mismo tiempo, respirar oxígeno suficiente. Me incliné para acariciar a Bowie, con la esperanza de que el movimiento aplacara al alien que tenía en el vientre. Sin embargo, sentí otro calambre en el costado, y se me escapó un jadeo. Tosí para disimular.

–Bueno, pues Mark me dijo que no me preocupara, que subiera la montaña con Skip, el dueño de las pistas –continué, y miré a Mark–. ¿A que sí, Mark?

–Todavía me arrepiento –dijo él, sonriéndome.

Yo llevaba trabajando con Mark el tiempo suficiente como para reconocer las señales que enviaba. Necesitaba que yo me trabajara al grupo, que influyera en ellos, y lo hice. Seguí con la historia, que era sobre mí. Tenía tanto miedo de saltar del telesilla, que me agarré a Skip para que él tampoco pudiera bajar, y volvimos a bajar por la ladera. Después, subimos otra vez, hasta que nuestros esquís se enredaron y él cayó desde tres metros de altura

sobre nieve dura. Tuvo que acudir una patrulla de nieve para recoger a su jefe y, además, bajarme a mí de las pistas, porque yo no sabía esquiar y no podía caminar con las botas.

–¿Y conseguisteis la cuenta? –preguntó Charles, sonriéndome.

–¡Por supuesto! –exclamé yo. *Berrrrrrroooo*–. ¡Jajajajaja! Skip se quedó impresionado al ver que yo había subido una montaña de dos mil metros que luego no iba a poder bajar, así que tuvo que contratarnos.

–Entonces, harías cualquier cosa por un cliente, ¿no? –me preguntó Charles, con un guiño.

–Cualquier cosa dentro de lo razonable –dije yo.

Por desgracia, yo tenía unos calambres cada vez peores en el estómago, y el camino era cada vez más empinado. Esperaba que mis jadeos disimularan los ruidos extraños que provenían de mi tracto intestinal. Estaba un poco mareada.

–Es una historia maravillosa, Callie. Mark, tienes una joya –dijo Charles, pasándome el brazo por los hombros.

–Sí, lo sé muy bien –respondió Mark. Me estaba sonriendo, y tenía una mirada de agradecimiento. Por un momento, fue como en los viejos tiempos, Mark y yo, haciendo nuestro trabajo. Un gran equipo.

Entonces, Muriel dijo:

–Bueno, me muero de ganas de llegar a la cima. ¿Dejamos de pasear y empezamos a hacer un buen tiempo? Papá, ¿crees que podrás seguir mi ritmo?

–Eso es todo un desafío –dijo Charles, y me soltó–. ¿Mark? ¿Callie? ¿Os apetece?

–Por supuesto –respondió Mark.

–Um... Yo voy a esperar a mi hermano –dije yo, y miré hacia atrás, a Fred y al resto del grupo, que estaban a unos quince metros por detrás de nosotros. Las punzadas que sentía en el costado eran cada vez más fuertes.

–Bueno, entonces, nos vemos arriba –dijo Charles.

Así, empezaron a subir a zancadas grandes y atléticas. Bowie gimoteó, porque quería irse con la gente rápida, pero, en cuanto estuvieron a cierta distancia, yo me dejé caer sobre una roca bastante plana, me tumbé y me puse el brazo sobre los ojos. ¡Las mallas de ciclismo eran espantosas! Lo que hubiera dado por poder quitármelas y meterme en la ducha en aquel momento. Después, me pondría un pijama limpio y vería algún capítulo de *Pesca radical*. Y todo eso, con un baño a menos de tres metros de distancia.

–¿Te encuentras bien? –me preguntaron Pete y Leila, al unísono, mientras se

acercaban. Damien iba justo detrás.

–Sí, estoy bien. Solo estaba descansando un poco –respondí, mirándolos. Solo estaba purgándome y purificándome.

–Pues tienes mala cara –dijo Damien.

–Y tú pareces un mono con esa ropa –repliqué, débilmente.

–Nos vemos arriba. No te preocupes, ya casi hemos llegado a la mitad del camino –dijo Leila. Me dio una palmadita en la rodilla y siguió subiendo.

«¡Casi a la mitad del camino! Dios Santo, ¡llévame ahora!» Y ¿cómo era posible que aquellos dos locos de los ordenadores estuvieran en tan buena forma física?

Bwihhhheerrrrgggghhh. ¡Ay! ¡Ese me había dolido! Recordé perfectamente aquella escena de Alien. ¡Ojalá la criatura saliera en una explosión de mi cuerpo y terminara con mi desgracia! ¡Purificar y purgar, Dios mío! ¿Un parto era así? Empapada en sudor, traté de controlar la respiración y el dolor. Era una pena que Hester no estuviera allí para ponerme una epidural. Bowie me miró y sonrió, y yo le devolví la sonrisa.

–Eh, Calorie –dijo Freddie, al acercarse–. ¿Tienes una cerveza por ahí?

–Pues no, claro que no –repliqué, débilmente–. Me estoy muriendo.

Bowie me lamió la cara para intentar reanimarme.

–Llamaré a tu coche –dijo mi hermano.

Yo me incorporé a duras penas.

–Eres un hermano maravilloso. Si muero, todo es para las sobrinas, ¿entiendes? No habrá nada para ti. Fleur, tú eres testigo.

–Muy bien –dijo ella, y se sentó a mi lado. También estaba jadeando, y yo me sentí agradecida–. Daría cualquier cosa por una taza de té en este momento.

Sin embargo, por irritante que fuera, no parecía que la caminata hubiera afectado lo más mínimo a Ian. Me ignoró, y yo se lo agradecí, porque no quería oír más comentarios sobre los ruidos que hacía mi tripa. Se metió las manos en los bolsillos y miró las vistas. Yo también miré... a Ian, claro. Preciosas piernas; seguro que había jugado al fútbol de niño. Un trasero excelente. Hombros anchos y bonitos.

–Vaya vistas –dijo, en voz baja.

Por un segundo, creí que se refería a sí mismo, pero no. Debido a lo que estaba sucediendo en mis intestinos, a mí se me había olvidado el paisaje. Aquel lugar donde habíamos hecho alto daba al lago Heron, que estaba

setecientos metros más abajo. El agua tenía un color azul oscuro y brillaba, y el lago estaba completamente rodeado por un bosque de pinos y abetos. La muralla de color verde solo quedaba interrumpida, en algunas zonas, por cataratas de granito que habían dejado allí los glaciares miles de años antes. El sol se estaba poniendo y, aunque aún tenía fuerza, coloreaba las nubes de un dorado brillante que destacaba en el cielo azul claro. Verdaderamente, unas vistas deslumbrantes.

Gluuurrreeeeeggghh. Me puse los brazos sobre el vientre para intentar amortiguar el sonido, con la esperanza de que lo camuflara el canto de los pájaros.

–¿Qué demonios te pasa en la tripa? –me preguntó Freddie. Una vez, lo quise mucho. En aquel momento, no tanto.

–Me encuentro un poco mal –susurré, mirando a Ian.

Me pregunté si estaba pensando en administrarme la eutanasia en aquel momento, para acabar con mi sufrimiento. No había forma de que yo pudiera subir hasta la cima de la montaña, porque tenía un alien mordiéndome el abdomen. *Squeeerrrrggh*. Bowie gimoteó solidariamente y meneó el rabo, dando golpes en el suelo.

–¿Quieres que me quede contigo, o continúo? –me preguntó mi hermano.

–Por favor, continúa –le dije yo, señalando vagamente hacia el pico. No tenía sentido pedirle que se quedara, porque tendía a reírse cuando la gente estaba enferma o sufría, aquella clase de risa inútil, incontenible e inapropiada–. Que alguien te lleve a casa, ¿de acuerdo? Yo me reuniré con los demás en el restaurante para la cena.

–De acuerdo, hermanita. Hasta luego.

Y, como una cabrita, Freddie comenzó a subir a saltos por el sendero. Debería haberme llevado a Hester.

–Que te diviertas –le dije, pero no me oyó.

Bowie ladró dos veces; después, empezó a lamerse una de las patas delanteras.

–Bueno, y ¿de qué estabas hablando con los ejecutivos de BTR? –me preguntó Fleur.

–Pues... de nada en concreto. Solo estábamos chismorreando –dije yo, mirándola–. Muy pronto tendremos una reunión en serio, y estoy segura de que tú estarás en ella.

–Claro –respondió Fleur, con una sonrisa tirante. Aunque era una

compañera de trabajo decente, yo sabía que no le gustaba estar por debajo de mí en la cadena de mando. Tenía cinco años más que yo, y en Green Mountain no había muchos más puestos a los que ascender.

–Bueno, Ian, querido, creo que deberíamos seguir –dijo Fleur–. A Mark le va a dar algo si todos nos quedamos por el camino –dijo, y añadió, mirándome–: Lo siento.

–No te preocupes, adelante –dije yo–. Que os divirtáis. Dile a Mark que me reuniré con vosotros en el restaurante, ¿de acuerdo?

–Por supuesto –dijo ella, y se puso en pie de un salto–. Entonces, vamos, Ian –dijo, tendiéndole la mano.

Bowie se levantó también, con la esperanza de ponerse en marcha, pero Ian se giró hacia nosotras y me miró un instante.

–Yo me quedo con Callie –dijo.

–¡No, no! –exclamé yo–. ¡Vete, vete! Estoy perfectamente.

Fleur me atravesó con la mirada.

–Tenemos que irnos para alcanzar a los demás, Ian –dijo. Su acento inglés se evaporó.

–Sí, continuad, por favor. Yo estoy bien –dije, intentando no jadear ni gemir. *Gooorrrreeeeccchhh.*

–Yo me quedo –repitió él.

–De verdad, no quiero que te quedes –respondí con firmeza.

–De todos modos, me quedo.

Siguió allí, con las manos en los bolsillos, inmóvil.

–Por favor, no.

–Sí.

Fleur nos miró a los dos.

–Bueno, entonces, yo también me quedo, Callie, para hacerte compañía.

–No, tú sigue –le dijo Ian–. Después de todo, es un evento de tu empresa.

Mi alien me estrujó nuevamente las tripas, y yo me estremecí de dolor.

Fleur tomó aire.

–De acuerdo –dijo–. Entonces, nos vemos abajo.

–Puede que tenga que marcharme antes –dijo él–. Esta noche estoy de guardia en la clínica.

Ella apretó los labios un momento, pero, rápidamente, sonrió para disimular.

–Bueno, probablemente te veré abajo, de todos modos. ¡Estupendo!

¡Gracias por quedarte con la pobre Callie! Eres un príncipe –dijo.

Hizo un movimiento hacia él, casi como si fuera a abrazarlo, pero Ian siguió inmóvil, con las manos en los bolsillos, y Fleur se retiró. El sonido de sus botas de senderismo se alejó a los pocos segundos.

Ian se sentó a mi lado.

–¿Estás bien?

–Claro, perfectamente, Ian –dije yo–. No necesitabas quedarte.

–¿Puedo tomarte el pulso?

–No. Estoy bien. Es solo que no he comido. De verdad, no necesito enfermera. Ni veterinario.

Él no respondió. Se quedó mirando al bosque verde, oscuro y precioso, tal y como decía Robert Frost. Aunque, al contrario que al poeta, a mí no me habría importado quedarme dormida en aquel preciso instante.

Solo se oía a los pájaros, el silbido del viento y el ligero ronquido de Bowie. Parecía que el alien se había tranquilizado, y el dulce aroma de los pinos me calmó el dolor poco a poco. Mi estómago emitió un pequeño gruñido, pero nada parecido a lo de antes.

–A lo mejor deberías comer un poco de hierba y vomitar –me sugirió Ian–. A los perros les funciona.

Yo lo miré. Él seguía observando el bosque, y yo estudié su perfil bien marcado.

–Gracias por el consejo. Supongo que no tendrás Tums, ni algún antiácido por el estilo.

–No, lo siento –dijo él, y me miró.

Yo me puse roja. Aquellos ojos eran increíblemente directos.

–Bueno, y ¿eres de por aquí, Ian? –le pregunté.

–Antes vivía en Burlington. Vine aquí hace dos meses.

–¿Dónde te criaste?

Él volvió a mirar al bosque.

–Por todas partes.

–¿Tu padre estaba en el ejército?

–No.

–Ah –dije yo, al percatarme de que no iba a darme explicaciones–. Bueno, y Fleur te ha invitado a nuestro paseo.

–Sí –dijo él, y se agachó para acariciar a Bowie, que movió la cola agradecidamente–. Yo tenía la impresión de que era algo del ayuntamiento,

abierto al público.

–Oh. Pues siento habértelo estropeado –murmuré.

–No puedo creer que alguien compre algo llamado *Infusión purgante y purificadora del doctor Duncan* –comentó, enarcando una ceja.

Ah, demonios. La humillación que sentí fue inmensa.

–Bowie, ¿podrías morder al doctor McFarland, por favor?

Bowie se tendió boca arriba. «Aquí está mi estómago, por si alguien tiene ganas de rascar algo», estaba diciendo. Yo le hice caso, porque no se me ocurría nada más.

Parecía que mis intestinos se habían calmado.

–Bueno, creo que tengo que empezar a bajar –dije–. Me encuentro mejor. Muchas gracias por esperarme. Puedes seguir con los demás.

–Te acompaño –dijo él, y me sorprendió.

Se puso de pie y me tendió la mano. Después de un segundo, yo la tomé.

Era una mano fuerte, cálida, encallecida; la mano que esperarías de un hombre que curaba a los animales. Una descarga de electricidad me recorrió el brazo y fue directamente a mi entrepierna, y tardé un momento en darme cuenta de que Ian me había soltado, aunque mi mano seguía extendida. Volví a ruborizarme. Tomé la correa de Bowie y comencé a bajar por el sendero.

–Esta zona es preciosa –dijo él.

–Deberías volver –le dije yo–. Si ahora te parece bonito, ya verás dentro de seis semanas.

Seguimos caminando en un silencio cómodo. Aunque todavía sentía molestias en el estómago, ya no me dolía como antes. Bowie fue olisqueando y tirando de la correa hasta que yo decidí soltarlo para que pudiera bajar saltando.

–Es un perro precioso –dijo Ian.

–Gracias. ¿Cómo está Angie? ¿No le gusta el monte?

–No sabía que se podían traer perros –dijo él–. Pero está bien. Gracias.

Yo me aparté de la cara algunos mosquitos que habían acudido atraídos por mi sudor, puesto que iba vestida de plástico. Eso era algo que el departamento de Investigación y Desarrollo de BTR iba a tener que mejorar. Miré a Ian, que estaba tan fresco como si estuviéramos en Siberia. Aquel día, sus ojos tenían el mismo color que el cielo. Y era muy alto; medía un metro noventa. De repente, tuve ganas de verlo sin camisa. Seguro que era muy guapo debajo de aquella camisa. Seguro que estaba buenís...

–Bueno, entonces, tu jefe, Mark –dijo Ian, interrumpiendo mis pensamientos lujuriosos–. ¿Es el tipo por el que llorabas cuando estábamos en la cola de Tráfico?

Yo apreté la mandíbula. Y el estómago, también, lo cual me provocó otro retortijón.

–Sí –dije, con tirantez–. ¿Por qué me lo preguntas?

–No, por nada. Solo porque fue un día memorable.

–Pues sí –murmuré.

Él no dijo nada más. Sobre nuestras cabezas se oyó el trino de un ruiseñor. Se me encogió el estómago como si quisiera responder, pero, por suerte, no emitió ningún sonido.

–¿Tienes hermanos, Ian? –le pregunté, después de unos minutos de silencio.

Él me miró como si estuviera evaluando mis motivos ocultos para formular una pregunta tan maliciosa y personal.

–Umm... Sí. Se llama Alejandro.

–¡Ooh, me encanta ese nombre! ¿No se llamaba así el Zorro?

–No lo sé –dijo él, y estuvo a punto de sonreír.

–Alejandro McFarland. Yo nunca habría puesto ese nombre y ese apellido juntos.

–Tenemos distintos padres. Él se apellida Cabrera.

–Mejor todavía –dije–. ¿Es guapísimo? Suena a que es guapísimo.

Él esbozó una rápida sonrisa, y yo me ruboricé un poco y aparté la mirada.

–Callie –dijo Ian–, cuando mencionaste el otro día que podías hacer un proyecto de relaciones públicas para la clínica... ¿Cómo funciona eso?

¡Vaya! ¿Quién se lo iba a esperar?

–¿Es que ha decaído el negocio?

–Un poco –respondió él, sin mirarme–. ¿Qué tenías pensado cuando fuiste a verme el otro día?

«No tenía nada pensado, Ian, de hecho, solo iba a ver cómo eras».

–Umm... Bueno, en hacer que tú fueras un poco más... cercano –le dije. Él se quedó callado, y yo continué–. Seguro que has oído hablar a la gente de lo bueno y maravilloso que es el doctor Kumar, lo cual es totalmente cierto. Así que, lógicamente, tú pareces un poco frío en comparación con él. No te preocupes. Conseguiremos que le caigas bien a la gente.

–Con eso acabas de decir que ahora no le caigo bien a nadie.

–Ooh –dije yo, y me eché a reír–. No, no. Lo que vamos a hacer es que le

caigas mejor a la gente. No te preocupes, esa es mi especialidad.

Él no dijo nada.

–Mira, vamos a transformar a Ian, el tipo distante al que le disgustan las solteras, en el equivalente humano de un golden retriever. Cálido, afable, cercano. La campaña de la calidez y la cercanía. ¡Va a ser estupendo!

–A mí no me disgustan las solteras, Callie –dijo él, con frialdad–, lo que me disgusta es que me hagan perder el tiempo fingiendo que su mascota está enferma.

–*Touché*, doctor McFarland. Aunque yo no acepte esa acusación, claro.

–Ni yo quiero fingir algo que no soy. Soy un buen veterinario. Eso debería ser suficiente.

–Claro, Ian. Pero si el negocio decae un poco, tal vez tú tengas que venderte de manera distinta, no fingir algo que no eres. Solo tendrás que intentarlo un poco más, porque, aunque me imagino que eres muy listo y sabes lo que haces, tal vez no estés... eh... demasiado relajado con la gente.

Él no dijo nada, y yo tuve la impresión de que había dado en el clavo. No me había fijado, pero, en aquel momento, vi que tenía las pestañas rubias. Rubias y muy espesas; lo notaba porque el sol se las iluminaba de pleno.

–Podría hacerlo como *freelance* –le dije–. Te costaría menos, y sería nuestro secretito.

En realidad, tendría que consultárselo a Mark, pero estaba segura de que a él no le importaría. La agencia no cobraba menos de dos mil euros por cuenta, y el proyecto para Ian sería muy pequeño como para tener que pagar ese precio.

Él se quedó callado unos segundos. Después, dijo:

–Me lo pensaré.

–De acuerdo –respondí yo.

Por fin, llegamos al aparcamiento. Mi querido Lancelot me estaba esperando para llevarme a casa, donde tendría a mi alcance todas las comodidades de la vida moderna. Podría ducharme y arreglarme antes de reunirme con todo el mundo para la cena.

–Gracias por quedarte conmigo, Ian –le dije, mientras le ponía la correa a Bowie.

–De nada –dijo él.

Estaba delante de mí, cruzado de brazos, con las piernas ligeramente separadas, como si fuera un capitán en la cubierta de su navío. Y muy

atractivo, la verdad.

–Adiós –dije.

–Adiós –dijo él.

Tiré de Bowie suavemente y nos fuimos hacia mi coche.

Capítulo 9

–¡*Boom–boom–boom, gotta get–get!* –grité yo, cantando la canción de los Black Eyed Peas, la semana siguiente.

–¡*Boom–boom–boom, gotta get–get!* –respondieron mis alumnas, para deleite mío. Por supuesto, era la séptima vez que cantábamos aquella canción y, hasta el momento, la única que había aprendido los movimientos era Jody Bingham.

Aquel día me lo había tomado libre, porque, después de clase, mi sobrina tenía una excursión de las Brownies. Así que me había ido a comer al Centro de mayores (pueblo pequeño, no había mucho que hacer, había gente a la que le gustaba ver mi cara sonriente... os hacéis una idea). Las damas de mi clase de yoga habían estado protestando con consternación... Leslie no había aparecido para dar la clase de Flexibilidad para mayores. Como yo detestaba perder cualquier oportunidad de ser una joya, enchufé mi iPod al estéreo y les di mi primera lección de hip–hop. Para disgusto de Kiara, mi compañera de cuarto de la universidad, que resultó ser una estudiante de danza de Trinidad, yo me sabía algunos movimientos, oh, sí. Umm, umm. Claramente, yo era la chica blanca más *hipopera* en el estado de Vermont (que no era decir mucho, pero, bueno, de todos modos...).

–¡A un lado, paso, patada, atrás! ¡Otra vez! ¡No os olvidéis de esos brazos! –grité, imitando lo mejor que podía a una persona muy joven y guay. Aunque no era una buena imitación, no tenía importancia, porque, teniendo en cuenta cuál era mi público, hubiera dado igual que fuera Soulja Boy–. ¡Boom, boom, boom!

–¡Boom, boom, boom! –repitieron las señoras.

Aquel estilo de música, muy diferente al habitual en aquellas clases (Leslie prefería esa música sensiblera de arpa y flauta, pensada para sumirte en la

narcolepsia o volverte homicida) había atraído a una gran multitud. Al fondo de la sala había casi una docena de hombres mayores muy interesados; y, entre ellos, me sorprendió ver a Noah. Estaba entre Josephine, que bailaba con bastante gracia y nos avergonzaba a todas, y Bronte, que, claramente, estaba sufriendo un momento de humillación adolescente inédito para ella gracias a su tía. La señalé y exageré aún más mi arrogancia mientras arrastraba los pies y saltaba, y me gané un magnífico giro de ojos como premio.

Cuando terminó la canción, me acerqué al estéreo y apagué la música.

–¡Ha sido estupendo, señoras! ¡Antes de que os deis cuenta, estaréis bailando en un vídeo de rap en VH1!

Mis alumnas se echaron a reír. Después, tomaron sus toallas para secarse el sudor de la frente.

–¿Cómo va el trabajo, Callie? –me preguntó Jody, mientras hacía estiramientos con los brazos por detrás de la espalda, como si fuera de goma.

–El trabajo... va bien –le dije yo. Era una verdad a medias.

Después de la caminata de la semana anterior, habíamos ido a cenar con el padre de Muriel y sus empleados. Charles me había sentado a su lado, y eso había parecido un gran éxito. Me perdonaron la deserción y aceptaron la excusa de que no me sentía del todo bien porque no había comido, y todos nos reímos, contamos historias y lo pasamos muy bien. Todos, salvo Muriel, que no dejaba de lanzarme miradas asesinas desde el otro lado de la mesa. A mí me sentaba mal. Claramente, yo no tenía intención de tirar a su padre al suelo y darle un revolcón con él. Charles parecía uno de esos hombres mayores a los que les gustaba flirtear con las mujeres. Como yo no me mostré contrita, ella empleó una estrategia más efectiva... besando a Mark. Eso sí funcionó.

Me aparté el recuerdo de la cabeza. Mark podía estar con Muriel si quería. Yo tenía que olvidarme de él.

–Entonces, ¿estás contenta allí? –me preguntó Jody.

–Claro –respondí.

–Bueno, pues me alegro, cariño. Espero que nos veamos pronto.

Me apretó suavemente el brazo y yo me encogí. Después, ella se acercó a Noah con una gran sonrisa. «Sí, claro. Buena suerte, Jody», pensé yo. «Es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que mi abuelo mire a alguien que no sea mi abuela».

–Ha sido muy divertido –dijo Elmira Butkes, que se acercó a charlar un momento–. La semana que viene tienes que enseñarnos más. Comparado con

esto, el yoga es muy aburrido. ¡Me ha encantado esta música! ¿Has dicho que se llamaban los Black Eyed Susans? –me preguntó, y se sacó del bolso un cuaderno rosa y un bolígrafo para apuntar.

–Peas. Black Eyed Peas –respondí yo, con la esperanza de que no hubiera entendido nada de la obscena letra–. Pero no puedo enseñaros más, porque eso es lo único que sé. Solo soy flor de un día.

–¡No! –exclamó ella–. Tienes muchísimo talento.

–No te lo creas –dijo Bronte, mientras se acercaba–. No deberías volver a bailar en público, Callie. Lo digo en serio. Además, tú eres demasiado vieja para escuchar a los Black Eyed Peas.

Yo fingí que me indignaba.

–¡Pues claro que no! Soy joven e increíblemente guay. Además, ¿quién te los enseñó a ti, eh? A mí me gusta Fergie desde que salía con Leo, de All My Children, que lo sepas.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

–Lo que tú digas, Callie.

–¿Qué estás haciendo aquí, cariño? –le pregunté.

–Mamá todavía no me deja estar sola cuando llego a casa del autobús del colegio, así que he tenido que ir a casa de Noah porque la abuela estaba... trabajando –dijo mi sobrina, y se estremeció–. Y Noah tenía que traer a Josie aquí, contigo, y he tenido que venir con ellos porque nadie de esta familia está dispuesto a admitir que yo ya soy demasiado mayor como para que me lleven de un lado a otro como si fuera una marioneta.

Yo miré a mi sobrina; me había llamado mucho la atención que estuviera de tal mal humor por algo tan nimio.

–¿Qué te pasa, cariño? –le pregunté, acariciándole la mejilla. Me había quedado impresionada por su reacción.

–Este fin de semana hay una idiotez de baile de padres e hijas en el instituto, y, claro, yo no puedo ir –dijo, y me lanzó una mirada fulminante, con todo el desdén, la furia y la vulnerabilidad que solo pueden transmitir los adolescentes.

–¡El abuelo puede ir contigo, Bronte! ¡A él le encantaría!

–No quiero ir con mi abuelo. Si no tengo padre, no tengo padre. Déjalo –respondió, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Bronte no había conocido a su padre biológico, que había muerto en Irak; y, por supuesto, Hester no le había proporcionado una figura paterna alternativa.

–¿Tengo que ir a esta idiotez de excursión? –preguntó.

–No, cariño, puedes quedarte con Noah, si quieres –dije yo, y observé su expresión de ira–. ¿Quieres que hablemos del tema del padre?

–No –respondió ella. Entonces, se dio cuenta de que estaba tratando a su querida tía con un desprecio que estaba más bien dirigido a su madre, y me sonrió de mala gana–. Pero gracias, tía Callie.

–De nada, cariño. Yo siempre estoy ahí.

–Ya lo sé –respondió ella–. Me lo dices más o menos todas las semanas.

Volvió a mirar al cielo con resignación y se alejó. Sentí que aumentaba la admiración por mi hermana. Una cosa era tener hijos... y otra muy diferente quedárselos cuando llegaban a la adolescencia.

Fue agradable estar lejos de la oficina. En Green Mountain habían cambiado los ánimos después de que los ejecutivos de BTR volvieran a San Diego. Desde entonces, Mark casi no me hablaba. Estábamos muy ocupados, sí, pero, de todos modos... Ser hija de padres divorciados tenía algo especial: siempre me sentía responsable del estado de ánimo de los demás. Era como si creyese que, si era muy mona y alegre, todos serían felices y, sin no lo eran, yo tenía la culpa, claramente, porque no me estaba esforzando lo suficiente. Así era como me sentía con Mark aquellos días, como si, de alguna manera, le estuviera fallando. En cuanto a Muriel... era mejor olvidarlo. Seguía siendo un misterio lo que hacía realmente, aunque se sentara en su escritorio cada día, vestida impecablemente de blanco y negro, (yo aún no la había visto con ropa de ningún otro color) y tecleara sin parar todo el rato.

–¿Ya nos vamos, tía? –me preguntó Josephine, que se agarró de mi mano y tiró con tanta fuerza que estuvo a punto de desencajarme el brazo del hombro–. ¿Podemos irnos ya, por favor?

–Claro que sí, cariño. Solo tenemos que pasar por mi casa para que me cambie, y nos vamos. Tienes la dirección, ¿no?

–Sí, en la mochila –dijo Josephine–. ¡Vamos, no quiero llegar tarde!

–No vamos a llegar tarde, preciosa –le dije–. Ven aquí. ¿Ya eres demasiado mayor como para que tu tía te tome en brazos? –pregunté, y la levanté del suelo–. ¡Vaya, sí que lo eres! ¡Ay, que te me caes! –exclamé, y fingí que la soltaba un segundo; era un juegucito que siempre le encantaba y, como recompensa, recibí una de sus risitas deliciosas.

La dejé en el suelo y la tomé de la mano y me dirigí hacia Noah. Y... ¡sorpresa! ¡Mi abuelo estaba hablando con Jody, una mujer que no era de su

familia! Aquello sí que era un cambio. Jody debía de haber desplegado todo su encanto, porque Noah, aunque no estaba precisamente eufórico, tampoco había salido corriendo hacia la puerta.

–¿Noah? –le dije–. Voy a llevar a Josephine a la reunión de los Brownies. Bronte se queda contigo.

–Muy bien –respondió él, gruñendo. Miró a Bronte, que estaba leyéndose *La Iliada*–. Puedes ponerte a lijar.

–Oh, alegría, o éxtasis inesperado –dijo ella, sin levantar la vista del libro.

–Es una listilla –dijo Noah, sin poder reprimir una sonrisa de orgullo.

–Sí, me encantan los niños que leen –dijo Jody.

Yo le di un abrazo a mi abuelo.

–Jody Bingham es estupenda –le susurré al oído. Él me apartó dándome unas palmaditas en el hombro–. Ay... Me has hecho daño. Puede que te denuncie –le dije–. ¡Adiós, Jody! ¡Hasta luego, abuelo! ¡Te quiero!

–¡Hasta luego, abuelo! ¡Te quiero! –repitió Josephine.

Genial. Así hacíamos que él también pareciera estupendo, por poco que le gustara.

Media hora después, yo estaba duchada y vestida con unos pantalones cómodos para poder comer mucho queso Cabot. Josephine estaba dando botes en mi cama, y Bowie ladraba de alegría.

–Dame la dirección, cariño –le pedí a mi sobrina.

Ella bajó de la cama, sacó un papel de la mochila y me lo entregó.

–¿Puedo ponerme el brillo de labios que me regalaste? –me preguntó.

–Claro –dije yo, mientras leía la hoja.

¡Demonios! No íbamos a ninguna granja, sino a Georgebury Veterinarian Practice. A la clínica de Ian, en otras palabras. Dios mío... Esto debía de haberlo organizado el doctor Kumar hacía muchos meses, porque yo no podía imaginarme a Ian recibiendo a un montón de niñas de cinco años que no paraban de reírse.

Yo tenía razón, tal y como averigüé veinte minutos más tarde.

–El doctor McFarland sale ahora mismo –dijo Carmella Landy, por quinta vez.

–Marissa, no te comas eso, cariño –dije yo, por encima del alboroto–. Es para perritos. Escúpelo.

Me giré hacia Carmella.

–¿Está escondido? –le pregunté.

–Creo que sí –respondió ella–. Cuando le dije que esto estaba programado en la agenda, fue como si le diera un cólico nefrítico.

Las dos nos echamos a reír alegremente.

–¿Cómo va el negocio? –pregunté.

Ella se puso seria.

–Bueno, un poco tranquilo. El doctor Kumar era tan... adorable. Este chico... no lo es tanto. La gente quiere a alguien que quiera a sus mascotas tanto como ellos. El doctor McFarland es parecido a un iceberg, ¿sabes?

–Sí.

Claramente, Ian necesitaba mi ayuda profesional.

Como las niñas no habían roto nada todavía y Michaela Oh, la otra acompañante, estaba repartiendo sobornos en forma de Life Savers, aproveché la oportunidad para ir en busca de nuestro anfitrión. Parecía que la consulta estaba vacía. Había un enfermero que yo no conocía preparándose para salir... No vi a Earl, mi amigo.

Cuando pasé por delante de una puerta abierta, la preciosa setter irlandesa de Ian se puso de pie con gracilidad.

–¡Hola, Angie! –dije yo.

Me arrodillé para acariciarla y, sin poder evitarlo, empecé a cantarle como Mick Jagger.

–*Angie... Aaa–nnngie... You can't say we never...*

En aquel momento, Ian salió de su despacho. Tenía el aspecto que había descrito Carmella. Llevaba traje, pero, en vez de la americana, tenía una bata blanca con su nombre bordado en negro. Llevaba una camisa azul y una corbata roja y tenía una expresión... bueno, muy formal. Rígida. Pero, también, agradable. Aparte de Louis, yo no conocía a ningún hombre que llevara traje. En el pueblo había mucha ropa deportiva Carhartt, mucha franela. Ian... era distinto. De nuevo, tuve la visión de un asesino ruso. Le sonreí desde el suelo, y Angie movió la cola.

Él se sobresaltó al verme agachada con su perra.

–¿Qué haces aquí, Callie? –me preguntó–. No me digas que una de esas... niñas... es tuya –inquirió, y tragó saliva.

–¿Lo ves? Es en esto exactamente en lo que podría ayudarte –le dije, mientras se me borraba la sonrisa de los labios. Me incorporé–. «Hola, Callie,

¡me alegro mucho de verte!» habría sido un saludo mucho más apropiado. Además, ¿de verdad es tan difícil imaginarse que un hombre me encuentre lo suficientemente atractiva como para tener relaciones sexuales conmigo? ¿Umm?

No me extrañaba que el negocio hubiera decaído.

Él se frotó la barbilla.

–No quería decir que... Yo... Bueno, no importa.

Miró hacia la zona de recepción, donde estaba aumentando el nivel de ruido. Yo me apiadé de él.

–He venido con mi sobrina. No te preocupes. Lo haremos todo de la manera menos dolorosa para ti.

Ian me miró dubitativamente.

–Vamos, chicarrón –le dije, para animarlo–. No muerden. Bueno, puede que Mariah y Paige sí, pero el resto son completamente inofensivas.

Fuimos a la sala de espera y yo grité un poco para hacerme oír.

–¡Niñas! ¡El doctor McFarland ya está aquí, y está muy contento que de hayáis venido a aprender cómo cuida de los animales! Doctor McFarland, muchas gracias por recibirnos.

Ian miró a las niñas como si fueran un banco de pirañas.

–Hola –dijo.

–¡Yo tengo tres perros! –gritó Keira Kinell, y se puso a bailar–. ¡Son de pura raza! ¡Han costado cuatro mil dólares cada uno!

–¡Yo tengo un gato que se llama Eddie y es muy mono! –exclamó Hayley McIntyre.

–¡No, no es verdad! –dijo Josephine, acaloradamente–. No tienes gato. ¡Yo he estado en tu casa, y es mentira lo del gato!

–¡No es mentira! –respondió Tess McIntyre, la hermana gemela de Hayley–. ¡Es imaginario! Y tú no le caes bien, por eso se escondió.

–Yo tengo un pony, dos perros y un hámster –dijo Kayelin Owens–, pero el hámster se murió, y yo lo encontré en su jaula, y estaba hecho una bolita, y yo lloré, y mi madre dijo que estaba en el cielo, así que lo enterramos en el jardín.

Por su expresión, parecía que Ian tenía electrodos en varias partes del cuerpo. Yo volví a sonreír.

–El doctor McFarland nos va a hacer una visita por su clínica, niñas. Podéis ver donde hace las cosas que hacen los veterinarios para que nuestras

mascotas estén sanas. ¿Verdad, doctor McFarland?

–Sí –dijo él–. Claro. Um... Por favor, no toquéis nada y seguidme.

–¡Buena suerte! –exclamó Carmella, y se quedó a solas con su ordenador.

Michaela, las niñas y yo seguimos al doctor McFarland por el pasillo.

–Esto es el quirófano... Por favor, no toques eso –dijo, cuando Keira empezó a acariciar la bombona de oxígeno. Keira lo miró como si estuviera evaluándolo para saber hasta dónde podía llegar. Y lo evaluó perfectamente, porque volvió a tocar la bombona.

–Las manos a los bolsillos, Keira –dije yo, y ella obedeció al instante.

Ian tomó aire.

–Bueno, aquí es donde operamos cuando...

–¿Saca úteros? –preguntó Josephine, muy orgullosa de su vocabulario, teniendo en cuenta que su madre era médica.

–Ummm... Algunas veces –dijo Ian–. Lo llamamos «esterilizar».

–¿Y penes? –preguntó mi sobrina.

Yo me mordí el labio para no reírme.

–Bueno, no exactamente, no. Pero es importante que un perro, un gato o cualquier mascota no tenga una camada a no ser que...

–¿Qué es una camada? –preguntó Caroline Biddle.

–¡Los cachorros, tonta! –le gritó Keira.

Caroline se quedó como si Keira la hubiera abofeteado.

–Keira, pídele disculpas a Caroline ahora mismo –le ordené.

–¡Lo siento! –canturreó Keira, de un modo muy falso.

Yo apreté los dientes, con un sentimiento de odio en el pecho. Keira era de una familia de nuevos ricos de Vermont, y era la niña más malcriada y desagradable del mundo. Y Caroline, que jugaba muy a menudo con Josephine, era una niña con necesidades especiales, dulce como una mariposa. Yo no sabía cuál era el diagnóstico oficial, pero, como era voluntaria en la guardería de Josephine, sabía que Caroline iba un poco más retrasada que los niños de su edad.

Le tomé la mano a Carolina y se la besé, y ella sonrió con los ojos llenos de lágrimas. Yo deseé que a Keira le ocurriera algo malo, como que los Jonas Brothers fueran a actuar a Georgebury y prohibieran la entrada de Keira al concierto. O que sus perros de raza se comieran las cabezas de todas sus Barbies. O que... bueno, cualquier otra cosa. Pero no demasiado mala. Después de todo, ella no era más que una niña. Los que verdaderamente se

merecían un castigo eran sus padres.

–¿Y hay perros que se mueren aquí? –preguntó Hayley.

–Sí –dijo Ian.

Todas esperamos a que dijera algo más, pero él no lo hizo.

–¿Y hay fantasmas? –insistió ella, para ver si obtenía una respuesta más esperanzadora.

–No –respondió él y se metió las manos a los bolsillos.

–Tengo que ir al baño –dijo Marissa, y Michaela la acompañó.

–Doctor McFarland –dije yo–, ¿podría contarnos algo sobre las operaciones que tiene que hacer con más frecuencia?

Él me miró con gratitud.

–Sí, bueno... Esterilizamos a los animales para que no puedan tener... eh... bebés. Algunas veces, a los animales se les queda algo atascado en el tracto intestinal, o en el estómago, así que tenemos que operarles para sacárselo. También... extirpo tumores, arreglo huesos rotos... Por favor, no toques eso –dijo, cuando Hayley empezaba a apretar la perilla de un brazaletes para la toma de la tensión.

–Si le parece bien, podríamos seguir, doctor McFarland –sugerí yo.

–Claro –dijo él, y se secó la frente con la manga de la bata.

–Yo me rompí una vez la pierna –dijo Paige–. Grité mucho. Después, en el hospital, me dieron chucherías.

–Mi madre gritó cuando tuvo a mi hermano pequeño –dijo Leah Lewis–. Dijo que fue precioso, pero yo oí los gritos, y nunca voy a tener bebés. Solo quiero perritos.

Entre los dos, llevamos a las niñas a la entrada.

–Ian, ¿por qué no examinas a Angie y les enseñas lo que buscas? –le sugerí, en voz baja–. Y, si les das algo de recuerdo, sería estupendo.

–Yo no tengo souvenirs, Callie. Esto no es una tienda de regalos.

–Depresores linguales, Ian. Bolas de algodón. Tienen cinco años. No les va a importar.

Él asintió. Tragó saliva.

–Lo estás haciendo bien –le dije yo, poniéndole la mano en un brazo–. Solo son niñas.

Él me miró con cara de pocos amigos, como si acabara de decir algo como «Solo son un nido de víboras, Ian». Sin embargo, se fue a su despacho a buscar a Angie.

Michaela y yo metimos a las niñas en una de las salas.

–Sentaos en el suelo, por favor –les dije, y ellas se sentaron con las piernas cruzadas. Cuando Ian entró con Angie, todas soltaron un gritito de alegría.

–¡Qué bonita es!

–¡Yo quiero una perrita así!

–¿Puedo montarme encima?

–No, no puedes montarte encima –dijo Ian, pero sonrió. Con delicadeza, subió a Angie a la mesa de examen–. Os presento a Angie, mi perra.

–¿Sabe hacer algún truco? –preguntó Josephine–. El perro de mi tía tira de ella por las cuevas cuando va en bicicleta.

–¿De verdad? –me preguntó Ian, con una mirada de diversión. Yo noté un cosquilleo en el estómago–. No, Angie no sabe muchos trucos –prosiguió–. Pero se porta muy bien. Bueno, lo primero que hago cuando alguien trae a su perro a la clínica es intentar hacerme amigo suyo. Así: «Hola, Angie. Eres una perrita muy buena, ¿verdad?».

–¿Habla? –preguntó Hayley, y las otras niñas se echaron a reír.

Ian sonrió con un poco de inseguridad, casi como si no supiera si estaba incluido en la broma, y a mí se me encogió el corazón. De repente, se me pasó por la cabeza que, a pesar de que pareciera un asesino ruso y se comportara como un iceberg, tal vez Ian McFarland fuera un poco... bueno... tímido.

Y eso me resultaba atractivo, extrañamente.

Durante un rato, Ian estuvo enseñándoles a las niñas cómo se hacía el examen normal a una mascota, y mantuvo bastante bien su interés.

–Creo que quiero ser veterinaria –dijo Caroline, mientras se ajustaba las gruesas gafas en la nariz–. ¿Tienes que ser lista para ser veterinaria?

–Sí, tonta, así que tú no puedes –respondió Keira, inmediatamente.

Sus palabras fueron rápidas y afiladas como una navaja y, durante un segundo, yo me quedé sin habla. Caroline bajó la cabeza.

–¡Keira, se terminó! –le dije yo, levantándome de mi asiento de un salto–. Vete a la sala de espera ahora mismo.

No sabía qué hacer para que se diera cuenta de lo cruel que era. Se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia, y apreté los puños.

–Yo me la llevo –me susurró Michaela, y tomó a Keira del hombro.

–¿Qué pasa? –preguntó la niña, mientras la sacaban de la sala–. ¡No he mentido! ¡Ella no es lo bastante lista!

Todos nos quedamos en silencio; las otras diez niñas se habían dado cuenta

de que Keira había traspasado el límite. Josephine le puso la mano en la espalda a Caroline, pero la niña no se movió. Siguió mirando al suelo.

–Para ser veterinario, Caroline –dijo Ian, mientras se arrodillaba delante de ella–, tienes que tener un gran corazón. ¿Tienes un corazón así?

Caroline no alzó la vista.

–No lo sé –susurró.

–Sí, claro que sí –dijo Josephine.

–Es verdad, Caroline –dijo Hayley.

–¿Y serías muy dulce? Porque, a veces, los animales están asustados –dijo Ian.

Caroline asintió casi imperceptiblemente, sin levantar la cabeza.

–También tienes que querer a los animales. Sean del tipo que sean.

–Yo los quiero –susurró ella–. Incluso a las serpientes.

–Bueno, pues entonces –dijo Ian–, a mí me parece que vas a ser una buenísima veterinaria.

Entonces, Caroline lo miró.

–¿De verdad? –preguntó.

Ian asintió.

A mí se me cayeron las lágrimas y, en aquel momento, adoré a Ian McFarland. Y Josephine y Hayley iban a ganar las medallas de honor de las Brownies. Me sequé disimuladamente las lágrimas, porque no quería que las niñas me vieran llorar.

Ian se puso de pie y se sacó un estetoscopio del bolsillo de la bata. Se lo entregó a Caroline.

–¿Quieres escuchar el corazón de Angie?

–¿Puedo yo también? –preguntó Marissa.

–¿Y yo? ¿Y yo? –preguntaron, a coro, todas las demás.

Caroline se olvidó del desagradable comentario de Keira por la emoción de poder usar un instrumento médico de verdad, y Angie, que debió de darse cuenta de que la niña necesitaba una muestra de afecto, le lamió la cara. La sonrisa de Caroline iluminó toda la habitación.

Media hora más tarde, las niñas estaban otra vez en la sala de espera, gritando de alegría, porque Ian les había dado a cada una un par de guantes de látex y mi muy habilidosa sobrina había inflado los suyos como si fueran globos en forma de ubre. Mientras jugaban al voleibol, yo me acerqué a Ian, que estaba observando desde la puerta que comunicaba con las salas de

consulta.

–Lo has hecho muy bien –le dije–. Sobre todo, con Caroline.

Él asintió ligeramente, con formalidad.

–Gracias por tu ayuda.

–¿Ha sido muy infernal? –le pregunté, sonriendo.

–Un poco –admitió él, pero sonrió. Le vendría bien afeitarse, pensé. Y, de repente, empezaron a temblarme las rodillas.

En aquel momento, Hester entró por la puerta.

–¡Hola, Josephine! –exclamó. Tomó a su hija en brazos y la besó–. ¿Te lo has pasado bien con el veterinario?

–¡Sí! –dijo Josephine–. ¡Hemos visto a su perra!

Hester dejó a Josephine en el suelo y se acercó a Ian y a mí.

–¿Sabes qué? –me dijo–. ¡Mi paciente de cincuenta y cuatro años está embarazada! ¿A que es genial?

–Sí, mucho –dije yo–. Um... Hes, te presento a Ian McFarland, el nuevo veterinario. Ian, esta es mi hermana, la doctora Hester Grey.

–¿Sabes? –preguntó mi hermana–. Una vez, yo pensé en ser veterinaria. Pero no me gustan tanto los animales, y no saqué la nota suficiente. Tuve que estudiar Medicina. Johns Hopkins. ¿Dónde estudiaste tú?

–Tufts –dijo Ian.

–Impresionante –dijo Hester, casi gritando–. Nuestro hermano acaba de dejar Tufts.

–¿Cómo fue el seminario? –pregunté.

–Muy bien. Todo tipo de terapias hormonales nuevas, deseando poner al señor Óvulo a punto para el señor Espermatozoide. Bueno, tengo que irme ya. Nos vemos pronto, Callie. Me alegro de haberte conocido, Owen.

–Me llamo Ian –le dijo él, pero mi hermana ya estaba saliendo por la puerta.

–Es médica especializada en fertilidad –le dije a Ian.

–Ya lo sé. Me acuerdo del día de Tráfico.

–Te encanta sacar eso a relucir, ¿eh?

Él enarcó una ceja.

–Su hija es igual que ella –comentó.

–Sí, es cierto. Lo cual es curioso, porque las dos niñas de Hester son adoptadas. ¿Tú tienes niños, Ian?

Él negó con la cabeza.

–No. No, mi exmujer... No. No tuvimos hijos.

Me di cuenta de que había una historia detrás de aquellas palabras, pero la conversación que hubiéramos podido tener se frustró cuando llegaron las últimas madres a recoger a sus Brownies. Una de ellas era Taylor Kinell, la madre de Keira la cruel. Llevaba una camiseta carísima y muy ajustada, poco adecuada para su edad, casi transparente, y unos vaqueros oscuros de diseñador, sin duda, con la cintura muy baja. Se agachó y abrió los brazos para recibir a Keira, y nos mostró un poco de su tanga y un poco del tatuaje que llevaba en la parte baja de la espalda, justo al comenzar sus nalgas.

–¡Hola, nenita! –exclamó, en dirección a su hija, aunque estaba mirando a Ian.

Ah. La madre del año exhibiendo sus encantos delante del guapo veterinario. Se quitó las gafas de Prada y le lanzó una enorme sonrisa a Ian.

–Tengo que hacer papeleo –murmuró Ian.

Y, con eso, huyó por el pasillo en dirección a su despacho. Yo no pude reprochárselo.

Me acerqué a Taylor Kinell y sonreí forzosamente.

–Taylor, hemos tenido un problema con Keira hoy –le dije.

–¡Mamá, mamá! ¿Mamá? –comenzó a gritar Keira, tirándole de la mano a su madre–. ¡Dijiste que íbamos a cenar por ahí! ¡Quiero cenar por ahí! ¡Odio cenar en casa! ¿Podemos irnos? ¡Mamá! ¡Me aburro! ¡Esto ha sido muy aburrido! ¡Dijiste que íbamos a cenar a un restaurante!

–Sí, cariño, lo dije. ¿Adónde quieres ir, eh? –le preguntó Taylor.

Keira siguió tirándole del brazo anorético a su madre, con tanta fuerza, que a mí me sorprendió que no se lo arrancara y, siendo Keira como era, comenzara a comérselo.

–Keira, estoy hablando con tu madre ahora mismo –le dije, con paciencia. Después de todo, solo era una niña, así que, seguramente, el mal estaba en su educación, no en su naturaleza.

–¿Y qué? ¡Tengo hambre! ¡Vamos, mami!

–Taylor, hoy Keira se ha reído de otra niña en dos ocasiones y, como sabes, no está permitido ese tipo de acoso en las Brownies. Ni en ningún otro lugar, ¿verdad? Keira, decir cosas malas a los demás hiere sus sentimientos, cariño.

–No me importa –dijo Keira.

Ooh. Miré a Taylor una vez más.

–Si no aprende las normas básicas de educación, no podrá seguir en las

Brownies. Keira, ¿te gustaría que alguien te llamara «tonta»?

–Nadie te iba a llamar «tonta» a ti, cariño, porque tú eres muy lista –dijo Taylor, inmediatamente, y me lanzó una mirada asesina–. Y, en cuanto a las Brownies, íbamos a dejarlo de todos modos, porque es un poco pueblerino. Vamos, nena. Hoy puedes tomarte dos postres. Vamos.

A mí me subió peligrosamente la tensión. ¿Acaso Taylor pensaba que le estaba haciendo un favor a su hija criándola así? Casi sentí pena por Keira. Dentro de diez años iba a ser la chica más popular del instituto, sin amigas verdaderas y con todo el mundo cotilleando a sus espaldas, mientras ella utilizaba la fortuna de sus padres como escudo protector.

–Gracias por traer a las niñas, Callie –me dijo Sarah, la madre de Caroline Biddle. Tenía a su hija tomada de la mano, y su expresión era de felicidad por estar con ella otra vez. Eso sí que era una buena madre.

–Oh, ha sido un placer –dije yo. Después, le pregunté–: ¿Has hablado con Michaela?

–Umm, umm –dijo ella, asintiendo. Tenía una mirada que lo decía todo–. Por favor, dile al doctor McFarland que es el héroe del año, por lo que a mí concierne.

Sonreí.

–Se lo diré. Siento no haber podido... hacer algo más.

Al recordar de nuevo la cara de pena de Caroline, se me encogió el corazón.

Sarah sonrió.

–No te preocupes por eso. Caroline, dale las gracias a Callie por este día tan especial, cariño.

–¡Gracias, Callie! –exclamó la niña, y me abrazó con fuerza los muslos–. ¡Adiós! ¡Te quiero!

–Adiós, mi amor –dije yo, sonriéndole desde arriba–. Yo también te quiero.

Las observé mientras se alejaban. Caroline iba parloteando con una sonrisa, tomada de la mano de su madre. Yo sentí una punzada de envidia al ver a la madre y a la hija, queriéndose tanto, que nada más podía tener importancia. El padre de Caroline era maravilloso, un obrero que pensaba que su mujer y su hija eran lo más importante del mundo. Annie, Jack y Seamus también eran así. Estando los tres juntos, eran felices. Lo demás era accesorio.

Cuando se marchó la última de las Brownies, la consulta se quedó silenciosa.

–¿Callie?

Yo me sobresalté al oír la voz de Ian, que acababa de salir de su despacho, ahora que ya no había nadie.

–¿Podría hablar contigo un minuto?

–¡Claro! Claro, por supuesto.

–Ian, hasta mañana –dijo Carmella–. Me alegro mucho de haberte visto, Callie. Buen trabajo con los monstruitos.

–Gracias –dije, sonriendo.

Después, fui con Ian a su despacho. Allí, Angie estaba dormida en su camita. La sala estaba muy ordenada, pero no resultaba fría, como el despacho blanco y negro de Muriel. Mi despacho estaba decorado con muchos colores y lleno de cosas, post its, fotografías, tazas de café, etcétera. El de Ian, por el contrario, estaba muy bien organizado. Estaban sus diplomas, el de la Universidad de Nueva York y el de Tufts. Las estanterías estaban llenas de libros gruesos, y había una pequeña escultura de un perro. En la pared había una pintura muy bonita de un velero, con mucha textura, al óleo.

Pero lo más interesante de todo era una fotografía enmarcada que había en un armario, detrás de su escritorio. Era de Ian, más joven, y una mujer muy guapa, rubia, de pelo largo, piel muy blanca y estructura ósea muy parecida a la de Natalie Portman.

Los dos estaban sonriendo, y yo sentí una punzada en el corazón. Ian estaba muy feliz en aquella foto.

–¿Es tu mujer? –le pregunté.

Él la miró.

–Exmujer.

«No creo que tú hayas asimilado eso todavía, amigo, si tienes su foto ahí para que te torture todos los días».

–Es guapísima.

–Sí.

–¿Ian? –dije yo, después de que pasara casi un minuto.

–¿Sí?

–Querías hablar conmigo, ¿te acuerdas? Aunque esto también es muy divertido.

Él cerró los ojos un momento.

–Claro –dijo con un suspiro–. Creo que tal vez sí tenga que contratarte. Si de verdad piensas que puedes hacer algo, claro.

–¡La campaña para hacerte más simpático y cercano! –exclamé, y me puse a dar palmaditas. Él se quedó asombrado–. Muy bien, Ian. ¡Va a ser estupendo!

–¿Tú crees?

–Vamos, vamos. No soy el dentista, por el amor de Dios.

En aquel momento, mi estómago emitió un rugido.

–Otra vez, no.

–Calla. Solo estoy muerta de hambre. He tenido un día muy duro. Primero, dar una clase de hip hop en el centro de mayores. Después, cuidar de las Brownies. ¿Te apetece comer algo? Podemos hablar de las cosas durante la cena.

Ian puso una cara de recelo.

–De acuerdo –respondió, después de pensarlo bien.

–Podemos ir a Elements –sugerí yo–. Está cerca de mi casa, y así puedo pasar por allí y tomar el ordenador portátil.

–Muy bien –dijo él. Me miró fijamente un largo instante. Dios, aquellos ojos suyos eran tan... azules. Betty Boop se puso las manos debajo de la barbilla y suspiró.

–De acuerdo –dije, por fin, recordándome a mí misma que era una persona profesional y que aquello no era un baile del instituto–. Um... ¿sabes dónde es? Es un poco difícil de encontrar, porque está en una calle de único sentido y después tienes que entrar en un aparcamiento que no parece un aparcamiento, sino, más bien, un callejón, pero lleva hasta un...

–¿No sería más fácil que te siguiera? –sugirió él, con cierta ironía.

Yo sonreí.

–Doctor McFarland, esa es una buenísima idea.

Capítulo 10

Veinte minutos después llegamos a Noah's Arks. Ian aparcó a mi lado y salió del coche. Al ver el letrero, me miró con curiosidad.

–Es la casa de mi abuelo –le expliqué, mientras rebuscaba las llaves en mi bolso–. Vivo con él. Vamos, pasa. Así lo conoces.

Bowie me saludó con alegría y se puso a cantar, a ladrar y a darme golpes con la cabeza en los pantalones vaqueros, que se me llenaron de pelo.

–¡Hola, Bowie! –exclamé, con mi tono especial para perros–. ¡Hola, mi amor! ¿Has echado de menos a mamá? ¿Sí? ¿Te acuerdas del doctor Ian? ¿Sí?

Bowie demostró que sí se acordaba, porque montó la pierna de Ian y sus aullidos y gruñidos se volvieron más conmovedores.

–Baja, Bowie –le dijo Ian–. Baja.

Mi perro se tomó aquello como una indicación de que Ian iba a rascarle el estómago durante un año y, probablemente, a darle una hamburguesa doble, así que se tiró al suelo boca arriba, exhibiendo su... satisfacción. Movía la cola furiosamente por el suelo, y las pelusas que soltaba volaban impulsadas por el aire que él mismo creaba.

–Es necesario cepillar a los huskies una vez al día, como mínimo –dijo Ian.

–¡Lo cepillo todos los días! –exclamé yo, y volví a hablar con mi perro–. ¿Todas esas pelusas es el precio que hay que pagar a cambio de tener el mejor perro del mundo? ¿A que sí, Bowie? Eres el mejor, ¿a que sí? La señorita Angie está en el coche, ¿lo sabías, Bowie? ¿La hueles?

Me incliné sobre su estómago y me gané dos ladridos amorosos y un arrullo, además de un guiño de su ojo marrón. Yo le devolví el guiño.

–¡Mamá te quiere mucho!

–¿Siempre le hablas con esa voz? –preguntó Ian en un tono divertido.

Yo me erguí.

–Pues sí –respondí con los ojos entrecerrados–. Así sabe que estoy hablando con él. ¿Por qué? ¿Es que tú le hablas en francés a Angie? ¿O en chino mandarín?

Ian sonrió.

Oh. Oh, sí... Eso sí que era agradable. De repente, con una sola sonrisa, me dejó embobada. Su expresión de asesino ruso se convirtió en algo muy distinto que me gustaba mucho y que no sabía definir, porque se me estaba derritiendo el cerebro, pero, de repente, me imaginé despertándome con Ian y viendo esa sonrisa...

–Callie, menos mal que ya has llegado, porque no consigo ponerme la pierna y no... ¿Quién eres tú?

Mi querido y malhumorado abuelo entró en el salón, blandiendo la prótesis como si fuera un garrote.

–Abuelo, te presento a Ian McFarland –dije yo–. Ian, te presento a mi abuelo, Noah Grey, el legendario constructor de embarcaciones.

–Es un honor, señor Grey –dijo Ian. Ay.

–¿Qué es un honor? –le espetó mi abuelo–. ¿Y qué estás haciendo aquí con mi nieta? No te estarás acostando con ella, ¿verdad?

–Dios, qué adorable eres, Noah –dije yo, poniendo los ojos en blanco.

–No, señor Grey –respondió Ian.

–¿Es que te crees que te vas a hacer amigo mío con esos buenos modales? –preguntó Noah mientras me ignoraba a mí y fulminaba a Ian con la mirada.

–No, señor Grey –respondió Ian, de nuevo, y me miró. Tenía una sonrisa en los ojos.

–Ian es el nuevo veterinario, Noah. Voy a hacer un proyecto con él, así que no te pongas nervioso y dame la pierna.

Mi abuelo me entregó la prótesis sin dejar de mirar torvamente a Ian.

–Pero, bueno, Noah, ¿dónde está la manga? –pregunté, refiriéndome al calcetín de silicona que ayudaba a mantener la prótesis en su sitio.

–No tengo ni idea –respondió él–. Ya sabía que se me olvidaba algo.

–Es mucho más cómodo si la utilizas –le dije yo.

–¿Y cómo lo sabes tú? ¿Es que te has cortado la pierna para comprobarlo?

–No, pero te voy a cortar la otra si no dejas de gruñir –le dije yo–. Ian, acompáñame arriba, o mi abuelo te comerá vivo.

Ian me siguió escaleras arriba.

–Mi abuelo solo está tan irritable cuando tiene dolores –le dije–. Lo siento.

–No tienes por qué disculparte –dijo él.

Ian esperó en la pasarela mientras yo entraba en la habitación de Noah a buscar otro de los calcetines de silicona. Después, entré también en mi habitación para tomar el ordenador portátil. Cerré la puerta y respiré profundamente.

Tenía el corazón un poco acelerado, y no solo por haber subido rápidamente las escaleras. Además, me ardían las mejillas. Estaba... ummm... un poco excitada. Me quité los pantalones vaqueros llenos de pelo de Bowie y me puse una falda. Tenía unas piernas fabulosas. Pero no tomé una falda con demasiado vuelo, porque se trataba de una cena de trabajo. La que me puse tenía un estampado escocés de color rosa y verde y era de tablas. Después, me puse un jersey a juego y unos zapatos con un poco de tacón, de color verde botella.

–Ahora mismo salgo –le dije a Ian, mientras metía la ropa debajo de la cama. Aunque, por supuesto, Ian no iba a entrar allí. Guardé el ordenador portátil en su funda, me puse brillo de labios, me atusé el pelo y abrí la puerta.

–Ya estoy –dije.

Ian, que estaba sentado en una butaca de la pasarela, alzó la vista y, por supuesto, me miró las piernas. ¡Había acertado al elegir aquella falda! De hecho, él se había quedado mirando fijamente.

–¿Esa mecedora es una Morelock?

–Gracias –dije, sonriendo con modestia–. Hice atletismo en... ¿Qué?

–Tu mecedora. ¿Sabes quién la hizo?

Quizá aquella fuese la primera vez que no me había sentido entusiasmada por poder hablar de mi adorada mecedora.

–Um...sí. Es una mecedora Morelock. Tienes muy buen ojo, Ian.

–¿Puedo verla?

Yo me ruboricé. ¡Iba a entrar en mi habitación! Betty Boop dio un gritito y pestañeó. «Va a entrar a admirar la mecedora», me recordó Michelle Obama.

–Claro, claro –murmuré yo.

Él entró, sin mirar ni siquiera mi cama. Um... Bueno. Ciertamente, la mecedora era muy especial y, por algún motivo, a mí me hacía mucha ilusión que Ian lo supiera. Era mi mejor posesión, lo primero que intentaría salvar en caso de incendio, justo después de Bowie y de Noah.

–¿Dónde la encontraste? –me preguntó, sin tocarla, y sin preguntarme si podía sentarse en ella.

–En realidad –respondí yo, mirando la mecedora–, el señor Morelock me la

regaló por mi octavo cumpleaños.

Ian me miró con gran sorpresa.

—¿Lo conocías?

—Yo solo lo vi una vez, pero mi abuelo sí lo conocía —dije yo—. De hecho, esta fue la última mecedora que hizo.

Ian asintió.

—Bueno —dije yo, entonces—, deberíamos irnos ya para que no se haga demasiado tarde. Podríamos ir andando, si quieres. No está lejos.

—Claro —dijo Ian.

—¿Quieres que Angie entre en casa? A Noah no le importará. Le encantan los perros.

—Gracias. Eso sería estupendo.

Cinco minutos después íbamos andando por la calle. Estaba atardeciendo, y los pájaros cantaban en los árboles. A unos cinco metros de nosotros oía el murmullo del río Trout. Habría resultado romántico de no ser porque el ordenador me golpeaba la cadera cada vez que daba un paso y porque Ian no dijo una sola palabra en todo el camino. Afortunadamente, Elements no estaba lejos, porque aquellos zapatos que me había puesto, además de ser una preciosidad, eran como cepos de tortura.

—¡Callie Grey! —exclamó un hombre, en cuanto entré por la puerta—. Dios mío, qué piernas tienes. Son prueba de que Dios existe y es bondadoso.

Ian se quedó confundido. Yo sonreí y besé a Dave, el hermano de Annie. Era socio propietario y encargado de Elements y, por supuesto, yo lo quería mucho. Era como un pescador de cangrejos de Alaska, tosco y sin afeitarse, pero, al contrario que los pescadores de *Pesca radical* que tanto me gustaban, Dave sabía vestir bien.

—Bueno, ¿y quién es este? —preguntó Dave, mirando a Ian de pies a cabeza, mientras me pasaba el brazo por los hombros con un gesto posesivo—. Yo soy Dave, amigo y protector de Callie, y medio dueño de este buenísimo establecimiento —dijo Dave, y le tendió la mano a Ian. Ian se la estrechó.

—Hola —le dijo a Dave.

—Ian, te presento a mi amigo Dave. Dave, él es Ian McFarland, el nuevo veterinario del pueblo. Voy a ayudarlo en un proyecto, así que, ¿podríamos sentarnos en un reservado? Tengo el ordenador.

–¡Por supuesto que sí! Por aquí –dijo Dave, y nos guio por Elements.

El local, como la casa de Noah, había sido una de las fábricas de la industria maderera de la zona, así que tenía el suelo irregular, las paredes de ladrillo y mucho carácter.

Había varios River Rats en la barra, lo cual no era sorprendente, y nos saludaron a coro al pasar.

–¡Callie! ¡Eh, chavala! ¿Qué tal está Noah?

Yo los saludé con la mano y sonreí.

–¡Hola, chicos! No puedo hablar ahora, y no quiero, tengo mejor compañía que vosotros.

–¡Bien hecho!

–Llévame contigo –dijo Shaunee Cole, brindando al aire con su cóctel de Martini.

–¡Cásate conmigo, Callie! –gritó Jake Pelletier con su voz grave. Jake solo tenía cuarenta años, pero ya se había casado tres veces, así que imaginaba que aún le quedaban seis o siete matrimonios por contraer.

–Vamos, reina del baile –me dijo Dave, poniendo los ojos en blanco–. Ian, Callie todavía es la chica más célebre del instituto.

Nos dejó en nuestro reservado, que no estaba lejos de la barra, y nos entregó varias cartas: la de comida, la de los platos especiales del día, la de vinos, la de cócteles de Martini...

–Bueno, y ¿cómo está ese malhumorado compañero de trabajo que tienes? –me preguntó Dave. Su inevitable reconciliación con Damien estaba a la vuelta de la esquina, pero yo no quería mencionarlo, porque eso aligeraría lo dramático de la situación. Así pues, respondí:

–Está de mal genio, triste y amargado.

–Solo lo dices para hacerme feliz –dijo Dave, y me guiñó un ojo. Era una pena que mi amigo estuviera en el equipo contrario. De no ser así, habríamos tenido unos hijos muy guapos–. Bueno, os dejo trabajar. ¡Que disfrutéis de la cena! Encantado de conocerte, Ian.

Dave me tomó la mano, me la besó y se fue en busca de otra persona con la que chismorrear.

–Conoces a mucha gente –comentó Ian, mientras sacudía la servilleta y se la ponía en el regazo.

–Tú también la vas a conocer –respondí yo, y tomé un sorbito de agua–. Este pueblo es pequeño, y todo el mundo se conoce. Y deberías apuntarte a los

River Rats. Son un... club de remo.

–¡Sí, apúntate, guapo! –gritó Shaanee–. ¡Te corromperemos!

–Sí, son geniales –dije yo en voz bien alta–. Si te gustan los vagos borrachines que no tienen en la vida otro objetivo que ahogarse.

–¡Sí! –gritaron mis amigos, brindando y chocando los cinco. Yo sonreí–. Callie, vamos a ir a Whoop & Holler –me dijo Mitch Jenkins–. Pásate luego si quieres.

–Todo es posible –respondí. Yo miré con afecto a los ocho o nueve Rats que fueron saliendo del bar. Miraron a Ian, que también los estaba mirando a ellos–. Son muy divertidos –dije.

–¿Es un club de remo, has dicho?

–Bueno, un club de juergas, más bien, pero sí. Van a hacer kayak varias veces al mes y a tomar copas todas las semanas. En octubre organizan una regata muy divertida. Y adoran a mi abuelo. Es una figura de culto para ellos.

Mark también era miembro de los River Rats, aunque solo teóricamente. Me pregunté si Muriel iba a apuntarse también. Ojalá no lo hiciera.

Ian asintió. Después, tomó una de las cartas. Vaya, no era muy hablador. Lémos las cartas en silencio, aunque yo seguí mirándolo de vez en cuando. Aquel carácter de ruso malhumorado estaba empezando a gustarme.

–Bueno, Ian, ¿por qué no empezamos? –le pregunté, cuando pedimos la cena–. He pensado que podíamos hacer una página web que tuviera un apartado en el menú, una sección llamada *Sobre el doctor McFarland*. Es algo bastante común. Así que... –yo saqué el portátil de su bolsa y lo abrí–. Cuéntame cosas sobre ti.

–Me gradué en la Universidad de Nueva York y, después, fui a Tufts a estudiar Veterinaria.

–Sí, ya he visto tus diplomas. ¿Qué más?

–Me especialicé en la degeneración de las articulaciones y di clases en la Universidad de Vermont antes de quedarme con la consulta del doctor Kumar.

Yo tecléé algunas líneas.

–Muy bien. ¿Y algo personal?

En sus ojos apareció una mirada de recelo.

–¿Qué quieres saber?

–Bueno, para empezar, ¿por qué viniste a vivir a nuestro bello estado?

Él miró su plato y sus cubiertos, y recolocó un milímetro su tenedor.

–Me gustaba Nueva Inglaterra. Y Laura era de Boston.

Ah, Laura. A mí me interesaba mucho Laura.

—¿Vivíais en Vermont cuando os casasteis?

—Sí. En Burlington —respondió él, y respiró profundamente. Estaba claro que no era así como quería pasar el rato, pero, aun así, continuó—. Pero yo estuve un verano entero en Georgetown cuando era pequeño.

—¿De verdad? —pregunté. El hecho de que Ian hubiera estado tan cerca me resultó emocionante.

Él asintió.

—Me quedé con mi tío.

—¿Quién es? A lo mejor lo conozco.

—Carl Villny. Era el hermano de mi madre. Murió hace unos diez años.

Villny. Un apellido ruso, si no me equivocaba. Contuve la sonrisa y dije, cabeceando:

—Pues... no, no me suena. Pero, entonces, a ti debió de gustarte el sitio, porque, después de divorciarte, viniste aquí.

Él asintió.

Yo esperé a que dijera algo más. Sonreí con firmeza. Y funcionó.

—Sí —dijo—. Cuando era pequeño viví en muchos sitios, como ya te he dicho. Mi... ummm... mi madre es médica, y trabaja mucho en países del tercer mundo. Creo que nos mudamos quince o veinte veces. He vivido en todas partes.

—Vaya —dije yo—. ¡Eso sí que es una niñez poco convencional!

—Sí —respondió él, y volvió a colocar sus cubiertos—. No pongas eso en la página web.

—¿Por qué?

—Porque no es relevante —dijo él, y apretó la mandíbula.

—Bueno, pero si la gente cree que te conoce un poco, confiarán más en ti.

—Es cierto. Pero no pongas eso en la página web.

Me encogí de hombros.

—De acuerdo. Bueno, ¿por qué te gustan los animales?

Él entrecerró los ojos.

—Eso es una pregunta poco interesante, ¿no crees?

Yo apreté los dientes.

—¡Para sus clientes, no, doctor McFarland! Por favor, ¿podrías darme una respuesta agradable?

Él suspiró. Miró la mesa. Me miró a mí.

–Son leales. ¿Siguiente pregunta?

Entonces, fui yo la que suspiró.

–¿Qué te parece si guardo el ordenador, y así puedes pensar que soy tu hermana y estamos charlando tranquilamente?

–No.

–¿Por qué no? Si quieres que haga esto, vas a tener que ayudarme.

–No puedo pensar que eres mi hermana.

Habría sido una respuesta muy bonita si la hubiera dado cualquier otra persona. Sin embargo, en el caso de Ian, el significado era literal. Yo puse los ojos en blanco, aparté el ordenador portátil y me rendí.

El camarero nos llevó la comida. Yo había pedido una trucha con almendras, con una pequeña guarnición de judías verdes, y un risotto que olía divinamente. Ian había pedido salmón a la plancha y patatas asadas. Comimos en silencio durante unos minutos.

–Mira, ya sé lo que podemos hacer –le dije yo–. Si no quieres hablar mucho sobre ti, diremos que pasaste un verano aquí cuando eras niño, que te enamoraste de Vermont y que te pareció muy buena idea venir a vivir aquí. Pondremos una foto muy buena de Angie y tú; el veterinario guapo y su chica preferida –le expliqué.

Con aquello, me gané una pequeña sonrisa. ¡Vaya! Y fue una sonrisa deliciosa. Sin embargo, yo estaba muy concentrada en la parte profesional, y apenas me di cuenta. Ja.

–Y, después, pediremos a tus clientes que nos manden fotos con sus mascotas. Y tendremos una sección llamada *Pregunte al doctor McFarland*, para que la gente pueda escribir preguntándote por qué Rover se come los mejores zapatos de mamá y tú puedas contestar en un tono amable y cercano –dije. Hice una pausa y tomé un bocado de la deliciosa trucha–. ¿Te parece bien por el momento?

–Sí –dijo él.

–También deberías celebrar una feria para mascotas –proseguí yo, cada vez más animada.

–¿Qué es eso?

–Sería como una jornada de puertas abiertas en la clínica. La gente lleva a sus mascotas, tú regalas premios para perros, gatos, etcétera, y tal vez pudieras contratar a un adiestrador para que diera consejos a los dueños.

–Eso me parece bien –dijo Ian.

–Y uno de esos cursos de agilidad. Bowie lo haría muy bien –dije–. A lo mejor Noah podría construir un carrito, y Bowie podría tirar... No, habría papeleo con los seguros, olvídale. ¡Ah! Pero podrías traer a un adivino de mascotas.

–No creo en los adivinos.

–Eso no importa. Sería divertido. A lo mejor podríamos conseguir que viniera un policía con un perro policía. Y podríamos hacer tatuajes de animales para niños, pintura facial, traer a un artista de los que hacen caniches con globos... ¡Sería estupendo, Ian! –exclamé.

Casi estaba saltando de emoción en la silla. Ian podría pasearse por el evento como si fuera un duque benefactor, o algo por el estilo, y todo el mundo se daría cuenta de que no era estirado y distante, sino solo un poco tímido.

–¿Qué te parece? –le pregunté.

–Me parece...

Yo me imaginé que iba a decir «horrible», pero me sorprendió:

–Me parece estupendo, Callie. A mí nunca se me habría ocurrido algo así.

¡Vaya! Me ruboricé de orgullo.

–Deberíamos hacerlo pronto. Aquí, el invierno llega muy rápidamente – dije. En aquel preciso instante, sonó mi teléfono móvil–. Disculpa, tengo que atender la llamada. Podría ser mi abuelo, que necesita algo.

No, no lo era. Era un mensaje de texto de Annie. *Me alegro que te guste tanto el veterinario. ¡A por él, guapa!*

–¿Es tu abuelo? –preguntó Ian.

Estaba inclinado hacia delante, con un pequeño gesto de preocupación. Tenía unas manos preciosas. Fuertes, suaves, capaces.

–Está bien –dije, con la voz un poco entrecortada, y noté que mi corazón se inundaba lentamente de un sentimiento agradable–. Solo... está muy bien – repetí. No me importaría sentir aquellas manos en el cuerpo, no, señor. Me erguí un poco más en el asiento y le ordené a Betty Boop que se controlara–. Bueno, Ian, ¿sales con alguien? –pregunté, sin pensar. Michelle Obama exhaló un suspiro de cansancio.

Ian se quedó paralizado un instante.

–No estoy interesado en mantener una relación sentimental en estos momentos, pero, gracias –dijo, recitando algo que debía de haber ensayado muchas veces.

–¡No, no! No te lo pregunto por mí... Era, más bien, algo para el proyecto.

Sabes, si tuvieras novia, yo podría... Pero, bueno, no la tienes, así que no importa. Vamos a otra cosa.

Por supuesto, a mí me ardían las mejillas.

Y mi rescate llegó de donde menos lo esperaba.

—¡Callie! ¡Cuánto me alegro de verte! Y qué suerte, además, porque ya nunca vienes a casa. Vamos a sentarnos aquí, cerca de nuestra hija.

Mis padres, acompañados por Dave, estaban delante de mí.

—Hola, mamá. ¡Y papá! ¡Hola a los dos!

Me puse de pie y les di un abrazo. A mi madre, primero, para que no me matara. Después, a mi padre. Mi madre tenía la misma actitud de siempre cuando mi padre estaba cerca: fría, desdeñosa y ligeramente disgustada. Mi padre, por el contrario, trataba desesperadamente de mostrarse animado.

—¿Cómo está mi Caniche? —me preguntó, y me tomó la cara con ambas manos, como si quisiera decir «Claramente, hicimos algo bien, Eleanor, así que no me hagas daño»—. ¿A que es preciosa, Ellie?

—Mamá, papá, os presento a Ian McFarland, el veterinario que se ha quedado con la clínica del doctor Kumar —dije yo.

—Un placer, joven, un placer —dijo mi padre, mientras le estrechaba la mano vigorosamente y le daba palmaditas en el hombro—. Soy Tobias Grey, el padre de Callie.

—Me alegro de conocerlo —dijo Ian, y saludó a mi madre con un asentimiento—. Señora Grey.

—No soy la señora Grey —dijo mi madre, entrecerrando los ojos—. Eleanor Misinsky.

—Disculpe —dijo Ian—. Me alegro de conocerla, señora Misinsky.

—Llámame Eleanor —dijo ella con la misma calidez que una víbora adorable.

—Bueno, y ¿qué estáis haciendo aquí? —les pregunté. Sabía que no estaban en una cita, precisamente.

—Tú padre y yo vamos a conocer a alguien muy especial —dijo mi madre con su voz aterciopelada.

Mi padre tragó saliva.

—Ah, ya —dije yo, y me estremecí. El tour de las fulanas, como lo había denominado mi madre la última vez que habíamos hablado por teléfono.

—Aquí tienen la carta —dijo Dave. Después sacó una de las sillas para mi madre—. ¿Les apetece tomar algo, señora Misinski? ¿Señor Grey?

—Yo solo quiero una botella de Grey Goose —dijo mi padre, dándole una

palmada en el hombro a Dave—. Y no tengo parentesco con ellos.
¡Hahahahaha!

Pobre papá. Estaba aterrorizado, y con razón. Me miró a mí, apelando a mi alma comprensiva.

—¡Callie! ¡Caniche! ¿Por qué no os sentáis con nosotros tu amigo y tú?

—Oh, no. Dios, no. No, no. Ni hablar. Jamás.

—Callie, deberías hacerlo —dijo mi madre mientras se deslizaba en su asiento—. Quédate, y verás lo que estaba haciendo tu padre cuando yo estaba embarazada de tu hermano. Tu... —se interrumpió y miró a Ian de arriba abajo, como si tratara de determinar de qué especie era—. Acompañante es bienvenido también, por supuesto.

—¡No! No podemos. Estamos en una cena de trabajo. ¡Lo siento! —dije yo, alegremente—. Ian, ¿volvemos a nuestra mesa para hablar del proyecto con más detalle? Tenemos mucho que...

Para mi desesperación, Ian estaba mirando su teléfono.

—Lo siento, Callie. Tengo que irme. Estoy de guardia en el hospital.

—Lo han llamado del hospital. Debe de ser una urgencia. ¡Qué pena! ¡Tenemos que irnos!

—Tú no tienes que venir —dijo Ian.

—¡Ssssh! —le silbé en voz baja—. ¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá! Dave, te llamo para darte el número de la tarjeta de crédito, ¿de acuerdo?

Tomé rápidamente el ordenador portátil y me giré hacia mis padres.

—¡Adiós!

—¿Por qué no puedes quedarte, Calliope? Él no te necesita para nada —dijo mi madre mientras leía la carta de cócteles de Martini.

—Umm... —murmuré. Se me encogió el corazón.

—Quédate —dijo ella, en un tono que no admitía réplica.

—Yo tengo que irme, Callie —dijo Ian—. Gracias por la cena.

—¡No me abandones! —siseé—. Llévame contigo.

—Callie, tengo que irme, ¿lo ves? —me dijo, y me mostró el teléfono. Yo atisbé algunas palabras de un mensaje de texto... *Urgencia, perro, coche*—. Me alegro de conocerlos —les dijo a mis padres.

—¡Yo también, hijo! —respondió mi padre, mirando hacia atrás, por encima de su hombro, para ver por qué tardaban tanto con su bebida.

—Eres un hombre cruel, Ian McFarland —murmuré, pero él ya estaba a medio camino hacia la puerta. Allá iba la caballería, a curar a los heridos. ¡Qué

injusto! Me rendí con un suspiro y me senté entre mis padres.

–Bueno –dije–. Supongo que se trata de la primera ronda de El tour de las fulanas, ¿no?

–Exacto –dijo mi madre.

–Oh, Dios, ¡eso sí que es bueno! –exclamó mi padre, riéndose frenéticamente y, al mismo tiempo, buscando las posibles salidas con la mirada.

Por suerte, Brittany, la camarera que nos había atendido a Ian y a mí, se acercó en aquel momento.

–Yo quiero un buen Dirty Martini –dije–. Muy grande.

–Que sean dos –dijo mi madre. En aquel instante, se le reflejó algo en los ojos, pero yo no pude distinguir qué era.

–Hay unanimidad –dijo mi padre–. Tres enormes Dirty Martinis para nuestra pequeña reunión familiar.

–¡Qué agradable! –comentó Brittany–. Muy bien, ahora mismo vuelvo con sus bebidas.

Yo respiré profundamente, preparándome para lo peor.

–Bueno, papá, y ¿cómo has conseguido encontrar a la...? ¿Cómo se llama? Él me miró sin comprender.

–¿Quién?

–Tu... la mujer que va a venir hoy.

–Ah –dijo él. Miró nerviosamente a mi madre, pero ella irradiaba calma. Era la misma calma que irradiaba un lagarto, frío, sin pestañear–. Se llama...

–Tanya –dijo mi madre–. Me parece que es un nombre muy adecuado. Tanya la Fulana. Vale para una *stripper* y para una traficante de drogas, ¿a que sí?

–Umm... –murmuré yo–. Bueno, y ¿por qué ha accedido a reunirse contigo y con mamá?

–No sabe que yo voy a estar aquí –dijo mi madre.

–¿Dónde están esos Martinis? –gritó mi padre.

Diez minutos más tarde, yo ya casi me había terminado el cóctel y estaba empezando a sentirme un poco mejor cuando vi que mi padre se ponía rígido. Se levantó de la silla. Miró a mi madre, que asintió con firmeza.

–¡Tanya! –exclamó mi padre, apagadamente–. ¡Aquí!

Ella no era lo que yo me esperaba en una destroza hogares, eso estaba claro. Debía de pesar más de noventa kilos, tenía las mejillas regordetas y rojas, tenía el pelo encanecido y recogido en una trenza, y llevaba un vestido de

color morado, tipo campesino. Parecía una extra de algún horroroso documental sobre Woodstock. Para completar el atuendo, llevaba unas sandalias estilo hobbit y unas gafas de abuela con los cristales tintados en azul.

–Vaya, vaya, vaya –dijo mientras se acercaba–. Tobias Grey. No has cambiado nada.

–¡Y tú! –exclamó mi padre, intentando transmitir su aura de George Clooney–. Tú... estás... ¡Hola!

Tanya se inclinó para darle un beso en la mejilla a mi padre, pero él se encogió. Entonces, ella nos miró a mi madre y a mí.

–Hola –dijo con incertidumbre.

–Hola –respondí yo, y apuré el cóctel.

–Hola –dijo mi madre, y esbozó una sonrisa de John Malkovich. Ya sabéis qué tipo de sonrisa. Es una sonrisa, por supuesto, pero uno sabe que van a abrirse las puertas del infierno.

–Eh... Tanya, siéntate –dijo mi padre, que había palidecido–. Te presento a mi hija Calliope y a mi exmujer, Eleanor.

–Ah –dijo Tanya–. Hola.

Entonces, miró a mi padre con ironía.

–Qué agradable –dijo mi madre, y yo sentí terror. Mi padre tragó saliva–. Tobias, cuéntale a Tanya por qué está aquí.

Mi padre y Tanya se sentaron. Tanya estaba empezando a darse cuenta de que aquella no iba a ser la velada que esperaba. «Salga corriendo, señora», pensé yo. «Y corra mucho».

–Bueno –dijo mi padre, tratando de sonreír–. Mi esposa... Ella... Cuando estábamos... eh... casados...

–¿Quién quiere pan? –preguntó Brittany, mientras dejaba la cesta delante de nosotros. Aunque yo acababa de cenar con Ian, me abalancé sobre las rebanadas de pan recién hecho, tomé una y me llené la boca. Estaba casi tan bueno como la masa cruda de bizcocho.

–¿Queréis un poco? –les preguntó mi padre a mi madre y a Tanya, mientras se secaba el sudor de la frente. Me quitó la cesta de las manos y se la ofreció a mi madre, que hizo un gesto negativo. Después, se la tendió a Tanya.

–¿Quieren pedir ya? Ah, tal vez debería haber traído más cartas –dijo Brittany.

–¿Sabes, Brittany? –dije yo, sin dejar de masticar el pan–, necesitamos un

poco de intimidad.

–¡Por supuesto! ¡Avísenme cuando quieran! ¡Me llamo Brittany!

–Ya lo sabemos –respondió mi madre, glacialmente, observando la chapa que llevaba prendida a la solapa, en la que figuraba su nombre.

Brittany se alejó.

–Bueno, ¿qué está pasando aquí, Toby? –preguntó Tanya–. Me parece que no querías charlar de los viejos tiempos.

–Pues, mira, Eleanor y yo... bueno, estamos pensando en reconciliarnos. Pero ella necesita resolver algunos asuntos del pasado. ¿Verdad, El?

–Tal vez –dijo mi madre–. Verás, Tanya, tú te estabas acostando con mi marido mientras yo estaba embarazada de mi tercer hijo. Y eso me resulta... perturbador.

–Me estás tomando el pelo –murmuró Tanya, pero le clavó a mi padre una mirada asesina–. ¿Engañaste a tu mujer embarazada? Eres un cabrón.

–Sí, ya lo sé. Estuvo muy mal, y lo lamento profundamente –balbuceó mi padre.

–Sí, muy mal. Yo te habría colgado de las pelotas –dijo Tanya.

Mi padre se quedó blanco.

–Pero no olvidemos tu papel en esto –dijo mi madre–. Te acostaste con un hombre casado. Tobias dijo que sabías que estaba casado.

–Sí. Es verdad.

Mi padre se quedó rígido. Mi madre, también. Yo tomé otra rebanada de pan.

–Lo que no sabía era que estabas embarazada –prosiguió Tanya–. Si lo hubiera sabido, no me habría acercado a él. Me dijo que estaba separado –añadió, y volvió a mirar a mi padre, con una expresión tan temible como la de mi madre–. Mi marido había muerto el año anterior. Yo quería tener una aventura pasajera; salí a cenar una vez con Tobias, me acosté con él, y eso fue todo. No fue mi mejor momento, pero estaba muy sola. Y yo no estaba casada. Tu marido no era capaz de tener los pantalones abrochados. Creo que deberías culparlo a él.

–Claro que lo culpo –dijo mi madre–. Créeme.

Sin embargo, parecía que estaba ligeramente amilanada. Tal vez se hubiera dado cuenta de que la primera parada de El tour de las fulanas no había sido la mujerzuela que ella pensaba.

–Bueno –dijo Tanya, mirándonos a todos–. ¿Algo más?

Yo no pude evitarlo. Me había caído bien Tanya.

–Lo cierto es que Tanya tiene razón. Querías conocerla, y aquí está. ¿Podemos dejarlo así? ¿Ya está todo el mundo contento? ¿Sí?

Miré a aquella hippie añosa y sentí lástima por ella.

–Bueno, pues creo que hemos terminado, Tanya. Siento mucho todo esto.

Tanya se levantó con una gran dignidad y nos miró a los tres. Después, lentamente, tomó su vaso de agua, se lo arrojó a la cara a mi padre y salió del restaurante.

Mis padres se quedaron callados. El agua caía a goterones del pelo de mi padre y se le metía por el cuello de la camisa.

–Muchísimas gracias por obligarme a que me quedara –dije–. Voy a tomarme una tarta de queso. Y vosotros pagáis.

Capítulo 11

El lunes por la mañana llegué a la oficina irradiando luz y felicidad, como de costumbre... Por lo menos, eso me gustaba pensar. Yo era la encargada de la luz y la felicidad en la empresa. Pete y Leila estaban tan absortos el uno en el otro que casi tenían su propio idioma, como si de niños hubieran sido criados por los lobos, o algo así. A Karen era mejor dejarla sola hasta después de las diez... Solo era seguro pasar por delante de su despacho si uno pensaba tirarle un trozo de carne cruda o un capuchino doble. Damien, por supuesto, pensaba que estar alegre atentaba contra la dignidad. Fleur irrumpía en la oficina, siempre con diez minutos de retraso, hablando de resacas y fines de semana en Nueva York, con la necesidad de fumar para poder funcionar razonablemente bien.

–Bueno –dijo, en aquel momento, mientras recorría a toda velocidad el pasillo–. ¿Qué tal? ¿Qué hay de nuevo?

–No mucho –dije yo. Fleur era mucho más simpática cuando Muriel no estaba presente, algo que yo había notado y anotado mentalmente. Mark y Muriel todavía no habían llegado, de ahí el tono alegre y amable de su pregunta–. ¿Qué tal el fin de semana?

–He salido con un imbécil, Callie, te morirías si te lo contara.

Sin embargo, comenzó a hablarme de un hombre, una perca y un tanga, pero, entre su profusión de expresiones coloquiales y el subidón de la nicotina, yo no pude seguir la historia. Sin embargo, asentí amablemente cuando pensaba que era necesario.

–Bueno, Callie, debe de ser muy duro verlos juntos todo el tiempo. Parece que están enamorados de verdad, ¿no? –me preguntó Fleur. Antes de que yo supiera qué podía contestar a eso, ella continuó–: De todos modos, yo quería que habláramos. ¿Te estás viendo con ese tío bueno? ¿El veterinario?

–Um... pues sí, lo he visto un par de veces. Mi sobrina tuvo una excursión a su clínica. Y tal vez haga un proyecto pequeño para él, aparte de la oficina.

–¿Ah, sí? Vaya –dijo Fleur. Sonrió rápidamente y, después, empezó a retocarse el carmín y se atusó el pelo–. Bien. Parece muy majo, ¿no?

–Sí, claro.

Aunque no era solamente eso lo que yo pensaba de él. Y pensaba mucho en él, últimamente. Durante el fin de semana, además de lijar una canoa para Noah, ensayar nuevos pasos de hip hop mientras mi sobrina Bronte se moría de la risa y del espanto, cuidar de Seamus y llevar a Josephine a remar en kayak, yo había empezado a hacer la página web de Ian. Le había enviado un correo electrónico pidiéndole una fotografía suya y de Angie, y todavía estaba esperando su respuesta. Había llamado a varias personas para organizar la feria de mascotas, que se celebraría dentro de dos semanas.

–Yo también lo he visto –dijo Fleur–. En Toasted & Roasted, ¿sabes? Nos tomamos un café. Y me dio a entender ciertas cosas, ¿sabes?

–¿De verdad? A mí me dijo que... Bueno, no importa.

–¿Qué te dijo?

–Pues... me dijo que... no estaba interesado en mantener una relación sentimental en estos momentos. Pero, por supuesto, tal vez piense algo diferente con respecto a ti.

Ella sonrió.

–Sí, ¿verdad? Podría ser. Bueno, será mejor que me ponga a trabajar. ¡Hasta luego!

Yo no veía a Ian y Fleur formando una pareja, y me pregunté qué significaría aquel café que habían tomado juntos. Conociendo a Fleur, tal vez simplemente se hubieran cruzado por la calle, porque tenía tendencia a exagerar su vida amorosa. Sin embargo, ¿una cita de verdad con Ian? No, no podía ser. No, porque ella hablaba a cien kilómetros por hora y siempre contaba historias alocadas y... «Vamos, vamos, Callie», me dijo Michelle Obama. «No seas venenosa».

De acuerdo. Además, tenía que trabajar. Entré en mi despacho, dejé el café sobre la mesa y encendí el ordenador. Me quedé mirando al horizonte mientras se ponía en marcha. Bueno, al horizonte, exactamente, no. Más bien a una fotografía en la que estábamos Mark y yo durante los Premios Clio. Yo llevaba un vestido precioso de color morado con flores lila bordadas en el corpiño. Un buen escote. Y tenía cara de felicidad, como Mark. Éramos felices...

«Olvídate de todo eso y tira la foto», me dijo la señora Obama. Y, como siempre, tenía razón. Pero todavía, no.

Con un suspiro, me puse a trabajar. A las diez de la mañana, más o menos, oí jaleo en el pasillo.

–¡Dame diez minutos, Damien! –exclamó malhumoradamente Mark. Oh, oh... ¿Problemas en el paraíso? Betty Boop se puso en guardia.

Mark entró en mi despacho.

–Hola, Mark –dije yo, sonriendo.

Él no me devolvió la sonrisa, sino que cerró la puerta y se puso las manos en las caderas.

–¿Qué es eso de que estás haciendo un proyecto por tu cuenta para no sé qué veterinario?

–Ah, sí –respondí, sin darle importancia–. Le estoy dando una pequeña ayuda de relaciones públicas al tipo que vino a hacer senderismo con los ejecutivos de BTR. No es lo suficientemente grande para la agencia. Una web, cosas de esas. Seguramente, le cobraré doscientos pavos –expliqué, e hice una pausa–. Te envié un correo electrónico este fin de semana para contártelo.

–Yo seré quien juzgue si es lo suficientemente grande para la agencia, Callie –me dijo él, gruñendo.

Yo me quedé asombrada.

–A ti nunca te ha importado que yo hiciera trabajos más pequeños, Mark –le dije–. El centro de mayores, la guardería...

–Sí, es cierto –dijo él–. Pero... Bueno, podías haberlo preguntado.

–Ya lo hice, Mark. Te envié un correo electrónico.

–Sí –repitió él. Respiró profundamente, suspiró y se dejó caer en mi sofá mientras se pasaba la mano por el pelo revuelto–. ¿Estáis saliendo?

Yo estuve a punto de atragantarme.

–Ummm... ¡No! No, Mark.

Él me miró durante un largo instante.

–¿Estás saliendo con alguien últimamente? –me preguntó, en un tono suave, el mismo que había utilizado en Santa Fe.

Yo tuve que tomar aire.

–Eso no es cosa tuya, ¿no crees?

Mark miró a través de la pared de cristal de pavés, hacia Fleur, que estaba tecleando en su ordenador y, probablemente, tratando de escuchar lo que decíamos.

–No, supongo que no –dijo, y bajó la mirada al suelo–. Es solo que... Lo siento, Callie. He sido un idiota.

–No te preocupes, no pasa nada –dije yo, con la voz quebrada. Tenía un nudo cálido en el estómago y sentía un cosquilleo en las rodillas.

En aquel momento, oí la voz de Muriel y el sonido de la puerta de su despacho, que se cerraba. Tragué saliva y respiré.

–¿Algo más, Mark? –le pregunté en un tono formal.

–En realidad, sí –dijo él, y miró de nuevo al suelo–. Acabo de echarle un vistazo a tu idea para Hammill Farms. No me acaba de gustar. Tienes que buscar algo nuevo.

Yo me quedé boquiabierta.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad. Tienes que pensar en otra cosa.

–¿Seguro?

–Sí, Callie –respondió él con más dureza–. Seguro.

Hammill Farms era una de nuestras cuentas más importantes, superada solo por BTR. Aquella empresa llevaba más de ciento cincuenta años haciendo sirope allí, en Vermont, y querían conseguir para su producto lo que Grey Goose había conseguido para el vodka: básicamente, que la gente apreciara las cosas buenas. Y estaban dispuestos a desembolsar el dinero necesario para lograrlo. El propietario, John, estaba obsesionado con el sirope; había estado a punto de emborracharnos a Mark y a mí cuando lo habíamos visitado, una semana antes de que llegara Muriel. La semana anterior a mi cumpleaños.

Íbamos a mostrarle la idea a John aquella misma semana y, sinceramente, yo pensaba que era una de mis mejores campañas. En los anuncios de televisión, el locutor iba a decir: «John Hammill tiene una obsesión». Entonces, mostraríamos a John como si fuera un enólogo experto, sujetando un vaso de sirope a contraluz, mientras se exaltaba poéticamente alabando la densidad, la claridad, la graduación, los matices de sabor.

Después, veríamos imágenes de John en acción, recorriendo el bosque, besando sus arces, hablando sobre las condiciones ideales y la tradición de producir el sirope, mientras revisaba los tubos de extracción de la savia y la caldera sin parar de hablar.

Terminaríamos con unas imágenes suyas vertiendo sirope sobre una pila de tortitas, tomando un bocado y, tal y como había hecho cuando lo visitamos, a punto de caerse de la silla a causa de un placer casi orgásmico. Una voz en off

diría: «Se necesita un hombre así para hacer un sirope como este».

Habría un fundido de imagen y aparecería la granja en invierno, la nueva etiqueta, recién diseñada, y las palabras *Sirope de arce Hammill Farms: Seis generaciones de perfección*. Los anuncios impresos, de internet y de radio harían hincapié en aquel mismo concepto.

El plato fuerte, y mi gran acierto, había sido la elección del narrador. Iba a ser Terry Francona, el presidente de los Red Sox de Boston. Cuando fuimos por primera vez a la granja, yo había visto en el despacho de John una foto del señor Francona, que había visitado la granja con su familia el otoño anterior, justo antes de la postemporada. Así pues, escribí al agente de Francona y le envié una gran cesta de productos de Hammill Farms: jarabe de arce, azúcar de arce, preparado gourmet para hacer tortitas, camisetas... Le hablé del gran honor que había representado la visita de Terry y de la importancia de la agricultura familiar allí, en la Nación Red Sox, bla, bla,bla. El resultado fue que Terry aceptó. Y todos los aficionados de los Red Sox de Nueva Inglaterra iban a reconocer su voz en los anuncios.

La idea era fantástica.

–No es lo que estamos buscando –dijo Mark, ante mi silencio y mi estupefacción.

–Bueno, y... ¿qué es lo que estás buscando, Mark? –le pregunté.

Aquella era la primera vez que Mark no estaba de acuerdo con una de mis ideas para una campaña. Algunas veces hacía sugerencias, pero nunca había rechazado nada mío. Al menos, de mi trabajo, claro. A mí me había rechazado por completo.

–Creo que estamos buscando algo más... mágico. Fantástico.

–¿Fantástico, Mark?

–Sí –dijo él, sin mirarme a los ojos.

A mí se me encogió el estómago. Además, hubo otro detalle que me llamó la atención.

–Y ¿quiénes lo estáis buscando, Mark?

Su expresión se endureció ligeramente.

–Eh, Muriel ha dicho que... Piensa que es un poco... Es que no es lo que buscamos.

–Bueno, pues yo me reafirmo. Me parece una buenísima idea.

–Muy bien, Callie, tú puedes pensar lo que quieras –dijo él–, pero quiero algo más. La reunión con John es el viernes por la mañana.

–¿Y tenéis pensado algo concreto Muriel y tú? –pregunté.

–¡Mira! –ladró Mark. Yo me sobresalté–. No eres infalible, ¿de acuerdo? Haces muy buen trabajo, Callie, todos estamos de acuerdo, pero ¿podrías darnos otra idea? Necesito algo antes del jueves por la tarde, si no es mucho pedir. ¿De acuerdo?

Yo tragué saliva.

–Sí, por supuesto, Mark. Me pongo con ello –dije–. ¿A qué hora es la reunión el viernes?

–Tú no tienes que venir –me dijo él, con aspereza. Después, salió al pasillo y dejó la puerta abierta de par en par. Yo vi a Muriel allí, en todo su esplendor. Estaba hablando por teléfono, pero me sonrió desagradablemente.

En mi ordenador apareció una ventana con un mensaje. ¡Está celoso!, me escribía Fleur. Yo ni siquiera sabía de qué estaba hablando.

Me temblaban las manos y tenía el corazón acelerado. Así que Muriel estaba desautorizándome en el trabajo, y Mark le estaba prestando atención. La campaña para Hammill Farms no tenía nada de malo. Nada en absoluto. Me iba a costar mucho dar con algo mejor que eso.

Y no iba a ir a la reunión. Eso era una novedad. Una novedad muy mala.

Durante los siguientes tres días, tuve que trabajar frenéticamente. Pete y Leila se quedaban hasta tarde en la oficina, preparando los *storyboards* para los anuncios de televisión, haciendo las presentaciones en PowerPoint y diseñando los carteles. Yo me quedaba trabajando hasta la una de la madrugada y me levantaba a las seis. Mantenía la puerta cerrada, y todo el mundo fingía que las cosas eran normales. Mark saludaba, Muriel sonreía y Fleur me enviaba mensajes de ánimo y chismorreaba con mi enemiga, jugando a dos bandas.

El jueves, yo tenía dos campañas más. Ninguna era tan buena como la primera, pero las dos eran bastante sólidas. A la una del mediodía, llamé a la puerta del despacho de Mark. Él me hizo un gesto para que pasara, aunque estaba hablando por teléfono.

–De acuerdo, mamá. Tengo que colgar. Nos vemos en la comida del domingo, ¿de acuerdo? Ah, estupendo, me alegro de que te gustaran. Yo también te quiero –dijo. Sonrió y colgó–. Hola, Callie.

Me saludó como si el otro día no me hubiera gritado. Como si todo fuera a las mil maravillas.

–¿Qué tal está tu madre? –le pregunté.

–Está muy bien, Callie. Gracias por preguntar. ¿Qué ocurre?

–¿Es un buen momento para revisar las propuestas nuevas para Hammill?

Él se quedó boquiabierto.

–Ah –dijo–. Bueno, en realidad... Eh... me alegro de que estés aquí.

Se levantó, cerró la puerta y se giró hacia mí, con las manos agarradas a la espalda.

–Les echaré un vistazo más tarde, pero, en realidad... se nos ha ocurrido otra cosa.

Yo pestañeeé.

–Sí, y se la vamos a enseñar mañana a John. Pero déjalas aquí, por si acaso –dijo.

Se pasó una mano por el pelo y me miró con timidez.

–¿Qué quiere decir eso de que se os ha ocurrido otra cosa? –pregunté, en un tono apagado.

Él se estremeció.

–Bueno, Mure y yo estábamos pensándolo en casa y...

Aquella fue la gota que colmó el vaso.

–¿De verdad, Mark? Acabo de pasarme tres días con esto. Y Pete y Leila, también. Son tus empleados, por si se te había olvidado. Nos hemos dejado la piel en esto, mientras Mure y tú... –me interrumpí, porque se me quebró la voz–. Toma, quédatelo –le dije, y le arrojé el material de las campañas a la mesa de centro de la zona de estar. Me di la vuelta para marcharme. Tenía las manos heladas y estaba a punto de echarme a llorar.

–Espera, Callie. Espera, cariño. No te vayas.

Estaba hablando con aquel tono de voz. Con aquella voz baja, rasgada, íntima. Y yo sentí una punzada de ira tan aguda y tan ardiente, que fue como si me hubieran clavado una navaja que había estado abandonada al sol. En aquel momento, sentí odio por Mark. Tuve ganas de darle un puñetazo en los dientes.

Sin embargo, a quien más odié fue a mí misma, porque aquella voz todavía provocaba un efecto en mí, demonios.

Él se acercó un poco.

–Callie, vamos –susurró.

–¿Qué? –le espeté.

–Callie, mira. Date la vuelta, por favor.

Yo tomé aire y obedecí.

Mark ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

–Muriel no es una amenaza para ti. Ella solo está empezando y aprendiendo. Tiene bastante talento, de verdad.

«Sí, claro», pensé yo. «Seguro que sí».

–Por favor, no te disgustes. También voy a llevar tus ideas.

–Como quieras, Mark. La agencia es tuya.

–Sí –dijo él–. Es mía –añadió, con un vago tono de advertencia–. Pero, Callie, tú eres muy importante aquí, ya lo sabes.

–Sí –respondí, y apreté los puños–. Claro que lo sé. Y acabo de pasarme tres días y medio preparando dos campañas y poniendo a todo el departamento de arte a trabajar en ellas, para lo que han tenido que dejar a un lado todo lo demás, solo porque a tu novia le apetece jugar a ser directora creativa.

«Bien dicho», exclamó la señora Obama con entusiasmo. Yo no me sentía tan triunfante. Dios, ¿y si me despedía en aquel momento? Yo nunca había hablado así. Nunca había sido necesario.

Mark se acercó a mí. A diferencia de todos los demás, su despacho no tenía las paredes de cristal. A mí se me aceleró el pulso, y empezaron a arderme las mejillas.

–Tienes razón –dijo, suavemente–. Y lo siento. Siento muchas cosas, Callie.

Yo sentí ira... y, también, pena. Dolor. Llevaba demasiado tiempo sintiéndome estúpida. «No flaquees ahora», me dijo la primera dama. «Lo estás haciendo muy bien».

–Mírame, Callie –susurró Mark.

«Ah, mierda», suspiró Michelle. «Ya estamos otra vez».

Mark tenía unos ojos increíblemente bonitos. Muy oscuros, con unas pestañas muy espesas y largas. No era justo. Como si me hubiera leído el pensamiento, sonrió, solo un poco, y fue eso lo que acabó de vencerme. Durante un segundo, me sentí como si estuviéramos otra vez en el sótano de Gwen Hardy, y sentí una oleada de deseo. No, no era justo.

–Nadie puede ocupar tu lugar, Callie –dijo él en voz baja–. Nadie.

Yo tomé aire. Estaba confusa, furiosa y, a la vez, esperanzada. La esperanza, aquel engaño inmortal, me invadió el corazón.

–Te lo agradezco –susurré, tratando de contener las lágrimas–, pero no estoy segura de que esto vaya a funcionar para mí, Mark.

–Ni se te ocurra pensar eso –dijo Mark, tomándome las manos–. Confía en mí, vamos. Las cosas se normalizarán. Muriel encontrará su sitio. Ten paciencia, ¿de acuerdo? ¿Por favor?

Mientras hablaba, antes de soltarme las manos, me acarició el dorso con los dedos pulgares, delicada, lentamente.

–Vaya, he hecho llorar a mi chica favorita –murmuró, y se acercó a su escritorio—. Voy a buscarte un pañuelo de papel, o algo.

«Te está utilizando», me dijo Michelle.

Y lo cierto era que yo ya lo sabía.

El viernes por la mañana, Mark y Muriel se marcharon a la reunión con Hammill Farms a las nueve en punto. Damien también fue, para ayudar a preparar las presentaciones y tomar notas. A mí se me hizo interminable. Hice papeleo, envié correos electrónicos a clientes y proveedores y borré archivos antiguos. No podía quedarme quieta.

Volvieron a las dos, por fin. Todos nos quedamos en silencio, esperando el veredicto mientras fingíamos que estábamos trabajando. Nuestro primer indicador fue Muriel, que entró en el vestíbulo malhumoradamente con su traje negro ajustado y cerró de un portazo su despacho. A mí, ni me miró. Mark y Damien entraron después, y pasaron directamente al despacho de Mark, donde se encerraron.

Media hora después, Damien salió al pasillo y se sentó en su escritorio. Y, a los pocos minutos, me envió un correo electrónico. *Donde Callie pone el ojo, pone la bala. Hammill se ha quedado con tu propuesta original. Damien.*

Capítulo 12

Aquel día, después del trabajo, me llevé a Damien a rastras al Whoop & Holler, un antiguo bar de Vermont.

–No voy a sentarme aquí –dijo, mirando desdeñosamente los asientos de nuestro reservado–. Me invadirán las ladillas.

–Ya está bien –le dije yo–. No podemos ir a Elements, porque allí está Dave, y como todavía estáis separados... –Damien suspiró, y yo continué–. Además, he quedado aquí con alguien un poco más tarde –añadí. Había hecho otro intento con las ofertas de eCommitment–. Y, por si fuera poco, tienen los mejores cócteles de albaricoque del mundo.

Damien enarcó las cejas al oír mencionar su bebida favorita.

–Está bien. Por ti –dijo, y se sentó con cuidado.

–¡Dos Apricot Sours, Jim! –grité. Y di un respingo al ver que mi hermano estaba en la barra–. ¡Y a Freddie no le des nada! ¡Es menor de edad!

–Tú, cabroncete –dijo Jim, y le dio un coscorrón a mi hermano–. ¿Cómo te atreves a venir aquí con un carné de identidad falso?

–¡Cumplí veintiún años en abril! –gritó mi hermano–. ¡Puede que mi hermana no se acuerde, pero es cierto!

Yo me quedé callada e hice los cálculos.

–Ah, es verdad, Jim. ¡Lo siento!

Freddie me enseñó el dedo corazón estirado y sonrió.

Cuando nos sirvieron los cócteles, Damien tomó un sorbito y, una vez aplacado por lo delicioso que estaba, me contó toda la historia, con un montón de adornos y malicia, tal y como yo esperaba.

Para empezar, John Hammill se había sorprendido al no verme en la reunión, ya que tenía la impresión, y estaba en lo correcto, de que yo era el genio de aquel proyecto. Para continuar, se había quedado confundido y

ligeramente decepcionado con la idea de Muriel.

–Era un dibujo animado, Callie –me dijo Damien, y tomó más cóctel de albaricoque–. De una ardilla. Así que su pequeña ardilla, que se llama Squeaky, se sube a un barril de sirope, salta dentro y comienza a beber a lametazos. Y luego se oye esa vocecita aguda, que da miedo, y que yo estoy seguro de que era la de Muriel... «¡Tan bueno que hasta las ardillas lo quieren tomar!».

–¿Qué significa eso? –pregunté, tapándome la boca con horror.

–¿Quién sabe? –dijo él, riéndose con tantas ganas que casi se estaba ahogando. Yo me uní a él sin poder evitarlo–. Así que va John y dice: «Me siento muy incómodo con esto. ¿Quién va a comprar un sirope después de ver a un roedor nadando en un barril? ¿Qué vais a poner después? ¿Ratas?». Y los tortolitos se miran con asombro, como si no pudieran creer que John lo rechazara.

–Y ¿qué pasó después? –pregunté, y apuré el cóctel con la pajita.

–Que Mark dijo algo así como: «Bueno, tenemos otra idea», y le enseñó la tuya. John estuvo a punto de hacerse pis de lo que le gustó. Se levantó de un salto de la silla cuando se enteró de que ya habías conseguido que Terry Francona aceptara.

Yo me apoyé en el respaldo del asiento.

–Eso es genial. Estoy muy contenta de que a John le haya gustado. Es un buen tipo –dije. Estaba muy complacida, sí, pero, de todos modos, no podía olvidar que acababa de pasarme los últimos tres días trabajando frenéticamente por un capricho de Muriel. Eso no estaba bien. De ningún modo.

–Bueno, entonces, has ganado tú, Callie –dijo Damien, y se bebió de un sorbo el resto de su cóctel–. ¿Qué es lo próximo?

Yo respiré profundamente y exhalé un suspiro.

–No sé, Damien –admití yo–. ¿Crees que...? ¿Crees que Muriel va a durar con Mark?

Damien suspiró.

–No lo sé –dijo–. Lo que sé seguro es que no es la persona que yo elegiría para él.

No dije nada más. Annie acababa de entrar por la puerta, y me despellejaría si supiera que estaba hablando de la vida amorosa de Mark. Había ido al bar a vigilar mi cita con Ron, mi último intento de encontrar al hombre de mi vida.

Yo no siempre estaba pensando en mi jefe ni en el veterinario, ni en otros hombres inalcanzables.

Damien miró la hora.

–Bueno, tengo que irme. Tengo planes mucho mejores que quedarme aquí contigo y estos paletos. ¡A más ver!

–Te van a acabar dando una torta si no dejas de decir eso –le advertí–. Y yo voy a ser la primera.

Para mi sorpresa, Damien me dio un beso en la mejilla.

–Gracias por la copa, Callie. Y, bien hecho ¡Ah! –dijo él, mirando hacia la puerta–. ¿Esa es la persona con la que habías quedado? Está mirando a su alrededor con desesperación, como furtivamente...

–Cállate, Damien –murmuré.

Miré hacia la entrada y saludé. Annie se acercó rápidamente, seguida por Freddie.

–Hola –dijo–. ¿Es él? ¿Es el chico al que has saludado? ¿Es mono? No está mal. Por lo menos, es alto.

–Ve a sentarte en un sitio donde puedas escuchar la conversación –dije yo. Entonces, Annie se sentó en el reservado que estaba justo detrás de mí–. Ven, Fred –le ordenó a mi hermano–. Siéntate aquí.

–Parece que no se ha duchado –murmuró Damien–. Bueno, tengo que huir. *¡Au revoir!*

El chico con el que había quedado empezó a caminar y, a medida que se acercaba, a mí se me encogió el corazón.

–Vaya, va a ser estupendo –dijo Freddie, susurrando exageradamente.

–Fred, ni se te ocurra...

Bah, no serviría de nada. Los hermanos pequeños estaban diseñados para burlarse de sus hermanas, atormentarlas y robarles, y Fred era un perfecto ejemplo de ello. Además, Ron ya estaba allí.

Damien tenía razón: no estaba muy limpio. Tampoco estaba sucio, en realidad. Pero yo me había puesto un precioso vestido con un estampado en blanco y verde y unos zapatos de tacón de color naranja. Y Ron... Ron llevaba unos pantalones y una camisa de trabajo, llenos de manchas.

–¿Callie? –preguntó, frunciendo el ceño.

–¡Sí, soy yo! ¡Hola, Ron! ¡Me alegro mucho de conocerte! –exclamé alegremente, con la esperanza de que aquello se convirtiera en una realidad. Olía un poco a tierra, no de un modo desagradable–. Siéntate.

Él obedeció. Era un tipo grandullón, sólido, masculino. Había respondido agradablemente a todos los correos electrónicos, y parecía muy amistoso. Hacía preguntas y daba respuestas. Nuestras rodillas se tocaron, y yo aparté las piernas rápidamente para no enviar señales equivocadas.

–Siento llegar tarde –murmuró–. Esta noche me tocaba ordeñar a mí.

–¡Ah! ¿Ordeñar... eh... vacas?

«No, Callie, ordeñar a los monos».

Oí las risitas de Annie y de mi hermano. Magnífico.

–Bueno, sí, me dijiste que eras granjero. Entonces, ¿trabajas en una granja de productos lácteos?

Él asintió.

–Estupendo. A mí me encantan las vacas –dije. Y era cierto. Sobre todo, las vacas que salían dibujadas en los camiones de reparto de helados Ben & Jerry.

Ron bajó la mirada hacia mi pecho. ¡Demonios! Mi precioso vestido era bastante escotado... No tanto como para parecer una fulana, pero sí era un buen escote. Después de todo, yo tenía unos buenos pectorales, y quería utilizarlos como distracción de mi bebé de grasa y otros defectos. O, por lo menos, eso había pensado hasta aquel momento. Ron estaba analizando lo que veía como si estuviera evaluando mi potencial en el apartado del ordeño.

–No seréis proveedores de Ben & Jerry, ¿verdad? –pregunté. Nunca estaba de más tener un topo dentro de...

–No.

–¿Y de Cabot's? Me encanta su queso.

–No.

Freddie soltó un chillido.

–Bueno, bueno –dije yo, decidida a ser encantadora–: Es muy agradable conocernos por fin en persona.

Ron no dijo nada.

–¿Te apetece tomar algo? ¿Una copa? ¿Unos nachos? –pregunté.

Él miró a Jim, que gritó desde la barra:

–¿Qué te pongo, amigo?

–Una cerveza –respondió Ron.

–¿Cuál? Tenemos Coors, Coors Light, Bud, Bud Light, Amstel, Amstel Light, Miller, Miller Light...

–Bud –dijo Ron, y me miró de nuevo. Respiró hondo. Exhaló un suspiro. Bajó de nuevo los ojos hacia las chicas.

–Bueno, Ron, cuéntame cosas de ti –le dije, ladeando la cabeza, para que mi pelo brillante lo distrajera de mi pecho.

–Soy granjero –dijo, sin alzar la vista.

–¡Sí! Eso ya me lo habías dicho, creo. ¿Y llevas mucho tiempo trabajando en una granja?

–Sí.

Ian, comparado con aquel tipo, era todo un parlanchín. A mi espalda, los dos espectadores se lo estaban pasando en grande. Me prometí que iba a acordarme de aquello en Navidad para no comprarles demasiados regalos.

–Ah, es estupendo –dije. Tic, tac, tic, tac–. Ah... ¿Y me contaste que estás divorciado?

–Sí.

Nada más.

Miré a mi alrededor. En la televisión que había encima de la barra había un partido de los Sox. Perfecto. Una charla masculina. Yo podía charlar de béisbol como si fuera una gran aficionada.

–Ron, ¿te gusta ver deportes? –le pregunté. Él seguía mirándome el pecho. Yo era la que me había puesto aquel vestido, así que no podía enfadarme, exactamente–. ¿Ron? Aquí arriba, amigo –le dije, mientras chasqueaba los dedos. Ah, por fin. Contacto visual. Sonreí, y le pregunté–: ¿Te gusta el béisbol? ¿Eres de los Sox?

–No –dijo él, y volvió a mirarme el pecho.

–¿Va todo bien, Ron? ¿Te encuentras bien? –le pregunté.

–Sí, estoy perfectamente.

Freddie se puso a resollar detrás de mí. ¿Alcanzaría para darle un tortazo desde aquel ángulo? Ah, qué desgracia. No.

Bueno, estaba claro que Ron no iba a dejar de mirarme el pecho a no ser que yo le obligara, así que tomé la pequeña servilleta de papel que me habían puesto con la bebida, la desplegué y la coloqué delante de las chicas.

–¿Ron? ¿Qué sucede? –le pregunté–. En los correos electrónicos eras muy agradable. ¿Podríamos mantener una conversación?

Él se encogió de hombros.

–Bueno, los correos...

–¿Qué?

Él se rascó la cabeza vigorosamente.

–Los escribió mi tía.

A mi espalda, Freddie y Annie se atragantaron y empezaron a tartamudear.

–Ah. Ya entiendo. Dile a tu tía que parece encantadora. A lo mejor a ella sí que le gustaría quedar conmigo, ¿no crees?

Nada. Ninguna reacción.

–Bueno, Ron, creo que lo mejor es que lo dejemos aquí –dije con delicadeza.

–Mejor, sí –dijo él–. ¿Quieres venir a mi casa a ver una película porno?
¡Dios Santo!

–No, muchas gracias Ron –dije cuando recuperé el habla–. Cuídate mucho.

Treinta segundos después, Ron no era más que un recuerdo. Fred y Annie vinieron a mi reservado y se dejaron caer en el asiento.

–Espero que te cases con él –dijo mi hermano con un gran suspiro.

–Deberías dejar que haga una preselección de los candidatos –me dijo Annie, enjugándose las lágrimas.

–¡Tú elegiste al tipo que hacía macramé con pelo humano! –le recordé.

–Por lo menos estaba limpio –dijo ella.

–Más o menos –le dije yo–. Fred, invítanos a una copa, ¿de acuerdo?

–Claro que sí, Calorie –dijo él, amablemente–. ¡Jim! Otra de esas copas dulzonas para mi hermana. Y, Annie, ¿qué quieres tú?

–No, yo tengo que irme –dijo ella–. Hoy es la Noche de la diversión familiar. Vamos a jugar al minigolf.

–Muy bien, restriéganoslo por las narices, esposa feliz y madre de un niño perfecto –dije, y ella sonrió con modestia–. No lo entiendo, chicos –continué–. Yo querría salir con alguien como yo. ¿Por qué me resulta tan difícil? Soy muy divertida y visto bien. Soy simpática... A mí me encantaría salir conmigo misma. ¿A vosotros no?

–¿Dejando a un lado todo el rollo del incesto? –preguntó Fred, y yo asentí–. Claro –dijo él.

–Yo también saldría contigo –dijo Annie–. Si fuera lesbiana, lo haría, por supuesto.

–Gracias –dije.

Ella sonrió, me dio un abrazo y se marchó a Perfectville.

Freddie y yo pedimos unos nachos y hablamos de trabajo mientras comíamos; de mi trabajo, de su falta de trabajo, y de lo que él podría hacer con su vida.

–Siempre podrías ser abogado –le dije–. A ti te encanta el sonido de tu

propia voz.

–Cierto, cierto. Y el universo necesita otro abogado más –dijo él–. Eh, aunque sea cambiar a un tema diametralmente opuesto, creo que la siguiente ronda de El tour de las fulanas se acerca.

–Qué divertido –murmuré–. Pobre papá. Todo esto, para nada.

–Yo no estaría tan seguro. Creo que lo van a conseguir –dijo Fred. Se terminó la cerveza y me miró.

–¿Quiénes, papá y mamá? ¿Lo dices en serio? –pregunté.

–Sí. Puede que me equivoque, por supuesto. Siempre hay una primera vez para todo.

Yo puse los ojos en blanco.

–Tú, y tu pequeño ego –dije, y me quedé callada.

Mark y Muriel acababan de entrar al bar.

En los viejos tiempos, Mark solía llevar a la pandilla al Whoop & Holler después del éxito de algún lanzamiento o de una semana demasiado larga. Muriel no se había cambiado de ropa; llevaba la falda negra, la camisa blanca y los taconazos que había llevado a Hammill Farms aquel día. Mark tenía la mano en su espalda y la guiaba hacia una mesa iluminada tenuemente, que estaba al otro lado de la barra. Cuando se sentó, ella lo miró y se rio de lo que él le estuviera diciendo.

Parecían... felices. Mi presentación para el proyecto de Hammill Farms había sido una buena patada en el culo para Muriel, pero ella se estaba riendo, y estaba muy guapa, y tenía una cita. Con Mark.

Me dio un vuelco el corazón. Cualquier sensación de triunfo y placer que hubiera podido experimentar aquel día por mi trabajo se desvaneció. «Te voy a dar una bofetada», dijo Michelle. «Nadie puede hacer que te sientas inferior sin tu consentimiento. Así que olvídate de eso».

«Para ti es fácil decirlo», respondí. «¿Acaso te acaban de invitar a ver pornografía en una granja lechera? ¿Eh, primera dama que vive en la Casa Blanca? Y deja de robar citas de la señora Roosevelt».

–¿Callie? Despierta –dijo mi hermano–. Estás murmurando para ti misma – me advirtió, y se dio la vuelta para mirar hacia donde estaba mirando yo–. ¡Vaya, si es Mark! ¡El chico con el que llevas soñando toda la vida! ¿Quieres llevarme a caballito para que vea lo monos que somos?

–¡Shh! –siseé, mientras le daba una patada en la espinilla.

Cuando yo era una adolescente y soñaba con Mark, muchas veces llevaba a

Freddie a dar un paseo. Pensaba que eso me haría parecer una hermana adorable, cariñosa y madura, esa hermosa Callie Grey y su dulce hermanito a quien ella, obviamente, adoraba. Por supuesto, yo quería mucho a Freddie (la mayor parte del tiempo) y él siempre se ponía muy contento cuando lo sacaba de la funeraria para dar una vuelta en bicicleta o, sí, a caballito.

Un día, cometí el error de contarle a Freddie que estaba enamorada de cierto chico.

–Es ese –le susurré, cuando vimos a Mark en un partido de fútbol. Aquel pequeño monstruito no lo olvidó jamás.

–Voy al baño –dije–. Ahora mismo vuelvo.

–Oh, la desesperación, qué fea es –dijo Freddie, sonriendo.

En el espejo del baño, vi que tenía las mejillas coloradas. Me temblaban las manos, y tenía la sensación de que el corazón también me temblaba.

Por alguna razón incomprensible, había empezado a sentir la esperanza de que... Bueno, se me había pasado por la cabeza que, después del pequeño discursito de Mark sobre lo irremplazable que era yo... combinado con el efecto de la reafirmación de mi talento creativo... que Mark iba a... que las cosas cambiarían...

Oh, Dios. Michelle Obama tenía razón. Yo era una idiota.

–¡Idiota! –le dije a mi reflejo.

–¿Disculpa? –preguntó una mujer que, justo en aquel momento, salió de uno de los compartimentos.

–Oh, lo siento, lo siento –dije yo–. Estaba hablando conmigo misma –le expliqué, y la miré rápidamente–. Me encanta tu bolso. ¿Kate Spade?

Ella sonrió.

–Pues sí. ¿A que es un color muy alegre? Y, son imaginaciones mías, ¿o esos son unos zapatos de Jeffrey Campbell? ¡Son increíbles!

Yo le devolví la sonrisa.

–Sí, efectivamente.

Era una mujer muy guapa. Bella, incluso. Era bajita, de pelo rubio y corto, una enorme sonrisa, los ojos verdes... Tenía el tipo de belleza de Michelle Pfeiffer. Además, me resultaba vagamente familiar, pero no sabía por qué.

–Bueno, y ¿quién es el idiota? –me preguntó, en un tono amable, mientras se lavaba las manos.

–Yo, la idiota soy yo. O él. No lo sé muy bien. Tal vez lo seamos los dos.

Ella sonrió y sacó unas cuantas toallitas de papel del dispensador.

–Es él, estoy segura.

Yo sonreí.

–Gracias. Está claro que eres muy inteligente.

Ella se echó a reír y tiró las toallas de papel a la papelera.

–Y ¿qué te trae a nuestro bello pueblo? –le pregunté, porque sabía que no era de allí.

–Estoy de paso. He ido a ver a un amigo, pero no estaba en casa –dijo ella, y sacó las llaves del coche de su precioso bolso.

–Entonces, que tengas buen viaje de vuelta a casa.

–Gracias –respondió–. Ha sido muy agradable hablar contigo.

–Lo mismo digo.

Tuve una sensación cálida en el pecho. La gente era lo mejor. A mí me encantaba la gente. O, por lo menos, la mayoría de la gente.

Respiré profundamente, le sonreí a mi reflejo y salí del baño. Aquella noche, el Whoop & Holler estaba lleno y, por supuesto, yo conocía al noventa por ciento de la gente que estaba allí. Los River Rats estaban en la barra. Shaunee Cole estaba esquivando los tejos que le lanzaba Harmon Carruthers, y Jim O’Byrne se había quedado dormido con la frente apoyada sobre un vaso de chupito.

–¡Callie! –me preguntó Robbie Neal. Aquel año, él era el presidente de los River Rats. Era un tipo muy majo que estaba casado con mi profesora de gimnasia de octavo–. ¿Cómo está tu abuelo? ¿Va a venir a la regata? Es el fin de semana anterior al de Halloween, que no se te olvide.

–Trataré de convencerlo –dije, mientras saludaba a las otras ratas.

–Sería un honor que viniera –dijo Robbie–. ¿Crees que querría donar un kayak para un sorteo que estamos haciendo?

–¿Es para una buena causa? Porque, si es para el fondo del club para juergas, no creo –respondí.

Noah había donado kayaks y canoas a modo de contribución en varias campañas para recaudar fondos, aunque, cuando se lo preguntaban, siempre fingía que estaba enfadado. Hacía cinco años había donado una preciosa barca de remos de cedro para un hospital infantil. Se había vendido por más de veinte mil dólares. Noah se había sentido orgulloso y disgustado por igual.

–Siento decírtelo, pero a Joey Christmas acaban de diagnosticarle un cáncer –me dijo Robbie–. Y no tiene seguro.

–Entonces, contad con Noah –dije, al instante. Iba a tener que rogarle y

suplicarle durante una hora, a pesar de que mi abuelo y yo sabíamos que iba a ceder... pero era una tradición—. Yo también puedo donar algo, si quieres.

Robbie me guiñó un ojo.

—¿Qué te parecería diez minutos a solas contigo? Para eso conseguiríamos vender muchas papeletas —dijo.

—¿Diez minutos, Robbie? ¿Solo necesitas eso? Qué decepción —dije yo, y él sonrió—. ¿Cómo está Joey?

—Ya sabes, mala hierba nunca muere. ¿Te apetece una copa, Callie?

Yo noté que Shaunee había dejado que la mano de Harmon se quedara en su trasero. Llevaban varios años fingiendo que no salían juntos.

—No, gracias, Robbie —dije—. Tengo que irme a esparcir polvo de hada —añadí, y él asintió como si tuviera todo el sentido del mundo—. No dejéis que Jim vuelva a casa conduciendo. De hecho, no dejéis que vuelva andando. Se caería al río y se ahogaría.

—Claro, Callie. Saluda a Noah de nuestra parte.

—Lo haré.

Fui caminando entre las mesas hacia mi destino. Muriel estaba de espaldas a mí, y Mark estaba inclinado hacia ella con una expresión muy seria. Estaban tomados de las manos. «Polvo de hadas», me recordé. Al acercarme, oí lo que estaba diciendo Muriel.

—Es que... es tan engreída.

Yo me paré en seco.

—No, Mure, no lo es —dijo Mark—. Lo único que pasa es que tiene más experiencia. Tú también llegarás a su nivel.

—Entonces, ¿por qué tiene que regodearse? Es que...

¿Que yo me regodeaba? ¡No era cierto! No lo había hecho ni un poquito, y eso que me había costado bastante contenerme.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? —pregunté, poniéndome en acción.

A Mark se le iluminó la cara.

—¡Callie! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he tomado un cóctel con un amigo —dije—. Hola, Muriel.

En sus mejillas pálidas aparecieron dos manchas rojas que estuvieron a punto de derretírselas.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —preguntó Mark.

—Sí, solo un segundo —dije. Tomé una silla y me senté—. Me he enterado de que hoy ha sido un poco difícil en Hammill —comenté. Me pareció oír un

silbido de rabia de Muriel, y me giré hacia ella con magnanimidad—. A mí me pareció muy mona tu idea de la ardilla. No está nada mal para ser la primera vez.

—Vaya, gracias —respondió ella. Prácticamente, le salía ácido de la boca.

—Si alguna vez quieres intercambiar ideas conmigo, mi puerta siempre está abierta —dije.

Ella entrecerró los ojos.

—Gracias.

Respiré profundamente. «Te estás comportando muy bien», me dijo Michelle.

—Bueno, os dejo. Que tengáis muy buena noche.

—Gracias, Callie —me dijo Mark, afectuosamente—. ¿Lo ves? —oí que decía cuando yo me alejaba—. No tiene nada contra ti, cariño.

Aquella última palabra se me clavó como si fuera un dardo envenenado. A mí también me había llamado «cariño» en Santa Fe, pero, ahora, Muriel era la merecedora de aquella expresión.

Freddie y yo estuvimos en el bar un par de horas más, porque ninguno teníamos un plan mejor. Pedimos unas hamburguesas. Yo me pasé al agua y mi hermano siguió bebiendo cerveza, y vimos perder a los Red Sox contra los Angels en la décima. Me di cuenta de que Mark y Muriel se marchaban en la sexta. Eran muy malos aficionados. Ni siquiera les importaban los Sox. A mí, tampoco, en realidad, pero bueno...

—Te llevo a casa, hermanito —le dije a Freddie, porque estaba un poco achispado.

—No, voy andando —respondió, arrastrando las palabras al hablar.

—No. Te llevo. Pero no te voy a acompañar dentro. Te dejaré en la entrada.

—De acuerdo. Gracias, Calorie.

Cinco minutos después, mi hermano había entrado por la puerta principal de la funeraria, y mi alegría se desvaneció de golpe. La calle estaba tranquila; era casi medianoche, y Georgebury no era conocido precisamente por su animada vida nocturna. Me quedé unos minutos allí sentada, en mi silencioso Prius, y respiré profundamente.

Cariño.

Con el corazón dolorido, di marcha atrás y salí de nuevo a la carretera, pero no para ir a casa. Silencié a mi primera dama interior, recorrí la calle principal y dejé atrás la Academia Georgebury. Giré a la izquierda en Camden

Street y, justo antes de que la colina empezara a descender bruscamente, me detuve. Apagué los faros y me quedé allí.

Las luces estaban encendidas en la planta baja, y creaban un brillo cálida y suave. Bajé la ventanilla. El aire era frío... El otoño llegaba rápidamente a Vermont. A pesar de lo que marcaba el calendario, el verano ya nos había dejado. La brisa me llevó unos compases de música... No podía distinguir qué era, pero sonaba... sofisticado. Jazz, tal vez.

Entonces, alguien apagó la luz de la cocina, donde, una vez, yo había preparado la cena para Mark. Una silueta pasó por delante de la ventana del salón. Era él; se detuvo, se volvió y miró hacia atrás. Entonces apareció la figura de Muriel, que también pasó por delante de la ventana, como si fuera un espectro. Se echó hacia atrás el pelo, se inclinó y apagó una luz, dejando a oscuras las escaleras. Unos segundos después, se encendió una luz en el piso de arriba. La habitación de Mark.

La habitación de Mark y Muriel.

Tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar. Me detestaba a mí misma. ¿Por qué lo quería aún? Solo después del infierno que me había hecho pasar aquella misma semana, no debería quererlo. ¿Por qué no era capaz de superarlo? ¿Qué era lo que no había funcionado entre nosotros? Los días que pasamos en Santa Fe habían sido los más felices de mi vida. ¿Por qué no había sido suficiente para Mark? ¿Qué veía en Muriel DeVees, que tenía el mismo calor que uno de los cadáveres que dormían en el sótano de mi madre, que no hubiera visto en mí? Si era tan insustituible, si él todavía me hablaba con aquella voz aterciopelada, ¿por qué no era yo la que estaba en su casa en aquel momento?

«Callie, contrólate. Estás aparcada en su calle, sola, mientras él está arriba con otra mujer. ¿Es esta la persona que quieres ser?», preguntó una voz en mi mente. Y, esta vez, ni siquiera se parecía a la voz de Michelle Obama.

Se parecía mucho a la mía.

Capítulo 13

–Tranquila, chica, que no hemos venido a hacer ejercicio –le advertí a Annie, que estaba remando con una gran energía.

–¿No? –preguntó ella.

–No. Solo hemos venido a admirar el paisaje. ¡Mira! ¡Un somormujo! ¡Hola, somormujo!

Era sábado por la mañana, una semana después de la pequeña sesión de espionaje que me había dejado tan mal sabor de boca durante unos cuantos días. Ir a remar al lago era la catarsis que necesitaba, así que, cuando Annie llamó aquella mañana, rogándome que la sacara de la casa antes de que, según sus propias palabras, «matara a todo ser vivo», le sugerí que fuéramos a remar en kayak. Por supuesto, cuando pasé a buscarla, tuve que tirar de su brazo mientras ella cubría de besos la preciosa cara de Seamus; después, se besó con su marido en el vestíbulo.

–Vaya repugnancia –dije, cuando por fin conseguí arrastrarla.

–Adiós, Callie –me gritó Jack.

–¿Tienes un hermano gemelo? –le pregunté yo–. ¿No? Pues, entonces, cállate, tío.

Por desgracia, Annie era muy deportista; a pesar de mi apática forma de remar, podía impulsarnos a buen ritmo, y esperaba que yo estuviera a la altura.

–Qué agradable es tener compañía humana –dije, girando un poco la cabeza, para que ella, que iba detrás, pudiera oírme.

–¿Bowie no está celoso? –me preguntó.

–Pues claro que sí. He tenido que darle tres premios y una tortita.

Remar en kayak... O, por lo menos, remar en kayak de aquella manera, era maravilloso. Eso de tirarse en la barca por unos rápidos para ver si uno moría en el intento no era para mí. Annie y yo estábamos dando una vuelta al lago

Granite, siguiendo la orilla, donde las pequeñas olas rompían contra las rocas con un ritmo tranquilo, constante. Una tortuga toro salió a la superficie a unos pocos metros de distancia y volvió a meterse bajo el agua, dejando solo una pequeña onda a su paso.

Corría un aire suave y el cielo estaba gris. Al principio hacía un poco de frío, pero, después de remar un rato, habíamos entrado en calor. El manantial que alimentaba el lago vertía unas aguas tan claras que se podía ver el fondo, que estaba cubierto de las rocas graníticas. Estábamos rodeadas del verde de los pinos, los arces y los robles. De la noche a la mañana, el otoño empezaría a teñir los árboles, y las pocas manchas de rojo y amarillo que habían aparecido desde agosto volverían el follaje, repentinamente, de colores ardientes e impactantes. El golpe de belleza era siempre tan intenso que deslumbraba los ojos y hacía que uno se preguntara si iba a poder vivir otro año sin él.

–Bueno, y ¿qué tal están tus padres? –me preguntó Annie.

–Umm... um... –murmuré. Aproveché otra oportunidad para dejar de remar y girarme para hablar con mi amiga—. No sé qué responder. Veamos... El tour de las fulanas ya ha pasado la segunda ronda. En esta ocasión yo no estaba presente, gracias a Dios, pero, según Hester, esta otra destrozadora de familias es ciega y, cuando mi madre vio el bastón blanco y el perro guía, se hundió. Se levantó de la mesa y obligó a mi padre a que invitara a su examante a una copa.

–¿Pensó que ya tenía suficiente castigo? ¿Que Dios le había enviado la ceguera, o algo así? –preguntó Annie.

–No, creo que siempre ha sido ciega –respondí—. Y eso me suscita bastantes preguntas.

–¿Sobre qué?

–Bueno, la primera mujer era viuda. Esta otra era ciega. ¿Qué será la próxima? ¿Una refugiada de un país en guerra? Puede que mi padre estuviera...

–Ni lo digas –me advirtió Annie.

–¿El qué? ¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

–Porque somos amigas desde hace mil años, y tú siempre intentas encontrarle un lado positivo a la gente, sobre todo en lo relativo a tu padre. Estabas a punto de decir algo como que «Mi padre estaba haciendo un servicio público», ¿o no?

–¡No! Sé que le rompió el corazón a mi madre. Pero, Annie, hay que reconocer que...

–Debería darte una torta.

–Tú, y Michelle Obama –murmuré yo. Después, alcé la voz y dije–: Lo cierto es que, ahora, mi madre lo está torturando. Es como un tiburón que se come una morsa, ve una cría de foca y se la come también, pero no porque tenga hambre, sino porque puede.

–Tiene derecho a estar enfadada, Callie.

–¿Después de veintidós años?

–No lo sé. Si a Jack se le pasara por la cabeza la idea de engañarme, lo rajaría.

Yo sonreí.

–Me encanta que digas esas cosas de mafiosa.

–Sigue remando –dijo ella–, o te rajo a ti también.

Me di la vuelta hacia delante, y obedecí. Al remar, oía el agua deslizarse contra el costado de nuestro kayak, suavemente. Llevábamos una buena velocidad... Mucho mejor que la que yo conseguía cuando iba a remar con Bowie, porque mi perro se negaba a ayudar.

–¡Anda, mira! –exclamó Annie, empujándome con el remo por la espalda–. ¡Un hombre!

Señaló a lo lejos. Había una figura humana en un embarcadero, a unos cincuenta metros de distancia.

–Vamos a secuestrarlo y a obligarle a que se case conmigo –dije.

–¡De acuerdo! –respondió Annie, riéndose–. ¡Oooh! ¡Creo que está pintando! ¡Cuánto me gusta eso! ¿A ti no?

–Solo si estoy desnuda y llevo el Corazón del Mar, y Jack Dawson está intentando dibujarme a pocas horas de su muerte por hipotermia en el Atlántico Norte –dije con un suspiro de felicidad.

–Tienes que dejar de ver esas películas tan cursis.

–¡Ni lo sueñes! Además, no te pongas tan superior conmigo. ¿No te dijo a ti tu marido eso de que «Tú me completas» cuando te pidió que te casaras con él? ¿Umm?

–Todavía me estoy arrepintiéndome de haberte contado eso –murmuró ella–. Vamos a ver quién es ese tío.

A medida que nos acercábamos, empezamos a ver al hombre con más nitidez. No era cualquier hombre. Era Ian, que estaba sentado con las piernas

cruzadas sobre un viejo embarcadero de madera, con Angie a su lado. Y, sí, estaba dibujando. Tenía un cuaderno de pintura en el regazo. Alzó la vista y nos vio.

–¡Hola! –exclamó Annie.

–Hola, Ian –dije yo.

–Hola –respondió él.

Nos observó mientras nos acercábamos al embarcadero con unas intenciones muy claras: interrumpir su maravillosa mañana.

–Ian, te presento a mi amiga, Annie Doyle. Annie, el nuevo veterinario, Ian McFarland.

–Vaya, hola –dijo ella, y yo me ruboricé, porque mi amiga había hablado con aquella voz suya que usaba cuando se servía una comida especialmente rica–. Me alegro muchísimo de conocerte.

Yo pensé en golpearla con mi remo.

–¿Estás dibujando, Ian? –le pregunté.

Ian miró su cuaderno y el lapicero que tenía en la mano, y, después, me miró a mí.

–Sí –dijo.

Angie movió la cola.

–¿Podemos parar un segundo aquí? Me vendría muy bien estirar un poco –preguntó Annie, tan sutil como un ñu.

Ian titubeó un instante.

–Claro.

Remamos hasta el embarcadero. Ian bajó para atar el kayak mientras nosotras nos retorcíamos para salir.

–¡Bueno! –dijo Annie, y se ajustó las gafas en la nariz–. ¿Vives por aquí, Ian?

–Sí. Ahí.

Señaló hacia el bosque. Había un caminito que subía a través de los pinos y por encima de las rocas de granito. Se veía un claro, pero ninguna casa.

–¿Este embarcadero es tuyo? –preguntó Annie.

Seguramente, sería más fácil que le preguntara por su cuenta corriente. Y, conociéndola, tal vez fuera lo siguiente que hiciese.

–Sí, es mío –dijo él, y me miró.

–Callie me ha dicho que está haciendo un proyecto para ti, Ian –dijo Annie, asintiendo con un gesto de aprobación–. Es la mejor. Tiene mucho talento.

Eres muy afortunado de que trabaje para ti. Es estupenda.

–Ya está bien, Annie –dije yo–. No sabía que dibujaras, Ian. Esa pintura que hay en tu despacho... ¿es tuya?

Él me miró, casi sorprendido de que yo lo hubiera adivinado.

–Pues sí.

–Me encanta –dije–. Es muy bonita, y tiene muchas texturas.

–Además de trabajar en publicidad, es crítica de arte –dijo Annie, burlonamente. Ian sonrió, y yo me ruboricé. Para disimular, me agaché y acaricié a Angie, que movió la cola amablemente.

–¿Sabéis qué? –preguntó Annie, de repente–. ¡Tengo un partido de fútbol! Bueno, en realidad, Seamus, que es mi hijo, Ian, es el que tiene el partido de fútbol. ¡Pero yo tengo que irme! ¡Se me había olvidado! Voy a llamar a Jack para que venga a buscarme.

–Creía que Seamus y Jack iban a ir al cine –dije yo.

–No, no, tiene un partido –dijo Annie, mirándome con los ojos muy abiertos, mientras se sacaba el teléfono del bolsillo–. Hola, Jack, cariño, ¿puedes venir a buscarme? No, no, estoy bien. Es que acabo de acordarme del partido. Sí, el partido. No importa. Estoy en... ¿Cuál es tu dirección, Ian?

–El número 75 de Bitter Creek Road –dijo él, mirándome–. ¿Y tú? ¿Vas a poder volver sola a casa? –me preguntó, mirando el kayak.

–Sí, claro –dije, con resignación.

Annie estaba haciendo de celestina, un desastroso hobby suyo que había dado como resultado cero parejas felices y dos primas enemistadas.

–¿Subo corriendo por ese camino y espero a mi marido en tu casa, Ian? –preguntó Annie, después de cerrar su teléfono.

–Por favor, nada de correr –le dije.

Ian no sabía qué decir.

–Eh... Claro. Te enseño el camino.

Annie sonrió y echó a andar.

–Bueno, Ian, háblame de ti –le dijo, alegremente. Y, acto seguido, empezó a hablarle de lo maravillosa que era yo.

–Callie y yo somos amigas desde cuarto curso, cuando vine a vivir aquí con mi familia. Se acercó a mí y me dijo «hola», ¡y el resto es historia!

El camino desde el lago hasta la casa era precioso; tenía la anchura justa para dos personas. Aunque el cielo se había despejado, la espesura de los pinos en aquella zona solo dejaba pasar algunos rayos de sol. La perra de Ian

iba caminando silenciosamente a mi lado.

–¿Qué tal estás, Angie? –le pregunté, acariciándole la sedosa cabeza–. ¿A que eres una preciosidad? –ella movió la cola para confirmarlo, y yo empecé a cantarle susurrando. Después de todo, era nuestra tradición–: *Aaangie, Aaangie... ¿Ain't it good to be alive?*

Annie iba parloteando con Ian delante de nosotras. Ian se frotó la nuca con una mano mientras intentaba contestar a las indiscretas preguntas de mi amiga.

–Bueno, Ian, ¿estás casado?

–No, estoy divorciado –dijo él, y miró hacia atrás como si me estuviera pidiendo ayuda.

–¡Qué pena! –exclamó Annie–. ¿Desde hace cuánto?

–Dos años.

Annie se giró e hizo un gesto horripilante con la cara, aunque lo que quería transmitirme era alegría y esperanza.

–Bueno, estoy segura de que muy pronto encontrarás a alguien especial que...

–¡Mirad! ¡Un ciervo! –grité yo.

El ciervo salió huyendo, y vimos su colita blanca cuando saltó ágilmente hacia lo más profundo del bosque. Yo aproveché la oportunidad para darle un buen pellizco a Annie.

–Déjalo ya –le dije, formando las palabras con los labios.

–¿Pero qué dices? –respondió ella, de la misma forma. Después, dijo, en voz alta–: ¿Esta es tu casa? ¡Qué bonita!

Ah. Ya habíamos llegado. Me detuve.

El bosque terminaba en un jardín. Habían cortado la hierba hacía muy poco, y el olor dulce y fresco estaba en el aire. La casa era una granja de dos pisos, pintada de color verde, con un precioso tejado de pizarra gris... Era una casa típica de Nueva Inglaterra, pero, si no me equivocaba, renovada hacía poco tiempo. Tenía las ventanas nuevas. Y la pintura era reciente.

–Es muy bonita, Ian –le dije.

–Gracias –dijo él–. Eh... ¿os gustaría entrar?

Estaba claro que no sabía cómo deshacerse de nosotras.

–¡Claro! Me encantaría tomar un café –dijo Annie, lanzándome otra mirada de alegría.

Rodeamos la casa por un camino lateral jalonado de lilos. Me imaginaba cómo olería en primavera. Cuando llegamos a la parte delantera, me quedé

quieta de nuevo.

Estábamos al borde de una pradera grande, llena de solidagos y rudbeckias. Las libélulas revoloteaban por las flores, y los pinzones bajaban al suelo para comer entre la hierba alta. Había un muro de piedra a un lado de la parcela, y un camino de gravilla que llevaba a la carretera principal, que no se veía desde allí. Seguramente, en invierno sería muy peliagudo retirar la nieve, pero ¿a quién le importaba eso? A unos cien metros había un bosque de arces con las copas ya rojas. Ian iba a tener un maravilloso espectáculo dentro de pocas semanas.

–Venid por aquí –nos dijo.

¿He mencionado ya que llevaba unos pantalones vaqueros desgastados? Contuve un suspiro lleno de lujuria y lo seguí hacia el porche. Después, me di la vuelta para mirar el paisaje que se veía desde allí. El porche era muy amplio y estaba orientado al oeste; perfecto para las puestas de sol. No tenía barandilla, y ofrecía una vista despejada del campo. Cualquiera podría pasarse los días sentado allí, escuchando el canto de los pájaros y el susurro de la hierba mecida por el viento, y disfrutando del olor de los pinos...

–¿Vienes, Callie? –me preguntó Annie.

–Claro –dije, distraídamente, apartando con dificultad los ojos de aquel espectáculo.

–¡Este sitio es maravilloso! –me dijo ella, en un susurro–. Y él tampoco está mal. ¡Madre mía, qué ojos tiene!

–¿Podrías dejarlo ya, por favor? –le pregunté a mi amiga. Ian ya estaba dentro.

–Ojalá no estuviera ya casada –murmuró ella–. Lo digo en serio. Voy a dejar a Jack.

–Pues me alegro mucho. A mí siempre me ha hecho tilín. Ahora tengo una buena oportunidad –repliqué, y entré en la casa.

El interior también era impresionante. Claramente, la reforma la había hecho un arquitecto, porque era perfecta. Suelos de tarima suave y brillante, estanterías en línea, lámparas de diseño... El ambiente general era muy moderno, quizá un poco austero. Y bello, porque también lo era. Había muebles caros por todas partes y eso intensificaba la sensación de ligera frialdad. No veía ningún sitio en el que poder tirarse a gusto, nada parecido al sofá que yo había llevado a casa de mi abuelo, una pieza de cuero ya desgastado que invitaba a la pereza. De todos modos, la casa de Ian era

espléndida.

Y estaba muy limpia; imaculada. Yo también era una buena ama de casa, pero no llegaba a tanto.

La cocina estaba justo al lado del salón. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable, y las encimeras, de pizarra. Ian ya estaba allí, midiendo el café para la cafetera.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó Annie.

—No mucho —respondió él, sin mirarla—. Cuatro meses.

—¿Y de cuándo es la casa?

—De mil novecientos treinta y dos —respondió Ian—. Mi tío la compró en los años sesenta y, cuando él murió, yo se la compré al banco. La reformé cuando compré la clínica.

Annie bajó la mano para que Ian no pudiera verla, y se aseguró de que yo sí la viera mientras frotaba los dedos contra el pulgar. Dinero. Asintió, mirándome, y sonrió. Yo exhalé un suspiro.

Angie alzó las orejas al oír que se acercaba un coche. La gravilla del camino crujió bajo las ruedas.

—Vaya, ¡ha llegado Jack! —exclamó Annie—. Bueno, ¡encantada de conocerte! ¡Tengo que irme!

—¿Y tu café? —preguntó Ian, con desconcierto—. Tu marido puede pasar a...

—¡Nos vemos pronto! —gritó ella, a modo de despedida. Salió por la puerta y echó a correr hacia el coche de su marido.

—Tiene problemas psicológicos. Lo siento mucho —dije yo. Miré a mi alrededor, y añadí—: Esta casa es preciosa, Ian.

—Gracias —respondió él.

El interior parecía una exposición de Pottery Barn: filas de tazas cuidadosamente ordenadas por colores y estilos; al contrario que mi abigarrada colección, que iba desde la taza gruesa e irregular que me había hecho Josephine en preescolar hasta una taza de porcelana antigua que había usado mi abuela, cada día, para el té. No, Ian tenía solo una fila de tazas, seis en total, de verde pálido muy agradable. Vasos, todos del mismo modelo, seis de cada tamaño, tres tamaños en total, en formación de soldados obedientes.

El mismo pensamiento que me había estado molestando durante toda la semana apareció de repente en mi cabeza.

—Me he enterado de que Fleur y tú salisteis a tomar un café el otro día —le dije.

Él alzó la vista.

—¿Quién es Fleur?

«No digas nada más, Ian. Pregunta contestada».

—Eh... mi compañera de trabajo. La madre de Tony Blair. La que te llevó al paseo por el monte.

—Ah, sí. Creo que me la encontré en el pueblo —dijo él, y siguió midiendo el café.

—¿Puedo echar un vistazo? —pregunté.

—Claro —dijo él. Puede que suspirara.

Yo entré al salón de nuevo. Había tres cuadros muy grandes, del mismo tamaño, con un paspartú blanco y un marco negro. Una serie de fotografías de hojas... de arce, de helecho, roble... Estudios en primer plano, muy detallados.

—¿Las has hecho tú? —pregunté—. Son preciosas.

—Sí. Gracias —dijo él, con su acostumbrada formalidad. Estaba empezando a gustarme. La cafetera borboteó en aquel momento.

Así que Ian McFarland tenía una vena artística. Eso era agradable. Muy agradable, de hecho.

En la librería había, sobre todo, libros de ciencia y de temas veterinarios, y algunas novelas. Y tenía *Todas las criaturas grandes y pequeñas*, la preciosa historia del veterinario inglés.

—¡Me encantó este libro cuando era pequeña! —exclamé, sacándolo de la repisa.

Él alzó la vista y estuvo a punto de sonreír.

—A mí, también.

Yo devolví el libro a su sitio y seguí echando un vistazo. Ví una foto de Ian con una mujer mayor, atractiva, delgada, de ojos muy azules... y con otro hombre, un hombre impresionantemente guapo. ¡Dios mío! ¿Sería Alejandro?

—¿Es tu familia? —le pregunté, tomando la foto.

—Sí.

—¿Tu hermano está casado?

—Sí.

Era de esperar. Había otra foto de su madre... con un hombre a quien reconocí.

—¿Es Bono? —pregunté, casi gritando, mientras tomaba la foto de la estantería.

–Sí –dijo Ian, sonriendo–. Se conocieron en África, en Nigeria, creo, durante un evento para recaudar fondos.

–Vaya. Siempre pensé que Bono y yo acabaríamos juntos.

–Él también está casado –dijo Ian.

–Restriégamelo, vamos –dije yo. Algunos de los libros no estaban en inglés–. Entonces, ¿hablas español? –le pregunté al volver a la cocina.

Ian sacó un azucarero de un armario, y una pequeña jarra a juego.

–Sí –dijo–. Nos fuimos a vivir a Latinoamérica cuando tenía ocho años, y estuvimos unos cuantos años allí. Un par de años en Chile, tres en África... También hablo francés. Y sabía un poco de swahili, pero se me ha olvidado todo.

–¡Eso es increíble! –exclamé. Él no respondió–. O no –añadí, entonces.

Él sonrió de mala gana y sacó un par de cucharillas. Yo estaba empezando a sentirme como si aquello fuera la ceremonia japonesa del té... Abrió la nevera para sacar la leche, y vi que todo estaba tan perfectamente ordenado y dispuesto como el resto de la casa.

–¿Te gusta cocinar, Ian? –le pregunté.

–No tengo tiempo –respondió él–. Casi todas las comidas las pido a Kitty's Catering.

–Entonces, un día de estos te voy a invitar a mi casa para que comas comida casera –le dije.

Él emitió un ruido vago y alzó la vista. Casi me miró a los ojos.

–Entonces, ¿te gustaba viajar tanto y vivir en tantos sitios cuando eras pequeño? –le pregunté.

La cafetera emitió un pitido, y me dio la sensación de que Ian agradecía tener que hacer algo mientras respondía.

–Ahora sí lo aprecio –dijo–, pero entonces era un poco duro para mí.

Me entregó mi taza y tomó un sorbito de la suya. Yo me fijé en que él tomaba el café solo y sin azúcar. Así pues, la leche y el azúcar que había preparado eran solo para mí. Me pareció halagador.

–Gracias, Ian. Disculpa por esta intromisión.

–No pasa nada. Me gusta tener compañía –dijo él.

–Me parece que estás mintiendo –respondí, sonriendo.

–Solo un poco –contestó él, y mi sonrisa aumentó.

¡Ian McFarland haciendo una broma! Y pareció que Angie lo aprobaba, porque se quedó a su lado, moviendo la cola alegremente.

–Vamos a sentarnos –dijo él, y nos fuimos al salón. Ian se sentó en una elegante butaca blanca y yo elegí el sofá, que era de color verde claro. Me senté con mucho cuidado de no tirar ni una gota de café. Angie se tumbó en el suelo, delante de Ian, y puso la cabeza en sus pies.

–Deberías dar una fiesta aquí –comenté–. ¿Has traído a tus empleados?

–No –respondió él.

–Pues deberías. El doctor Kumar lo hacía. Y tus empleados son estupendos. Yo conozco a Carmella y a Earl de toda la vida.

Mi anfitrión no hizo ningún comentario.

–Mi jefe –continué– nos invita de vez en cuando a su casa. Sería parte de tu campaña para ser más agradable y cercano.

Sonreí y tomé un sorbito de café, que tenía un sabor a frutos secos y era muy oscuro. Tal vez su madre se lo enviara de Colombia, o algo por el estilo.

Ian posó su taza.

–No sé si te has dado cuenta, Callie –dijo, lentamente, sin mirarme–, pero yo no soy ni agradable ni cercano.

–Bueno, Ian, claro que me he dado cuenta. Más bien eres... formal. Pero eso no tiene nada de malo. No vamos a intentar mentir. Solo queremos que le caigas mejor a la gente.

–No me importa si le caigo mejor a la gente o no, Callie. Lo único que quiero es conservar a mis clientes –respondió él. Tenía la mandíbula un poco tensa.

–Cosa que conseguirás siendo un poco más agradable y cercano –dije yo. Sonreí, para demostrarle que no tenía por qué ser un proceso doloroso.

–Se te da bien eso, ¿verdad? –dijo él, después de unos instantes.

–¿El qué?

–Trabajarte a la gente.

Yo pestañeé.

–¡Ay, Ian!

–¿Qué ocurre? –me miró impasible, sin darse cuenta de que acababa de atravesarme el corazón con un cuchillo.

Abrí y cerré la boca antes de poder hablar de nuevo.

–Bueno, si quieres decir que se me da bien hablar con la gente de un modo amable, y con interés, Ian, entonces, sí, es cierto. Tal vez pudieras aprender del ejemplo. Y gracias por el cumplido.

–No era un cumplido. Es una observación.

–¿Por qué estás siendo malo conmigo?

–No estoy siendo malo contigo, Callie. Solo sincero. Tú intentas caerle bien a todo el mundo, y no todas las personas necesitan esa clase de afirmación. Yo, por ejemplo, no.

–No, claro que no. Tú eres perfecto en todo.

Él puso los ojos en blanco.

–No estoy diciendo eso.

–Entonces, ¿qué estás diciendo?

–Solo que... Me parece que te esfuerzas demasiado en algo en lo que, tal vez, no deberías.

–¿Y cómo sabes tú eso sobre mí? –le pregunté, con tirantez.

Ian se encogió de hombros.

–Te he visto en acción. La mujer mayor de Tráfico. El tipo que hacía cosas con pelo. Toda esa gente en Elements. El anciano del paseo por el monte del otro día. Tú te trabajas a la gente.

Yo dejé la taza de un golpe sobre la mesa de centro, y eso me proporcionó la satisfactoria visión de mi anfitrión estremeciéndose al ver que el café estuvo a punto de salpicar la mesa.

–Yo no me trabajo a la gente, Ian. Lo que pasa es que soy agradable, alegre, lista y mona. A la gente le caigo bien porque esas cualidades gustan. Mucho más que el hecho de ser frío y distante.

Él se me quedó mirando sin pestañear, y yo no sabía si estaba enfadado, o aquello le parecía gracioso, o no sentía nada. De repente, se me formó un nudo en la garganta.

–Bueno, creo que tengo que irme ya –dije, y me puse de pie–. Gracias por el café. Estaba delicioso. Y tu casa es preciosa.

–Ya estás otra vez –murmuró.

–¡Estoy siendo amable, Ian! ¡Así es como me educó mi madre! Siento mucho parecerte una falsa.

Él se puso de pie, dio un paso hacia mí y se detuvo. Se metió las manos en los bolsillos.

–No pienso eso, Callie –dijo, cabeceando suavemente–. No sé cómo hemos llegado a esta conversación.

–Yo, tampoco –murmuré.

–Mira, Callie, no quería ofenderte, pero está claro que lo he hecho. Es solo que... no tienes por qué esforzarte tanto –dijo, y, con cierta dificultad, me miró

a los ojos—. Por lo menos, conmigo, no.

Oh. Ah.

De repente, me di cuenta de que me había quedado con la boca abierta, y la cerré. ¿Qué debería decirle? ¿Le daba las gracias? ¿Le explicaba que yo no me esforzaba por ser agradable, sino que era algo que tenía interiorizado? «¿Y por qué no lo besas?», me sugirió Betty Boop.

—Te acompaño al kayak —dijo Ian.

—De acuerdo —respondí yo.

Durante el camino de vuelta al lago, no hablamos. Yo todavía estaba intentando saber qué había querido decir Ian, si había sido algo importante. No era muy fácil entender a aquel hombre.

Estaba nublado de nuevo, aunque todavía había algunos rayos de sol iluminando el lago. Por cómo estaba el cielo, me pareció que iba a llover dentro de una hora, más o menos.

—Bueno, ya nos veremos —le dije a Ian, mirando mi kayak.

—De acuerdo —respondió él—. ¿Necesitas que te ayude?

Ah, me sonrojé. Aquellas mejillas mías siempre me delataban.

—Pues... sí —dije.

Él me tendió la mano y yo se la tomé. En cuanto estuve sentada en el kayak, él me soltó.

—El fin de semana que viene es la feria de mascotas —le recordé.

Él estaba en las rocas, con las manos otra vez en los bolsillos.

—Sí —respondió.

—Te llamaré, pero casi todo está ya listo —dije.

—Estoy seguro de que sí —dijo él, mirándome fijamente con aquellos ojos tan azules y desconcertantes.

—¿Necesitas que te empuje?

—Bueno.

Y, con eso, él le dio un empujón al kayak y me envió más allá del embarcadero.

—Gracias, Ian —dije, en voz alta, agitando la mano para despedirme.

—Me alegro de haberte visto —dijo él.

Después, se dio la vuelta y empezó a subir por el camino. Muy pronto desapareció en el bosque. Yo respiré profundamente y empecé a remar con fuerza. Me alegraba de alejarme de él.

«No tienes por qué esforzarte tanto. Por lo menos, conmigo, no».

Si aquello significaba lo que yo quería que significara, era lo más agradable que me había dicho un hombre desde hacía mucho, mucho tiempo.

Claro que, en realidad, a mí se me daba increíblemente bien malinterpretar.

Capítulo 14

Una noche, Hester vino a verme, cosa rara en mi hermana.

–Hola –le dije al abrir la puerta. Bowie estaba saltando y aullando de alegría–. ¿Se ha muerto alguien?

–No –respondió ella–. ¿Por qué? ¿Se ha muerto alguien aquí?

–No –dije yo, negando con la cabeza–. Es que tú nunca vienes a verme.

–¿Significa eso que estás muy contenta de verme y quieres darme una copa de vino?

–¡Sí! Claro que sí, Hes.

–¡No hagáis tanto ruido! –gritó Noah desde el salón.

–¡Tenemos visita! –le grité yo a su vez.

–No sé cómo puedes vivir con él –dijo Hester–. Perro, bájate de mi pierna.

–¡Estoy intentando ver *America's Next Top Model!* –gritó nuestro querido abuelo–. ¡Id arriba las dos!

–Está muy engañado –le expliqué a Hester, mientras sacaba una botella de vino de la nevera–. Cree que va a ganar Tenisha, pero las fotos de la semana pasada fueron horribles.

Hester suspiró.

–Callie, necesito que me des un consejo –dijo.

Yo me quedé inmóvil. Aquello era toda una novedad.

–Eh... claro. Vamos a mi habitación.

–Por fin –murmuró Noah, cuando pasamos cerca de su silla–. Hola, Hester.

–Hola, gruñón.

–Le dijo la sartén al cazo.

Cuando llegamos a mi habitación, Hester se sentó en mi cama, porque estaba al corriente de la prohibición de sentarse en la mecedora, y se sirvió vino. Llenó su copa hasta el borde.

–¿Qué tal estás? –me preguntó, y se bebió la mitad de la copa.

–Eh... Yo estoy bien. ¿Y tú?

–Bien, muy bien.

–Entonces, ¿en qué necesitas mi consejo, Hes?

–Bronte está un poco difícil últimamente.

Yo asentí.

–¿Es algo más que la adolescencia?

–Bueno... –dijo Hester–. Dice que se siente como un bicho raro aquí. Es adoptada, de raza mixta, con una madre soltera y una funeraria en la familia.

–Lógico –dije yo.

–Esta mañana ha bajado a desayunar y me ha dado una lista de todas las razones por las que no encaja, desde el color de su piel hasta esa uña que tiene torcida en el pie izquierdo.

Sonreí.

–A mí siempre me ha dado grima, para ser sincera.

Hester sonrió también, pero, de repente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Después, me dijo que si solo hubiera una cosa que ella pudiera cambiar de aquella lista, sería tener una madre soltera.

–¿Qué? –murmuré yo–. ¿Es que quiere volver al orfanato?

–No, idiota. Quiere que me case con alguien.

–¡Ah! Claro, eso tiene más sentido.

O no.

–Vaya, Hes.

–Lo he intentado con todas mis fuerzas, Callie –dijo ella entre lágrimas–. Tú lo sabes. «No termines como mamá. Evita a los hombres. Adopta a un niño que necesite una familia, sé estable, normal, estricta y cariñosa...». He hecho todo eso y, ahora, va mi hija y me golpea en mi talón de Aquiles.

–Supongo que es eso lo que hacen siempre los hijos –murmuré yo, mientras le entregaba a mi hermana una caja de pañuelos de papel.

–Exacto. Yo nunca he necesitado un hombre. Nunca he querido estar con un hombre, porque mira cómo destrozó eso a nuestra madre. Pero, ahora, mi hija necesita un padre, ¡y es horrible!

–Bueno, pues explícale que eso no es para ti. Dile que la adoras por encima de todas las cosas y todo eso...

–¡Ya lo he hecho! –exclamó Hester, y se sonó la nariz con tanta fuerza que Bowie se sobresaltó y soltó un ladrido–. Bronte dice que ella tuvo que

adaptarse para ser mi hija, y que lo menos que puedo hacer yo es adaptarme para ser su madre.

–Qué buena es la tía –dije yo.

–Sí, ya lo sé.

Bronte tenía siete años cuando Hester la había adoptado. Vivía con una familia de acogida en Queens, en Nueva York. No quería marcharse de la ciudad, y tardó varios meses en conseguir dormir toda la noche seguida. Durante aquel primer año, apenas habló.

–Bueno –dijo Hester. Se tumbó sobre la cama y se quedó mirando al techo–. ¿Podrías ayudarme a encontrar un novio? Estaba pensando en el veterinario ese.

–Ah –balbuceé yo–. Um... Hes... Es que... me gusta.

–Ah, de acuerdo. ¿Conoces a algún otro tipo?

Era obvio que a mi hermana no le importaba quién pudiera ser.

–¿De verdad quieres tener novio, Hester?

–No, pero lo voy a intentar –dijo mi hermana–. Eso es lo que hay que hacer cuando uno tiene hijos. Y, entonces, cuando Bronte vea que es una idiotez, dejará ese tema, la llevaré a que le alisen el pelo y se terminó el problema.

–Ah, claro –dije yo–. Buen plan, aunque poco sincero y un poco frío y calculador.

–Exacto. Bueno, ¿algún nombre? Tú conoces a todo el pueblo.

–¿Tiene que ser guapo, con trabajo y una vida normal?

–No, no. Solo soltero.

–Bueno, pues, entonces, conozco a muchos hombres –dije–. Te hago una lista. Tengo un tipo que hace macramé con pelo humano, un granjero que no habla ni se baña, Jake Pelletier y sus tres exmujeres... –miré a mi hermana–. Hay mucho donde elegir.

–Perfecto. Será muy ilustrativo para Bronte. Gracias, Callie –dijo mi hermana, con sinceridad–. Sabía que podía contar contigo.

La mañana de la feria de mascotas amaneció espléndida. Era un perfecto día de otoño, con aire fresco, un sol cálido y los increíbles colores de las hojas. Los árboles brillaban como si estuvieran iluminados desde dentro, como si fueran la catedral de la Naturaleza.

–¿Quieres ir a ver al doctor Ian? ¿Quieres? –le pregunté a Bowie, que se

levantó de un salto con solo pensarlo. Claro, que Bowie tendía a ponerse de pie de un salto para cualquier cosa.

Me vestí. Aquel día no sería práctico llevar falda ni vestido, por desgracia, pero, de todos modos, quería ponerme guapa, porque, más o menos, tenía que dirigir el evento. E iba a estar muy ocupada: había un curso de agilidad para perros, pintura de caras, refrescos. Josephine y las Brownies iban vestidas de perros y gatos y hacían una colecta para la Protectora de Animales de Vermont. El Centro de mayores había contribuido con un coro bautizado para la ocasión como Los alegres ancianitos. Iban a cantar canciones relacionadas con los animales, como *Barracuda* y *Eye of the Tiger* (eran un grupo muy juguetón). El día anterior, el sargento Davis, de la unidad canina de la policía estatal me había confirmado su asistencia. Y también Bethanne, la adivina de mascotas que trabajaba de enfermera en la clínica de Hester, y estaba muy emocionada por tener la oportunidad de usar su sexto sentido con los animales.

Yo había conseguido, incluso, lo más difícil de todo: convencer a Noah para que fuera a la feria y vendiera pequeñas tallas de gatos y perros. Las ganancias serían para el refugio de animales del pueblo. Los tres empleados de Ian también estarían allí para ayudar. Si no conseguía ascender en la carrera publicitaria, siempre podría dedicarme a la organización de eventos, pensé, mientras me miraba al espejo.

—Estás muy mona —me dije.

Sonreí para demostrármelo. Después, recordé que Ian me había dicho que no necesitaba esforzarme tanto, y suspiré.

Pasé al dormitorio y me acerqué a la mecedora. El sol que entraba por la ventana iluminaba el color miel de la madera de arce. Estaba esperando, pensé. Esperando a que la usara para algo más que para sentarme en ella y sentirme reconfortada de vez en cuando. Pero todavía no había llegado el momento.

—¡Vamos, Bowie! —exclamé. Mi adorado perro emitió un aullido de alegría y dio tres vueltas sobre sí mismo.

Noah estaba esperando en la cocina, con el ceño fruncido. Se había puesto un chaleco de lana sobre la camisa de franela; era su forma de arreglarse.

—Estás muy guapo, abuelo —le dije.

—¿Y tú qué sabes? —replicó. Entonces, se acordó de que me quería, y me dio un pellizquito en la barbilla—. Tú también, mi niña. Tú también.

–No habrás bebido alcohol, ¿no?

–Esa es la recompensa por ser agradable –dijo él, mientras se dirigía, cojeando, hacia la puerta–. Vamos, entra al coche. Yo conduzco.

Cuando llegamos a la clínica, ya había gente esperando. Algunas Brownies y algunos Boy Scouts, el pinchadiscos y Bethanne. Hester también estaba allí, sentada bajo una de las carpas, hablando por teléfono con su sonora voz.

–No, es completamente normal. Son las inyecciones. Solo dígle a su marido que guarde las armas bajo llave, ¿de acuerdo? Vayamos a lo seguro.

Hizo un gesto con la barbilla hacia nosotros, para saludarnos.

Fred, a quien había tenido que sobornar para que fuera mi ayudante, estaba desenrollando un cable para el sistema de megafonía. Nos saludó con la mano.

–¡Hola, idiota! –le dije yo, sonriendo.

–¡Hola, tonta! –me respondió él.

–¿Has visto a Ian?

–Está dentro –dijo Freddie.

Y, sí, allí estaba. Mordiéndose la uña del dedo pulgar y mirando por la ventana como si se acercaran las hordas mongolas. Llevaba traje.

–Vamos, Ian –dije yo. Y, sin paños calientes, me lo llevé por el pasillo hacia su despacho.

–Quítate el traje –le ordené.

–Esto es inesperado –dijo él.

–Qué gracioso. ¿Con traje, Ian?

–Bueno, tú dijiste que sería...

–Quítate la corbata –le dije, mientras le aflojaba el nudo–, y la chaqueta.

Se la quité de los hombros. De sus hombros anchos y varoniles. De repente, mis movimientos se ralentizaron. Ian olía muy bien. Olía a lluvia fresca y limpia. Yo veía los latidos lentos y constantes de su pulso en el cuello. Sentí el calor de su cuerpo, que era solo una fracción del calor que yo sentía. Esas pestañas tan rubias y dulces, que suavizaban sus miradas severas. Había una pequeña sonrisa en sus ojos y su boca estaba muy cerca de mí. Si yo estuviera de puntillas...

–¿Doctor? –dijo Earl, mi viejo amigo, desde la puerta del despacho–. Oh, lo siento.

De repente, me di cuenta de que estaba desnudando a mi cliente en su despacho, básicamente, y me aparté de un salto. Carraspeé sonoramente.

–¿Qué necesitabas, Earl? –le preguntó Ian.

–El policía me ha preguntado si podrías darle un poco de EtoGesic –dijo Earl.

–Claro. Ahora mismo salgo –respondió Ian.

–Lo siento de nuevo –dijo Earl.

–¡No, no! –exclamé yo–. Solo era un pequeño... fallo de vestuario.

–Lo que tú digas –respondió Earl, guiñándome un ojo. Y con eso se marchó.

–Lo siento, Ian –murmuré, con las rodillas temblando–. Es solo que... un traje no es adecuado para la imagen que queremos dar. Habría sido perfecto que te pusieras unos Dockers, una camisa azul para que hiciera juego con tus ojos...

Me estaba ruborizando. Qué sorpresa.

–Normalmente, no me visto pensando en lo que hace juego con mis ojos –respondió él, en un tono de diversión.

–Bueno, pues deberías. Tienes unos ojos fantásticos –le dije yo–. Bowie tiene un ojo del mismo color que los tuyos, azul claro, como el cielo. Pero el otro ojo lo tiene marrón. Como yo. Qué curioso. Un ojo como tú, el otro como yo. No quiero decir nada con eso. De acuerdo. Ahora me voy a callar.

Ian se echó a reír, y el eco de su risa llegó directamente a mis órganos reproductores. Tuve que resistir la tentación de imitar a Bowie y tirarme al suelo boca arriba para ofrecerme, y miré por la ventana.

–¿Qué tal así? –preguntó Ian.

Yo volví a mirarlo, y tragué saliva.

–Muy bien. Mucho mejor.

Se había remangado y se había desabrochado un par de botones de la camisa. ¿Sería inapropiado que le lamiera el cuello? Sí, seguramente, sí. Carraspeé de nuevo, y dije:

–Bueno, será mejor que salgamos ya. Empieza dentro de diez minutos.

Unas horas más tarde, estaba claro que la feria de mascotas era un gran éxito.

Había perros de todas las razas en la zona que Freddie y yo habíamos designado como Perrolandia. La carrera de obstáculos no había funcionado tan bien, ya que parecía que ninguno de los perros entendía el concepto y solo querían marcar su territorio, pero las Brownies habían ocupado el espacio para sus propios fines... La que mejor se lo estaba pasando hasta aquel

momento era Tess McIntyre. Los alegres ancianitos hicieron una versión conmovedora de *¿Quién ha dejado salir a los perros?* Bethanne confirmó cuánto querían las mascotas a todos sus dueños. Noah estuvo tallando animales que se encargó de vender, uno a uno, Jody Bingham.

Los niños correteaban por todas partes con la cara pintada de tigre, o de perro, o de guerrero escocés; ese último era Seamus, mi querido ahijado, que quería parecerse a William Wallace de *Braveheart* en lugar de a Tigger. El perro policía que detectaba drogas se había interesado por Freddie, pero mi hermano hizo una convincente declaración sobre la hierba gatera, y el policía dejó tranquilo a Freddie después de echarle un rápido sermón sobre la ilegalidad de la marihuana. Bronte estuvo a cargo de Cause for Paws, una asociación que recogía gatos. Contándole a la gente que ella misma había encontrado una vida nueva y plena gracias a las maravillas de la adopción, había logrado encontrarles familia a catorce felinos hasta el momento.

Ian había estado genial. Un poco rígido, sí, pero se había esforzado de verdad. Estrechó manos, admiró mascotas y contestó las preguntas de Elmira Butkes, que estaba preocupada porque su gato de veintidós años, el señor Fluffers, no se sentía muy animado. Cuando Ian le comentó que la vida media de los gatos domésticos era de trece años, le di un codazo en las costillas, y él cambió un poco su contestación y dijo que, tal vez, el problema pudiera resolverse con alguna inyección de B12. Incluso tomó el micrófono un momento y agradeció a todos su asistencia, les animó a divertirse y a no olvidar dar lo que pudieran para la protectora de animales. Un discurso un poco breve, un poco formal, pero bastante... bonito.

–Bueno, ¿qué tal estás? –me preguntó Annie, que se acercó a mí para observar la feria.

–Estoy... en celo –respondí.

Ella se echó a reír.

–¿Y quién no? –dijo—. Está buenísimo. Es peligroso y gruñe.

–Como un asesino ruso –murmuré yo.

–Exacto –dijo ella—. Podría matar a cualquiera con un dedo.

Con razón era mi mejor amiga.

–Eh –dije yo, apartando los ojos de Ian, que estaba admirando el gatito que acababa de adoptar una niña—. Damien quiere que corra el rumor de que ya está dispuesto a reconciliarse con Dave, ¿de acuerdo? Así que pásalo.

Damien me había arrinconado en el despacho el día anterior y me había

transmitido la información. Llevaba dos meses de soltería y ya estaba harto.

–Muy bien –dijo Annie–. Además, ¿cuántos hombres homosexuales que sepan vestir bien hay en este pueblo? No les queda más remedio que estar juntos. Es una cuestión de estadística.

–Calliope, estás absolutamente comestible –dijo alguien, con una voz sedosa, a mi espalda. Yo me sobresalté. Era Louis, con su cara pálida y su expresión petulante, como un Gollum sonriente inclinado sobre un Frodo dormido.

–¡Ah! ¡Louis! Annie, te acuerdas de Louis, ¿verdad? ¡Ay, tengo que irme! Tengo que encargarme de varias cosas. ¡Annie, ven a ayudarme! Ayúdame a hacer cosas, por favor.

–Por supuesto que sí –dijo Annie.

–Yo también te ayudo –dijo Louis–. Soy muy habilidoso, sobre todo con las manos –añadió, y enarcó una ceja–. Habilidadoso. Con las manos.

Yo me quedé inmóvil.

–¿Sabes, Louis? Hester también necesita ayuda. Está allí –dije, y le señalé a Hester, que estaba dormitando en una silla de jardín.

–Si eso te agrada, entonces ayudaré a tu hermana –dijo Louis, y se fue, como deslizándose, hacia Hester.

–Eso no ha sido bonito –me dijo Annie–. Vaya, aquí viene Ian. ¡Hola, Ian! Estás muy guapo –le dijo.

–Hola, Annie –dijo Ian–. Um... Gracias –añadió, y se giró hacia mí–. Callie, el policía tiene que marcharse con su perro. ¿Querías despedirte?

–Claro. Tengo el cheque aquí mismo –dije, y miré dentro de mi bolso mochila–. Sí, aquí está.

–Seamus me está llamando –mintió Annie–. Me voy corriendo. ¡Hasta luego, chicos!

Ian y yo nos acercamos al policía y a su precioso pastor alemán, que estaban bajo un olmo, rodeados de admiradores.

–Bueno, Ian, ¿qué tal te va?

–Bien –respondió él, y me miró–. Has hecho un trabajo estupendo, Callie. Ha venido muchísima gente.

–Tú también lo has hecho muy bien –respondí, y le di un rápido apretón en el brazo. Ooh. Qué brazo tan agradable. Lo tenía muy fuerte, tal vez de estar levantando perros todo el día, quién podía saberlo. O de luchar contra los gatos. Lo que fuera.

Le dimos al sargento una donación para el sindicato de policías y le agradecemos su asistencia. La feria estaba acabando, aunque Josephine había encontrado el micrófono y estaba cantándole al público su canción favorita; *No te gustaría que tu novia estuviera tan buena como yo*, vociferaba, mientras Seamus bailaba moviendo la cabeza, al fondo. Annie y yo teníamos grandes esperanzas de que, algún día, ellos dos se casaran.

—Callie, me voy a casa —dijo Noah. Se estaba frotando la pierna. Asintió hacia Ian, con tirantez, a modo de despedida.

—Por supuesto, abuelo —respondí—. Yo tengo que quedarme un poco para asegurarme de que todo está resuelto, pero no te preocupes, ya me llevará alguien a casa.

Para ser sincera, no tenía demasiada prisa. Eran las cuatro de la tarde de un sábado. No tenía planes, aunque los River Rats me habían invitado a que saliera con ellos. Era su noche del mojito, que celebraban cada mes, del mismo modo que celebraban la noche del Martini, la noche de la cerveza, del vino, del julepe de menta...

—Yo te llevo a casa —dijo Ian.

—Gracias —respondí—. Sería estupendo.

—Me llevo a Bowie —dijo Noah. Se fue hacia su pickup. Al andar, se le notaba la cojera más que de costumbre.

—Le debe de estar doliendo la pierna —dije yo—. Detesta ponerse la prótesis. Hemos intentado con ocho modelos diferentes. ¿Podríamos parar en la farmacia de camino a mi casa? Se le ha terminado el Lanacane, y seguro que no se va a acordar de comprarlo —le pedí a Ian. Miré el reloj e hice un mohín—. Vaya, ya han cerrado.

—Yo tengo un poco en el despacho —dijo él.

—¿De verdad? Gracias, Ian. ¿Lo ves? Ya estás mejorando mucho en lo de ser agradable. Como yo.

Él me miró con una expresión de paciencia, y yo sonreí.

Cuando íbamos hacia la consulta, un Saab nuevo modelo entró en el aparcamiento. Yo reconocí a la conductora en cuanto salió. Era la mujer con la que había hablado en el baño del Whoop & Holler. La que me había dicho que la idiota no era yo.

—¡Hola! —exclamé—. ¿Cómo estás, Kate Spade?

—¡Hola, mujer de los zapatos fabulosos! —me gritó ella—. ¿Cómo estás?

Entonces, miró a Ian, y su expresión se suavizó.

–Hola –dijo él.

Yo noté un temblor en la Fuerza; Ian se había quedado inmóvil.

–No sabía que tenías una... celebración –dijo ella, señalando hacia la carpa que ya estaban desmontando los empleados de la empresa de alquiler.

–Sí –dijo él, sin dar más explicaciones. Se miraron un momento.

–¿Tienes un minuto? –le preguntó ella.

–Claro –dijo Ian. Se giró hacia mí, y añadió–: Callie, aunque parece que ya os habéis conocido, te presento a Laura Pembers, mi exmujer.

Aunque rodeé el edificio con Angie, como si estuviera dando un paseíto, no encontré ni un lugar donde pudiera escuchar a Ian y Laura sin tener que subirme a una escalera y pegar la oreja contra la ventana... Además, lamentablemente, no vi una escalera por ningún sitio.

Los últimos asistentes de la feria se marcharon, despidiéndose con cumplidos. Les di un beso a mis sobrinas y logré atrapar a Seamus para besarlo también, aunque estaba llegando a la edad en que odiaba y a la vez amaba aquel tipo de exhibición pública. Con un suspiro, me dejé caer sobre la hierba, debajo de un peral cuyas hojas plateadas crujían ligeramente con la brisa. Angie se tendió a mi lado, con las patas delanteras delicadamente cruzadas, como si fuera la reina de Inglaterra. Le acaricié el pelo sedoso y tuve mi recompensa, porque ella posó la cabeza en mi regazo.

Así que la exmujer de Ian era hermosa, amable y, lo más importante de todo, tenía un buenísimo gusto con respecto a los accesorios. Aquella noche, en el baño de señoras del bar, su cara me había resultado familiar, y ya sabía por qué. Ian todavía tenía su foto en el despacho, aunque ahora ella llevaba el pelo más corto y oscuro. El primer día que yo había ido a ver a Ian, Carmella me había dicho que no creía que él hubiera olvidado a su exmujer. Y el mismo Ian me había dicho que no estaba interesado en mantener una relación sentimental en aquellos momentos.

Por lo tanto, ya sabía lo que había querido decirme con aquello de que no tenía que esforzarme tanto con él. No se trataba de que estuviera interesado en mí. Además, lo había dejado bien claro, ¿no? Una acción vale más que mil palabras. No me había tocado ni una sola vez, salvo para ayudarme a subir al kayak. No flirteaba ni lo más mínimo. ¿Qué importaba que se hubiera reído aquella misma mañana? Era fácil reírse de mí.

Oí que se cerraba la puerta de un auto y luego un motor. Mientras Laura conducía por el camino de entrada, redujo la velocidad. Me puse de pie y la saludé.

–¡Me alegro de haberte conocido, Callie! –me gritó. Angie ladró suavemente.

–Lo mismo digo –respondí.

Después, volví hacia el edificio. Ian estaba allí, mirando el lugar donde había estado aparcado el coche de Laura. Tenía las manos en los bolsillos y una expresión muy seria.

–Hola –dije, y él se sobresaltó.

–Hola –respondió, sin mirarme—. Perdona, se me ha olvidado el Lanacane. Vamos a buscarlo.

Lo seguí hacia la clínica y esperé en el vestíbulo mientras él desaparecía por el pasillo. Unos segundos más tarde, volvió con la chaqueta y la corbata en el brazo y el tubo de pomada en la mano. Estaba muy tenso, y no me miró.

–¿Va todo bien, Ian? –le pregunté, con suavidad.

–Sí.

–¿Quieres hablar de ello?

–No.

–De acuerdo. Bueno, te agradezco la pomada. Y Noah también te la va a agradecer.

Él apretó la mandíbula. Por fin, me miró, pero volvió a apartar la mirada a los pocos segundos.

–Se va a casar.

Yo me mordí el labio.

–Lo siento muchísimo.

Él cabeceó.

–No, no pasa nada. Yo ya lo sabía. Me escribió para contármelo hace un mes. Lo que pasa es que llevaba un tiempo sin verla –explicó. Después de una pausa, añadió—: Forman una buena pareja.

Angie se acercó en cuanto él la llamó, y saltó al maletero del Subaru de Ian, donde había una camita de perro para que ella viajara cómoda. Yo me senté en el asiento del pasajero y me puse el cinturón de seguridad.

–Gracias por llevarme –dije.

–De nada. Gracias a ti por lo de hoy. Ha estado muy bien.

Yo me daba cuenta de que estaba pensando en otra cosa. Para variar,

conseguí mantener la boca cerrada durante todo el trayecto. El otoño ya había empezado, y los colores eran muy vívidos. Los campos brillaban con buena salud, y había una fila de vacas blancas y negras junto al cercado de la granja Valasquez. Pero yo estaba triste por Ian.

Cuando llegamos a Noah's Arks, Ian volvió a hablarme, aunque siguió mirando por el parabrisas, hacia delante.

–Callie –dijo, y tomó aire. No continuó; tan solo, exhaló un suspiro.

–¿Sí, Ian?

–Laura quiere que vaya a su boda –dijo él, y me miró.

–Ah. ¿Tú quieres ir?

–No –respondió–. Pero, seguramente, iré.

–¿Y cómo te sientes ante la idea de ir? –le pregunté, intentando hacer de psicóloga.

–Como una mierda, Callie.

Yo me reí suavemente; me había sorprendido aquella respuesta tan sincera.

–Yo me sentiría igual.

–Es el próximo fin de semana.

–Vaya. Es muy... pronto.

Él respiró profundamente una vez más.

–¿Quieres venir conmigo?

¡Dios Santo! Eso sí que no me lo esperaba. Bueno, era normal que quisiera tener una cita para ir a aquella boda. Y, sobre todo, una cita con una mujer tan guapa, tan encantadora y con tantos zapatos fabulosos como yo.

–¡Claro que sí! –exclamé. Ya me lo imaginaba. Yo coquetearía con él, sería completamente deslumbrante, bailaríamos y todo el mundo se daría cuenta de que Ian lo había superado–. Puedes decir que soy tu novia. Soy una gran acompañante, Ian, y...

–¡No, no! –exclamó él con espanto–. No quiero que finjas que eres mi novia –dijo con algo más de calma–. No quiero tener una cita contigo.

–Ah –dije yo, mientras se me caía el alma a los pies. ¿Qué quería que fuera, entonces? ¿Su chófer?

–Solo ven como... mi amiga –dijo, y me miró de nuevo.

A mí se me paró el corazón un segundo. Viniendo de él, aquella palabra era muy importante. Su amiga.

–De acuerdo –susurré–. Será un honor.

Ian se sacó del bolsillo un papel doblado y me lo entregó.

–Es a las afueras de Montpellier –dijo–. Tendremos que quedarnos a dormir, pero yo pago tu habitación.

–O podríamos dormir en la misma –dije yo, observando la invitación–. Ahórrate el dinero. Podemos hacer una fiesta. Pedir al servicio de habitaciones, ver películas, saltar en las camas.

–Yo pago tu habitación –repitió él. Pero había una sonrisilla en sus ojos.

Abrí la puerta del coche.

–De acuerdo. Nos vemos la semana que viene.

–Por cierto, es de etiqueta.

–¡Ah, me encanta ir elegante! –exclamé–. ¡Tengo el vestido perfecto! ¡Qué bien! ¡Va a ser muy divertido, Ian!

Entonces, me acordé de que, seguramente, Ian tenía el corazón roto porque su mujer se había enamorado de otro hombre, y añadí:

–En realidad, va a ser un aburrimiento, y no nos vamos a divertir nada.

Ian puso los ojos en blanco.

–Sé que me voy a arrepentir de esto –murmuró.

Yo salí del coche y lo señalé.

–Claro que no, Ian. Yo me encargo de que no te arrepientas.

Capítulo 15

–Bronte, explícale a tu tía por qué te han mandado al despacho del director –dijo Hester, el miércoles.

Mi hermana y yo habíamos sido convocadas para ir a Elements, a la tercera y última ronda de El tour de las fulanas, y yo había ido a recogerla, porque Hester odiaba conducir de noche.

Bronte suspiró y se dejó caer en la silla.

–Le dije a Shannon Dell que yo era hija ilegítima de Barack Obama. Y, como no me creyó, le dije que el servicio secreto había pinchado su teléfono y sabía que era una idiota que debería meterse en sus asuntos –respondió mi sobrina, y me miró–. También dije palabrotas.

Hester se giró hacia mí con una ceja enarcada.

–Bueno, podría habérselo ocurrido alguien peor que el presidente –dije yo, poniéndole las manos en los hombros a Bronte–. Aunque a mí también me gustaba la versión de Morgan Freeman.

–¡Callie! –ladró Hester.

–Está muy mal mentir –me corregí, rápidamente–. Tss, tss, Bronte.

Ella me sonrió.

Desde el piso de arriba, nos llegó el sonido de la voz de Josephine, que estaba cantando otra canción poco apropiada para su edad. Algo de Shakira.

–¿No deberíamos censurar las canciones de Josephine? –sugerí.

–Me imagino que lo dejará cuando vaya creciendo –dijo Hester–. Todo ese Baby Einstein que le puse de pequeña tendrá que hacer efecto en algún momento. Dios sabe que me gasté miles de dólares en esos dichosos DVDs.

–Entonces, ¿vais a conocer a otra de las novias del abuelo? –preguntó Bronte, mientras se miraba distraídamente las uñas. Hester, que acababa de tomar un sorbo de agua, se atragantó.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunté.

–Porque escucho y espío –respondió ella.

–Mi admiración va en aumento –murmuré yo–. Sí, vamos a conocerla. A propósito, deberíamos irnos ya, Hester. Necesito tomarme una copa con antelación.

Miré a mi sobrina, y puntalicé:

–Solo una copa de vino, porque nunca se me ocurriría conducir ebria. Nunca. Y tú tampoco deberías hacerlo.

–Tengo trece años, Callie –me dijo Bronte, pacientemente–. Intenta espaciar los sermones, ¿de acuerdo?

Me dio un beso y, después, subió las escaleras para ver si Josephine quería comer helado y ver Bob Esponja.

–Es una niña estupenda –le dije a Hester, mientras íbamos en coche hacia Elements.

–Sí, lo es –dijo mi hermana–, pero este asunto del día del padre en el colegio... No es la primera vez que hace algo así. El mes pasado fue Denzel Washington.

Me eché a reír.

–Vaya, tiene muy buen gusto.

–Ya. Tengo una cita.

–¡Ah, vaya! ¿Quién es?

–Louis.

Yo tomé aire. Me sentí responsable por haber enviado a Louis a ayudar a mi hermana durante la feria de mascotas, y no me pareció una bonita imagen mental.

–Buena suerte –le dije.

–Gracias.

No hizo ningún comentario más, así que cambié de tema.

–¿Qué piensas tú de El tour de las fulanas?

Hester se encogió de hombros.

–No sé. A mí me parece algo morboso remover así el pasado. Tienes que torcer aquí –me dijo, señalando una calle.

–Sí, Hester, ya lo sé. Vivo a medio kilómetro de aquí. He vivido en este pueblo toda la vida. Como en este restaurante dos veces a la semana, como mínimo.

–Tuerce a la izquierda en la estación de bomberos. ¿Y por qué has accedido

tú a venir esta noche?

–Porque mamá me da miedo y no me atrevo a desobedecerla.

–Mamá es una blanda. Tú tienes una imagen distorsionada de ella. No sé... siempre la estás poniendo en el papel del policía malo.

–¿Y qué me dices de la imagen que tienes tú de papá?

–Papá es un desgraciado. Mamá, embarazada. Papá, follando por ahí. Piénsalo, Callie.

–Sí, ya lo sé. Pero sucedió hace veintidós años.

Entramos en el restaurante, y Dave me saludó como siempre.

–¡Callie! Esta noche estás guapísima.

Me tomó ambas manos y me dio un beso en la mejilla. Después, se giró hacia mi hermana.

–Hester, siempre es un placer verte.

Hester lo fulminó con la mirada. Aunque fuera gay, Dave seguía siendo un hombre, y eso era suficiente para exacerbar la desconfianza de mi hermana.

–¿Has hablado últimamente con Damien? –le pregunté a Dave.

–No, pero ayer recibí una tarjeta misteriosa y romántica –respondió mi amigo, con una sonrisa muy parecida a la de Clive Owen. Qué injusticia... los mejores tipos siempre estaban casados o eran homosexuales. Entonces, su expresión cambió, y dijo, en voz baja–: Escuchen, señoras, sus padres ya están aquí con la otra mujer. Prepárense.

Nos llevó a la mesa y, antes de que llegáramos, yo aminoré el paso.

Mis padres tenían los dos sesenta y pocos años... Fred había sido una sorpresa de último momento; había nacido una semana antes de que mi madre cumpliera cuarenta años. Pero, incluso volviendo veinte años atrás, en aquel momento, la última amante de mi padre debía de haber sido... más vieja que Matusalén. Ni siquiera parecía que estuviera viva.

Había una mujer diminuta y marchita, en su silla de ruedas, entre mis padres. Mi madre le estaba limpiando la barbilla con una servilleta, y mi padre le daba suaves palmaditas en el dorso de la mano arrugada y llena de manchas.

–No es posible –dijo Hester, susurrando–. Oh, Dios mío, tengo que ir al baño –añadió, y huyó, dejándome sola.

–Callie, siéntate con nosotros –dijo mi madre, atravesándome con su mirada de rayos láser.

Yo cerré la boca. Seguramente, aquello tenía que ser un error.

–¡Ah! Yo... bueno, hola –dije, poniendo buena cara al mal tiempo–. ¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué tal? –pregunté, y me giré hacia la desconocida, que sí estaba viva–. Soy Calliope Grey, la hija de Tobias.

Le tendí la mano, y ella levantó el brazo débilmente. Después, lo dejó caer sobre la mesa. No tenía energía para nada más.

–¿Es ella...? ¿Estáis seguros...? –les susurré a mis padres.

–¿Qué ha dicho? –preguntó la ancianita, con una voz quebrada y débil.

–¿Aquella era la tercera mujer? ¡Dios Santo!

–Callie es mi hija –dijo mi padre en voz alta–. Callie, te presento a Mae Gardner.

–Me alegro mucho de conocerla –dije yo, mintiendo.

–Oh. Estoy bien, querida –dijo ella, y sonrió. Me di cuenta de que no tenía dientes, y me mordí el labio. Miré a mi madre. Ella me miró también, con una expresión indescifrable.

–Me alegré mucho de tener noticias tuyas –dijo Mae, que había vuelto la cabeza, con dificultad, para mirar a mi padre–. Para ser sincera, no me acuerdo de ti, pero pensé que sería agradable salir un poco. La mayoría de mis amigos han muerto ya. Me ha traído mi biznieto. ¡Acaba de sacarse el carné! Ha conducido muy bien hasta aquí. ¡No ha habido ningún accidente!

–Eso es estupendo –dije yo, después de unos segundos, porque mi padre y mi madre estaban fulminándose con la mirada y era evidente que Hester no iba a volver a la mesa. Estaba en la puerta del baño, señalando su teléfono y fingiendo que hablaba con una paciente que la necesitaba–. ¿Está aquí?

–¿Quién, querida?

–Su biznieto.

–Está en el coche. Tiene un aparatito estupendo, es como una cámara que habla, o una radio, o algo así. ¡Y puede hacer fotos con él! ¡Y escribir! ¿A que es sorprendente?

–Oh... sí –dije yo–. Es la tecnología moderna. Bueno, y... ¿qué edad tiene, Mae, si no le importa que se lo pregunte?

–Tengo ochenta y cinco años. Y conozco a tu padre... ¿has dicho que es tu padre? –yo asentí–. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y nos divertimos en su día, ¿verdad, Lenny?

–Soy Tobias –dijo mi padre, amablemente.

–¿Sí? No sé por qué he dicho Lenny. Bueno, tenía un primo que se llamaba Lenny, claro. Luchó en la Segunda Guerra Mundial, en el Pacífico, ¡y yo le

enviaba galletas!

Entonces, Mae se quedó dormida con la barbilla apoyada en el cuello. Ninguno de nosotros dijo nada. Mae dio un ligero ronquido, y eso nos aseguró que todavía estaba en el mundo de los vivos.

–No puedo creer que me engañaras con una anciana –siseó mi madre.

–En aquel momento no era tan vieja –respondió mi padre, débilmente.

–Hay niños delante, no discutáis, por favor –intervine en voz baja, porque no quería despertar a nuestra invitada.

–Métete en tus asuntos, Callie –dijo mi madre.

–¡Tú eres la que me has obligado a venir! ¿Y dónde está nuestro camarero? Necesito alcohol. Yo debería estar en casa viendo la televisión...

–Shh, Callie. Tobias, ¿podrías explicarte? Primero, esa viuda hippie, después, una invidente y, ahora... ahora... ¡Bette Davis! ¿Qué tengo que pensar de todo esto?

–¡Por lo menos, ellas me necesitaban! –exclamó mi padre, inclinándose hacia delante bruscamente–. ¡Al contrario que tú, Eleanor!

–Ah, claro, así que ahora es culpa mía –dijo mi madre, con desprecio.

Mae se movió, aunque siguió dormida.

–Está en el cajón de la izquierda –murmuró. Después, se recolocó y volvió a roncar.

–No, claro que no es culpa tuya –le dijo mi padre a mi madre, en voz más baja–. Yo hice algo horrible, Eleanor. Te hice daño. Eso siempre lo he reconocido, y llevo décadas pidiéndote perdón. Te he dicho mil veces que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para compensarte. Y creo que lo he demostrado trayendo a estas mujeres otra vez a nuestra vida.

Mi madre no respondió. Tenía los hombros muy tensos, y esa era la única señal de que estaba escuchando.

–Pero puede que tú también debas aceptar una parte de la culpa, Ellie –continuó mi padre–. En cuanto vinimos a vivir a Georgebury, fue como si... como si yo me hubiera convertido en una especie de apéndice, o algo así. Tú tenías el negocio de tu familia, tenías a las niñas, tenías tu trabajo y, las noches que yo pasaba en casa, solo era alguien que alteraba tu ritmo habitual. ¡Estabas deseando que volviera a marcharme de viaje!

–Oh, papá, nadie sentía eso –dije yo–. Nos encantaba que volvieras a casa.

–Shh, Callie –dijo él.

–¿Por qué no me voy a la barra a tomarme una buena copa? –sugerí yo.

–Quédate donde estás –dijo mi madre–. Tal vez te necesitemos si se despierta –añadió, y miró a mi padre con una expresión glacial–. Y las cosas no eran así en absoluto, Tobias.

–¿No? –preguntó él con ferocidad–. Callie, ¿nunca te sentiste ignorada o abandonada porque tu madre estaba tan obsesionada con sus muertos, creando el escenario perfecto para exponerlos, y reconfortando a todo el mundo menos a sus hijos y a su marido? ¿No te ocurrió nunca, cariño?

–Me gustaría guardar silencio –dije yo, y llamé la atención de Dave moviendo la mano–. ¿Podría pedir una copa, Dave? ¿Algo grande?

Dave hizo un mohín. Tenía miedo de acercarse a nuestra mesa.

–Sí que le ocurrió, Eleanor –dijo mi padre–. Y a Hester, también. Y estoy seguro de que a Freddie, también. Y, en cuanto a mí, Ellie, casi ni te acordabas de quién era yo –dijo. Tenía los ojos empañados.

–Me acordaba lo suficiente como para quedarme embarazada de tu hijo –respondió mi madre. Sin embargo, su tono ya no era tan seguro como antes.

–Sí, la primera vez que nos acostábamos en un año y medio –dijo mi padre. Yo cerré los ojos. Ojalá me abdujeran unos extraterrestres en aquel mismo momento–. Y yo estaba feliz con nuestro nuevo hijo. Pero tú, no. Para ti fue solo una gran incomodidad.

Mi madre pestañeó.

–Tenía treinta y nueve años, Toby.

Hacía mucho, mucho tiempo que mi madre no lo llamaba así.

–Era un bebé, Ellie. Nuestro hijo. Pero, cada vez que yo sacaba el tema, te preguntaba cómo íbamos a llamarlo, si deberíamos tomarnos unas vacaciones antes de que naciera, tú me mirabas mal y te marchabas de la habitación.

–Yo quiero a Freddie –dijo mi madre.

–Sí, ya lo sé. Pero habías dejado de quererme a mí. No sé cuándo, pero ocurrió y, por mucho que intentara que volvieras a quererme, no lo conseguía. Y, sí, tuve tres aventuras, y lo siento con toda mi alma, pero ya estoy cansado de sentirlo –dijo mi padre, con la cara descompuesta–. Quería sentir que alguien me necesitaba. Quería ser apreciado, y fui un idiota y, si pudiera volver atrás, no lo haría, y estaría dispuesto a sacarme el corazón del pecho si con eso consiguiera que me perdonaras, pero, Eleanor, las cosas no ocurrieron sin un motivo.

Mi madre se había quedado callada, con los ojos abiertos como platos.

Mi padre se puso de pie.

–Lo siento, Caniche –me dijo, mientras se enjugaba los ojos.

En aquel momento, se acercó un muchacho a nuestra mesa.

–Eh, ¿ya han terminado con Goggy? –preguntó.

Ninguno de mis padres dijo nada.

–Eh... ¡sí! Es encantadora –dije yo–. ¿Necesitas ayuda para subirla al coche?

–No, lo tengo todo controlado. ¡Gracias por invitarla a salir! Normalmente, se acuesta antes de las siete. Hoy ha sido una gran noche para ella.

Se llevó a su bisabuela en la silla de ruedas, y salió del restaurante. Mi padre salió después, sin decir una palabra más. Yo lo vi alejarse con los hombros hundidos, y me giré hacia mi madre.

–¿Estás bien, mamá?

Mi madre pestañeó y cerró la boca.

–Sí. Estoy bien, Callie.

A pesar de su respuesta, parecía que alguien acababa de abofetearla. La tomé de la mano, y ella apretó la mía con gratitud.

–¿Adónde ha ido la señora? ¿Y papá? –preguntó Hester, acercándose a la mesa–. Siento lo de la llamada de teléfono. ¿Me lo he perdido todo?

–Ahora, no, Hes –dije–. Vamos, mamá. Te llevamos a casa.

–Yo ni siquiera he podido comer nada –protestó Hester.

–Pues pides una pizza –le siseé con enfado–. No es el mejor momento.

Dejé a Hester en su casa con la promesa de llamarla más tarde y me llevé a mi madre. Fred, que acababa de abrirse una cerveza, la dejó en la mesa cuando entramos al vestíbulo.

–Mamá, ¿estás bien? –le preguntó, con sus ojos oscuros, tan parecidos a los de mi padre, llenos de preocupación.

–He tenido una noche complicada –dijo ella.

Le dio una palmadita en el hombro y se fue a la Sala de la Tranquilidad. Se sentó en la última fila.

–¿Qué ha pasado, Callie? –me preguntó mi hermano.

Yo se lo expliqué brevemente, en voz baja.

–Pobre papá –dijo Freddie, y miró a nuestra madre–. Y, Dios, pobre mamá.

–Dímelo a mí. Ella se quedó como si papá le hubiera dado una bofetada. Y papá se fue llorando.

A mí también se me llenaron los ojos de lágrimas.

–Vaya, no empieces tú –dijo Freddie con la misma voz que Noah–. Veintidós años divorciados, y todavía siguen haciendo daño a sus hijos. Vamos –me dijo, y me dio un abrazo–. Mamá, ¿quieres un sándwich de queso al grill?

–Claro –dijo mi madre después de un instante.

–Vete –me dijo Freddie–. Yo me encargo de esto.

–Gracias, precioso –le dije, y le di un beso en la mejilla áspera. Era raro que mi hermano no se hubiera afeitado. Y era raro que se comportara como un adulto.

Fui a ver a mi padre, pero su casita estaba a oscuras, y no abrió la puerta cuando llamé. Estuve un par de minutos sentada en el porche. Era la misma casa en la que llevaba todos aquellos años viviendo de alquiler; podía habérsela comprado perfectamente, pero nunca lo había hecho. Con un suspiro, me levanté del banco y fui al coche.

Media hora después, estaba sentada en mi mecedora. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en la suave madera de arce del respaldo. Algunas veces, tenía la sensación de que me pasaba la vida tratando de ser adorable con todo el mundo. Algunos días, el optimismo me resultaba una carga pesada e incómoda.

Bowie gimió en el suelo, alzó la cabeza y me lamió el tobillo.

–Gracias, Bowie –le susurré–. Eres el mejor.

La última vez que había visto llorar a mi padre había sido en mi octavo cumpleaños, cuando se marchó de casa. Hester estaba en su habitación, furiosa. Llevaba semanas sin dirigirle la palabra. Mi madre estaba en el sótano, preparando a algún muerto, así que yo fui la única que lo vio irse.

–Nos vemos el miércoles, Conejito –gritó, hacia el segundo piso, donde estaba la habitación de Hester. Se le quebró la voz.

–¡No vuelvas a llamarme así en la vida! –gritó Hester, a través de la puerta de su habitación.

Mi padre se estremeció y se giró hacia mí.

–No va a ser tan diferente, Caniche –me dijo a mí, mintiendo. Estaba en el vestíbulo, rodeado de maletas–. Solo voy a estar unas cuantas calles más allá.

Sonrió, y fue una sonrisa horrible, porque no era una sonrisa, sino un gesto forzado para poder engañar a su hija.

–Ya lo sé, papá. Me encanta tu casa nueva –mentí yo.

–Ahora vete a jugar –dijo él, y yo me di cuenta de que no quería que lo viera salir. Me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño. Después, me empujó

un poco hacia las escaleras.

Yo me quedé junto a la ventana de mi habitación, amortiguando mis sollozos con un almohadón en la boca, viendo a mi padre mientras lloraba sin disimulo y metía las maletas en su coche. Después, él alzó la vista hacia la casa y yo solté el almohadón y posé la mano en el cristal de la ventana. Sonreí forzosamente para que mi padre no tuviera que irse con aquella imagen en la mente, con el recuerdo de su hija pequeña deshecha en lágrimas.

Después de aquel día, él se había convertido en una especie de George Clooney... Siempre estaba empeñado en que hubiera diversión cuando estábamos con él, fuera cual fuera el humor de Hester o a pesar de la lata que diera Freddie. Con mi madre, había adoptado aquella forma de ser entre tímida y culpable, y ella respondía con frialdad y desprecio. Los años habían ido pasando y yo pensaba que mi padre estaba bien. Nunca me hubiera imaginado que seguía sintiendo tanta tristeza. Que sintiera tanta soledad.

Saqué el teléfono móvil de mi bolso y marqué su teléfono. Su buzón de voz respondió al instante.

—Hola, papá —dije—. Solo quería decirte que te quiero. Y que eres un buen padre. Además, que estoy libre mañana por la noche para jugar a los bolos, ¿de acuerdo? Te quiero.

Por mucho que intentara que volvieras a quererme, no lo conseguía.

Aquellas palabras me conmovían. Parecía que mi padre y yo teníamos en común algo más que los ojos marrones y los hoyuelos. Después de todo, ¿no era eso lo que yo había hecho con Mark? Había intentado, con todas mis fuerzas, que él se fijara en mí y, cuando por fin lo había conseguido, había intentado ser perfecta. Incluso después de que él pusiera fin a nuestra relación, yo había intentado mostrarme alegre, ocultar mis sentimientos, no culparlo a él, no preocuparme cuando, día tras día, su indiferencia iba erosionando mi corazón.

Algunas veces, para ser optimista había que hacer un esfuerzo demasiado grande.

De repente, tuve la necesidad de llamar a Ian, porque presentía que él podría entenderme, pero me acordé de que él también estaba sufriendo. Con un suspiro, dejé el cuenco de masa cruda de bizcocho de cerezas en el suelo, para que se la terminara Bowie. Él movió la cola con alegría mientras lo lamía. Como no se me ocurría nada mejor que hacer, me lavé los dientes y me fui a la cama, y acaricié el grueso pelaje de mi perro hasta que los dos nos quedamos

dormidos.

Capítulo 16

Las cosas tenían mejor cara a la mañana siguiente, después de un sueño reparador, y todo eso. Además, todo aquel pesimismo de la noche anterior... ¡Bah!

–Se acabó la amargura –le dije a Bowie, que estaba acurrucado en su lado de la cama–. ¡Hoy es un día nuevo, Bowie, mi estrella de los ochenta!

Mi perro me lamió la cara para demostrarme su aprobación. Yo me duché cantando, con los coros de Bowie, y me puse un precioso vestido rosa y unos zapatos de color gris. Hice tortitas para mi abuelo y le di un beso en la mejilla al marcharme.

Cuando llegué al trabajo, seguía muy animada. Muriel se había ido a California, a una reunión muy importante de BTR a la que no podía faltar. Sin ella, la oficina recuperó su antiguo ambiente. Damien se coló en mi despacho y me puso al día de su estupenda reconciliación con Dave la noche anterior; era la quinta. Fleur me contó una historia divertida sobre su último ligue. En la sala de arte, Pete y Leila hablaban en su lenguaje particular y se reían de bromas que no entendía nadie más, pero que, de todos modos, nos hacían sonreír. Mark pidió pizzas a la hora de la comida, e incluso Karen salió de su guarida para comer con los demás.

–Mañana la oficina cierra –anunció Mark con una porción de pizza en la mano–. Juegan los Yankees contra los Red Sox en Fenway y, aunque he tenido que pedir otra hipoteca sobre mi casa, he comprado entradas para todos.

Todos empezamos a gritar y a vitorear, aunque Karen era la única aficionada al béisbol. Mark había organizado excursiones como aquella desde el principio de Green Mountain Media. Una vez habíamos ido a conocer la fábrica de Ben & Jerry's, y había sido como estar en el cielo. En otra ocasión habíamos ido a esquiar, aunque, en realidad, los únicos que habían esquiado

habían sido Mark y Karen. Los demás habíamos pasado el rato bebiendo en una cabaña alpina muy pintoresca. Habíamos estado en Fenway otra vez, y había sido muy divertido.

Después del trabajo, fui a la funeraria. Mi madre no mencionó la debacle de Bette Davis; yo, tampoco. Louis y ella estaban alabándose por el trabajo de restauración que habían hecho en el caso de un hombre y una trituradora de madera (no es necesario decir más, ¿verdad?). Yo lo soporté mientras pude; después, le di un beso a mi madre y los dejé trabajando. Pasé por casa, preparé la cena de Noah y llamé a mi padre. Quedamos en la bolera una hora más tarde.

–¡Caniche! –gritó mi padre en cuanto me vio. Volvía a ser George Clooney.

–Hola, papa –dije yo, y le di un beso en la mejilla, un beso extragrande.

–¡Qué guapa estás! –exclamó, y yo sonreí y giré sobre mí misma. Si mi padre era George Clooney, yo era una especie de Audrey Hepburn, aunque más rellena, con una cola de caballo, unos pantalones Capri y una camisa blanca atada a la cintura.

–Stan, ¿a que mi hija está preciosa? –le dijo mi padre a su amigo, que iba a jugar con nosotros.

–Increíblemente guapa –me dijo Stan, y me guiñó un ojo mientras sacaba, reverencialmente, su bola de la bolsa.

–¿Estás bien, papá? –le pregunté.

–¡Por supuesto! Algunas veces uno se siente mejor cuando se desahoga, ¿sabes? Pero tu madre siempre ha preferido ser la exmujer mártir. Yo esperaba que las cosas pudieran ser diferentes. Lo he intentado. ¿Qué será, será? –cantó mi padre; me tomó de la mano y me hizo que girara de nuevo—. Vamos, preciosa. Vamos a ver si eres capaz de tirar algún bolo.

Yo elegí una bola rosa brillante, a juego con mi personalidad, y la tiré con mucho entusiasmo y ninguna habilidad. Mi padre se echó a reír y me rodeó con un brazo mientras observábamos cómo la bola se caía por el agujero directamente.

Al día siguiente, a las cinco, todos estábamos metidos en la furgoneta de Karen, cargados de perritos calientes al estilo Fenway Franks, palomitas con caramelo, Cracker Jacks y cervezas.

–¡Estos idiotas de los Yankees! –maldijo Karen, y tocó la bocina con ganas.

Estábamos en la marea de coches que salía de Boston—. Ha sido desperdiciar esas estupendas entradas, Mark. Once a dos. Es horrible.

—A mí no me parece que haya sido un desperdicio —dijo Damien—. Ese Jeter tiene el mejor culo de todo el béisbol. Y he oído decir que es gay.

—No es gay —dije yo—. He sentido una vibración completamente heterosexual cuando me ha mirado.

—Ya quisieras —me dijo Damien con desdén—. Me estaba mirando a mí.

—Pues lucharé por él —repliqué.

—Ganarías —dijo Mark, con una sonrisa, mientras miraba su iPhone.

Sí. Mark y yo estábamos sentados uno junto al otro. Pete y Leila iban en el asiento trasero, entrelazados. Damien se mareaba en el coche, y siempre se sentaba delante. Así que Fleur, Mark y yo íbamos en la segunda fila; Mark iba entre nosotras dos.

—Ha sido un día estupendo, Mark —le dije—. Muchas gracias.

—Sí, gracias. Muy buena idea —me secundó Fleur, rápidamente.

Él se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Me alegro de estar con mi gente —dijo él.

Me miró, sonrió y me guiñó un ojo.

Yo me sonrojé y, para disimularlo, giré la cabeza y miré por la ventanilla a la Avenida de la Commonwealth. Mark se echó a reír.

Veinte minutos después, mi jefe tenía la cabeza apoyada en mi hombro, y su pelo rizado y suave me acariciaba la mejilla.

—No entiendo cómo pueden los hombres dormir en cualquier sitio y en cualquier momento —dijo Fleur.

—¿Va todo bien por ahí, Callie? —me preguntó Karen, mirándome por el espejo retrovisor.

En aquella furgoneta, todo el mundo sabía que yo estaba enamorada de Mark. Y todos eran tan buena gente que nadie dijo nada, aunque Fleur enarcó una ceja.

—Voy bien. Le daré un empujón si me siento incómoda —respondí yo, sin darle importancia.

—Pues yo le voy a dar un buen empujón si sigue manteniendo a Muriel en la oficina —refunfuñó Damien.

—Calla —le susurré yo.

—De verdad —continuó él, y se giró hacia atrás para susurrarme—: Es una asquerosa que se cree superior.

Fleur abrió los oídos y se inclinó hacia delante para unirse a la conversación.

–Damien, ya está bien –le dije yo–. ¿Y si te oye Mark? ¿Y si te oye Dios, y pone una cruz junto a tu nombre?

–Detesto a la gente que tiene ética –dijo él, y se giró hacia delante–. Sois muy aburridos.

–Le voy a decir a Dave que has sido malo conmigo –respondí, sonriendo–. Sabes que tu novio me adora.

Él se giró hacia mí y me sonrió.

–Gracias por ayudarme con eso –me dijo.

–De nada. Cómprame algo fabuloso.

–Hecho.

Y, entonces, me quedé a solas de nuevo, más o menos, inhalando el olor del champú de Mark, diciéndole a mi corazón que espabilara, a pesar de que tuviera la tendencia a hacer exactamente lo contrario.

El sábado, estaba yo examinando mi colección de impresionantes zapatos y preguntándome si llevar siete pares en un viaje de una noche era una exageración, cuando Noah me gritó desde abajo.

–¿Puedes bajar un segundo? Necesito que me ayudes en el taller.

–Claro –respondí mirando el reloj.

Ian iba a ir a buscarme a las dos, y solo eran las doce menos cuarto, así que bajé las escaleras. Bowie me siguió como si yo fuera la persona más fascinante del mundo. O, más probablemente, como si estuviera a punto de darle un poco de beicon.

Noah estaba haciendo un kayak para el mar. Era una barca larga y bella, con la proa afilada y el casco delgado. A mí me parecía una máquina para suicidarse, pero allá cada uno.

–Vamos a ver, solo tienes que deslizarla y colocarla de costado aquí –me dijo Noah, y me dio la pieza de caoba, que era tan larga que temblaba.

–Normalmente no le pones embellecedores a los kayaks, ¿no? –le pregunté, mientras hacía lo que me había pedido.

–No, pero este tipo quería lo que quería, y es tan tonto que me va a pagar tres mil dólares extra. Y, ahora, ¿podemos dejar la charla y ponernos a trabajar?

–Sí, abuelo. Y que no se te olvide que me voy a una boda y todavía tengo que hacer la maleta.

Ian me había enviado un correo electrónico la noche anterior con el horario y una lista de cosas que necesitaba saber. Íbamos a alojarnos en el Hotel Capitol, un precioso hotel antiguo para el que yo había hecho una campaña de publicidad. Me alegraba de que Ian lo hubiera elegido, aunque tampoco había tanta oferta en la capital de nuestro estado. Montpelier estaba solo a una hora de Georgebury, pero, si Ian quería invitarme a pasar una noche en un hotel espléndido, no iba a ser yo la que protestara. Al recordar que me había pedido que fuera en calidad de amiga, sonreí. Iba a ser la mejor amiga del mundo.

–Y ¿quién me va a hacer la comida mientras tú estás fuera? –preguntó Noah.

–Nadie. Mañana, cuando vuelva a casa, espero encontrarte descarnado, convertido en un esqueleto, sentado solo en la mesa, esperando a que te sirvan la cena. Ojalá pudieras andar, o hablar por teléfono, o hacerte tú mismo la comida... ¡Ah, espera! ¡Sí que puedes!

Noah refunfuñó, pero sonrió bajo la barba blanca.

–Eres una listilla. Ahora, agarra bien ahí, cariño. Bien. Solo será un segundo.

Miré el reloj de la pared. Eran ya las doce y media... pero todavía tenía tiempo.

Noah dio golpecitos en la madera, soltó un juramento, dio unos saltitos, porque aquel día no se había puesto la prótesis, volvió a jurar. Hacía una temporada que no ayudaba a mi abuelo en el taller, y era estupendo. Me encantaba el olor de la madera. Me encantaba que mi abuelo asintiera con satisfacción y silbara cancioncillas, desafinando. Parecía que el tiempo se había detenido en aquel taller, porque, allí dentro, las cosas habían cambiado muy poco. Noah nos había puesto a trabajar desde niños. Era muy buen profesor, y nos explicaba cómo encajaba la madera y por qué las cosas se hacían de un modo o de otro. Yo siempre me sentía segura cuando le estaba ayudando.

Volví a mirar la hora. Las doce y cuarenta y siete minutos.

–Dame un sargento, cariño –me dijo. Yo fui a su banco de trabajo y rebusqué entre las herramientas hasta que lo encontré. Se lo llevé.

–Muy bien. Vuelve a agarrar eso –dijo Noah.

Ya estábamos con el otro lado del kayak y, después de unos minutos, yo sentí un cosquilleo en las manos por tener que mantener la misma postura tanto

tiempo. Entonces, Noah me pidió que lijara otra pieza de madera, y yo obedecí. Después de un rato, volví a mirar el reloj. Eran las doce y cincuenta y un minutos. Pero eso no podía ser...

–Abuelo, ¿ese reloj está bien? –le pregunté mientras sujetaba la madera.

–No, lleva un tiempo roto –dijo él.

–¿Qué hora es? ¡Tengo que hacer la maleta! ¡Ni siquiera me he duchado!

Él sacó su reloj de bolsillo.

–Las dos menos cinco.

–¡Tengo que irme! ¡Ian va a llegar dentro de cinco minutos! ¿No puedes llamar a Freddie para que te ayude a terminar?

–¡Callie, no puedes dejarlo ahora! Estoy a punto de terminar.

–Tengo que...

–¡Calla, niña! Si lo sueltas ahora, tendré que volver a empezar.

–Pero no quiero llegar tarde... –dije, y se me quebró la voz al oír que Bowie se ponía a ladrar. Alguien había llamado a la puerta.

–¡Estamos en el taller! –grité.

–Dios, cuánto ruido hacéis –murmuró Noah.

Se abrió la puerta del taller, e Ian apareció en el umbral, con unos pantalones de pinzas y una camisa. Al ver que yo estaba en pijama, su expresión se volvió tensa.

–Ian, estoy lista en dos minutos. Noah –le siseé a mi abuelo, entre dientes–, tenemos que irnos a la boda.

–¡Muy bien! Solo un clavo más... Ya está. Ya puedes irte, princesa, por el amor de Dios –dijo él, y miró a Ian.

–Hola, señor Grey. Me alegro de verlo. Callie, tenemos que irnos –dijo Ian, y apretó la mandíbula.

–¡Sí, ya lo sé! ¡Dos minutos! Ven conmigo. Así puedes ayudarme a bajar la... eh... bolsa.

Bolsa de viaje que todavía no había hecho, por culpa del reloj roto de mi abuelo.

Subí las escaleras de dos en dos. Bowie me siguió a saltos, emocionado, e Ian nos siguió a los dos, aunque no precisamente entusiasmado.

–Vamos, pasa –dije, y entré rápidamente en mi dormitorio–. Oh, mejor, no, quédate aquí... No sé. Lo siento muchísimo. Noah necesitaba que... Déjalo. ¡Tardo dos minutos!

Estaba claro que necesitaba ducharme, así que pasé al baño y abrí el grifo

de la ducha. Mientras se calentaba el agua, abrí el cajón y saqué el neceser para meter los cosméticos. Maquillaje, corrector, colorete, sombra de ojos, eyeliner, máscara de pestañas, cepillo para las pestañas, pinzas, carmín...

–¡Callie! ¡Tenemos que irnos!

–¡Dos minutos! –exclamé, mintiendo.

Cuchilla de afeitar, champú, acondicionador, espuma para dar volumen al pelo, laca...

Me desnudé y me metí a la ducha. Me lavé el pelo rápidamente y me puse el acondicionador.

–Vamos a ir al hotel a cambiarnos, ¿no? –le pregunté.

–No te oigo.

Yo me estremecí. Sabía que él se había enfadado.

–Vamos a pasar por el hotel antes de la ceremonia, ¿no? –grité.

–Sí.

Me sobresalté. Su voz sonaba mucho más cercana.

–¿Estás en mi habitación?

–Sí.

El pestillo de la puerta de mi baño estaba roto... Algo que no tenía importancia, siempre y cuando no hubiera un hombre en mi dormitorio. Un momento... Ian, en mi dormitorio. Por supuesto, no había hecho la cama aquel día, y había ocho vestidos, varios sujetadores y bragas y... ¡Mierda! Mi faja Dr. Rey's Shapewear a la vista. ¡Mierda!

Salí de la ducha, me sequé y me puse el albornoz. Metí todos los cosméticos en el neceser y abrí la puerta.

–¡Hola! Lo siento, solo voy a tardar un poco más –dije mientras arrojaba un par de toallas sobre la lencería que había dejado sobre la cama.

Ian estaba allí plantificado, cruzado de brazos, mirando la mecedora Morelock. Se giró hacia mí con una mirada glacial.

–Tus dos minutos se han convertido en once –dijo él.

–Ian, solo tengo que... Solo tengo que meter todas estas cosas en una bolsa de viaje. Lo haré más deprisa si no estás aquí, así que, ¡fuera! Y tú, también, Bowie. Voy a darme toda la prisa que pueda.

Empujé a Ian fuera del dormitorio y cerré la puerta.

–Me marchó dentro de cinco minutos –dijo él.

–¡Cállate! Yo también voy.

Diecinueve minutos más tarde, abrí la puerta. Él todavía estaba allí, con

cara de pocos amigos.

–Gracias por esperarme. Pero tenemos tiempo de sobra, ¿no? La boda es a las cinco...

–La ceremonia empieza a las cinco, Callie. Vamos a tardar una hora y media en llegar al hotel, donde tenemos que registrarnos en la recepción y arreglarnos. Después, tenemos que ir a la iglesia, que está a veinte minutos del centro.

Me clavó una mirada torva mientras hablaba.

–Bueno, tardaremos todo eso si eres tú el que conduce –repliqué–. Deja que conduzca yo, y llegaremos a tiempo.

–No vas a conducir tú.

–Bueno, pues intenta no estresarte –respondí, mirando mi reloj–. Si salimos ya, llegaremos. No te pongas tan tenso.

–No estaba tan tenso hace una hora –dijo él, entre dientes.

–Oh, espera, se me ha olvidado una cosa –dije, y entré corriendo en la habitación. Oí que gruñía, pero salí a los dos segundos con un CD en la mano–. He grabado una lista de canciones para el viaje.

–Entra al coche antes de que te estrangule.

–Vaya, qué cosa más romántica para decirle a tu acompañante. ¡Adiós, Noah! ¡Gracias por estropearme el día! –le grité a mi abuelo, a través de la puerta de la cocina.

–¡De nada! Que te diviertas –dijo él.

Diez minutos más tarde, Ian entró en la autopista.

–Siento haberme retrasado, Ian –dije, con arrepentimiento, porque él no había dicho ni una palabra desde que habíamos salido de mi casa. No respondió, así que me puse a toquitar el reproductor de CDs. Salió un disco.

–¿La Sinfonía nº 1 de Mahler? Mi madre lo pone en la funeraria. Ay, es peor de lo que pensaba.

Él ni siquiera me miró.

–Ian, por favor, no te enfades conmigo –le rogué–. De verdad que siento mucho haber perdido la noción del tiempo.

–No estoy enfadado, Callie. Estoy preocupado –dijo él. Entonces, me miró un segundo, y volvió a dirigir los ojos a la carretera.

–Bueno, mira, esto es lo que he elegido para el viaje: es lo más apropiado para ir a la boda de tu ex. El clásico *Love Stinks*, por supuesto. *Nothing Compares To You*, de Sinéad O'Connor. Y *Love Lies Bleeding*, de sir Elton...

Ah, una de mis favoritas, *Shut Up*, de Black-Eyed-Peas; recuérdame que te cuente lo de mi clase de hip-hop en el Centro de mayores. *Good Riddance*, de Green Day. Esta no la he escuchado todavía, en realidad, pero me gustó el título.

Bingo. Eso sí que le hizo sonreír. No mucho, pero algo.

–¿Quieres que lo ponga? –le pregunté, mostrándole el CD.

–Claro –dijo él. Puso el intermitente y cambió de carril. Yo metí el CD en el reproductor, y empezaron a sonar las primeras notas de la canción de J. Geils.

–Bueno, cuéntame quién es el novio –le dije–. ¿Lo has conocido ya?

Ian me miró un momento. Un momento más largo de lo que a mí me hubiera gustado, ya que iba conduciendo. Después, volvió a mirar a la carretera.

–No hay novio.

–¿Qué quieres decir? –pregunté–. Creía que íbamos a una boda.

–No hay novio.

–Pero...

Ian me miró de nuevo, con una expresión muy seria.

Yo tragué saliva.

–Oh. Ah. Vaya, Ian, ¿estás bromeando?

–No, nada de novio.

Yo me puse a rebuscar en mi bolso la invitación que él me había dado la semana anterior.

Laura Elizabeth Pembers y Devin Mullane Kilpatrick tienen el placer de invitarle a su boda, que se celebrará... sábado... septiembre... ta, ta, ta.

–¿Devin es una mujer? –pregunté.

–Sí.

–Oh, Dios mío, Ian.

–Sí –respondió él, mirándome de nuevo.

Yo me quedé callada. No era de extrañar que estuviera siempre tan tenso. No era de extrañar que tuviera problemas con las mujeres. No era de extrañar que no quisiera tener citas.

–Entonces, tú no...

–No.

–Y ella no...

–No.

–Y ¿cómo te enteraste?

–Me las encontré en la cama, Callie.

–Oh, Ian.

Dios Santo. La exmujer de Ian era lesbiana.

Había una salida de servicio en la autopista, e Ian la tomó. Aparcó cuidadosamente entre dos líneas, aunque no había nadie más allí, y apagó el motor. Después, se giró hacia mí con una expresión neutra, sin soltar el volante.

–Nos conocimos en Tufts. Ella estudiaba Derecho. Fue mi primer amor. Estuvimos saliendo dos años y nos casamos después de la graduación. Devin era su amiga desde el instituto. Fue a nuestra boda, irónicamente. A los tres años de casados, yo llegué a casa temprano del trabajo, una tarde, y allí estaban. ¿Alguna pregunta?

Un millón de preguntas, pensé yo, pero solo hice una.

–¿Todavía la quieres?

–¿Iría a su boda si la odiara?

–Pues claro –dije yo–. Podrías montar una escena, tener un ataque de rabia, emborracharte, meterle mano a tu exsuegra...

Él sonrió de mala gana, y a mí se me encogió un poco el corazón.

–No la odio –dijo.

–No has respondido a mi pregunta.

Él bajó la vista.

–Claro. Me casé con ella. Siempre la querré un poco.

–Y ¿por qué vas a su boda, Ian? –le pregunté.

Él suspiró. Arrancó el motor y dio marcha atrás, lentamente.

–No tengo ni idea. Supongo que quiero darlo todo por terminado.

Salimos de nuevo a la autopista. Dios... Ian McFarland había sorprendido a su mujer engañándolo, y allí estaba, yendo a su boda.

Por algún motivo, al pensar en ello, mi corazón se volvió demasiado grande para el pecho.

Hice esperar a Ian otra vez cuando llegamos al hotel... No a propósito, de verdad, pero necesitaba arreglarme el pelo desde cero, así que tuve que darme otra ducha. Además, quería estar increíblemente guapa. Aunque Ian no lo supiera, ni quisiera, yo iba a ser la mejor chica con la que había salido en su

vida y, para eso, tenía que estar deslumbrante.

Cuando estaba alisándome el pelo con las tenacillas, Ian me llamó desde el pasillo.

–¡Callie, ya es la hora!

–¡Dos minutos! Estoy casi lista, Ian –mentí de nuevo.

Me maquillé a la perfección y me puse perfume. Me puse el collar de perlas de mi abuela, y los pendientes a juego. Después, me puse el vestido. Era largo. Era rojo. Era favorecedor. Y los zapatos de color morado, con unos tacones de diez centímetros.

–Callie, esta vez me marcho sin ti, de verdad.

–Ni se te ocurra.

–Llegamos tarde. Otra vez. Tienes cinco segundos, Callie. Cinco... cuatro... tres...

Yo tomé mi bolsito de noche.

–Dos...

Me miré una vez más al espejo.

–Uno...

Y abrí la puerta.

–Hola.

Oh, Dios mío. Él llevaba un esmoquin. A mí se me había olvidado ese detalle. Parecía un asesino que estaba a punto de infiltrarse en una cena de estado... Alto, rubio, peligroso y... ¡Qué lujuria sentí! Me miraba con sus ojos azules, fijamente, y hacía mucho tiempo que yo no mantenía relaciones sexuales, y... ¿podríamos hacerlo allí mismo, en el pasillo? Dios...

Él me miró de pies a cabeza, lentamente, y terminó el recorrido en mi cara.

–Vamos –dijo, y carraspeó.

Yo salí de golpe de mi estado de lascivia.

–Vamos, Ian. ¿No podrías hacerlo un poco mejor? Mira, te voy a dar un ejemplo.

Sonreí, y lo miré fijamente de nuevo. ¡*Frrrrrooww!*

–Ian, estás... increíble. ¡Vaya! Ahora te toca a ti.

Él estuvo a punto de sonreír.

–Estás guapa. Vamos.

Suspiré.

–Eres todo un desafío, Ian McFarland.

De todos modos, fue muy emocionante recorrer el vestíbulo del mejor hotel

de Montpelier. Nos miraron, la gente sonrió, y yo me sentí como Julia Roberts en *Pretty Woman*, salvo por el detalle de la prostitución.

Ian condujo en silencio. El GPS nos daba las indicaciones para llegar al lugar de la celebración. Pasamos por delante del Capitolio de Montpelier, con su cúpula dorada, y de los preciosos edificios de ladrillo, de las tiendas y los restaurantes del centro de la ciudad.

–¿Estás nervioso? –le pregunté cuando cruzábamos el puente.

–Sí.

–Yo todavía estoy completamente dispuesta a fingir que soy tu novia.

–No, gracias.

–Eso es muy insultante. Y pensar que me he puesto este vestido por ti.

A Ian no le hizo gracia. Tenía una mirada severa y estaba tenso.

–Lo siento –murmuré, ajustándome una de las pulseras–. Solo quería relajar un poco la situación.

Miré el GPS, que era una de esas maquinitas exentas.

–¿Puedo mirarlo? –pregunté–. Tenía pensado comprarme un navegador.

–Claro –dijo Ian, y torció a la izquierda, siguiendo una de las instrucciones.

Yo tomé la máquina. Era muy mona. Al fondo de la pantalla había una flecha. La toqué. Se desplegaron el resto de las indicaciones. Sí, claramente, me iría bien tener una de aquellas cosas. Las carreteras de Vermont estaban muy poco señalizadas. Apreté el botón para volver a la última pantalla. ¿Salir?, me preguntó la máquina. Yo respondí *Sí*.

–¿Cuándo tengo que volver a girar? –me preguntó Ian.

–Eh, voy a mirar... Oh... Ay, creo que... No pone nada.

Ian volvió a clavarme una de sus miradas siberianas.

–Acabo de tocar una flechita –le expliqué–. Me ha preguntado si quería salir, y le he dicho que sí.

–Has cancelado las instrucciones –dijo él, y frenó con un poco de brusquedad.

–Ay, lo siento. Creo que no, pero...

Él me arrebató el GPS.

–Sí, las has cancelado –dijo. Apretó unos cuantos botones con una energía exagerada, en mi opinión. Gruñó. Volvió a apretar. Por fin, recuperó las instrucciones.

–No vuelvas a tocarlo –me dijo.

–De acuerdo, jefe –respondí yo con un suspiro–. Lo siento. De nuevo.

A los diez minutos llegamos a la Iglesia Unitaria Universal de Willington. Había coches aparcados a ambos lados de la calle, pero parecía que ya estaba todo el mundo dentro. El reloj del salpicadero indicaba que eran las cinco y seis minutos. Mierda.

Ian salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta. Estaba muy tenso.

–Qué iglesia tan bonita –comenté.

Era un edificio de estilo clásico, grande, blanco, con un chapitel, rodeado de árboles cuyas hojas brillaban a su alrededor. Era como una postal típica de Vermont.

El césped de la iglesia estaba un poco blando, y yo tuve que atravesarlo de puntillas para que no se me clavaran los tacones en la tierra.

–¿No podrías... ir un poco más deprisa, por favor? –me pidió Ian, intentando conservar la paciencia.

–Sí, sí –dije yo, casi trotando.

Conseguimos llegar a las escaleras; Ian se adelantó y me abrió la puerta. Aunque tuviera sus defectos, también tenía muy buenos modales.

Yo entré al vestíbulo, con Ian siguiéndome de cerca, y me detuve en seco. Él se chocó con mi espalda.

–¡Callie! –gruñó.

Entonces, respiró bruscamente.

Laura estaba allí, de espaldas a nosotros, mirando al interior de la iglesia por una rendija de la puerta. Llevaba un vestido blanco con el bajo a la altura de las pantorrillas (me pareció que era de Vera), y un bonito tocado de rosas blancas en el pelo. Al oír nuestra llegada, se giró hacia nosotros, y se quedó boquiabierta. Nadie dijo nada durante unos segundos. Hasta que hablé yo, por supuesto.

–¡Hola! –dije.

A Laura se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Has venido –susurró.

Claramente, no estaba hablando conmigo.

Ian tragó saliva.

El vestíbulo era muy amplio y estaba muy bien iluminado. Había tres pares de puertas que daban a la iglesia.

–Voy... voy a buscar un sitio para los dos, Ian –dije, y me marché hacia la entrada más alejada. Tiré del pomo y comprobé que estaba cerrada. Intenté abrir la siguiente, pero también estaba cerrada. Y, para pasar por la que estaba

abierta, habría tenido que empujar a Laura y a Ian, que estaban absortos mirándose el uno al otro.

Bien; no era mi intención espiar, pero parecía que estaba allí atrapada. Intentando ser todo lo discreta que podía ser una mujer con un vestido rojo brillante, me marché al rincón más alejado e intenté hacerme invisible. Casi funcionó... Aunque, con respecto a Ian y a la novia, yo no existía.

–No creía que fueras a venir –dijo Laura, en un susurro. Yo lo oí gracias a la acústica del vestíbulo. Ella continuó–: Y, cuando venía hacia la iglesia, estaba pensando que no sabía si iba a poder hacer todo esto sin que tú estuvieras aquí. Sin saber que estás bien de verdad.

Ian miró al suelo. Después, la tomó de la mano y la miró a ella.

–Claro que he venido –dijo con dulzura.

A mí se me empañaron los ojos.

–Siempre te voy a querer, Ian –dijo ella entre lágrimas–. Siento tanto lo que...

–Shh –dijo él, enjugándole las lágrimas, y la abrazó–. No llores, cariño. Lo que necesitabas decirme, ya me lo has dicho.

Como yo era de las que lloraban con los anuncios de pienso para perros, tuve que contener un sollozo. ¡Qué bondad! Ian había tenido que soportar una humillación y un dolor tremendos; lo habían engañado y mentido y, seguramente, los demás se habían reído de él. Y, sin embargo, allí estaba, perdonándola, liberándola del sentimiento de culpabilidad y dándole la bendición que ella, obviamente, necesitaba.

Ojalá pudiera verlo mi madre.

Entonces, Ian le besó la coronilla a Laura, retrocedió y la tomó por los hombros.

–Estás preciosa –le dijo, sonriendo.

Ella sollozó.

–Vamos –murmuró él–. No llores. Este es un día de felicidad. Además, llegas tarde.

–Y tú, mirando el reloj en esta situación.

Él sonrió.

–Bueno, es que Devin te está esperando ahí dentro, así que... lo mejor es que entres.

Ella cerró los ojos y se sacó un pañuelo de papel de la manga del vestido.

–Gracias, Ian –dijo, con la voz quebrada, mientras se secaba los ojos.

Entonces, se abrió una puerta al otro lado del vestíbulo, y salió un señor mayor, también de esmoquin. Al ver a Ian, enarcó las cejas.

–¡Ian! Me alegro de verte, hijo –le dijo, y le estrechó la mano.

–John. Yo también me alegro de verte.

–¿Va todo bien? –le preguntó el señor a Laura.

Ella sonrió y le colocó la flor del ojal de la chaqueta.

–Todo va muy bien, papá –dijo ella–. Vamos.

Después, sonrió una vez más a Ian.

–Nos vemos dentro –dijo él.

Después, abrió una puerta que, por supuesto, era la que no estaba cerrada, y me cedió el paso. Algunos invitados miraron hacia atrás, y se oyó un murmullo colectivo. Después, hubo algunos codazos. Ian lo ignoró todo. Encontramos un banco libre al final del templo, y nos sentamos.

Yo tenía un nudo en la garganta. Cuando empezó a sonar la música del órgano, deslicé mi mano en una de las de Ian.

Después de un segundo, él me miró como si estuviera sorprendido. Entonces, se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y me lo entregó, porque, por supuesto, yo estaba llorando.

–Lo que acabas de hacer ha sido precioso –le susurré, tomando aire entrecortadamente.

–Contrólate, Callie –murmuró él.

–Eso fue lo primero que me dijiste –respondí yo, mientras me secaba los ojos–. Algún día se lo contaré a nuestros hijos.

Él cabeceó, pero estaba sonriendo, y me apretó la mano. Y no me soltó.

Capítulo 17

En la fila que se formó para los saludos, Laura abrazó y besó a Ian. Después, se giró hacia mí.

–¡Callie! Muchas gracias por venir. Me alegro de que estés aquí.

–Felicidades –le dije, sonriendo. No podía evitar que me cayera bien.

–Ah, ¡y qué vestido llevas! –exclamó.

Yo sonreí con modestia, pero me subí el bajo para enseñarle los zapatos.

–No me digas que son unos Manolos... –me susurró, en el tono reverencial que merecía aquel calzado.

–Sí –le confirmé–. Y me los compré en una liquidación, por solo...

–Bueno, vamos a pasar –refunfuñó Ian, y me dio un suave empujón para que el resto de la fila pudiera continuar saludando a las novias. Se puso delante de Devin, y dijo, con frialdad–: Devin, te deseo lo mejor.

–Hola, Ian.

Yo enarqué las cejas. Como era lógico, se odiaban. Devin se giró hacia mí. Ella llevaba un traje de pantalón al estilo de Hillary Clinton, de color crema, horroroso, y no se había maquillado. Era muy diferente de su estilosa y ultrafemenina flamante esposa. Sin embargo, era atractiva.

–Entonces, tú eres la acompañante de Ian, ¿eh? –me preguntó, mirándome de pies a cabeza.

–Somos amigos –dije yo–. Me alegro de conocerte.

Al final de la fila, Ian me presentó a los padres de Laura.

–John, Barb, os presento a Calliope Grey, una amiga mía de Georgebury. Callie, te presento a mis... eh... a los padres de Laura.

La madre me dio la mano.

–Bueno, ciertamente, no nos esperábamos nada de esto –me dijo, sin soltarme–. Esperábamos tener nietos.

–Nunca se sabe –respondí yo–. Ellas pueden adoptar niños. Mis dos sobrinas son adoptadas.

–Siempre pensamos que Ian sería un padre maravilloso. Era tan bueno con Laura... Y, sinceramente, no podría haber sido más...

–Déjalo ya, Barb –dijo el padre de Laura–. Me alegro de conocerte, Calliope. Nos veremos en la fiesta.

–Bueno –dije, cuando estábamos de nuevo en el coche–. Parece que tú no eres el único que te quedaste sorprendido con lo de Laura, ¿no?

Ian se frotó los ojos y arrancó el motor.

–No. Sus padres también se sorprendieron. Supongo que Devin era la única que... ¿Podríamos no hablar de esto, Callie?

–Claro. Lo siento, Ian. ¿Quieres que paremos a tomar una copa antes de ir al banquete? ¿O a dar gritos por ahí? ¿Quieres patear alguna cosa?

Ian apoyó la cabeza en el respaldo.

–¿Podrías, por favor, quedarte en silencio un momento?

–Lo siento. Solo quería alegrarte.

–No necesito que me alegres –respondió.

Entonces, empezó a conducir y se alejó de la acera. Me miró, y añadió:

–Aunque me ha gustado que me dieras la mano.

Yo asentí.

–Está disponible cuando la necesites. Es parte de la cita.

–No estamos en una cita –replicó él.

Yo suspiré.

–Claro. Solo somos amigos.

Después, para darle un poco de tranquilidad, cerré la boca.

La celebración era en una mansión antigua que estaba en la cima de una colina. El sol se estaba poniendo y el horizonte se había teñido de colores. Había velas encendidas por todas partes, preciosos arreglos florales y camareros que circulaban entre los invitados con bandejas de canapés. Muy parecido a lo que yo quería para mi boda, si acaso aquello llegaba a suceder algún día.

Por supuesto, Ian conocía a muchos de los invitados, y estaba haciendo todo lo posible por ser sociable. Sin embargo, estaba muy tenso, y no sonreía ni hablaba demasiado. No podía culpársele. En general, Ian era poco hablador, pero tenía otras cualidades. Seguramente, una de ellas era el corazón más grande de toda Nueva Inglaterra. ¿Cuántos hombres habrían estado dispuestos

a hacer lo que estaba haciendo él?

Hubo muchos comentarios, claro. Mientras él saludaba a la gente de su antigua vida, yo escuché atentamente todo lo que pude.

–Ese pobre tipo, ¿cómo es posible que no se diera cuenta?

Si Ian oyó algo, no hizo mención al respecto.

Algunas personas se alegraron de verlo. Le dieron abrazos y algunas palmaditas en las mejillas. La tía de Laura, una mujer corpulenta que llevaba un fox terrier en brazos, nos atrapó en un rincón.

–Mi Kato no deja de hacerse caca en el salón, ¿verdad, mi pillín? Ian, ¿podrías echarle un vistazo?

–Eh... Claro, Dolores.

Quizá aquel fuera un buen momento para ir al baño de señoras, porque tenía que ajustarme un poco la faja y el vestido.

–Ahora mismo vuelvo –dije, mientras le apretaba el brazo suavemente.

Él asintió con tirantez y se giró de nuevo hacia Kato, que le enseñó los dientecillos y gruñó adorablemente.

Cinco minutos después, yo estaba en uno de los compartimentos del baño, luchando contra mi faja Dr. Rey's Shapewear para conseguir recolocármela en los muslos. Oí pronunciar de nuevo el nombre de Ian y, en aquella ocasión, no de un modo amable.

–¿Te puedes creer que haya aparecido Ian? ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Intentar que Laura y Dev se sientan culpables?

–Ni idea –dijo otra persona–. Siempre me pareció un insensible.

Yo no iba a dejar aquello sin contestación.

–Ha venido porque Laura se lo pidió –dije, al tiempo que salía del baño, mirando a las dos mujeres–. Para ella era muy importante.

–¿Eso es lo que piensas tú? ¿Y quién eres? –me preguntó la primera, desagradablemente.

–Sí, es lo que pienso... En realidad, es lo que sé. Y, hola, soy Callie Grey, la acompañante de Ian –dije–. Me alegro de conocerlos.

Ojalá Ian me hubiera dejado fingir que era su novia, para demostrarle a toda aquella gente que lo había superado... aunque no fuera cierto. Pero, no, cuando me reuní con él un minuto después, siguió presentándose como su amiga, no me tomó de la mano, no me sonrió, no hizo ver de ningún modo que yo le gustara.

Y eso, para mí, era muy malo, porque yo sí estaba sintiendo cosas. Un

hombre que podía hacer lo que había hecho él en el vestíbulo de aquella iglesia... Por no mencionar lo guapísimo que estaba con aquel esmoquin.

Pasamos bastante bien la cena, aunque, como no podía ser de otra manera, estábamos sentados con las estúpidas del baño. Ian se mantuvo silencioso, pero yo lo compensé hablando por los codos. Él estaba cada vez más tenso; seguramente, contaba los minutos que faltaban para que pudiéramos irnos sin llamar la atención.

La madrina de boda hizo un discurso interminable, lleno de bromas y referencias. Cuando terminó, y todos le dimos un sorbito al champán, Ian y yo nos miramos.

—¿Quieres que nos vayamos ya? —le susurré.

Él asintió.

Pero Laura se puso en pie y tomó el micrófono.

Oh, oh.

—Gracias por venir esta noche —dijo—. Para Devin y para mí significa mucho que estéis aquí, compartiendo con nosotras este día tan feliz —añadió, e hizo una pausa. Ian se quedó rígido, inmóvil, como si presintiera lo que iba a seguir—. Pero hay una persona muy especial aquí, que ha olvidado mucho, muchísimo, para venir esta noche...

Oh, Dios. Pobre Ian, pensé, con el estómago contraído del horror.

—...y yo quiero decirle lo agradecida que me siento. Ian, te doy las gracias por haber sido tan bueno como para venir. Eres una persona especial. Gracias, muchas gracias. No lo voy a olvidar nunca.

Los aproximadamente doscientos invitados miraron a Ian, que se quedó tan inmóvil como si fuera una estatua de granito. Tenía una expresión muy seria, y yo sabía que aquello era lo peor que podía sucederle... Ser el centro de toda aquella atención, de toda aquella diarrea emocional... La gente empezó a susurrar con fascinación.

Yo no podía dejarlo así. Me incliné hacia él con una dulce sonrisa y le di un beso en la mejilla.

—Tienes razón, Laura —dije, en voz alta, y apoyé la cabeza en su hombro—. ¡Es un príncipe!

Hubo un «¡ah!» de los invitados, y unas cuantas risas. La desagradable mujer del baño se rio con sorna, pero Laura, en la mesa principal, tenía una sonrisa resplandeciente.

—Sí, es cierto —dijo—. Bueno, ¡pues es todo por mi parte! ¡Espero que todo el

mundo baile y coma tarta, y que os lo paséis muy bien! ¡Gracias!

Volvió el estruendo de las conversaciones, y yo miré a Ian.

–¿Estás bien, amiguito? –le pregunté, en voz muy baja.

Él me clavó sus ojos azules.

–Sí. Gracias.

No sabía por qué me las daba, en realidad. De hecho, tal vez estuviera enfadado. Era difícil distinguirlo.

–Ten cuidado –me dijo la mujer del baño–. A ver si te va a volver lesbiana a ti también.

Su compañera soltó una risotada.

Yo me limité a sonreír y me acurruqué un poco más contra Ian.

–No estoy nada preocupada –le dije, y le guiñé un ojo. Después, lo miré a él–. ¿Quieres bailar?

–Me encantaría –respondió. Me tomó de la mano y me llevó, casi a rastras, a la pista de baile.

Todavía no había mucha gente allí, pero no parecía que a él le importara mucho. La banda estaba empezando su segunda canción... Era *If I Ain't Got You*, de Alicia Keys, y la cantante era muy buena. Ian me rodeó la cintura con un brazo y nos colocamos en posición.

La lujuria que sentía desde que lo había visto con el esmoquin se multiplicó exponencialmente.

–Bueno, y ¿qué tal estás, Ian? –le pregunté. Me sonó la voz tan provocativa, que tuve que carraspear.

Él ladeó la cabeza.

–Ahora, mejor –dijo–. Gracias por rescatarme.

–Oh –dije yo, ruborizándome–. No ha sido... nada.

–Sí, ha sido algo muy importante –respondió él, con los ojos entrecerrados, y yo estuve a punto de desmayarme.

Olía tan bien... Su olor era limpio y fresco, como el de la lluvia de primavera, y el calor de su cuerpo me atraía. Mi mano estaba muy feliz de estar en la suya y, cuando su mejilla rozó la mía, noté la ligera aspereza de su barba y me temblaron las rodillas.

–Este es un sitio muy bonito –dije.

–Sí –respondió Ian, y su voz raspó en algún lugar tierno de mi interior.

–Bueno, Ian –susurré, mientras trataba de reprimir el mismo impulso de Bowie cuando se subía a la gente–. Todo el mundo nos está mirando. Podrías

besarme y acabar con todas las especulaciones.

Él retrocedió y me miró. Y su mirada era... cálida.

–No voy a besarte porque nos estén mirando, Callie –murmuró, y clavó los ojos en mi boca.

Y no me besó, pero, Dios Santo, eso fue aún más importante, aunque yo no supiera el motivo, porque toda la sangre se había ausentado de mi cerebro y se había concentrado en mis órganos reproductores. Me estrechó un poco contra sí, y la sensación de estar tan cerca de él casi me privó de la respiración. Solo quería deslizar las manos bajo su chaqueta, desabotonarle la camisa, besarle el cuello, sentir su boca en la mía, saborear...

–¿Os estáis divirtiendo, hijos?

–¡Sí! –exclamé yo, con la voz chillona. Era el... de la novia. Laura. Su padre. Quien fuera. Inhalé una bocanada de aire, temblorosamente, e Ian me miró con cara de diversión.

–Estupendo. Me alegro de ver te va tan bien, hijo.

El padre de Laura le dio una palmada en la espalda y se alejó.

Ian y yo nos miramos. Yo tragué saliva.

–¿Te gustaría que nos fuéramos, Callie? –me preguntó Ian.

–Claro. Cuando tú quieras.

–Yo quiero irme ya –respondió él. Y, de nuevo, estuvieron a punto de fallarme las rodillas.

Por supuesto, teníamos que despedirnos de las novias.

–Espero que nos veamos pronto –dijo Laura, mientras abrazaba a Ian. A mí también me dio un abrazo–. Muchas gracias por venir –me dijo, y me susurró al oído–: Eres perfecta para él.

–Bueno –respondí yo, ruborizándome–. Umm... Buena suerte con todo.

Ian no me tomó de la mano en el camino hacia el coche; simplemente me abrió la puerta. Cuando nos alejábamos de la fiesta, empezó a llover, y las gotas golpearon el techo del coche. Ninguno de los dos hablamos; el único sonido era el repiqueteo de la lluvia, el movimiento de los neumáticos sobre las calles mojadas y el ritmo duro y rápido del limpiaparabrisas.

Cuando llegamos a Montpelier, llovía aún más. Ian se detuvo en el aparcamiento del hotel, encontró un sitio y apagó el motor. Por un segundo, apoyó la frente en el volante.

–Cuánto me alegro de que haya terminado –dijo.

–No me extraña –murmuré yo, y lo miré por primera vez desde hacía media

hora.

Él giró la cabeza y me miró también.

–Has sido una novia estupenda, Callie –me dijo.

Y, con eso, se inclinó hacia mí y me besó.

Yo me quedé inmóvil, porque la impresión fue tan fuerte, que me dejó petrificada. Entonces, percibí la realidad de su boca en contacto con la mía. Era cálida, dulce y perfecta. Suspiré, y él me posó la mano en la nuca, deslizó los dedos entre mi pelo, y yo me di cuenta de que estaba agarrada a las solapas de su esmoquin. Me moví para acercarme aún más a él, y el beso se convirtió en algo más profundo, y su boca era increíblemente maravillosa. Pasé las manos por debajo de su chaqueta y las deslicé por su espalda. Él estaba completamente concentrado en besarme, y sabía lo que estaba haciendo. Yo me derretí contra él, y noté su calor, su solidez, la seguridad que transmitía. Se le escapó un sonido de satisfacción de la garganta, y aquel sonido me inundó... Yo le gustaba. Me deseaba. Movié la boca hasta mi cuello y yo me agarré con los puños a su camisa.

Entonces, se oyó el ruido de la puerta de un coche que se cerraba, y yo me sobresalté un poco. El freno de mano se me estaba clavando en la pierna, porque me había arrastrado sobre Ian y estaba torpemente tendida sobre mi asiento y el conductor. La lluvia golpeaba el coche y las ventanas ya estaban empañadas.

Ian tenía la respiración acelerada, y me miró con los ojos entrecerrados. Sonrió lentamente, con satisfacción, y yo tragué saliva y me mordí el labio. Tenía las manos posadas en su pecho sólido y ancho, y notaba los latidos de su corazón, que iban muy rápidamente.

–¿Quieres que entremos? –me preguntó él mientras me metía un mechón de pelo detrás de la oreja.

Yo asentí. No podía hablar.

Él me empujó suavemente hacia mi lado del coche, porque parecía que tampoco podía moverme. Tenía las piernas temblorosas. Ian salió del coche y, al instante, la lluvia lo empapó. Se acercó a mi puerta, la abrió y se inclinó.

–Se te van a destrozar los zapatos –me dijo, y me tomó en brazos.

Notar la lluvia fría me dio mucha impresión, y se me escapó un grito. Ian sonrió, cerró la puerta con un pie y me llevó al hotel. Fue muy romántico, tanto, que yo no podía creer que me estuviera ocurriendo a mí. Me sentía feliz.

–¿Te gusta llevar a hombros a las mujeres a tu guarida, Ian? –le pregunté,

por encima del ruido de la lluvia—. ¿Hace que te sientas un hombretón?

—Lo que me hace es sentir una hernia —respondió él, intentando no sonreír. O, tal vez, gruñir—. Y te estoy llevando al vestíbulo del hotel, no a mi guarida.

—Detalles —dije yo.

Él se echó a reír. Yo me derretí.

Cuando llegamos a la puerta, el botones nos abrió, e Ian me dejó en el suelo y se pasó la mano por el pelo empapado. Yo también estaba muy mojada, y la falda del vestido se me pegaba a las piernas. Él seguía sonriendo, y parecía tan feliz, y estaba tan guapo con aquel esmoquin, que yo me habría casado con él en aquel momento si hubiera aparecido por casualidad un juez de paz.

—Espero no haber roto ninguna de tus vértebras —dije.

—No, no. No puedes pesar más que el mastín de DeCarlos, y a él tengo que levantarlo todo el tiempo —respondió Ian, y sonrió aún más.

—Ian, no digas eso. Me estoy ruborizando.

Él me miró. Me miró los labios. Y llegó el momento en el que teníamos que decidir si íbamos a su habitación o a la mía. Si íbamos a hacer algo con respecto a aquel beso que nos habíamos dado en el coche. Yo quería hacer algo, y parecía que aquella noche él también.

—¿Callie?

Yo me giré y me quedé boquiabierta.

Era Charles deVeers, el padre de Muriel.

—¡Señor deVeers! —exclamé, balbuceando.

—Vamos, vamos, te dije que me llamaras Charles —dijo él. Se acercó a mí y me dio un abrazo—. ¿Qué haces aquí, querida? ¿Te ha llamado Muriel?

—Yo... yo... Charles, te presento a Ian McFarland. Hemos estado en una boda.

Los hombres se estrecharon la mano.

—Nos conocemos, ¿no es así? —le preguntó Charles a Ian—. Ah, sí, del paseo por el monte. Eres el novio de Callie, ¿no?

Ian me miró. No dijo nada.

—Eh... no —respondí yo—. Solo somos amigos.

Aunque Ian había estado diciendo eso toda la noche, y aunque ser su amiga era un honor, la palabra, de repente, resultaba un poco... escasa.

—Bueno, y ¿qué estás haciendo aquí, Charles? —le pregunté.

—Según tu jefe, este es el mejor hotel de la zona. También me quedé aquí la otra vez.

–Es un hotel magnífico –dije–. Por supuesto. Hicimos una campaña publicitaria para ellos hace unos...

–¿Papá? ¿Dónde estás? –preguntó Muriel, que acababa de salir del bar. Al verme, su expresión se volvió tensa. Entonces, esbozó aquella sonrisa suya de caimán, toda dientes e intenciones carnívoras.

–Callie, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Nos estás espiando?

Yo intenté reírme.

–En realidad, Ian y yo hemos estado en una boda. Te acuerdas de Ian, del paseo por la montaña, ¿no?

–Ah, sí. El amigo de Fleur –dijo Muriel, con una sonrisa desdeñosa–. Hola.

–Hola –respondió Ian.

Y, entonces, por supuesto, Mark también salió del bar. Al verme, se detuvo en seco.

–¡Callie! –exclamó, y se ruborizó–. Eh... Vaya. ¡Hola! Y, hola... Ian, ¿verdad?

–Sí –le dijo Ian.

–Me alegro de volver a verte –dijo Mark–. Parece que el mundo es un pañuelo.

Me miró con una expresión de culpabilidad.

–Vaya –dijo Charles, alegremente–, ¿por qué no nos acompañáis? Vamos a tomar una copa de celebración. ¡Venid, venid!

Mark miró a Muriel y me miró a mí. Tragó saliva.

–Estaban en una boda –dijo Muriel–. Y, bueno... muy pronto vais a estar en otra –dijo. Sonrió y le puso la mano en el pecho a Mark.

En el dedo anular llevaba un anillo con un brillante tan grande que mi perro podría ahogarse con él. Yo noté que se me escapaba toda la sangre de la cara. Pestañeeé.

–Enhorabuena –dijo Ian.

–Venid a tomar una copa de champán con nosotros –dijo Charles–. ¡Es una celebración muy feliz!

Yo observé a Mark, que, aunque sonreía, no me miró ni una sola vez.

Mark se iba a casar con Muriel. Iba a casarse con aquella mujer inútil, triste, desagradable...

Respiré lentamente. Intenté decir algo, pero no podía.

–Bueno, en realidad, estamos calados –dijo Ian. Al oír su voz, yo cerré la boca–. Pero muchas gracias.

–Enhorabuena –dije yo, finalmente, aunque con una voz extraña–. Os deseo lo mejor. Bueno, nos vemos el lunes.

–En otra ocasión, entonces, hijos. Que tengáis muy buena noche –dijo el señor deVeers, con su encanto y su afabilidad de costumbre. Se despidió de nosotros agitando la mano.

Ian me llevó hacia el ascensor, guiándome con su mano cálida sobre el brazo. En cuanto llegamos allí, me soltó, y yo me di cuenta de que tenía mucho frío. Él apretó el botón y se metió las manos a los bolsillos.

Yo respiré profundamente. Me daba vueltas la cabeza.

–Ha sido... Vaya. Qué pequeño es el mundo. Qué pequeño es Vermont.

Miré a Ian, intentando recuperarme. Él no me miró, y tuve la sensación de que había pasado un año desde que nos habíamos besado.

–¿Ian?

–¿Sí?

–Eh... siento la interrupción.

El ascensor llegó a nuestra planta, y él me dijo:

–Después de ti.

Nuestras habitaciones estaban en el cuarto piso, una frente a la otra. Yo abrí mi bolso y saqué la tarjeta de la puerta. Él sacó la suya de su bolsillo. El ánimo del coche había muerto por completo.

–Ian... ¿Quieres entrar? Podemos tomar algo del minibar, o compartir un Toblerone. Hablar un rato o... hacer otras cosas, también.

Él vaciló, pero la respuesta ya estaba escrita en su expresión.

–Te agradezco mucho que hayas venido conmigo a la boda de Laura, Callie. Me has ayudado mucho. Pero, tal vez, este no sea el mejor momento para los Toblerones. Ni para otras cosas.

Yo respiré profundamente. Me sentí mortificada, porque se me habían llenado los ojos de lágrimas.

–Claro. Bueno, pues, que duermas bien, Ian. Hasta mañana. Um... Si podemos marcharnos un poco temprano, sería genial. Tengo muchas cosas que hacer.

–Por supuesto –dijo él. Deslizó su tarjeta en la ranura de la puerta y entró en su habitación.

–Mierda –susurré yo–. Mierda, mierda, mierda.

Capítulo 18

Durante aquella semana, el ambiente estuvo un poco apagado en Green Mountain, después de saberse la noticia de que Mark y Muriel iban a casarse. Mark me evitaba. Cuando teníamos que hablar por algo, actuaba alegremente y de un modo profesional y, cuando nos encontrábamos por los pasillos, fingía que había olvidado algo en su despacho. Yo oí que Muriel y él se reían tras la puerta cerrada, una mañana; y, otro día, los padres de Mark llegaron a la oficina para llevarse a comer a su hijo y a su futura nuera. Yo todavía no podía creerlo. No que Mark se casara, sino que, de todas las mujeres de la tierra, hubiera elegido a aquella. Que la quisiera tanto como para pasar con ella toda la vida.

Aunque intenté no caer en la tentación de chismorrear con los demás, estaba claro que la noticia no había sido bien recibida en la oficina.

–Puede casarse con ella, si quiere –dijo Karen, cuando entrábamos juntas en el vestíbulo, el miércoles–, pero ojalá no la trajera a trabajar más aquí.

El día anterior, Muriel oyó a Damien referirse a Mark y a ella como M&M.

–¡Oh, es una monada! –exclamó–. Deberíamos cambiarle el nombre a la empresa. M&M Media. ¿No te parece un nombre estupendo, cariño?

Mark había murmurado alguna respuesta y, más tarde, aquel día, yo había visto a Muriel jugueteando con las palabras M&M Media, escribiéndolas con diferentes fuentes, en la pantalla del ordenador.

Aunque Muriel estaba un poco más agradable, el hecho de verla dirigir la reunión semanal de la empresa era deprimente. Parecía que había dejado de intentar ser la directora creativa y quería dedicarse a la producción.

–Callie, ¿en qué estás trabajando esta semana? –me preguntó, mirándome de arriba abajo, como de costumbre. Llevaba un vestido de lana blanca, un cinturón ancho de color negro y unos preciosos zapatos de color negro.

–Estoy trabajando en la página web de tu padre y en...

–Por favor, llama a la empresa por su nombre –me dijo, y tachó algo en su libreta. Damien soltó un resoplido y se miró las uñas. Normalmente, él era quien dirigía las reuniones de producción, y estaba dejando patente su irritación con suspiros y ojos en blanco.

–¿Algo más? –preguntó Muriel.

–Sí. Estoy trabajando en el anuncio del hospital para el *Globe*, y en el lanzamiento de la empresa constructora de New Hampshire –dije–. Además, mañana vamos a rodar las secuencias del otoño para Hammill Farms, así que también voy a hacer eso.

–¿Es necesario que vayas? Mark y yo estaremos allí –dijo, alzando la vista con una sonrisa falsa.

Yo miré a Mark, que estaba mirando por la ventana.

–Bueno, como el concepto es mío y yo escribí el guion –respondí con calma–, yo diría que sí, que necesito ir.

–Vamos, Callie –dijo ella en un tono conciliador–. No tienes por qué ponerte hostil. Todo el mundo está de acuerdo en que tu anuncio es maravilloso. Lo único que pasa es que no estoy segura de que necesites ir, o si puedes delegar en los demás de vez en cuando. Después de todo, tu jefe va a estar allí, y lo lógico es que confíes en él –terminó con aquella sonrisa tan poco sincera.

–¿Mark? –pregunté.

Él se giró hacia mí.

–Um... Bueno... eh... Creo que te necesito aquí, en realidad.

–De acuerdo –dije después de unos segundos–. Entonces, supongo que me quedo.

–Estupendo –dijo Muriel con los ojos brillantes de satisfacción–. ¿Fleur? ¿Qué estás haciendo esta semana?

Fleur se irguió.

–Muriel, esos zapatos... Prada, ¿verdad?

–Pelota –murmuró Damien.

Fleur lo fulminó con la mirada, pero Muriel sonrió.

–Chanel –dijo.

–Ah. Bueno, yo casi he terminado la nueva versión del catálogo de BTR, como me pediste. ¿Hay algo más que quieras que haga?

–No, eso está bien, sigue con ello. Además, me encanta lo que me has

enseñado hasta el momento.

A mí se me hizo un nudo en el estómago. Fleur era lista y manipuladora, y yo tuve la sensación de que era una traidora que solo se preocupaba de sí misma.

–Y, Pete –dijo Muriel, justo cuando Pete estaba bostezando–, ¿en qué estás trabajando tú?

–Yo estoy intentando meter mi USB en cierto puerto –dijo, y le dio un codazo a Leila que, como siempre, estaba pegada a su cadera.

–Tal vez necesites un adaptador –respondió ella con una risita.

Para mi sorpresa, Muriel sonrió con sinceridad en aquella ocasión.

–Vosotros dos sois tan monos... –dijo–. Me parece que el amor está en el aire.

Salí de la oficina un poco temprano y, al llegar a casa, Bowie me recibió con su alegría habitual.

–¿Dónde está Noah, eh, Bowie? –le pregunté–. ¿Dónde está tu abuelito?

No había visto el pickup de mi abuelo aparcado en la calle, pero mi perro no me dio explicaciones. Seguramente, Noah se habría ido a hacer recados, aunque, normalmente, me enviaba a mí, su esclava, a hacerlos en su lugar. No le gustaba demasiado el gentío.

Yo no estaba a solas en casa muy a menudo, y me resultaba agradable. Por supuesto, adoraba a mi abuelo, pero también echaba de menos vivir sola. Algún día, quería tener mi propia casa, no podía seguir siendo la leal sirvienta de Noah para siempre. O, al menos, no quería ser solo eso. No me importaría que viviera con mi marido y conmigo.

Aunque no hubiera señales de ningún marido en el horizonte.

No había vuelto a saber nada de Ian desde el trayecto de vuelta a Georgebury desde Montpelier. Había sido un rato embarazoso para mí. Había ido charlando sobre los colores del otoño porque no se me ocurría otra cosa y, aunque él respondía amablemente, no habíamos hablado de nada serio. Y, mucho menos, de nuestro beso, que yo había revivido al menos trescientas veces durante aquella semana.

«Lo echaste todo a perder», me dijo la primera dama, cabeceando con tristeza.

«¿Por qué lo eché todo a perder?», le pregunté yo, secamente. «Lo único

que pasa es que me quedé muy sorprendida al saber que Mark iba a casarse, nada más. ¿Es eso un pecado?».».

Betty Boop era una inutilidad; estaba arrinconada en una parte alejada de mi cerebro, lloriqueando. Sin embargo, Michelle tenía razón. Lo había estropeado todo. Seguramente, a Ian le habría parecido que no había superado lo de Mark. «Y ¿lo has superado?», me preguntó la primera dama.

Cerré los ojos y suspiré. Solo sabía una cosa: quería romper el muro que se había levantado entre Ian y yo.

Me sentía demasiado insegura como para llamarlo, así que le había escrito varios correos electrónicos, pero no le había enviado ninguno, porque nada me parecía adecuado. Entré en su blog *Pregúntele al doctor Ian*, y lo estaba haciendo muy bien. Carmella y yo nos encontramos una mañana en Toasted & Roasted, y ella me dijo que había mucho público desde la feria de mascotas. Por lo menos, eso era algo positivo, aunque, después de haber presenciado la escena del vestíbulo de la iglesia, yo me avergonzaba de haber sugerido que Ian McFarland tuviera que cambiar en algo.

Me quité los zapatos y fui a mi habitación con Bowie. Lo único que interrumpía el silencio era la lluvia en el tejado. Me dejé caer sobre la cama, y mi perro se acurrucó a mi lado. Me pregunté qué podía hacer. El trabajo era un asco, Muriel no se iba a marchar a ninguna parte y yo lo había fastidiado todo con Ian.

Bowie alzó de repente las orejas. Y a mí me pareció oír algo.

«No, es solo la lluvia», me dije.

Sin embargo, volví a oírlo. Fue un golpe, y no el ruido de la lluvia.

Había alguien en mi casa, y sentí un miedo atroz. Me senté silenciosamente sobre la cama.

Había un intruso en mi baño.

¿Podía ser Bronte? Era una posibilidad... Mi sobrina iba a casa de vez en cuando, pero, si Noah no estaba allí, Bronte se habría ido a casa de mi madre... Tal vez fuera Freddie, pero ¿qué demonios estaba haciendo en mi baño? ¿Y si era un asesino en serie fugitivo de la policía que se estaba deleitando con la posibilidad de haber encontrado más de una víctima?

Me levanté silenciosamente y tomé de la pared un remo antiguo de madera que había comprado en un mercadillo hacía unos años y que había colgado allí a modo de decoración. Después, sigilosamente, marqué el nueve y el primer uno del número de la policía. Si realmente había alguien en mi baño, marcaría

el segundo uno y tiraría el teléfono debajo de la cama para que la policía pudiera localizar la llamada y acudir en mi ayuda. Además, Bowie me protegería, ¿no? Miré a mi mejor amigo; estaba durmiendo plácidamente. Magnífico.

Recorrí de puntillas la habitación hasta la puerta del baño, con el teléfono en una mano y el remo en la otra. Tomé aire y, de una patada, abrí la puerta.

Había un hombre desnudo apoyado en mi ducha, calado, de espaldas a mí.

–¡Aaah! –grité.

La puerta golpeó en la pared y se cerró de nuevo, y yo retrocedí de un salto. El remo se me cayó al suelo; Bowie se puso en pie de golpe y se acercó a mí ladrando frenéticamente. Se oyó un grito desgarrador, y yo respondí con otro. ¡Dios Santo! ¿Quién estaba allí? ¿Qué estaba allí?

–Teléfono de emergencias de la policía, ¿cuál es su emergencia? –dijo una voz, a través del teléfono. Gracias a Dios, yo había presionado el segundo uno sin darme cuenta.

–¡Hombre desnudo! ¡Hombre desnudo! –gritó alguien. ¡Oh, era yo! «¡Esconde el teléfono!», me ordenó mi cerebro, así que tiré el móvil al otro lado de la cama. Bowie aullaba de pánico y yo me alejaba del intruso desnudo. Tomé un almohadón y me abracé a él, con la espalda pegada a la pared.

La puerta del baño se abrió de nuevo, y yo grité desesperadamente.

–Por el amor de Dios, Callie, ¡no grites así!

Mis alaridos cesaron al instante.

Era mi abuelo. Iba envuelto en una toalla. Era Noah. ¡Noah era el hombre desnudo! Claro, estaba apoyado en la pared porque solo tenía una pierna. Yo dejé caer el almohadón al suelo.

–Dios mío, abuelo, ¿en qué demonios estabas pensando? –le chillé, temblando. Bowie ladró para apoyarme-. ¡Creía que eras un asesino en serie! ¡Me has dado un susto de muerte!

–¿De verdad? No me había dado cuenta –me espetó Noah-. Además, ¿y si hubiese sido un asesino de verdad? ¿Te habría salvado ese almohadón, so boba?

–Yo... Tú... –balbuceé. Tenía el corazón tan acelerado que me daba vueltas la cabeza-. ¿Y qué demonios estabas haciendo tú en mi baño, si puedes explicármelo? –pregunté.

–¿Y tú? ¿Por qué has vuelto tan pronto a casa? –replicó él.

–Me he marchado un poco antes de la oficina... Un momento, ¿quién más estaba gritando? No era solo yo, ¿verdad?

–No es asunto tuyo –dijo Noah, pero se ruborizó.

–¿Hay alguien más ahí dentro? –le pregunté yo, entrecerrando los ojos.

En aquel momento, Jody Bingham apareció en la puerta del baño, mojada y... tapada solo con mi albornoz.

–Hola, Callie –dijo con calma–. Siento que te hayamos dado un susto.

Yo oí las sirenas a lo lejos.

–Bueno, pues yo siento haber llamado al nueve uno uno –respondí.

Cuando la policía, los sanitarios y los bomberos, (la mitad eran River Rats) habían escuchado mi historia por quinta vez, habían terminado de llorar de la risa y se habían asegurado de que mi abuelo no era ninguna amenaza para mi seguridad, por fin, se marcharon.

–Me he alegrado mucho de verte, Noah, como siempre –le dijo Robbie Neal, el presidente de los River Rats, a mi abuelo, estrechándole la mano.

–Salga de aquí, señor –refunfuñó Noah.

Robbie me guiñó un ojo.

–Siento el problema que has tenido, Callie –me dijo.

–Creo que ni la mitad que yo –respondí.

Cuando cerraba la puerta y salía a la calle, ya estaba echando mano del teléfono móvil para contárselo a todo el mundo.

–Noah, Jody, una vez más, lo siento muchísimo –dije–. Aunque tal vez hayáis aprendido la lección de que no se debe utilizar el baño de los demás sin avisar, ¿eh? –pregunté, mientras removía la sopa que había preparado durante el pequeño interrogatorio policial. Jody y Noah estaban sentados en la mesa de la cocina, con un poco de timidez.

–No estábamos haciendo nada demasiado... –Jody hizo una pausa, y continuó–: Nada demasiado indecente, Callie –me aseguró–. A tu abuelo le dolía la pierna, y yo le sugerí que se diera un baño de burbujas, y el jacuzzi está en tu habitación.

–Um... Bueno, Noah, la próxima vez que tu coche esté en el taller y a ti te apetezca tener compañía, ¿podrías dejarme una nota? –le pregunté, mientras ponía la cazuela de sopa en la mesa y volvía a buscar un paquete de crackers y un queso fresco que tenía en la nevera–. Bueno, y ¿cuánto tiempo hace que

sois... amigos?

–Oh, no somos amigos –respondió Jody, afectuosamente–. Somos dos almas gemelas, ¿verdad, Noah?

–No nos pongamos histéricos –respondió mi abuelo. Sin embargo, tenía las mejillas de color rosa y, cuando Jody lo tomó de la mano por encima de la mesa, se lo permitió.

En aquel momento, se abrió la puerta trasera y entró el resto de mi familia: padres, hermanos y sobrinas.

–Acaba de llamarnos Robbie Neal –dijo mi padre, con la frente arrugada de la preocupación–. Ha dicho que ha entrado en tu casa un... pervertido, cariño...

Mi padre se acercó directamente a mí y me agarró por los hombros.

–Sí –confirmé yo–. Y ha sido terrorífico.

De nuevo, conté la historia del abuelo desnudo. Bronte se quedó pálida.

–Eso es tan desagradable, que... –dijo.

Freddie estaba balanceándose hacia delante y hacia atrás, sin poder respirar de la risa, y Hester tuvo que secarse las lágrimas de los ojos. Josephine estaba jugando con una Barbie de un solo brazo. Y mis padres estaban sentados, uno junto al otro, en el banco.

Había sopa suficiente para todo el mundo, y preparé un *crumble* de melocotón mientras todos estábamos hablando, y, aunque el trabajo era un asco y yo casi había provocado la detención de mi abuelo por un crimen de naturaleza sexual, aquella resultó ser la mejor comida familiar que teníamos desde hacía mucho tiempo.

Tal vez, la mejor de todas.

Capítulo 19

Tres días más tarde, ya tenía asumido que había echado por tierra el romance incipiente entre Ian y yo, y estaba deprimida. Quería llamarlo, pero no tenía valor. Además, sabía que no podía forzarlo más. Él tenía el número de mi teléfono móvil, de mi casa y de mi oficina, mi correo electrónico, mi página de Facebook y la dirección de mi calle. Y toda esa información la estaba ignorando.

Por otro lado, eCommitment me decía que un leñador de cincuenta y tres años con dos exmujeres, siete hijos y nueve perros había mostrado interés en mí. Estaba claro que se me habían acabado los hombres disponibles en todo Vermont. El del pelo humano cada vez me parecía una opción mejor.

El martes, Annie y yo quedamos para comer en Toasted & Roasted, que estaba lleno de personas de la tercera edad que habían salido a la calle a ver el paisaje otoñal, y solo conseguimos mesa porque yo había bailado con Gus, el dueño, en el baile de octavo curso. Después de que Annie me pusiera al corriente de los triunfos escolares y atléticos de mi ahijado, y de su visita al dentista, yo la puse a ella al corriente de mi vida amorosa.

–¿Seguro que no debería llamarlo? –le pregunté, jugueteando con mi sopa.

–Dale un poco de espacio –dijo ella. Le dio un bocado a su sándwich y se puso a masticar tranquilamente.

–Odio eso del espacio –murmuré–. Se me da mucho mejor asfixiar, agobiar y acechar.

–Hazme caso –me dijo ella–. Yo lo sé todo.

El jueves, decidí que Annie no sabía nada y que el mejor modo de actuar era el acecho. Así pues, decidí salir a remar un poco con mi kayak al lago Granite. Yo iba de vez en cuando a remar a aquel lago, ¿no? Ciertamente, el embarcadero de Ian estaba al extremo más alejado de ese mismo lago, pero

eso no era culpa mía. Yo llevaba remando allí desde mucho antes de que el veterinario se mudara a vivir a aquella casa.

Descargué el kayak, saqué el remo del maletero y me puse el chaleco salvavidas.

–Vamos, sube, Bowie –le dije a mi perro, y él saltó ágilmente al asiento delantero de la barca.

Veinte minutos después, vi el embarcadero de Ian. No había ni rastro de él, y su casa estaba demasiado alejada como para poder ver algo desde el agua. Una pena. Yo tenía la esperanza de que estuviera allí sentado, pensando en mí. Me quedé allí parada un momento, oyendo el sonido de las olitas que rompían contra el casco del kayak. Después, con un suspiro, di la vuelta para volver a la orilla.

A pesar de todo, el aire fresco y el ejercicio me dieron calma y me animaron. Era difícil estar triste con Bowie, que iba sentado muy atento delante de mí, moviendo la cabeza cada vez que notaba la presencia de un pez, una tortuga o una ameba.

Vermont estaba en una de sus épocas más bellas. Estábamos en pleno otoño, y las hojas de los árboles tenían colores tan puros y tan brillantes que casi producían sensaciones físicas. Era una suave tarde de octubre, y el sol del atardecer enviaba sus rayos dorados a través de las nubes grises. Dentro de unas pocas semanas, aquel paisaje habría desaparecido y solo sería otro recuerdo hasta el otoño siguiente, y el invierno largo y blanco caería sobre nosotros.

Me crucé con otro kayak en el lago. Era una pareja de mi edad, que remaba con energía. Tenían las mejillas rojas del aire fresco y el ejercicio.

–Preciosa tarde, ¿verdad? –les dije, a modo de saludo.

–¡Y que lo digas! –respondió el hombre–. ¿Sabes? Nos vamos a casar. ¡Acaba de decirme que sí!

La mujer movió la mano para mostrarme el anillo de compromiso.

–¡Oh, buena suerte! –respondí, con alegría, aunque se me pasó por la mente una imagen de ellos dos volcando con el kayak en el agua. Me saludaron con la mano, muy enamorados de la vida, y siguieron con su feliz paseo.

–¿Quieres ser mi novio, Bowie? –le pregunté, casi lloriqueando.

Por supuesto, él sí quería, se giró en su asiento y dio un par de pasos hacia mí para lamerme la cara.

–¿Lo ves? Tú percibes mi estado de ánimo. No roncas. Eres muy atractivo.

Bueno, ya está bien. Eres un perro y, posiblemente, todo esto suena bastante perverso. Ve a sentarte.

Bowie volvió a su asiento y siguió buscando pececitos. A medida que iba oscureciendo, volví a la orilla. Bowie bajó al suelo de un salto y me observó mientras yo subía el kayak a la baca del coche y me quitaba el chaleco. Miré una vez más al otro lado del lago y abrí la puerta del coche.

–Vamos, precioso –le dije.

Bowie subió a su asiento y yo le abroché su cinturón de seguridad y le besé la cabeza peluda.

Al arrancar a Lancelot y empezar a recorrer la carretera de tierra para volver a casa, volví a sentir melancolía. El trabajo no era tan horrible, pero ya no era lo mismo. La noche anterior había buscado otros puestos en Craiglist, pero no encontré nada, solo una oferta de comercial para un periódico moribundo de New Hamster. Sería una tonta si dejara el puesto y el sueldo que tenía en mitad de aquella situación económica.

–Podría entrar en el negocio familiar –le dije a Bowie–, aunque no quiera estar entre muertos todo el día, sí tendría seguridad laboral.

De repente, a mi derecha, salió un enorme pavo salvaje, aleteando como si lo estuvieran persiguiendo; claramente, se estaba preparando para despegar. Frené en seco y estiré el brazo para proteger a Bowie, que ladró del susto. Nos detuvimos bruscamente y los cinturones de seguridad se bloquearon.

–Oh, mierda –susurré.

Había oído un golpe. Con el corazón encogido, salí del coche, preparada para ver al pavo destrozado.

Allí estaba, tendido a un lado del camino. Movié una de las alas débilmente, y se quedó inmóvil.

–¡No! –grité–. ¡No, no! ¡Lo siento muchísimo!

Me acerqué a él retorciéndome las manos. El pavo no se movía, y yo no sabía si podía respirar.

–Por favor, no estés muerto –gemí.

Entre sollozos, abrí el maletero del coche. ¡Mierda de Lancelot! ¿Por qué no me había comprado un Prius? Por lo menos, si el coche hiciera algo de ruido, el pobre bicho habría estado sobre aviso.

–Por favor, no estés muerto –repetí.

Tomé una lona que siempre llevaba en el coche para poner los remos mojados. Bowie gimoteó una pregunta.

–Lo hemos atropellado –dije, y volví con el pavo.

Estaba inmóvil. Como todos los pavos macho, era muy feo. Tenía las plumas negras y sin brillo y la cabeza calva, de color azul y rojo. Tenía unas patas largas y fuertes, con unas espuelas afiladas que le servían de defensa. Aunque, contra mi coche, no le habían servido de nada.

Con las manos temblorosas por el miedo y la adrenalina, coloqué la lona al lado del ave y saqué el remo de mi coche. Cerré los ojos para no ver el horror de aquel trabajo y, con el remo, empujé suavemente al pájaro enorme hacia el plástico. Me atraganté al oír el sonido que hacía su cuerpo.

–Lo siento mucho, lo siento muchísimo –dije, llorando.

Recogí los extremos de la lona, haciendo una especie de cabestrillo para no tener que tocar al pavo. Pesaba más de lo que yo esperaba, tal vez unos diez kilos. Conseguí meterlo en el maletero, sin dejar de llorar. Mientras lo colocaba, vi que sobresalía una de sus garras por un extremo de la lona, y me eché a temblar. Pobre animal inocente.

–Por favor, no estés muerto –dije una vez más.

Luego cerré la puerta, me senté rápidamente al volante y me puse en marcha, acelerando. Los neumáticos resbalaban por el camino de tierra.

Nunca, en toda mi vida, había atropellado a un animal. Ni siquiera a una ardilla. Era toda una hazaña, viviendo allí, en el bosque, y siempre me había sentido orgullosa de ello. Oía mi propio llanto. Era un gemido largo y bajo que hacía que mi perro también aullara suavemente.

–No estés muerto, no estés muerto –le rogué al pájaro, ignorando a Bowie, que intentó girarse para ver mejor a nuestro silencioso pasajero. Llegamos a la carretera de asfalto y pisé el acelerador. Los árboles se convirtieron en un borrón de color. Giré con brusquedad para tomar Bitter Creek Road, mientras seguía repitiendo–: No estés muerto, no estés muerto.

Allí estaba el número setenta y cinco, con un buzón negro que marcaba el camino casi oculto. Giré y aceleré tan bruscamente, que el coche derrapó. Bowie soltó un aullido y tuvo que agarrarse con las uñas para mantener el equilibrio en el asiento del coche.

¡Gracias a Dios! Había luces encendidas. Él estaba en casa.

Salí del coche rápidamente, abrí el maletero, agarré los bordes de la lona y saqué el bulto. Después, subí torpemente los escalones hacia la puerta, y me encogí al notar que golpeaba al pavo con las espinillas.

Ian ya estaba abriendo la puerta.

–¿Callie? ¿Qué ocurre? –me preguntó.

–Creo que lo he matado –respondí, entre lágrimas. Pasé por delante de él, atravesé el salón y me acerqué a la mesa para dejar allí el paquete–. He atropellado a un pavo.

–Callie, yo como ahí –dijo él, mirando el bulto–. ¿No has oído hablar nunca de la gripe aviar?

–Eso solo fue una táctica de terror utilizada por la administración Bush para... Ian, ¿puedes mirarlo por si todavía está vivo? ¿Por favor?

Tomé aire y fui corriendo al fregadero para lavarme las manos. Tal vez aquel pavo no tuviera la gripe aviar, y yo no lo había tocado, pero Ian tenía razón.

–Claro –dijo, siguiéndome a la cocina.

–Si hay que... ya sabes, sacrificarlo... ¿tienes lo necesario aquí? –le pregunté con la voz entrecortada.

–Sí –dijo. Abrió un cajón y sacó un par de guantes de látex. Después, me entregó un paquete de pañuelos de papel–. Si lo has atropellado, Callie, probablemente esté muerto –me dijo, suavemente, mientras se ponía los guantes–. No tienen muchas oportunidades contra un coche.

Yo asentí sin dejar de llorar. No amaba profundamente a los pavos salvajes, pero tampoco los odiaba, y no quería matar a ninguno. Ni siquiera en Acción de Gracias. Siempre sentía una punzada... Por supuesto, comía con ganas, porque me encantaba el pavo, pero siempre sentía un rechazo...

Ian se acercó a la mesa y bajó el plástico con el pavo al suelo. Se arrodilló junto a él y abrió el paquete.

–Vaya, este es enorme –murmuró.

Yo me acerqué y me quedé a su espalda. Sin pensarlo, lo agarré del hombro mientras me mordía el labio. El pájaro tenía los ojos abiertos, pero no pestañeaba, y parecía que tampoco respiraba.

–¿Está muerto? –susurré. Se me estaban cayendo las lágrimas en la camisa de Ian.

Él me miró.

–Eso parece.

–Oh, no –gemí–. Mierda, mierda.

–Vamos, Callie, tranquilízate –dijo él. Se incorporó, se quitó los guantes y me puso las manos en los hombros–. No has podido evitarlo. Eso ocurre a menudo.

–Yo nunca había atropellado a ningún animal –susurré, conteniendo los sollozos.

–Yo lo entierro –dijo él.

–Oh, gracias, Ian –murmuré.

De repente, se oyó un ruidoso aleteo y unas garras escarbando. Yo me agaché instintivamente; Ian se giró.

El pavo estaba vivo y coleando. Aleteó, se tambaleó y se puso en pie. Emitió un extraño gruñido... *Gooooorrrr... Gooooorrrr...* y ladeó la cabeza sospechosamente.

–¡Has dicho que estaba muerto! –siseé.

–Debía de estar en shock –respondió él–. No te quedes ahí parada. Abre la puerta para que pueda salir.

Yo retrocedí lentamente, para no asustarlo, y abrí la puerta por la que acababa de entrar. Ian se acercó muy despacio al pájaro.

–Tranquilo, pavo –murmuró–. Vamos, vete.

Lo rodeó dibujando un círculo, y el pájaro dio unos cuantos pasos hacia la puerta... y hacia mí.

–Un pavo muy bueno –dijo Ian con calma–. Vamos, sal por la puerta.

De repente, el pavo empezó a aletear ferozmente y echó a correr hacia mí. Yo grité y el pavo giró a la izquierda, rodeó una silla, se chocó con una mesa auxiliar y la tiró al suelo. Hubo un ruido tremendo y el pavo echó a volar.

¡Gloogloogloogloo!, gritó. *¡Gloogloogloogloo!*

Vi que un borrón pelirrojo emergía de la sala de estar. Angie.

–¡No, Angie! –gritó Ian.

Sin embargo, al fin y al cabo, Angie era una setter irlandesa, una perra nacida justo para aquello, y salió corriendo detrás del pavo, que aterrizó con torpeza sobre la mesa de la cocina. Angie saltó, y el pájaro despegó de nuevo y chocó con la araña de cristal, que se balanceó peligrosamente. El pavo intentó posarse en la librería, pero no había sitio suficiente, y se dirigió hacia mí.

–¡No! ¡Fuera! –grité yo. Me dejé caer de rodillas y me tapé la cabeza–. ¡Mátalo, Ian! ¡Mátalo!

–¡Callie, quítate del camino hacia la puerta principal! –me ladró Ian–. ¡Lo estás asustando y no puede salir! ¡Y no voy a matarlo! ¿Acaso no estabas llorando por esta cosa hace un minuto?

El pavo aterrizó en el sofá y, con un aleteo, echó a correr hacia la sala de

estar. Angie se lanzó hacia el ave, pero Ian consiguió sujetarla por el collar.

–¡No, preciosa! ¡Para! ¡Callie, abre las puertas de la terraza, por el amor de Dios!

Yo me arrastré por el suelo y abrí las puertas correderas que daban al porche. Angie estaba llorando e intentando zafarse de Ian, que estaba medio tumbado sobre ella. Desde la sala de estar se oían más golpes y gruñidos de pavo.

–¡Por aquí, pavito, pavito! –le llamé.

Estaba a punto de emitir una carcajada de histeria.

Gooooorrrr... Gooooorrrr...

–¡Entra ahí y espántalo para que salga! –exclamó Ian.

–Sí, claro. No pienso entrar ahí. Ve tú.

Goorrrr...

–Yo estoy sujetando a la perra.

–Yo la sujeto –dije, y me arrastré hacia Ian y Angie–. Yo no voy a entrar ahí. Es un trabajo para hombres, porque requiere testosterona. Además, puede picarme.

–Debería picarte. Tú eres la que lo ha atropellado –murmuró Ian. Sin embargo, en cuanto agarré a Angie del collar, él se puso en pie–. No sueltes a Angie –me advirtió.

–Por supuesto que no, doctor –dije–. Buena suerte. Yo tomaré muslo –añadí, y se me escapó una risa histérica.

–Magnífico –murmuró él, mirándome torvamente.

Entró a la sala de estar, y Angie movió la cola para desearle fortuna a su dueño. Yo esperé, con la cara escondida en el pelo sedoso de Angie. Uno... dos... tres...

¡Gloogloogloogloo!

–¡Cuidado, allá va! –gritó Ian.

El pájaro salió corriendo y moviendo las alas, y Angie dio un tirón, ladrando con todas sus fuerzas. Yo vi las horribles patas del pavo y noté el viento que provocaba el movimiento de sus alas. Sin poder evitarlo, volví a gritar.

–¡Ian! ¡Sácalo ya!

–¡Qué fácil es decirlo! –gritó él, sin dejar de perseguir al pavo.

Entonces, el pavo debió de oler por fin la libertad, porque giró su feísima cabeza, se fijó en el hueco de la puerta, salió corriendo por él y bajó las

escaleras del porche. Yo oí la explosión de ladridos de Bowie.

–¿Estará bien? –le pregunté a Ian, después de que pasara un minuto.

–Sí –dijo él.

Yo solté a Angie que, inmediatamente, empezó a olisquear los buenos olores del pavo, y me puse de pie.

Ian estaba en el salón, jadeando. Yo me acerqué a él.

–Bueno, creo que no estaba muerto, después de todo –dije.

Ian me miró, y yo me eché a reír.

–Qué graciosa –dijo él, secamente–. ¿Por qué no dejas salir a Bowie del coche? Puede estar en el patio con Angie. Está vallado.

Se dio la vuelta y pasó a la cocina.

Yo obedecí, sin dejar de reírme.

–Siento que te hayas perdido la diversión, Bowie –le dije, mientras desataba el arnés del cinturón de seguridad–. Pero ahora puedes jugar en el jardín con Angie, ¿qué te parece?

Cuando seguí a mi perro al interior de la casa, se me borró la sonrisa de los labios.

En la preciosa y ordenada casa de Ian reinaba el caos. Había dos mesas en el suelo, se había roto una copa de vino, o algo parecido, y había cristalitos en un charco de líquido. Se veían plumas por aquí y por allá. Se habían caído unos cuantos libros y un par de cuadros de la librería. La mesa de la cocina estaba torcida y una de las sillas estaba tirada en el suelo. Eché un vistazo a la sala de estar y vi unos daños parecidos.

Angie ya estaba en el patio, así que dejé salir a mi perro por las puertas correderas y cerré.

–Yo lo limpio todo, Ian –le dije.

Mientras observaba los desperfectos, me mordí el labio. Había varios sobres desperdigados, y los recogí. Ian se estaba remangando la camisa. Tenía una mancha de sangre en la manga.

–¡Ian, tienes una herida! –exclamé.

–Sí.

–¿Ha sido el pavo?

–No –respondió él, mirándome–. Me he enganchedo con el borde de la librería.

–¿Dónde tienes el botiquín?

–Yo puedo curarme.

De repente, me di cuenta de que estaba tan cerca de él, que notaba su calor. Ian llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa blanca. Tenía las pestañas largas y rectas, y me estaba mirando fijamente. Aunque, seguramente, él mismo podría limpiarse la herida en un minuto, yo quería cuidar de él.

–Insisto –dije con la voz un poco ronca.

Ian tomó un pañuelo de papel y lo presionó contra su antebrazo.

–Entonces, está allí –dijo, señalando con la cabeza hacia un armario.

Yo me acerqué y encontré una caja de plástico azul, cuidadosamente etiquetada con un cartelito que decía *Primeros Auxilios*. Miré a mi paciente. Estaba apoyado en la encimera, mirándome con atención.

Empezaron a temblarme las rodillas. Sentía mucho calor en la cara. Mis partes femeninas en alerta.

Abrí el botiquín, que contenía una pequeña botella de agua oxigenada, un rollo de gasa, un tubo de pomada antibiótica y unas tiritas; lo habitual.

–Entonces –dije, y me aclaré la garganta–. Um, vamos a lavar la herida, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –respondió él con un ligero tono de diversión.

Tomé su mano; era una buena mano, grande, fuerte y capaz, tal y como cualquiera querría que fuese la mano de un veterinario. Y el hecho de sujetar su mano y estar tan cerca de él me estaba afectando, lógicamente. Se me aceleró el corazón cuando abrí el grifo del agua y atraje su brazo hacia el chorro. Nuestros costados se tocaban, y él me producía una sensación maravillosa, porque era grande y cálido, y... «Concéntrate, Callie. Primeros auxilios, ¿recuerdas?».

Sí, sí. Bien. La herida había dejado de sangrar. En realidad, era solo un arañazo, pero yo se lo iba a curar muy bien.

Ian no habló mientras yo ponía un poco de agua oxigenada en una bola de algodón y se la aplicaba sobre el rasguño. Después, le sequé el brazo. Era desconcertante estar tan cerca de él. Podía ver su pecho subiendo y bajando por la respiración. Su antebrazo era perfecto; era musculoso y estaba bronceado, salpicado de vello rubio. Los tendones se movían bajo su piel suave cuando él movía la mano.

–Solo... um... solo te voy a poner un poco de esto... de esta cosa pegajosa... ¿Qué te parece? –le pregunté, tomando la... cosa pegajosa.

–Bien –dijo él.

Lo miré a la cara. Tenía un amago de sonrisa en los ojos, tan azules, y yo

bajé la vista rápidamente mientras me ruborizaba.

Sin soltarle la mano, le unté un poco de bacitracina (¡ese era el nombre de la pomada!) en la herida, pasando el dedo índice desde su muñeca hasta el codo. Su piel era perfecta, y se notaban sus músculos sólidos por debajo. Preciosa. El interior de su codo era muy suave y blanco, en comparación, y yo pasé el dedo por allí también.

Al darme cuenta de que mi cura de primeros auxilios se había convertido en una sesión de caricias al veterinario, aparté la mano y busqué a tientas el rollo de gasa. O le vendaba la herida, o tendría que utilizar nueve tiritas, porque el arañazo era bastante largo. Sin embargo, yo era un poco torpe con las manos, y aquello era más difícil de lo que yo pensaba.

—Está un poco apretado—dijo Ian. Yo miré hacia arriba. Él tenía la comisura de los labios un poco inclinada hacia arriba, como si fuera a sonreír. Extendió la mano, que se le estaba poniendo roja; las venas de la muñeca se le habían hinchado.

—¡Lo siento!—exclamé; desaté rápidamente el nudo y deshice el vendaje—. Bueno. La venda de Ian, toma dos.

La segunda vez, dejé la gasa demasiado suelta, y se deslizaba hacia abajo. Además, estaba un poco empapada porque me había excedido en la aplicación de la cosa pegajosa, así que tomé una tirita, la abrí y la usé para mantener la gasa en su sitio. Puse otra. Empezaba a parecer que aquel vendaje lo había hecho Josephine, o Bowie. Eso, sin mencionar que las tiritas iban a llevarse un poco de vello cuando Ian se las quitara. ¡Y aún estaba muy suelto! Ajusté un poco el vendaje, pero seguía deslizándose hacia abajo, así que me limité a darle una palmadita en el brazo.

—¿Qué tal?—pregunté, mirándolo.

Él estaba sonriendo. No mucho, solo un poco, pero era más que suficiente.

—Perfecto—murmuró.

Sin pensarlo más, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé sin miramientos.

Él me abrazó y me estrechó contra sí. Deslizó una mano entre mi pelo y correspondió a mi beso con ferocidad. Era maravilloso. Tenía los brazos fuertes y el cuerpo duro, y olía a jabón y a lluvia. Me apoyé en él, metí los dedos en su pelo corto y suave e hice del beso algo más profundo, con lo que obtuve un gemido muy gratificante por su parte. Dios mío, él hacía que me sintiera tan bien, era tan... calmante, de alguna manera, tan real, cálido y

seguro... Su boca era suave y dura al mismo tiempo, y me besaba con tanto calor y tanta intensidad que yo casi no podía soportarlo.

En la lucha contra el pavo, se me había salido la camisa de la cintura del pantalón, e Ian deslizó la mano por debajo. Noté su piel caliente contra mi piel. Yo había enroscado mi pierna en la suya y, en cualquier momento, iba a empezar a imitar a Bowie. Él descendió con la boca por mi cuello y movió la mano para cubrir mi pecho, y a mí se me doblaron las rodillas mientras se me caía la cabeza hacia atrás, y, por un segundo, pensé en caerme al suelo como si no tuviera huesos, tirando de él para que se tendiera sobre mí.

Entonces, su boca volvió a encontrar la mía y, oh, fue como si aquel beso tuviera el poder de cambiar la vida; realmente, así fue como me sentí, como si fuera un beso que significaba algo, que prometía algo, que te hacía anhelar todo tipo de cosas. Tardé un minuto en darme cuenta de que él me estaba mirando. Me quedé sin aliento, jadeando, sintiendo bajo mi mano los latidos fuertes y rápidos del corazón de Ian.

Durante unos segundos, no dijo nada. Tan solo, me metió un mechón de pelo detrás de la oreja y me miró fijamente a los ojos.

—¿Te gustaría quedarte? —preguntó, mientras me acariciaba el labio inferior con su pulgar.

Yo tragué saliva y asentí.

—¿No deberíamos limpiar primero? —susurré, observando la devastación que había creado el pavo.

—No —respondió Ian.

Después, me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba.

Capítulo 20

Me desperté aproximadamente doce horas después, completa y deliciosamente agotada. Oh, no. Aquella noche no habíamos dormido mucho, no, señor.

Yo estaba sonriendo antes de abrir los ojos. Y, también, ronroneando un poco. Pensaba que tal vez deberían darme una medalla. En cuanto a Ian... definitivamente, también se la merecía.

Me di la vuelta y abrí los ojos. Ian ya se había levantado, y el reloj marcaba las siete y treinta y dos de la mañana. Nuevo día, nuevo novio, nuevo mundo. ¡Suspiro! Ian McFarland era un hombre muy minucioso. Se había asegurado de que yo fuera una mujer muy feliz. Se había asegurado de ello un par de veces.

Y yo había conseguido hacerle sonreír. Solo con acordarme, mis partes femeninas volvían a ponerse tensas. Una sonrisa de Ian era algo importante. Había valido la pena esperar con tal de ver aquella sonrisa maravillosa y embobada.

En algún momento de la noche anterior, más o menos las diez, recordamos que nuestros perros todavía estaban fuera, y que un pavo había hecho estragos en la casa. Fue algo íntimo, el hecho de limpiar juntos, riéndonos mientras yo descubría cuál era el lugar de cada cosa. Después, Ian hizo sándwiches de mantequilla de cacahuete y plátano con pan integral, sirvió dos vasos de leche, lo puso todo en una bandeja y comimos aquel pequeño refrigerio a medianoche, en la cama, con los perros sentados, esperando tranquilamente a que les tiráramos algún pequeño bocado. Y, después, Ian y yo nos hicimos muy felices el uno al otro una vez más.

«Y, ahora, ¿qué?», me pregunté. Me levanté de la gran cama de Ian y miré a mi alrededor. Ah. Vi una bata de franela bastante vieja y me pareció que estaría bastante mona con ella, ya que era de Ian, e Ian era ahora mi cariñito.

Me la puse y e inhalé profundamente su olor. Olía a él, y a mí me temblaron las rodillas, aunque de un modo agradable.

Me miré en el espejo del baño, me atusé un poco el pelo y sonreí. Muy bien. Bajé las escaleras casi saltando. Había un olor a café muy rico. No podía esperar a ver su sonrisa otra vez, porque esas sonrisas eran regalos, eran rayos de sol después de la tormenta, eran flores recién abiertas, eran un helado de caramelo y chocolate. Tenía mariposas de felicidad bailando en el estómago. Yo le gustaba a Ian McFarland. Y, posiblemente, algo más.

Cuando llegué al pie de las escaleras, le eché un vistazo a mi amante. ¡Qué deliciosa palabra! Estaba en la cocina, ya vestido de traje. Parecía que estaba... um... bueno, un poco tenso. Tenía los brazos cruzados y observaba por la ventana de la cocina a nuestros dos perros, que estaban jugueteando y divirtiéndose. ¡Ah! Tal vez ellos también estuvieran enamorados. Pero Ian... Vaya. Su expresión era algo sombría. Bueno, a lo mejor solo estaba cansado. Se alegraría al verme, al ver a Callie Grey, aquella mujer tan libertina.

–Buenos días –le dije, apoyándome contra la pared, con una sonrisa.

Él se giró hacia mí.

–Ah. Ya estás despierta. No te había oído –dijo. Se metió las manos en los bolsillos y no sonrió. De hecho, me miró con el ceño fruncido.

–Hola –dije yo, echándome el pelo hacia atrás.

Era una especie de recordatorio... «Estoy despeinada y sin arreglar porque ayer lo hicimos tres veces». Sin embargo, no conseguí mi objetivo, y se me apagó un poco la sonrisa al ver que él seguía teniendo la mandíbula apretada.

–Seguramente, tendrás que marcharte ya, ¿no? –me preguntó, tragando saliva.

Yo tomé aire bruscamente.

–Vaya. Esto no es lo que me esperaba.

–Bueno... ¿y qué te esperabas? –inquirió él, mirando al suelo.

–Oh, Dios, Ian –dije yo, lentamente–. Tal vez, un «Buenos días», o «Lo de anoche fue increíble», o un «¿Te apetece un café?».

Ian no respondió. Siguió mirando al suelo como si lo de la noche anterior hubiera sido un gran error y estuviera intentando acabar con aquella situación, o con las expectativas que yo pudiera tener.

Se me formó un nudo en la garganta. La diarrea emocional no andaba muy lejos.

–Hay café, por si quieres un poco –dijo Ian, cuidadosamente. Y miró su

reloj.

–¿Sabes? –le pregunté, con tirantez–. No, no quiero café. Voy a vestirme y te dejaré a solas, porque, claramente, eso es lo que quieres.

Me di la vuelta hacia las escaleras.

Antes de que hubiera subido al primer escalón, él me alcanzó y me agarró por la cintura. Yo solté un gritito de sorpresa al verme sujeta contra su pecho.

–Espera –me dijo en voz baja.

Yo esperé. Tragué saliva. Esperé unos segundos más.

–Lo siento –susurró.

–Como debe ser –dije yo con la voz un poco entrecortada.

–¿Estás llorando?

–Estoy a punto –dije.

Él deslizó las manos hasta mis hombros y me giró hacia él.

–A lo mejor debería empezar otra vez –dijo, completamente en serio.

–¿Tú crees?

–Sí. Debería haber pensado en algo diferente que decir.

Frunció el ceño, pero no apartó los ojos de mi cara.

–Está bien. Empieza otra vez –le dije.

Él asintió.

–Buenos días.

–Buenos días.

–¿Te apetece un poco de café?

–No, ahora no, gracias.

–Lo de anoche fue increíble –dijo, y tragó saliva. No sonrió. Respiró profundamente y continuó–: Callie, no sé... No estoy seguro de... No sé qué significa lo de anoche para ti, y yo no... Normalmente, no soy una persona impulsiva.

–Lo dirás en broma –murmuré yo.

Tampoco sonrió, solo siguió mirándome.

–Yo no creo en las aventuras –me dijo con una expresión sombría–. No quiero solo una aventura.

Entonces, a mí se me doblaron las rodillas de verdad. Y se me aceleró el corazón.

–Yo, tampoco –susurré.

Él asintió ligeramente y me apretó un poco los hombros.

–Callie, sé que estabas enamorada de tu jefe. Y, en el hotel, la otra noche,

me pareció que todavía sientes algo por él. Si es así, tienes que decírmelo.

Me miró de nuevo a los ojos, y fue una impresión ver lo que había en ellos.

–No, no siento nada por él –susurré–. Eso se terminó.

Y era cierto. No sabía cuándo había terminado, pero era cierto.

–¿Estás segura?

Yo asentí.

–Sí. Se terminó.

Él exhaló un suspiro.

–Bien –dijo, y me miró los labios.

–Bien –dije yo.

Él esperó, pero yo no dije nada más.

–Bueno, entonces... –prosiguió–, ¿te gustaría salir conmigo en serio?

Yo no pude evitarlo. Me eché a reír y le rodeé la cintura con los brazos.

–Sí, quiero salir contigo en serio, Ian –dije con una sonrisa de oreja a oreja.

–Bien. Esto está muy bien –respondió. Entonces, me besó con suavidad–.

Callie, siento estar tan... ser tan...

–¿Socialmente retardado? –le pregunté.

A él se le escapó una risa de la sorpresa.

–Iba a decir que siento estar tan nervioso, pero supongo que lo tuyo también vale.

Yo me aparté para poder mirarlo con más claridad.

–¿Yo te pongo nervioso?

–Tú me tienes aterrorizado –respondió él, sonriendo un poco.

¡Oh, yo me derretí!

–¿Y algo más? –susurré, poniéndome de puntillas para que me diera un beso.

–Sí, ahora que lo mencionas –respondió.

Entonces, me abrazó, me elevó en el aire y subió conmigo las escaleras.

Bastante después, se levantó por fin de la cama.

–Voy a llegar tarde a trabajar –dijo mientras tomaba la ropa.

–¿Es la primera vez? –pregunté yo.

Él sonrió.

–Pues, en realidad, sí.

–¿Crees que el mundo podrá continuar girando?

Él se inclinó y me besó. Después, se puso la camisa.

–La verdad es que no me importa –dijo, y me lanzó una sonrisa que mantuvo

mi corazón ardiendo durante el resto del día.

Cuando llegué a la oficina, bastante tarde, Damien me echó un vistazo, miró la caja de donuts que yo llevaba en la mano y dijo:

–Vaya, vaya, parece que alguien se dio un buen revolcón ayer.

–Hola –dije con la voz entrecortada por las prisas–. Qué día tan bonito, ¿verdad?

–¿Quién? ¿Quién es él? –me preguntó Damien–. Te ordeno que me lo digas.

–¿Te apetece un donut? He traído algunos de chocolate solo por ti.

–Hola, Callie –dijo Mark, al entrar en el vestíbulo. Miró la hora, y me preguntó–. ¿Va todo bien? Tú nunca llegas tarde.

–Sí, todo va bien –dije.

–Es que ha tenido una noche de pasión –dijo Damien, enarcando una ceja.

Mark se quedó sorprendido.

–Me voy a trabajar –dije–. Hoy no salgo a comer para recuperar el tiempo, Mark.

–Eso no es necesario, Callie, ya haces más horas de las que debes y...

Yo casi no lo oí. Me fui flotando por el pasillo hacia mi despacho.

Sí. Estaba enamorada.

Y ya era hora.

Capítulo 21

Ian y yo éramos pareja. ¡Suspiro! Por supuesto, mi novio tenía algunos rasgos del síndrome de Asperger, pero yo se lo perdonaba, porque besaba maravillosamente bien y tenía otras cualidades muy agradables. Además, teniendo en cuenta que se había criado viajando por el mundo sin parar, Ian estaba en su derecho de tener sus particularidades.

El sábado lo llevé a remar en kayak. Bowie se disgustó, pero, claro, siendo medio husky, decidió que no podía permitírselo y se fue al jardín de Ian a cantarle a Angie, y después intentó montarla.

Bajo un cielo cubierto y gris, fuimos remando hasta una pequeña isla cubierta de pinos y rocas, en la que vivían unas cuantas ardillas. Yo extendí una manta y saqué una bolsa que había llenado con dos termos de café y unas galletas.

–¿Cómo habrán llegado las ardillas hasta aquí? –preguntó Ian, mientras las veía corretear por las rocas.

–Tienen sus pequeñas barquitas –respondí yo–. Las hacen aquí, en la propia isla. Es su industria.

–Entonces, no lo sabes –dijo él.

–Correcto. No, no lo sé. Ven, querido mío –dije, dando unas palmaditas a mi lado, sobre la manta–. Este es un precioso día de otoño, vivimos en el estado más bonito del país y he hecho galletas de pepitas de chocolate, solo para ti. Aunque he tenido que dejar un par de docenas en casa, para Noah. Vamos a hablar sobre ti.

Ian se echó a temblar, pero obedeció.

–¿Qué quieres saber?

–Bueno –dije, y le di un mordisquito a una de las galletas, que estaba deliciosa–. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz tan preciosa? –le pregunté, pasando

el dedo por ella—. Yo creo que fue luchando a navaja con un pirata. ¿Estoy en lo cierto?

Ian se rio.

—No, por extraño que pueda parecerte.

—¿Entonces?

—Me caí de un columpio cuando tenía seis años.

—Vaya. Vamos a quedarnos con la historia del pirata, ¿de acuerdo? —dije. Sonreí y apoyé la cabeza en su hombro—. Háblame de tu infancia y de los lugares en los que viviste.

—Bueno... eh... Ya te he mencionado a mi madre y a mi hermano, ¿no?

—Sí, sí. Alejandro.

Él asintió.

—Bueno, no es mi hermano, en realidad. Es mi primo hermano. Y Jane es mi tía. Mis padres murieron en un accidente de avioneta cuando yo tenía ocho años.

—Oh, Ian... ¡Lo siento muchísimo! ¡Pobre!

—Bueno, sí, fue muy duro. Pero Jane me adoptó. Yo solo la había visto una vez en la vida, y Alejandro tenía nueve años más que yo. Jane... hizo todo lo que pudo para criar al hijo de su hermano mientras trabajaba.

—¿En Médicos sin Fronteras?

—Sí, básicamente. Es cirujana plástica. Arregla paladares hendidos, y cosas por el estilo. Ale también es médico.

—¿Y estáis unidos?

Él vaciló.

—En cierta forma, sí —respondió.

—¿Por qué no viniste a vivir con tu tío, aquí, a Georgebury?

—A mí me habría gustado eso, pero era alcohólico. Era un buen hombre, pero no podía criar a un niño.

Me pareció que había algo más en aquella historia, pero estaba claro que Ian no quería tocar aquel tema. Por lo menos, en aquel momento, no.

—¿Y tu familia? —me preguntó a mí. Al cambiar de tema con tanta brusquedad, confirmó mis sospechas.

—Están bien —dije, tomándole de la mano—. Bronte es mi sobrina de trece años, y ahora está presionando a mi hermana, que odia a los hombres, para que se case. Así que Hester está saliendo con el ayudante de mi madre de la funeraria. Mi otra sobrina se llama Josephine y quiere ser Lady Gaga cuando

sea mayor. Mis padres se odian y se quieren, dependiendo del día. Mi hermano fuma hierba, se acuesta con chicas y no tiene ambición de ningún tipo. Y la semana pasada me encontré a mi abuelo con su novia en mi bañera.

Ian sonrió, y yo me entusiasmé.

–Hablando de tu abuelo –dijo él–. Hay un museo en Greenledge, ¿lo sabías?

–Claro. Todos los niños de Vermont hacemos una visita obligada en quinto. ¿El Museo del Artesano de América?

Él asintió.

–Va a haber una exposición sobre David Morelock. He comprado entradas para la inauguración. He pensado que podríamos ir con tu abuelo.

Yo lo miré boquiabierto.

–Ian... ¡Gracias!

–De nada.

–¡Lo digo en serio! Esto es... Noah se va a poner muy... ¿Sabes una cosa? Vas a tener un orgasmo. Ahora mismo, señor mío.

–Bueno, si te empeñas –dijo, y me abrazó.

Metió las manos por debajo de mi abrigo y, aunque hacía frío y empezó a llover, nos las arreglamos para conservar el calor. Bastante calor, de hecho.

–Así que estás saliendo con ella –dijo Noah, unos días después.

Estábamos cenando juntos, antes de ir a la exposición sobre David Morelock.

–Sí, señor –respondió Ian.

–¿Tus intenciones son honorables, y todo eso?

–Noah –le reprendió Jody. Últimamente, venía a menudo a nuestra casa.

Ian no dijo nada, solo me miró. Se le arrugaron un poco los ojos debido a la risa, y a mí se me despertaron las partes femeninas.

«¿Cuántas horas quedan para acostarse?», preguntó Betty Boop. «Demasiadas», respondí yo.

–Trátala bien –dijo Noah, señalando a Ian con el tenedor–. Y nada de besarla delante de mí. Esta es mi casa, y hay normas, joven.

–Oh, por favor –dije–. Yo también tengo normas, y una de ellas es no usar mi cuarto de baño.

–Tú nunca utilizas esa bañera –dijo Noah, mirando a Jody con una sonrisa.

–Y ahora, nunca la utilizaré –respondí.

Jody se echó a reír.

–Me parece que deberíamos pensar en salir ya, ¿no? Ian, ¿a qué hora empieza la exposición?

–A las siete –dijo Ian, y me miró–. Gracias por la cena, Callie.

Yo sonreí y estiré el pie para acariciarle la pierna. Oh, vaya... Di con la prótesis de Noah y tuve que desviarme a la izquierda. Ahí. Ian no comía demasiada comida casera, y yo tenía la esperanza de que eso cambiara.

Como otros muchos museos, el Museo del Artesano de América tenía algo de sagrado. En el gran vestíbulo del edificio había una enorme fotografía del señor Morelock en blanco y negro. En ella aparecía su rostro arrugado mientras lijaba a mano una pieza de madera.

«Gracias otra vez por mi mecedora», le dije, en silencio, con un nudo en la garganta. «Espero que pueda ver lo mucho que significa para mí».

Miré a Noah y me di cuenta de que tenía una expresión de tristeza.

–Bueno –dijo, sin mirarme–, Jody y yo nos vamos por nuestro lado. ¿Nos vemos los cuatro dentro de una hora?

–Claro, Noah –dije yo.

Le puse la mano en el brazo, y él me la apretó suavemente.

–Ha sido una buena idea –le dijo a Ian con la voz ronca.

–Un placer –respondió Ian.

Los vimos alejarse. Jody tenía la mano puesta en el codo de Noah, y él se ayudaba de un bastón, por una vez.

–Me alegro de que esté con Jody –le dije a Ian, en voz baja–. Ya no le quedan muchos amigos.

–¿Cuántos años tiene? –me preguntó él.

–Ochenta y cuatro –respondí, con un nudo de melancolía en la garganta.

–Te quiere mucho –dijo él.

Yo lo miré y sonreí.

–Bueno, vamos a ver si hay algo tan bonito como mi mecedora –le sugerí, y nos pusimos en marcha.

Cada uno de los muebles estaba iluminado cenitalmente, de modo que el ambiente era muy parecido al de una iglesia. La exposición tenía mucho público, y la gente hacía comentarios llenos de reverencia. Las piezas estaban identificadas con una pequeña placa en la que se ofrecía información

adicional: *Mesa Butler, 1984, cerezo y roble, fabricada para la familia Glidden, de Bennington, Vermont. Ensamble de caja y espiga... Mesa de comedor, arce con marquetería de caoba, 1993, fabricada para Edwin Whitney, Nueva York, estado de Nueva York.*

Había bancos, armarios pequeños, sillas de cocina, mesas auxiliares... Cada una de las piezas era única y todas tenían algo como un resplandor. Sus formas sencillas y limpias y su fuerza innata transmitían una sensación de seguridad. Realmente, el señor Morelock tenía un gran don.

Al final de la exposición estaba el plato fuerte: las mecedoras. Había cuatro, colocadas como si estuvieran en un porche, esperando a que llegara una familia para sentarse y relajarse.

—Son una belleza —murmuró Ian. Yo asentí—. Pero ninguna es tan bonita como la tuya —añadió, con una pequeña sonrisa.

—Tienes razón —le dije—. Además, creo que la mía es la última que hizo.

Una mujer de baja estatura y pelo gris se acercó a mí, temblando como un colibrí.

—¿Ha dicho usted que tiene una mecedora Morelock? —me preguntó.

—Sí —respondí con un poco de petulancia.

—¿La última que hizo? —preguntó, y miró a Ian—. Disculpen que interrumpa. Soy Colleen McPhee, la conservadora del museo.

—Encantada de conocerla —dije—. La exposición es maravillosa.

—Entonces, ¿es usted la dueña de la última mecedora? ¿Está segura?

—Creo que sí —dije—. El señor Morelock me la regaló tres días antes de morir. Mi abuelo me dijo que era la última.

—Debería tener un número en la parte inferior.

—El catorce —dije yo.

—Oh, Dios mío —susurró ella—. Es esa. Tiene usted la última —dijo, y respiró profundamente, como si la noticia la hubiera abrumado por completo—. Estamos muy, muy interesados en adquirir su pieza.

Yo sonreí.

—Lo siento, pero nunca la vendería.

Ella también sonrió, con firmeza, como si tuviera una misión.

—Podemos hacerle una buena oferta, señora...

—Grey —dije yo—. Me llamo Callie Grey. No está a la venta.

—Puedo ofrecerle veinticinco mil dólares por la mecedora en este momento.

—¡Vaya! —exclamé con asombro.

Veinticinco mil dólares era la entrada de una casa. Sin embargo, por mucho dinero que fuese, yo sabía que nunca iba a venderla.

–Es una oferta muy generosa, pero no está a la venta –le dije a la conservadora–. De todos modos, muchas gracias.

Ian sonrió mirando al suelo.

La expresión de la mujer se ensombreció.

–Está bien –dijo–. Si alguna vez cambia de opinión, le agradecería que nos diera la oportunidad de comprarle la pieza.

–¿Sabe? A lo mejor le interesa conocer a mi abuelo. Es Noah Grey, de Noah's Arks. ¿Ha oído hablar de él?

–¡Por supuesto! ¿Noah Grey está aquí?

Yo le señalé a Noah y a Jody, que estaban admirando una silla de comedor.

–Es el hombre de la barba blanca y el bastón.

–¡Gracias! –exclamó ella, y salió corriendo–. ¡Me ha encantado conocerla!

La vimos acercarse a mi abuelo y decir algo. Después, se agarró las manos contra el pecho, emocionada.

–Se te da muy bien la gente –comentó Ian.

–¿Crees que me la estaba trabajando?

Él sonrió un poco ante el recordatorio de la pequeña discusión que habíamos tenido hacía unas semanas.

–Nunca te he visto sentada en tu mecedora –me dijo–. ¿Por qué?

–La estoy reservando.

–¿Para qué?

–Um... Para... No lo sé.

«Para cuando me lo haya ganado», pensé.

Le di la mano a Ian y él me miró. Siempre se quedaba un poco asombrado cuando yo le hacía una muestra de afecto, y se ponía contento. A mí se me encogió el corazón. Me puse de puntillas y le besé la mejilla.

–Me gustas, Ian McFarland –le dije.

Él sonrió.

–Eso espero.

–Y yo espero gustarte a ti –le insinué.

–Sí –me respondió–. Eres muy graciosa.

–¿Cómo un mono?

–Exacto.

Yo le di un puñetazo en un hombro.

–Me apuesto lo que quieras a que ni te imaginabas que ibas a salir con la loca de Tráfico.

–Ganarías esa apuesta.

Yo hice una pausa, y le pregunté:

–¿Qué pensaste de mí ese día?

–Que eras una yonki –respondió él, sonriendo.

–¡Qué agradable eres, Ian! Voy a tener que enseñarte a mentir un poco.

–Bueno, es lógico. Estabas muy agitada y... te movías mucho.

–Entendido, señor Spock –murmuré yo.

–No dejabas de moverte y no eras capaz de terminar una frase. Me dio la impresión de que necesitabas un chute.

–Eres halagador –dije.

Él me apretó la mano.

–Lo que pensé es que tenías el pelo muy bonito. Y me gustaron tus orejas.

Las orejas. ¿Quién iba a imaginárselo? Él sonrió de nuevo, y sus ojos azules se iluminaron como si fueran un cielo de septiembre.

–¿Y qué me dices de mi horrible tendencia a expresar mis sentimientos, Ian? La denominaste «diarrea emocional». Estabas muy molesto, según recuerdo.

–Sí –dijo él, observando mi mano–. Es verdad. Por lo menos, al principio.

–¿Y después?

–Después, me pregunté...

–¿Qué te preguntaste, Ian? ¿Te preguntaste cómo sería echarse a llorar en la Jefatura de Tráfico? Porque seguro que a ellos les encantaría. De hecho, la mayoría de los que vamos salimos llorando. Salir con los ojos secos es toda una suerte.

Entonces, él me miró fijamente.

–Me pregunté cómo sería dejarse llevar. Aunque pensé que estabas un poco loca, también sentí admiración por ti. Por ser tan abierta y tan sincera. Y... bueno... por estar tan llena de vida.

Yo me di cuenta de que me había quedado con la boca abierta, y la cerré.

Aquel había sido uno de los peores días de mi vida, e Ian había encontrado algo admirable.

–Gracias –susurré.

–De nada –dijo él en voz baja.

–¡Callie! ¿Has mandado tú a esa pit bull a hablar conmigo? –me preguntó Noah, que se acercaba con Jody.

Yo salí de mi ensimismamiento.

–Eh... Sí, abuelo, he sido yo. Ya veo que te has quedado abrumado.

–Algunas nietas deberían aprender a mantener cerrada la boquita –me dijo él, gruñendo–. Pero no lo hacen.

–Algunas nietas deberían estrangular a sus abuelos mientras duermen – repliqué–, pero no lo hacen. Pero puede que lo intenten, así que ten cuidado.

–Quieren una canoa para su colección –nos explicó Jody–. Noah, es un cumplido.

–Yo no he pedido eso –dijo él.

–Oh, buuuuu –dije yo–. Te sientes halagado, reconócelo.

–Cállate y respeta a tus mayores –me dijo, con una mirada fulminante. Sin embargo, su barba tembló. Yo sabía la verdad: se sentía muy feliz.

Ian me sujetó la mano durante todo el trayecto de vuelta. Yo estaba muy conmovida por lo que me había dicho en el museo: que uno de mis peores momentos había mostrado algo positivo de mí. Era asombroso.

Cuando llegamos a casa de Jody, hubo una conversación en el asiento trasero.

–Creo que me voy a quedar aquí esta noche, Callie –dijo Noah.

Yo me giré hacia él. Aunque estaba oscuro, me di cuenta de que se había ruborizado.

–De acuerdo –dije yo, y opté por no tomarle el pelo–. Hasta mañana, abuelo.

Noah miró a Ian.

–Gracias –gruñó–. Y, si te quedas a dormir en casa, más vale que te hayas ido antes de que yo llegue. Puede que seas un buen hombre, pero Callie es mi nieta, y no quiero que me restriegues por la cara que ya es una mujer.

–Dos palabras, Noah –dije yo–. Baño. Bañera. ¿De acuerdo?

Jody se echó a reír, y Noah abrió la puerta del coche.

–No sé cómo la soportas –le dijo a Ian, pero se acercó a mí y me dio un pellizquito en la barbilla–. Buenas noches, jóvenes.

–Gracias por esta noche tan maravillosa, Ian –dijo Jody.

–Ha sido un placer –respondió él.

Esperamos hasta que entraron en casa de Jody y, después, nos fuimos a la mía. Cuando llegamos, Bowie se puso a dar vueltas y a cantar, y olisqueó los zapatos de Ian con fervor.

Ian todavía no se había quedado a dormir allí, porque, obviamente, Noah

estaba en casa. Nos miramos el uno al otro en medio del silencio que reinaba en la casa. Fuera soplaban el viento y las hojas volaban por el aire y tocaban los cristales de las ventanas.

–Bueno, es bastante tarde –dije yo, para provocar su respuesta.

–Sí –dijo él. Se me olvidaba con quién estaba tratando.

–¿Te gustaría quedarte? –le pregunté con el corazón en un puño.

–Sí –dijo él.

–¿Y Angie? ¿Estará bien?

Él asintió.

–Le di de comer antes de salir, y tiene una puerta canina para salir al jardín. Por supuesto; Ian lo tenía todo controlado.

–Bueno –dije yo.

De repente, sentí timidez, pero él me besó con delicadeza. No sabía por qué, pero no me imaginaba que un hombre que parecía un asesino ruso pudiera besar con tanta ternura. Me sentía como si fuera un tesoro cuando me besaba.

Entonces, el beso cambió. Se volvió más apasionado y más duro, y él me estrechó contra su cuerpo. Sentí algo delicioso y cálido.

–Vamos a mi habitación –dije. Lo tomé de la mano y lo llevé escaleras arriba, y cerré la puerta del dormitorio antes de que Bowie pudiera entrar con nosotros.

–Ve a dormir a la cama de Noah –le dije a mi perro, por una rendija. Él protestó suavemente, pero se marchó trotando.

Mi habitación estaba a oscuras, salvo por la luz de la luna que entraba por las ventanas del este. Ian se quedó mirándome, esperando. Yo me quité los zapatos.

–Siéntate –le susurré.

Él fue hacia la cama, pero yo lo tomé de la mano y le señalé la mecedora.

Ian la miró, y me miró a mí. Asentí, con el corazón acelerado, y me mordí el labio mientras él se acercaba a mi asiento favorito. Se sentó y posó las manos en los reposabrazos curvos. ¡Dios, qué guapo estaba allí! Y, como si me hubiera leído el pensamiento, sonrió.

–Ven aquí –me dijo, y yo obedecí.

Me senté en su regazo. La mecedora no protestó, porque estaba hecha por un maestro. Ian me rodeó con los brazos y nos meció suavemente. Posó la mejilla en mi cuello, contra mi pulso.

Nos quedamos sentados así durante un largo momento, abrazados en la

mecedora Morelock. Yo le acaricié el pelo suave y rubio, y las arrugas que tenía alrededor de los ojos. Entonces, él empezó a desabotonarme la camisa lentamente, y fue besando la piel que dejaba expuesta. Yo deslicé las manos por los músculos fuertes de su espalda y, cuando él me apartó la camisa de los hombros y comenzó a trazar el borde de mi sujetador con el dedo, me invadió una sensación dulce y abrasadora a la vez. De repente, cuando nos besamos de nuevo, todo cambió, todo se volvió urgente y hambriento.

Ian me tomó en brazos y se incorporó, y la mecedora se deslizó suavemente cuando se puso de pie para llevarme a la cama. La luna brillaba con pureza, con perfección, y lo único que se oía era el viento y nuestros sonidos, los sonidos suaves de dos personas que se estaban enamorando.

Capítulo 22

–Buenos días –me dijo Ian, al día siguiente, cuando entré en la cocina tambaleándome. Tenía las piernas un poco temblorosas de tanta felicidad. Bowie aulló un poco, y yo le acaricié la cabeza peluda.

–Hola –les dije a los dos.

–¿Quieres un café? –me preguntó, y abrió un armario para sacar dos tazas.

–Claro –respondí yo.

–Lo de anoche fue increíble –dijo, y me sonrió, y mi corazón estuvo a punto de tirarse boca arriba como hacía Bowie para ofrecerse a un buen rascado.

–Sí, es cierto –dije yo, devolviéndole la sonrisa.

Ian sirvió café y le puso leche y azúcar a una de las tazas.

–Aunque ya eres muy dulce –dijo él, mientras lo removía.

–Oh, Dios mío... ¿estás flirteando?

–Eso es lo que me gano por intentarlo –refunfuñó él. Sin embargo, tenía una mirada de felicidad.

Sonó su teléfono móvil, y miró la pantalla. Se quedó helado. ¿Era Laura? No habíamos hablado de ella desde la boda... Contestó a la llamada.

–Hola, Jane.

Yo me puse en alerta. ¿Sería su tía?

–Estoy bien, ¿y tú? –preguntó, sin mirarme—. De acuerdo. Estupendo. Claro. A las siete en punto. ¿Necesitas indicaciones? Bien. Nos vemos entonces.

Cerró el teléfono y me miró.

–Era mi tía. Está en Boston, y quiere venir a cenar esta noche a mi casa.

–Muy bien –dije yo, asintiendo—. ¿Y viene también Alejandro? –pregunté, sin poder resistirme a decirlo con el mejor acento español que podía.

Ian sonrió.

–No, solo Jane –dijo. Se metió las manos en los bolsillos, y la sonrisa

desapareció de sus labios—. ¿Te gustaría conocerla?

—¡Sí, claro! —exclamé—. ¿Quieres que cocine?

—No, no. No es necesario. Pediré algo.

—Ian, no puedes darle comida para llevar. Podríamos ir a Elements. Dave nos trataría como si fuéramos reyes.

—A ella no le gustan los restaurantes. Es demasiado despilfarro.

—Ah. Bueno, entonces, yo cocino. Me encantaría, ¿sabes?

Él respiró profundamente.

—Callie —dijo—, sé que vas a intentar causar una buena impresión y hacer lo de siempre...

—¿Lo de siempre? —pregunté.

—Convertirla en tu nueva mejor amiga.

Yo solté un resoplido.

—Ian, yo no... yo no intento caerle bien a la gente. Le caigo bien porque soy muy agradable, ¿no te acuerdas?

—Sí. Pero a ella no le vas a caer bien.

—¿Por qué?

—Porque es una persona muy vehemente y... bueno, no está satisfecha conmigo, y pensará que tú eres... eh...

—¿Eh? Olvídate de mí por un segundo. ¿Cómo es que no está satisfecha contigo? Tú eres su sobrino, el hijo de su hermano. Estoy segura de que te adora.

Él le dio un sorbo a su café.

—Quería que estudiara Medicina, y no lo hice. Eso es muy duro para ella.

—Pero, de todos modos, estará orgullosa de ti, Ian —le dije yo, mientras lo abrazaba—. ¡Eres tan inteligente! ¡Y tan guapo! Y tienes muchas capacidades, consigues que los perros te adoren y puedes matar a quien quieras con el dedo meñique...

—Estás diciendo incongruencias —respondió él, aunque estaba sonriendo.

—Bueno, sea lo que sea, yo hago la cena, ¿de acuerdo? Dame tu llave, yo iré a tu casa y lo prepararé todo. Será estupendo. ¿Es vegetariana?

—Vegana, me temo.

—Bueno, pues tofu. Sé cocinar el tofu —dije, y le di un beso en la mejilla—. No te preocupes. Lo vamos a pasar bien.

Doce horas después, no estábamos pasándolo bien.

Mi primera impresión fue buena. Ian saludó a su tía en la calle de entrada a la casa, le dio un abrazo, y ella correspondió a sus muestras de afecto tomándole la cara entre las manos y sonriéndole... tal y como yo hacía con Bronte y Josephine casi diariamente. «¿Lo ves?», pensé yo. «Te adora».

Entonces, cuando entraron en casa, la impresión empezó a cambiar.

–Jane, te presento a Callie Grey –dijo Ian–. Callie, mi tía Jane.

–No sabía que estuvieras saliendo con nadie, Ian –dijo su tía, mirándolo con asombro.

–Me alegro mucho de conocerla, doctora McFarland –dije, sonriendo.

Era bajita y muy delgada; tenía un rostro agradable y el pelo canoso. Debía de tener unos sesenta y muchos años.

–Ian me ha hablado mucho de usted.

–Ummm –dijo ella. Se paseó por el salón, mirando a su alrededor–. Entonces, Ian, esta es tu nueva casa. Vaya, parece un sitio muy caro.

Vaya... Como mucho, aquello era un cumplido hecho de mala gana.

–¿Te apetece un poco de vino, Jane? –le preguntó Ian.

–Sí, me encantaría –dijo ella, sin apartar la vista de los libros de la librería–. ¿Qué es ese olor tan raro?

Yo me mordí el labio.

–La cena.

–Ah. ¿Y qué vamos a comer?

Yo me animé. Estaba segura de que mi comida iba a impresionarla.

–Bueno me he asegurado de que todo fuera vegano, porque Ian me dijo que...

–Ya no, en realidad –dijo ella, aceptando la copa de vino que le tendía su sobrino–. Es demasiado difícil en Costa de Marfil, donde vivo. En esa zona no hay mucha agricultura, así que estoy tomando huevos y productos lácteos.

–Ah –dije yo–. Bueno, pues esta noche vamos a cenar comida vegana. Ravioli de remolacha con salsa de habas, coliflor agridulce... –nada que pudiera comer voluntariamente un ser humano, en otras palabras– y una ensalada. Y tarta de chocolate.

–Parece que se podría alimentar a un pueblo africano entero con tantas cosas –murmuró ella.

–Aquí tienes, Callie –dijo Ian, y me entregó una copa de vino. Tenía una expresión neutral.

–¡Bueno, Ian! ¡Cuéntame qué tal te van las cosas! –exclamó Jane. Se sentó en el sofá e ignoró el guacamole que yo había preparado.

–Las cosas me van bien –dijo él, sentándose frente a su tía.

–¿Y entra en tus planes terminar tus estudios? –le preguntó ella con una sonrisa.

Ian me miró.

–Hice un año de Medicina, pero me cambié a Veterinaria –me explicó–. No, Jane. No tengo planes de volver.

Ella cabeceó.

–Es una pena. Cassie, si tú pudieras elegir entre curar a niños enfermos o curar a golden retriever con obesidad, ¿qué elegirías?

¡Vaya! Dejé la copa en la mesa y respondí:

–En realidad, me llamo Callie –la corregí yo–. Y supongo que elegiría la profesión que más me gustara.

–Umm... –dijo ella–. ¿Y en qué trabajas tú...? ¿Callie, no?

–Sí, es el diminutivo de Calliope. Soy directora creativa en una agencia de publicidad.

–¿Y eso te resulta gratificante? ¿Conseguir que los consumidores estadounidenses compren más cosas aún? –me preguntó, enarcando una ceja.

–Bueno, pues... sí. Me encanta mi trabajo.

–Umm...

Bueno, no quisiera parecer engreída, pero yo le caía mal a muy poca gente. Muriel era una de esas personas y, ahora, además, a Jane McFarland. Jane era una persona muy dura.

–Ian me ha comentado que no viene usted a menudo a Estados Unidos –comenté. Angie se sentó, lealmente, a mi lado.

–Sí, es cierto. Tengo mucho que hacer, y poco tiempo. Y hay poco dinero para mantener los programas que pueden salvar vidas. Es una pena –dijo ella, y miró a su alrededor–. Seguramente, con lo que costó tu perra, Ian, se podría alimentar a una familia durante un año.

–Yo no compré a Angie. Es adoptada –respondió él–. Como el perro de Callie –dijo, y me miró con una sonrisa.

–¿Tú adoptaste a Angie? –le pregunté.

Él asintió.

–Su anterior dueño la maltrataba.

–Pobrecita –le dije a Angie. Ella movió la cola.

Jane no dijo nada.

–¿Qué tal está Ale? –preguntó Ian–. Hace varias semanas que no hablo con él.

–Está muy bien. Es maravilloso –dijo Jane–. Mi hijo, Cassie, es médico de un pequeño pueblo de Honduras. Deberías ir a visitarlo, Ian.

–Lo tengo pensado –respondió él.

Yo lo miré, pero no dio ninguna explicación. Entonces, se puso a hablar muy rápido en español. Fue raro oírlo en otro idioma. Jane respondió y, entonces, Ian dijo algo más. Yo no entendí nada, salvo una palabra... Callie. Esperaba que Ian le estuviera dejando claro cuál era mi nombre.

–Disculpa –murmuró él, cuando terminaron.

–Ian, ¿cómo está...? ¿Cómo se llamaba? ¿Laura? –preguntó la doctora McFarland.

–Bien –respondió Ian–. Se casó hace unas semanas.

–Bueno, espero que te haya servido de lección. El matrimonio es una atadura que limita tus opciones. Y, por si acaso alguna vez cambias de opinión, si no tienes ataduras de ese tipo podrías terminar Medicina.

Me miró a mí, dejando bien claro cuáles eran esas ataduras.

–No creo que cambie de opinión, Jane –dijo Ian.

–Nunca digas nunca jamás.

–¿Usted no se ha casado nunca, doctora McFarland? –pregunté yo, con la esperanza de cambiar un poco de tema.

Ella me miró como si acabara de acordarse de que estaba allí, y tomó un sorbo de vino.

–Muy brevemente.

Bien. Verdaderamente, aquello era un reto.

–Ah –dije, y cambié de tema–. Ian me contó que conoció usted a Bono.

Jane enarcó una ceja.

–Sí, ¿por qué? ¿Quieres entradas para un concierto?

–¿Puede conseguirme alguna? –respondí, al instante.

Sin embargo, ninguno de los McFarland sonrió. No se podía hacer bromas, entonces.

–No lo decía en serio. Es solo que... bueno, Bono es muy famoso.

A Ian le sonó el teléfono móvil.

–Disculpadme. Estoy de guardia.

Se levantó y se fue a la sala de estar mirando la pantalla del teléfono. Cerró

la puerta; tal vez hubiera quedado con Carmella en que lo llamara. Yo lo habría hecho, desde luego.

Miré con cautela a la tía de Ian.

–Admiro mucho lo que hace, doctora McFarland –dije, con la esperanza de poder establecer un vínculo amable con ella en ausencia de Ian.

–No es necesario –dijo, haciendo un gesto desdeñoso con la mano.

–¿El qué no es necesario?

–Que me halagues –respondió. Yo me quedé boquiabierta, pero ella continuó hablando–. Escucha, estoy segura de que eres muy... adorable, pero, si estás buscando mi bendición, no la vas a conseguir. Todavía tengo grandes esperanzas para Ian, a pesar de las decisiones que ha tomado hasta el momento. Él no está destinado a ser veterinario. Es lo suficientemente inteligente como para ser médico. Así que tienes que perdonarme que desee algo más para él, Cassie. Tiene un destino.

–Me llamo Callie –repetí con algo de tirantez–. Es Calliope, la musa de Homero. Solo quería dejarlo claro.

–Umm.

Yo respiré profundamente.

–¿Estaban unidos su hermano y usted? –le pregunté, para cambiar de tema nuevamente.

–De pequeños, sí. De mayores, no tanto.

–Debió de ser difícil hacerse cargo de un niño cuando...

–No fue difícil en absoluto, Callie. Ian no fue ninguna molestia, y Alejandro, mi hijo, ya era mayor. Ian vino a vivir con nosotros y nunca dijo ni pío.

Yo me imaginé a Ian de niño, sin decir ni pío, sintiéndose solo y asustado después de que murieran sus padres y teniendo que alejarse de todo lo que conocía. Se me formó un nudo en la garganta.

Jane suspiró y tomó otro sorbo de vino.

–¿Quién iba a pensar que terminaría aquí después de todo lo que le enseñé?

Yo miré la puerta cerrada de la sala de estar.

–Doctora McFarland –dije yo, con cautela–, después de perder a sus padres y de... um... viajar tanto de niño, tal vez Ian solo quiera tener una vida normal. Y el hecho de que no sea médico no lo convierte en una mala persona. Él...

–Querida, no necesito que me hable de mi sobrino una persona que lo conoce desde hace uno o dos meses.

Yo me mordí la lengua. Fuertemente. Y me pregunté cuándo iba a terminar Ian de hablar por teléfono. Esperaba con todas mis fuerzas que no tuviera que irse a atender la consulta y me dejara allí, a solas con Jane.

Por fin, volvió al salón.

–Disculpadme –dijo–. Callie, ¿podrías ayudarme un segundo en la cocina?

–Por supuesto –respondí, con una sonrisa forzada.

Lo seguí a la cocina, y Jane se levantó para inspeccionar de nuevo la librería de Ian.

–Mira –me dijo él en voz baja–, no es necesario que me defiendas, ni que des explicaciones, ni que intentes ganarte su afecto. ¿De acuerdo?

–Bueno, es que es muy duro estar escuchando estas cosas.

–Ya te dije que no ibas a caerle bien. Nunca le vas a caer bien, a menos que estudies Medicina y te vayas a vivir al tercer mundo. Así que... ¿podrías seguirle la corriente?

–¡Eso hago, Ian!

Él no dijo nada. Se quedó mirándome.

–Está bien, está bien. Lo intentaré más aún.

–Gracias –respondió él, secamente.

Volvimos al salón. En aquella ocasión, me senté junto a Ian en el sofá.

–Así que te encanta vivir aquí –dijo Jane.

–Sí –respondió él.

–Los colores del paisaje son impresionantes –dijo ella.

Ian me miró rápidamente, y se volvió hacia su tía.

–Si quieres quedarte unos días, podríamos ir de excursión. A la montaña, tal vez –dijo él.

Aunque tal vez fuera mi vena sentimental, tuve la impresión de que Ian se convertía en aquel niño que acababa de perder a sus padres y esperaba encontrar a alguien que lo quisiera.

–Sí, y yo podría prestarle mi kayak –dije. Tal vez, si Jane se quedaba, ellos dos pudieran pasar un par de días agradables, y ella dejaría de mostrar tanta desaprobación–. Hay muchos ríos y lagos precisos por esta zona. Es muy bonito. Por lo menos, eso pensamos los que somos de Vermont.

Ian me sonrió.

–No tengo tiempo. De hecho, me voy esta misma noche –respondió Jane, rechazando los ofrecimientos–. Estoy intentando que Pfizer done más antibióticos para nuestro programa, y tengo una reunión mañana en Nueva York

–añadió, y enarcó la ceja mirando elocuentemente a su sobrino–. ¿No quieres venir? ¿No quieres comprobar en persona cómo ignoran las farmacéuticas a los pobres?

La expresión de Ian volvió a ser neutral.

–No, no puedo.

–Umm –dijo ella.

Bueno, era innegable que Jane McFarland hacía grandes cosas, pero, en el aspecto personal, era difícil tenerle simpatía.

A mí empezó a vibrarme el ojo izquierdo mientras escuchaba sus críticas veladas hacia todo. Ian permanecía impertérrito, aparentemente, pero yo sentía cada vez más la necesidad de defenderlo. Tuve que esforzarme para no decir nada.

La cena fue muy incómoda, además de incomible. Los raviolis sabían a una mezcla de café quemado y cuerda. En cuanto a la coliflor agridulce, culinariamente era una aberración. Jane estaba en su cuarto intento de convencer a Ian para que siguiera estudiando Medicina, para que, como su perfecto Alejandro, pudiera seguir su estela en su sagrada labor. Lo cierto era que tenía una labor sagrada, pero no aceptaba que Ian no quisiera lo mismo que ella.

No tocó la tarta, y yo no la culpé. El tofu no hacía buena pareja con el chocolate. Suspirando, me puse una cucharada de azúcar en el café.

–Querida, deberías leer cómo son las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores de la caña de azúcar –dijo, dirigiéndose por fin a mí–. Bueno, quizá sea algo condescendiente por mi parte y ya lo sepas.

–No, no lo sé –reconocí.

–No, claro que no –murmuró–. La mayoría de los estadounidenses lo desconocen...

Golpe número diez mil contra Callie–Cassie, la ignorante y repugnante estadounidense que le echaba azúcar al café.

Y, entonces... se oyó un pitido. Al principio, yo no me di cuenta de lo que era, pero enseguida oí a mi querida hermana, que hablaba con el buzón de voz de mi teléfono.

–¡Callie! ¡Ni te lo imaginas! ¡Acabo de acostarme con un hombre! ¡Ha sido increíble!

–¡Disculpadme! –exclamé, y me levanté como una exhalación de la mesa.

¡Mierda! Aquella tarde había puesto el teléfono en altavoz para escuchar los

mensajes, y se me había olvidado cambiarlo.

–Bueno, por supuesto –prosiguió Hester–, yo había sentido cosas más veces. Después de todo, tengo un consolador. Pero esto ha sido mucho mejor que nada de lo que puedas comprar online, ¿sabes?

¿Dónde estaba mi bolso, por el amor de Dios? ¿En la encimera de la cocina? No. ¿En el escritorio? ¡No! Ah, sí, junto a la puerta trasera. Hester continuó contando sus intimidades desde el fondo de mi enorme bolso naranja.

–¡En serio, creía que iba a terminar trepando hasta el techo con las uñas! Sé que me dijiste que estabas acostándote con el veterinario, y es muy guapo, pero, mira... ¡Espero que sea la mitad de bueno que Louis!

–¡Por Dios! –murmuré.

Abrí el bolso y rebusqué entre todas las cosas. Un tampón, un cuaderno, las fotos de Bronte y Josephine, la cartera. Ni rastro del teléfono. ¡Vamos!

–¿Callie? ¿Estás ahí? Bueno, solo quería darte la noticia. Estoy acostándome con un empleado de funeraria y, sí, es cierto. Son más rígidos –dijo Hester. Yo, por fin, agarré el teléfono–. Bueno, te dejo. Creo que voy por la segunda ronda. ¡Hasta luego!

Apreté el botón para apagarlo. El silencio fue ensordecedor... Aunque, de todos modos, yo no podría haber oído nada, porque me rugía el pulso en los oídos. Dejé el teléfono en mi bolso de nuevo y respiré.

–Vaya –dije–. Parece que mi hermana tiene novio.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra. Angie, sin embargo, movió la cola, y yo se lo agradecí.

Volví a la mesa y me terminé la copa de vino.

–Siento lo ocurrido –murmuré.

–Qué familia más encantadora debes de tener –dijo Jane, enarcando una ceja.

–Pues sí –le espeté yo–. Son encantadores. Tengo una familia estupenda. Nos queremos, nos aceptamos y no nos vemos una vez al año para hablar de lo decepcionados que estamos los unos con los otros.

–Callie –dijo Ian en voz baja.

Yo lo ignoré.

–Puede que mi hermana sea un poco peculiar, pero es una madre estupenda para sus dos hijas. Nunca ha hecho que se sintieran como si la hubieran fallado.

–Callie –dijo Ian nuevamente.

Jane me miró con cara de diversión.

–Oh, no, sigue diciendo lo que piensas, querida.

Yo tragué saliva.

–Solo pienso que, tal vez, debería dejar de decirle a Ian lo que tiene que hacer con su vida. Se quedó huérfano siendo muy pequeño...

–Ella ya sabe lo que ocurrió, Callie –dijo Ian en voz muy baja.

–Y, tal vez, debería dejar de tratar de arrastrarlo a su misión y dejarlo en paz.

Ian cerró los ojos un momento. Se oyó el tictac del reloj de la cocina. Angie suspiró.

–Bueno –dijo Jane, impasiblemente–. Supongo que ya sabemos lo que opina Cassie.

Yo esperé a que Ian la corrigiera. Él no lo hizo.

–Bueno –dije, y me puse de pie–. Um... tengo que irme. Me alegro de haberla conocido, doctora McFarland. Que tenga buen viaje. Ian –dije. Me latía el corazón con tanta fuerza, que pensé que iba a vomitar–. Estoy segura de que nos veremos pronto.

Él me clavó la mirada, y yo me di cuenta de que, por primera vez desde que nos conocíamos, estaba enfadado. Se me encogió el estómago. ¿Cómo era posible que se hubiera enfadado conmigo? ¡Yo lo había defendido!

–En realidad, soy yo la que tiene que irse –dijo Jane, con calma, levantándose de la mesa–. Me voy al Manchester Airport. No está lejos, ¿no?

–Te doy las indicaciones –dijo Ian–. Ven a la sala de estar, Jane.

Me miró a mí, con ira, y se llevó a su tía a la otra habitación.

¿Se suponía que tenía que quedarme? No me parecía bien marcharme en aquel momento, mientras ellos buscaban el camino al aeropuerto en Google. Como no sabía qué hacer, recogí la mesa y puse el lavaplatos. Tragué saliva para intentar aliviar el nudo de angustia que tenía en la garganta. Los oí hablar en español. Muy bien; estaba claro que no querían que entendiera lo que estaban diciendo.

Volvieron al salón pocos minutos después.

–Bueno, ha sido interesante conocerte, Callie –dijo la tía de Ian.

–Lo mismo digo –repliqué.

–Gracias por la cena, querida –añadió ella.

–De nada.

–Te acompaño al coche, Jane –dijo Ian, y salieron.

Yo respiré profundamente. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y supe que había una diarrea emocional a la vuelta de la esquina.

Con el farol del garaje de Ian, los vi hablando en la calle. Después de un par de minutos, él le dio un abrazo, y ella le revolvió el pelo. Después, se metió en su coche de alquiler y salió a la carretera.

Cuando Ian entró de nuevo en casa, estaba muy silencioso. Su perra, al notar el estado de ánimo de su dueño, se marchó a la sala de estar. Ojalá yo pudiera seguirla.

–Bueno –dije yo, y tragué saliva.

Él se cruzó de brazos y miró al suelo.

–¿Es que no hablé con claridad cuando te expliqué que no era necesario que me defendieras, Calliope? –me preguntó sin alzar la vista.

Mierda. Las cosas no iban bien cuando alguien usaba mi nombre completo.

–Sí, con mucha claridad.

–Pero tú has pensado que tenías que hacerlo de todos modos.

Yo respiré profundamente.

–Bueno, Ian, lo siento, pero creo que ella... debería sentirse orgullosa de ti. ¿Es eso tan malo?

–Ella no va a sentirse orgullosa, Callie, y yo no lo necesito. Tampoco necesito que tú le parezcas bien. Lo que realmente me molesta de esta noche es que no has tenido en cuenta que, tal vez, yo sé más de mi familia que tú. Y también me siento incómodo con la imagen que tienes de mí como un pobre huerfanito. Jane hizo lo que pudo con un niño que no se esperaba, ni deseaba. Eso es mucho más de lo que ofreció cualquiera.

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez. ¡Pobre Ian! Por supuesto, él me ahogaría por pensar eso, pero... ¡Vamos!

Él no había terminado.

–Creo que lo de esta noche ha tenido más que ver con tu necesidad de que la gente te adore que con mi relación con Jane.

–¡No es eso, Ian! ¡Ha sido mala contigo! ¡Yo me he puesto de tu lado!

–No es mala, Callie, y yo no necesito que me defiendan. Lo creas o no, soy capaz de manejar a mi tía.

–Entonces, ¿por qué no le dijiste cuál era mi nombre cuando se equivocaba? ¿No podías haber hecho eso, Ian?

Él alzó las manos con frustración.

–Sabe cómo te llamas, Callie. Te estaba provocando, y tú has mordido el

anzuelo. Yo entiendo a mi tía. Sé lo que quiere para mí, y no lo va a conseguir, ¿de acuerdo? Tú eres la que tenía el problema, no yo. Todo lo que ha pasado esta noche... es reflejo de cómo son las cosas, y el hecho de que tú seas tan perfecta con todo el mundo no lo va a cambiar. Te lo dije, pero tú no podías dejarlo así, ¿verdad?

Yo tomé mi bolso.

—¿Sabes qué, Ian? Siento tener tantas emociones humanas, y tan inadecuadas. Ojalá pudiera ser como tu perra, que es perfecta en todos los sentidos. Siento desear que la gente me aprecie, porque está claro que a ti, eso te importa un bledo. Y también siento que me importes tanto como para disgustarme cuando alguien te trata tan mal. Siento que haya llamado Hester, y siento haber dado mi opinión.

Me pasé las palmas de las manos por los ojos.

—No llores —añadió él con tirantez.

—Lo siento —repetí.

Entonces, abrí la puerta y bajé corriendo los escalones.

—Callie, espera —me dijo Ian en un tono de derrota.

—No, Ian. Me marchó. Ya hablaremos.

Y, con eso, entré en mi coche y me alejé, atravesando la oscuridad de aquella zona boscosa.

Capítulo 23

Una vez en el coche, no estaba segura de dónde ir. Noah me había dicho que tenía, en sus propias palabras, una velada romántica por delante. Yo no quería estropearles la noche a Jody y a él. Hester también estaba ocupada, aunque yo me negaba a pensar en ella con Louis. ¡Dios! Aquella noche ya había habido suficiente truculencia. Sabía que Annie me acogería, pero era tarde. Además, seguramente, Jake y ella estarían acurrucados en el sofá, haciéndose arrumacos.

Así que solo quedaban mi madre y mi padre y, como de costumbre, elegí a mi padre. Su casa estaba a oscuras, y su coche no estaba en la entrada. Tal vez se hubiera ido a la bolera.

Abrí la puerta con mi llave, y entré.

–¿Papá? –dije por si estaba en casa.

–¿Quién está ahí? –preguntó alguien, desde el piso de arriba.

Yo encendí las luces. Mi hermano pestañeó y se tapó los ojos.

–Por Dios, Callie, apaga la luz.

–Lo siento –dije yo, y obedecí–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Mamá no me deja en paz últimamente, y he venido a esconderme aquí. ¿Y tú, hermanita?

Yo me senté en las escaleras.

–He tenido una pelea con mi novio.

–¿Con Mark?

Yo me sobresalté. Lo de Mark se había convertido para mí en un recuerdo lejano, y no quería rememoralo.

–No, con Ian. Estamos... saliendo juntos.

–¿Y por qué os habéis peleado? –preguntó Freddie.

–He tenido una diarrea emocional –dije, sombríamente.

–Vaya, qué imagen más bonita –murmuró él. Las escaleras crujieron cuando mi hermano bajó los peldaños. Se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros–. Cuéntaselo todo a tu prodigioso hermano.

–¿En serio? ¿No lo vas a tuitear, ni nada por el estilo?

–No, no voy a tuitearlo ni a publicarlo en un blog. Ni a subir un vídeo tuyo a Youtube.

Me resultó raro contarle a mi hermano pequeño mis penas de amores, pero él escuchó en silencio, salvo por los ruidos de espanto que emitió cuando le narré la llamada de Hester.

–Bueno, ¿qué hago? –le pregunté con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

–Tenías que haberte quedado y habértelo tirado –me dijo mi hermano, sabiamente–. Los hombres somos muy básicos. Estamos dispuestos a perdonar cualquier cosa con tal de tener un poco de acción.

–Tú no eres un hombre, Freddie, amor mío. Eres un niño –dije. Freddie no respondió–. Bueno, ¿y tú? –le pregunté–. ¿Cómo te van las cosas?

Él suspiró.

–No lo sé, Callie. No encuentro la dirección.

–Creo que todos nos hemos dado cuenta de eso, cariño. ¿Es que no hay nada que te encante hacer?

–¿Aparte de follar, quieres decir?

–Sí, Fred, y no quiero hablar de lo mujeriego que eres, ¿de acuerdo?

Freddie se quedó callado durante un minuto.

–Me gusta divertirme. Parece una estupidez, ¿verdad? Me gusta hacer senderismo, navegar en el kayak y pescar. Aunque no creo que haya sitio en el mercado para más guías turísticos del río, creo.

–Se busca: Hombre de montaña –dije yo, bromeando con aquel programa de televisión sobre gente que prefería vivir en el monte o en el bosque, sin la tecnología moderna.

Mi hermano se rio, y yo le di una palmadita en el pie descalzo.

–¿Qué es lo que mejor se te da? Eres un genio para las matemáticas, y tus blogs son divertidísimos, y tienes muchísimos seguidores en Twitter, montaste un ordenador cuando tenías doce años, eres tan encantador como papá, así que se te daría bien algún trabajo de cara a la gente...

–Bueno, ese es también el problema –dijo Freddie–. Todo se me da bien. Es el precio que hay que pagar por ser un genio.

–Muy bien, chaval. Me voy a la cama. ¿Y tú?

–Yo me voy a quedar a ver la televisión y a comerme todo el helado de papá –dijo él, y me puso la mano en la cabeza–. ¿Quieres hacerle compañía a tu hermano pequeño?

–Claro –dije.

A los quince minutos, me había puesto un pijama de mi padre y estaba viendo *Posesión Infernal III* con mi hermano, y haciendo mi contribución al mantenimiento de la empresa de helados Ben & Jerry. E intentando no pensar en Ian.

A la mañana siguiente, fui temprano a mi casa para cambiarme. Noah ya se había levantado, y estaba solo. Bowie estaba a su lado, mientras mi abuelo, distraídamente, le daba pedazos de beicon y hojeaba el periódico.

–Vaya, vaya, vaya –dije yo, mientras me tomaba una taza de café–. Te has hecho tú mismo el desayuno. ¿O es que Jody me ha sustituido en el papel de esclava?

–Cállese, jovencita, estoy leyendo –dijo él. Me miró y frunció el ceño–. ¿Qué te ha pasado? Tienes mala cara. ¿Te has peleado con el veterinario?

Yo pestañeeé. La mayoría de mis conversaciones con mi abuelo eran parecidas a «¡Busca mi pierna, demonios!» y «Sí, amo».

–Vaya. Pues, sí.

Él me miró unos segundos más.

–No te preocupes. Se arreglará.

–Estoy preocupada, de todos modos –dije con un nudo en la garganta.

–Ah, Callie. Solo ha sido una pelea. Os vais a reconciliar –dijo él. Le dio otro poco de beicon a Bowie, y mi perro lo devoró–. Dale tiempo al chico. No está acostumbrado a las personas como tú.

–¿Qué significa eso?

–Significa que eres... grande.

–Gracias. Me siento mucho mejor.

–Tú llenas una habitación cuando estás en ella, cariño. Intentas arreglar los problemas de todo el mundo y ser amiga de todo el mundo. No tienes que esforzarte tanto. Te vamos a querer igual.

No era la primera vez que oía eso, ¿verdad?

–Acabas de decir que me quieres, Noah. ¿Qué será lo próximo? ¿Una tarjeta de felicitación? Este asunto de Jody Bingham te está transformando.

Él sonrió.

–Nunca se sabe.

Aquel día, la jornada de trabajo se me hizo eterna. Tuve cerrada la puerta de mi despacho e intenté no relacionarme con el resto de la gente. Y, por supuesto, seguí obsesionada con Ian, intentando pensar en cómo podía arreglar la situación. Él no me llamó ni me envió un correo electrónico. El único mensaje que recibí aquel día fue una convocatoria de mi madre a una reunión familiar en la funeraria después del trabajo. Supuse que se trataba de un cónclave para encauzar la carrera profesional de Freddie.

De Ian, ninguna noticia. Yo descolgué el teléfono media docena de veces para llamar a su clínica, pero todas esas veces, colgué el auricular sin hacerlo.

«No tienes que esforzarte tanto». El problema era que no sabía hacer otra cosa.

A las cinco y media, recogí mi escritorio y me despedí de Pete y de Leila. Damien y Karen ya se habían marchado, como Fleur. Muriel estaba otra vez en California.

–Que pases buena noche, Mark –dije, deteniéndome un instante en su puerta.

–Hola, Callie. Lo mismo digo –respondió. Se puso en pie y sonrió–. Estás muy guapa hoy. Bueno, tú siempre estás guapa. Si no te importa que te lo diga, claro.

Yo vacilé.

–Eh...No, claro.

–Callie, ¿tienes un segundo?

–Bueno, en realidad, tengo planes.

–Solo sería un minuto.

Los dos nos sentamos. Mark se miró las manos.

–Echo de menos nuestras conversaciones –dijo, en voz baja. Me miró los labios y, después, a los ojos.

–¿De qué querías hablar?

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo.

–No lo sé. Es que te echo de menos, y espero que... No sé –dijo con un suspiro–. Somos amigos desde hace mucho tiempo, ¿no?

–Supongo que sí.

Él se quedó callado unos instantes.

–¿Qué opinas de Muriel y de mí, Callie?

Aquella pregunta me tomó por sorpresa.

–Oh... No sé, Mark, y yo... no quiero hablar de esto.

Él cabeceó y alzó ambas manos.

–No, No. Tienes razón. Lo siento. Es que... me vendría bien la opinión de una mujer. Eso es todo. No quería ponerte en un aprieto.

–Habla con tu madre –le sugerí.

Él sonrió.

–Sí, sería mucho más adecuado –dijo, y me miró con aquella cara de James Dean, con la cabeza agachada y una sonrisa tímida–. Pero tú tienes algo especial, Callie. Eres especial. Espero que lo sepas –dijo, y la sonrisa se le borró de la cara–. He estado pensando mucho en Santa Fe estos últimos días.

A mí se me cortó la respiración.

–¿Disculpa?

Él me miró de nuevo a los ojos, se encogió de hombros y sonrió un poco.

–No sé. Fueron unos días muy especiales.

¿Acaso no se le ocurría otro adjetivo? Yo me puse de pie rápidamente.

–Tengo que irme, Mark. Hasta mañana.

–Callie –dijo. Yo esperé. Entonces, él suspiró–. Hasta mañana. Que pases una buena noche.

Cuando salí a la calle, respiré profundamente varias veces. Qué estúpido era Mark. ¿Qué pretendía con todo aquello? Yo ya sabía que lo de Santa Fe había sido algo especial. De hecho, llevaba un año entero intentando superarlo. Yo le había dicho que había algo especial la noche que me dejó, y él me dejó de todos modos. Y ¿cómo se atrevía a mirarme la boca después de todo lo que me había hecho pasar?

Yo ya había olvidado a Mark, y no quería que él removiera mis sentimientos del pasado. Y menos, el día después de mi primera pelea con Ian.

Y, hablando de mi pelea con Ian, ya era hora de arreglarlo. Era hora de una sesión de sexo apasionado. Aunque la noche anterior nos hubiéramos enfadado, podíamos reconciliarnos. Porque, a aquellas alturas, no me resultaba aceptable pasar un día entero sin verlo.

«Adelante, chica», me dijo la señora Obama, y yo sonreí.

Pero, primero, mi familia.

–¡Callie, por fin has llegado! –exclamó mi madre, cuando entré en la funeraria. Los demás ya estaban allí.

–Hola a todo el mundo –dije, mientras me quitaba la bufanda, de color rosa, por supuesto.

–¿Dónde está tu abuelo? –me preguntó mi madre.

–He venido directamente del trabajo. Además, al contrario de lo que pensáis todos, yo no soy la tutora del abuelo.

–Más bien, es su esclava –dijo Freddie.

–Exacto –dije–. Y, Freddie, ya que tú no tienes rumbo ni trabajo, y aún no te has graduado en la universidad, ¿por qué no te haces cargo?

–Acabo de llamar a casa de Noah, y no ha respondido –dijo mi madre.

–Seguramente, estará con su novia –sugerí yo–. ¡Hola, Josephine! ¡Qué precioso tienes el pelo!

Mi sobrina me tendió los brazos y yo la levanté del suelo, le olisqueé el cuello e hice que se riera.

–Hueles como un hada –le dije.

Ella me sonrió y empezó a retorcerse para que la dejara en el suelo. En aquel momento, oí una voz aterciopelada.

–Hola, Callie –dijo Louis.

Louis, que se estaba acostando con Hester. ¡Dios Santo! Casi se me había olvidado.

–Louis –dije, y di un paso hacia atrás, como de costumbre.

–No es necesario que huyas –murmuró–. Lo he superado.

–Eso tengo entendido –respondí, tragando saliva.

–Sí, así que ahora somos dos bichos raros –dijo Hester, y me dio una copa de vino, como la excelente hermana que era. Además, tenía una sonrisa resplandeciente. ¡Sonreía! Yo no la había visto tan feliz desde el día que había finalizado el proceso de adopción de Bronte.

Hablando de mi sobrina mayor, Bronte se acercó y, al ver que Hester estaba tomada de la mano con Louis, fingió que tenía una náusea.

–Vamos, Bronte –le dije–. Tú eras la que quería una figura paterna en tu vida.

–Me imaginaba a Denzel Washington, no a Dwight Schrute.

–A mí me encanta Dwight Schrute –dije.

–Sí, pero ¿quieres que se acueste con tu madre?

–Buena observación.

Hester y Louis se estaban mirando, y las feromonas volaban por el aire.

–Puedes venir a vivir con Noah y conmigo –le susurré a Bronte.

–Seguramente, es lo que voy a hacer –respondió ella.

Sin embargo, tenía una pequeña sonrisa en los labios.

–Bueno, chicos, venid todos –dijo mi padre–. Bueno, ojalá mi padre también estuviera aquí... Callie, ¿adónde ha ido?

–¡Se quitó el collar y se escapó! No lo sé, papá. Tiene novia. ¿Podemos dejar ya ese tema?

–Claro, Caniche –dijo él, con su mejor sonrisa de George Clooney–. Bueno, Pajarito, ¿quieres decírselo tú?

Pajarito. Pajarito. A mí se me cortó la respiración.

–No, adelante, Tobias –dijo mi madre.

Mi padre nos miró a todos.

–Vuestra madre y yo... nos hemos reconciliado. Y vamos a casarnos –dijo, y su mirada recayó en mí durante unos segundos.

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Me tapé la boca con la mano. ¡Mi padre la había recuperado! Lo había conseguido. ¡E iban a casarse! Se me hinchó tanto el corazón, que pensé que se me iba a salir del pecho.

–¡Bien por ti, papá! –dijo Freddie, aplaudiendo.

–Pero ¿no estabais casados ya? –preguntó Josephine.

–No, cariño. ¿Quieres llevar las flores en la boda? Puedes ponerte un vestido brillante.

–¡Oooh! ¡Claro, abuelo! ¿Puede ser negro?

–Un momento, por favor –dijo Hester, y se soltó de la mano de Louis–. Esto no irá en serio, ¿no?

Mi madre miró a las niñas.

–Eh... Louis, ¿te importaría llevarte a las niñas a otro sitio unos minutos?

–Por supuesto –dijo Louis–. Niñas, ¿queréis ir a jugar a los vampiros al showroom?

–Típico –dijo Bronte–. Ya soy mayor como para oír esto, pero me echan de todos modos.

–¡Me pido el modelo Windsor! –exclamó Josephine, con alegría, tomando a su hermana de la mano–. Me encanta el bronce.

–Yo soy Van Helsing –dijo Bronte con resignación. Cuando salieron, Louis cerró la puerta.

–Lo siento mucho –dijo Hester–, pero esto es ridículo.

–Hes –dije yo.

–Por favor, Callie –respondió ella–. Yo no soy como tú, la alegría de la

huerta a quien todo le parece bien. Papá, le fuiste infiel a mamá cuando estaba embarazada. Creo que todos sabemos que yo tengo un trauma por eso. Me he pasado la vida evitando a los hombres como si fueran la peste bubónica porque, mamá, ¡eso es lo que tú me enseñaste!

Mi madre se quedó boquiabierta.

–Oh, cariño... Yo nunca quise...

–¡Pero lo hiciste!

–Y, sin embargo, aquí estás, liada con el Príncipe de las Tinieblas –comentó Freddie.

–Cállate, enano –rugió ella, y se volvió hacia mis padres, que, hasta hacía unos segundos, estaban sonriendo de felicidad–. ¿Y te vas a casar con él otra vez? ¿Te has vuelto loca? ¿Y si vuelve a engañarte?

Mi madre había palidecido, y mi padre ya no sonreía.

Él dejó su copa y se acercó a su hija mayor.

–Hester, quiero que me perdones –le dijo con suavidad.

–Ni lo sueñes.

–Perdóname –repitió él.

–Papá –dijo ella, y se le quebró un poco la voz–. No.

–Por favor –dijo él con tristeza–. Sé que todo lo que has dicho es cierto.

–¡Yo también lo sé!

–Por favor, perdóname, Hester. Dame otra oportunidad. Por favor, Conejito.

Al oír aquel apelativo cariñoso, tan antiguo, a mi hermana le tembló la barbilla. Tenía lágrimas en los ojos, y nos miró a mi madre, a mi hermano y a mí.

–Vamos, Hes –le dijo Freddie, afectuosamente–. Es verdad que nos hicieron daño, pero ¿qué padres no meten la pata? Imagínate lo que van a decir las niñas de ti. No lo estropees todo y deja que papá y mamá sean felices.

Mi hermana me miró, y yo me di cuenta de que, en sus ojos, el rinoceronte luchaba contra las mariposas. Entonces, sonreí, me encogí de hombros, y las mariposas ganaron. Mi hermana suspiró.

–Está bien. De todos modos, estoy en minoría –dijo. Miró a mi padre, y le espetó–: Nos vas a llevar a las niñas y a mí a Disney World. Me lo debes.

–Solo tienes que decirme la fecha –respondió mi padre.

Entonces, la abrazó. Después de unos instantes, ella lo abrazó también; y, aunque fue un abrazo torpe y desgano, también fue un comienzo.

–Esta familia no es normal –dijo Hester, y soltó a mi padre para enjugarse

los ojos—. No es normal.

Yo me di cuenta de que también estaba llorando... ¡Sorpresa! Me acerqué a mi madre y la abracé con fuerza. Después, me acerqué a mi padre y le eché los brazos al cuello.

—Lo has conseguido, papá. La has recuperado —le susurré.

—Gracias, Caniche —dijo él con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias por no abandonarme nunca.

Capítulo 24

Había oscurecido por completo cuando salí de la funeraria, porque habíamos pedido pizza para la celebración, y habíamos empezado a planear la boda.

Hacía mucho frío. La luna estaba en cuarto menguante en lo alto del cielo, y las hojas crujían y caían de los árboles a mi paso, mientras bajaba andando la colina. Miré el teléfono, pero no tenía ningún mensaje. No sabía qué podía significar eso con respecto a Ian y a mí, pero tenía una cosa bien clara: aquella iba a ser una noche de reconciliación y sexo. Si mis padres podían volver a estar juntos después de todo, Ian y yo podríamos superar aquel bache. Iba a ir a casa un momento para comprobar que Noah y Bowie estaban bien, me pondría ropa interior sexy y volvería a Bitter Creek Road.

Las calles de Georgebury estaban oscuras, porque las tiendas cerraban a las ocho de la tarde. Las únicas luces que estaban encendidas eran las del Whoop & Holler y las de Green Mountain Media. Mark todavía estaba en la oficina. Se veía su cabeza oscura por la ventana de su despacho.

Me detuve un momento, mirando hacia nuestro edificio. Y, entonces, en un segundo, me decidí. Al día siguiente iba a despedirme.

Ya era hora.

Se me quitó un peso de los hombros. Sabía que encontraría otro trabajo muy pronto. Tal vez, incluso, montara mi propia empresa, o ayudara a Noah durante unos meses, hasta que se presentara otra buena oportunidad. Ya era hora de cortar todos los lazos que todavía me mantenían cerca de Mark. Él llevaba desde siempre en mi vida, y, muchas veces, había enturbiado las aguas, y, al final... yo me había hartado.

—¿Qué te parece eso, Michelle? —le pregunté, en voz alta.

La primera dama no respondió, pero no tenía importancia. No necesitaba oír

su voz recomendándome que tuviera sentido común, porque ya lo había encontrado.

Cuando llegué a casa, el coche de Noah estaba en su lugar habitual. Al entrar en la cocina, me di cuenta de que la casa estaba a oscuras, y encendí la luz. Todo estaba muy silencioso. ¿Y Bowie? Normalmente, venía a recibirme a la puerta, ladrando de alegría. Aquella noche, no.

—¿Bowie? ¡Mamá ya ha llegado, precioso!

Solo hubo silencio.

—¿Noah?

«Debe de haber salido con Jody», pensé. «Y se ha llevado a Bowie. Eso es todo».

Con un sabor amargo en la boca, dejé caer el bolso. De repente, tenía las manos sudorosas.

—¿Bowie? —repetí, débilmente.

Entonces, oí un pequeño sonido. Era un gemido, un lloro. Era de Bowie.

A medida que caminaba, iba encendiendo las luces. Me temblaban las piernas, porque lo sabía. Ya lo sabía. Atravesé la cocina y el salón. Abrí la puerta del taller. Bowie volvió a gemir.

Vacilé antes de encender la luz allí. Estaba segura de que no quería ver lo que iba a encontrarme. Finalmente, no apreté el interruptor. Después de todo, conocía el camino, y podía recorrerlo a oscuras.

—¿Abuelo? —susurré.

Bowie golpeó el suelo con la cola. Aquella fue la única respuesta.

Lenta y cuidadosamente, me acerqué a la mesa de trabajo de mi abuelo, que estaba en un rincón, y encendí la lámpara. Su luz suave fue más que suficiente para mostrarme lo que sabía que iba a ver.

Mi abuelo estaba sentado en su vieja butaca reclinable, y Bowie estaba a sus pies. Mi perro volvió a mover la cola, pero no se levantó.

Noah tenía los ojos cerrados. Se parecía más que nunca a un Santa Claus delgado, con su barba y su pelo blancos y sus manos, tan hábiles. Sin el ceño fruncido, su expresión era más relajada y dulce. Se le veían perfectamente las arrugas de los ojos. Eran las arrugas de la risa. Mi abuelo tenía una maravillosa sonrisa. Siempre había tratado de dar la impresión de que era un viejo gruñón, pero yo nunca me lo había tragado. Nadie podía ocultar un buen corazón, por mucho que lo intentara.

Parecía que estaba dormido. Aquello era un cliché, pero era reconfortante,

porque, a pesar de haberme criado en una funeraria, yo siempre había tenido miedo de los muertos.

Bowie volvió a gimotear.

–Eres muy buen chico –le susurré–. Qué bueno eres, Bowie.

Yo puse mi mano sobre la mano fría y rígida de Noah, y me arrodillé junto a su silla, llorando. Debía de llevar allí un rato, porque el taller estaba helado, y la estufa de leña no estaba encendida. Todo estaba muy silencioso.

–Oh, abuelo –susurré–. Siento no haber estado aquí.

«No seas idiota». Casi le oí decírmelo.

–Mamá y papá vuelven a estar juntos –le dije a mi abuelo, con la voz quebrada–. Así que ya no tienes que preocuparte más por tu hijo, ¿de acuerdo? Y yo voy a cuidar de Freddie. Va a estar muy bien. Lo único que pasa con él es que es muy joven. Pero está madurando. Sé que hará que te sientas orgulloso.

Pensé en mi abuela, el gran amor de Noah. Pensé en el señor Morelock y en mi tío Remy, que habían muerto hacía tanto tiempo. Esperaba que estuvieran esperando a Noah. Me alegraba mucho de haber vivido con él, de haber podido ayudarlo. Me alegraba de que hubiera muerto allí, en su taller, en el lugar que tanto amaba, trabajando hasta el último día, porque un viejo yanki de Vermont no habría deseado otra cosa. Y me alegraba de que mi perro hubiera estado allí, porque Noah adoraba a Bowie.

Le besé la frente a mi abuelo y me levanté.

–Vamos, Bowie –dije–. Lo has hecho muy bien. Ven, te voy a dar un poco de beicon.

Mi perro, liberado de su deber, me siguió a la cocina.

Era curioso, pero no sabía qué hacer. Le di su premio a Bowie y marqué un número de teléfono. «Por favor, contesta», pensé.

Pero no contestó.

–«Este es el buzón de voz de Ian McFarland. Por favor, deje su mensaje y le llamaré lo antes posible».

–¿Ian? –dije con un hilo de voz–. Sé que estás un poco enfadado conmigo, pero me preguntaba si podías venir a mi casa, porque mi abuelo se acaba de morir.

Dos horas después, volvía a estar sola en casa de Noah.

Mis padres habían ido inmediatamente. Mi padre se había quedado junto al

suyo, en silencio, durante unos minutos. Después, le había dado un beso en la cabeza. Mi madre abrazó a mi padre y le murmuró unas palabras, suavemente. Robbie Neal, médico y miembro de los River Rats, había acudido para certificar el fallecimiento de Noah, y Shaunee, otra voluntaria de las ambulancias, me dio un abrazo.

–Parece que ha tenido un infarto fulminante –dijo.

La policía me hizo unas cuantas preguntas... Cuándo lo había visto por última vez, si había tenido visitas... lo habitual. Le hicieron una revisión, pero era evidente que a Noah se le había parado el corazón. Louis acudió, silencioso y eficiente, y, por primera vez, no me resultó espeluznante, sino solo bondadoso y útil.

Mis padres se preocuparon por mí. Querían que me fuera a su casa, y también se ofrecieron a quedarse allí conmigo. Pensaron que era mejor esperar hasta el día siguiente para darles la noticia a Freddie y a Hester. Mi hermano había salido con sus amigos, y Hester siempre se acostaba temprano. Yo me encargaría de decírselo a Jody por la mañana. Pobre Jody.

–¿Estás segura de que no quieres venir a casa, cariño? –me preguntó mi madre, acariciándome el pelo, mientras yo seguía sentada en la mesa de la cocina. Papá estaba fuera, con los sanitarios.

–Estoy bien, mamá. Solo estoy triste.

Bowie posó la cabeza en mi regazo y me guiñó el ojo azul. Yo le sonreí y le di la mitad del sándwich que me había preparado mi madre. La miré.

–Quiero quedarme aquí esta noche y llorar a gusto.

Ella me miró con severidad, como si estuviera evaluando si decía la verdad.

–Está bien. Te llamo por la mañana.

–Gracias, mamá. Supongo que ya lo tienes todo organizado.

Ella asintió.

–Él me pasó toda la información después de que muriera tu abuela. Noah nunca pensó que la sobreviviría tanto tiempo.

Yo miré a mi madre. Estaba pensativa.

–¿Mamá?

–¿Sí, cariño?

–Me alegro muchísimo de que papá y tú estéis juntos otra vez.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Yo, también –susurró.

–¿Seguro que quieres quedarte sola, Caniche? –me preguntó mi padre, al volver a la cocina.

–Sí, papá, seguro.

Les di un abrazo, volví a decirles que iba a estar bien y me despedí de ellos. Cuando entraban al taxi, mi padre tomó la mano de mi madre y se la besó.

Yo subí a mi habitación, me lavé los dientes y me puse el pijama. Tenía un nudo en la garganta y solo quería llorar. La casa estaba en absoluto silencio.

Allí, en un rincón de mi cuarto, junto a la ventana que daba al río, estaba la mecedora Morelock. Y, sobre ella, en una balda, estaban los diecisiete animalitos de madera tallados por mi abuelo durante todos aquellos años. Al darme cuenta de que ya no me haría ninguno más, sentí un agudo dolor en el pecho.

Fui al salón y me senté en el sofá. Bowie saltó a mi lado. Después de un rato, alguien llamó a la puerta, y Bowie y yo nos sobresaltamos. Exhalé un suspiro. Por fin, él estaba allí.

No. No era Ian.

–Mark –dije–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Acabo de enterarme –dijo, con una expresión solemne, y me abrazó–. Lo siento mucho, Callie.

Fue un abrazo estrecho... No de cortesía, sino estrecho desde la cara a los muslos. Su mejilla estaba contra la mía, suave, cálida, recién afeitada. Oía a la colonia de Hugo Boss que tanto me gustaba. Tanto, que, por patético que fuera, me había comprado un frasco después de que me dejara, y me había pasado horas oliéndola.

Me zafé de él.

–Gracias, Mark. Um... ¿quién te lo ha dicho?

Di un paso atrás y dejé que Bowie olisqueara al visitante. Notaba la cara muy caliente.

–Acabo de pasar por el Whoop & Holler. Me lo ha contado Shaunee Cole –dijo él–. ¿Te has quedado sola? –preguntó.

–Sí –respondí, y vacilé un momento–. Um... Vamos, pasa. ¿Te apetece tomar algo?

–Claro. Brindemos por el viejo Noah.

Yo me irrité. «Tú nunca le caíste bien al viejo Noah, Mark. Te consideraba un presuntuoso». Sin embargo, Mark estaba siendo amable. Además, teníamos

que hablar.

Un minuto después, estábamos sentados en el sofá, delante del fuego, cada uno con un vaso de dos dedos de whiskey en la mano.

–Por tu abuelo. El mejor constructor de barcos del mundo.

–Por mi abuelo –dije yo. Por cortesía, brindé con él. Di un sorbo. A mí no me gustaba el whiskey, pero Mark apuró su vaso.

–Tómate todos los días libres que necesites –me dijo.

Yo respiré profundamente.

–En realidad, Mark, necesito hablar contigo sobre el trabajo –le dije, y tomé aire–. Quiero dejarlo, y lo mejor será hacerlo cuanto antes, dadas las circunstancias.

Mark no se movió. No respiró. Al cabo de unos segundos, pestañeó y respiró bruscamente.

–Callie, cariño, no tomes una decisión así tan apresuradamente. Es una locura. No puedes dejarlo.

Yo hice una pausa.

–Bueno, en realidad, sí que puedo.

–Estás muy disgustada. Tu abuelo acaba de morir. No deberías tomar esa decisión ahora.

–No la he tomado ahora. Fue hace unas horas.

Él volvió a pestañear y se frotó la frente.

–Está bien. Vamos a dejar los rodeos. ¿Es por mí?

Yo observé su rostro. Tenía el ceño fruncido, los ojos oscuros y preciosos, el pelo revuelto, como de costumbre. Era increíblemente guapo. Ian no tenía una cara tan perfecta, pero la suya era mucho más interesante, estaba llena de matices y sonrisas ocultas. Tal vez Mark fuera la personificación de la belleza masculina, pero Ian... En el semblante de Ian había una historia. La de Mark era, simplemente, una perfección vacía.

–Callie –susurró él, y me agarró la mano.

Yo me solté.

–¿Sabes qué, Mark? Tienes razón. Es por ti. Quiero ser sincera ahora, porque acabo de darme cuenta de que no lo he sido. Tal vez, nunca.

Él hizo un mohín.

–No seas tonta.

–Lo cierto, Mark, es que he estado muchos años enamorada de ti. Incluso antes de Santa Fe.

Mark abrió la boca. Iba a decir algo, pero lo pensó mejor.

–Eh... Está bien. Sigue.

–Creo que todo empezó en el sótano de Gwen, con aquel beso –dije. Él sonrió un poco, y yo continué–: Y, después, desde el día en que me entrevistaste para el trabajo, he estado ahí, llena de esperanza, pensando que ibas a fijarte en mí.

Bowie soltó un ladrido de apoyo.

–Pues claro que me fijaba en ti, Callie –dijo Mark con impaciencia–. Siempre he sabido que eras genial.

Yo di un resoplido.

–Sí, claro. Pero tardaste tres años, e hizo falta que estuviéramos a punto de morir en un avión, para que tuviéramos una aventura. Y lo cierto es que no me importó. Durante esos días en Santa Fe, fui feliz contigo. Pero, después, cuando volvimos, empezaste a rechazarme, y yo pensé que a lo mejor solo necesitabas algo más de tiempo. Y esperé a que te dieras cuenta de que tú también me querías. Esa noche en la que rompiste conmigo, cuando preparaste la cena... Yo creía que me ibas a pedir que me casara contigo, Mark.

Él se miró las manos. Tenía las mejillas ruborizadas.

–Y, entonces, me soltaste esa mentira de que no era el momento adecuado.

–No era una mentira, Callie.

–Eh... sí lo era, Mark.

Él suspiró con exasperación.

–Está bien, Callie. Mira... lo de Santa Fe fue un error. Fue algo especial, pero no era el mejor momento para mí. No tenía que haberme acostado contigo, y lo siento.

Aunque yo ya no sentía nada por él, aquellas palabras me hicieron daño.

–Pero, Callie –prosiguió él–, eso no significa que tengas que dejar el trabajo. A ti te encanta lo que haces, ¡y eres muy buena!

–Sí, ya lo sé –dije yo–. Pero, ahora... quiero empezar a hacer algo diferente. Y, sinceramente, Mark, no me gusta la manera en que Muriel avasalla a todo el mundo en la agencia. Quiero mirar hacia delante y empezar de cero. Ya he malgastado suficiente tiempo contigo, Mark.

Él cabeceó.

–No tenía ni idea de que sentías todo esto –murmuró él.

–¡Claro que sí lo sabías! –exclamé yo, y él se sobresaltó–. ¡Y has estado jugando conmigo! Sigues jugando, de hecho. Hoy mismo me has dicho que soy

muy especial. Tú sabías lo que yo sentía, y lo has estado utilizando durante años.

Mark me miró con una expresión de culpabilidad, y yo suspiré. De repente, me sentía exhausta.

–Mark, mi abuelo acaba de morir, y, para ser sincera, eres la última persona que quiero que esté aquí. Me despido de la empresa. Por favor, vete. Ya hablaremos la semana que viene, ¿de acuerdo?

Él se puso de pie.

–Está bien. Pero esto no va a acabar así. No acepto tu renuncia, porque creo que ahora estás muy disgustada y triste, y no deberías tomar una decisión tan importante en estas condiciones. Piénsalo mejor, ¿de acuerdo?

–No es necesario.

–Bueno, pero hazlo de todos modos –dijo él con la respiración entrecortada–. Mira, no quería empeorarlo todo, Callie. Solo quería decirte que he sentido mucho lo de Noah. Sé que lo adorabas.

Ese era el problema con Mark: nunca era malo del todo.

–Te lo agradezco –le dije con más suavidad–. Gracias por venir.

–De nada –respondió él mientras abría la puerta.

Ian estaba en la entrada, vestido con el traje del quirófano, sin abrigo, a pesar del frío que hacía.

–Ian –susurré.

Bowie empezó a aullar de alegría.

Ian me miró a mí y, después, miró a Mark.

–Estaba operando –me dijo–. Un perro ha tenido... Bueno –añadió, y tragó saliva–. Acabo de escuchar tu mensaje, Callie.

–Yo ya me iba –murmuró Mark–. Buenas noches.

Entró en su coche y se alejó. A mi espalda, Bowie gimoteó y se tiró al suelo, ofreciendo el estómago para que alguien, si quería, se lo rascara.

–¿Es demasiado tarde? –preguntó Ian.

–¿Para qué?

–Para tener compañía.

–Para la tuya, no –respondí.

Entonces, Ian me abrazó y me dio un beso en la frente.

–Lo siento muchísimo –susurró.

–Gracias –dije yo.

Él era tan cálido, fuerte y tierno, que se me llenaron los ojos de lágrimas

otra vez.

–¿Quieres hablar? –me preguntó.

–Solo quiero acostarme –murmuré con la cara pegada a su pecho.

–De acuerdo, cariño –me dijo.

Él nunca me había llamado otra cosa que no fuera «Callie» hasta aquel momento, y eso me hizo llorar más aún. Ian cerró la puerta, le dijo algunas palabras dulces a Bowie y me llevó escaleras arriba, apagando luces por el camino.

–¿Tienes que lavarte los dientes, o algo así? –me preguntó.

–No –dije entre sollozos–. Ya estoy.

Entonces, él apartó los cojines y abrió la cama.

–Vamos, acuéstate –me dijo.

Yo obedecí. Me sentía muy cansada.

Ian me tapó hasta la barbilla y se inclinó para besarme la frente otra vez. Yo lo agarré de la mano, y él se sentó al borde de la cama, acariciándome el dorso de la mano con el dedo pulgar, suavemente. Yo pensé que Ian McFarland sería un buen marido, un buen padre, un buen... cualquier cosa.

–Siento mucho lo que pasó anoche –susurré.

–Bueno –dijo él mientras me acariciaba el pelo–, supongo que tus sentimientos eran los correctos. Yo también lo siento.

Bajó la mirada hasta la colcha y pasó el dedo por la tela.

–Ella nunca va a ser fácil, Callie.

–Supongo que no –dije.

–¿Hemos terminado con eso, entonces?

Yo asentí.

–Creía que habías roto conmigo anoche, cuando te marchaste –dijo él, sin alzar la vista.

A mí se me cortó la respiración.

–Oh. No, Ian. Solo fue... una pelea.

–De acuerdo –dijo él. Tragó saliva, y yo me emocioné.

–De hecho, iba a ir hoy a verte para que pudiéramos reconciliarnos y pasar la noche juntos. Pero llegué a casa y me encontré a Noah y... y... Bueno...

Se me arrugó la cara.

–Eh, eh –dijo Ian.

Y, sinceramente, no había nada en el mundo que pudiera consolarme tanto como el hecho de sentir aquellos brazos suyos a mi alrededor. Apretó mi cara

contra su cuello y me dejó llorar.

–¿Puedes quedarte conmigo esta noche? –le pregunté.

Ian se retiró para mirarme a la cara.

–Para eso he venido –dijo.

Entonces, se quitó el traje del quirófano y se tumbó a mi lado. Me abrazó, y yo posé la mejilla sobre su corazón. Al instante, me quedé dormida.

Capítulo 25

El día del entierro de Noah amaneció gris y lluvioso. Nos reunimos en la funeraria por la mañana. Por deseo de Noah, no iba a haber ningún oficio religioso. Tan solo, dos horas de velatorio y, después, al cementerio.

Para hacer un homenaje, los River Rats le preguntaron a mi madre si podían llevar uno de los kayaks de mi abuelo, y lo colocaron junto a su féretro en la Sala de la Tranquilidad. Era uno de los diseños más bellos de Noah... una nave larga, esbelta, hecha de cedro rojo con marquetería de arce blanco.

Y, como siempre, me sorprendió la dicotomía de mi abuelo. Un anciano que hablaba con dureza, que tenía las manos encallecidas, y que podía crear y construir algo tan lleno de ligereza y gracia. Noah dejaba un legado maravilloso.

Era raro vernos a todos reunidos en nuestra casa como asistentes a un velatorio. Ojalá Noah hubiera podido ver juntos a mi padre y a mi madre. Tal vez lo supiera... Freddie estaba muy serio y triste, y parecía muy maduro con su traje. Bronte y Josephine estaban a su lado, y él les contaba chistes cuando las niñas se ponían a llorar demasiado. Mamá dejó que Louis dirigiera el funeral, y papá, tan guapo como siempre, recibió y saludó a la gente que acudía a honrar a su padre.

Jody formaba parte del grupo familiar. Yo había ido a visitarla al día siguiente de la muerte de Noah y le había dado la noticia. Después, le había pedido que nos acompañara.

–Me gustaría –me había dicho ella, con un hilo de voz, y se había agarrado a mis manos con una fuerza sorprendente–. Gracias, Callie.

–Bueno, toda aquella persona que pueda abrirse de piernas como una bailarina y, además, aguantar a mi abuelo, se merece reconocimiento –murmuró.

–Él te adoraba –me dijo.

–Y a ti –dije yo.

Las dos nos habíamos puesto a llorar.

Ian también estaba presente. Se había quedado al fondo de la sala, como un mastín... Callado, lleno de calma, protector. Me llevó un vaso de agua y me ofreció su pañuelo cuando empezaron a caérseme las lágrimas.

–Pero... ¿quién sigue llevando pañuelos de tela? –le pregunté mientras me secaba los ojos.

–Me compré un cargamento después de conocerte –dijo él.

Me apretó la mano y volvió a su sitio, al fondo de la sala, y se inclinó un poco cuando Elmira Butkes le hizo una pregunta sobre su ancianísimo gato, el señor Fluffers. Todas las señoras de la clase de hip–hop habían ido al velatorio, como los River Rats, por no mencionar a una docena de personas que habían adquirido sus embarcaciones en Noah's Arks.

–Lo siento muchísimo, cariño –me dijo Annie, que estaba con Jack y Seamus. Ella también estaba llorando–. ¿Estás bien?

–Estoy bien –le dije.

Ella se secó los ojos.

–Bueno, vamos a estar por aquí. Estoy disponible para lo que necesites. Lo dejo todo en cuanto me llames. Podemos emborracharnos, comer masa cruda de bizcocho, maldecir... lo que quieras.

Yo sonreí entre lágrimas.

–Ya lo sé. Gracias, Annie.

–Lo siento mucho, Callie –me dijo Jack, y me dio un abrazo.

–Lo menos que podías hacer era meterme mano, Jack –le dije.

–Qué sentimentales y dulces sois las dos, chicas –dijo, guiñándome el ojo. Después, siguieron para saludar a mis padres.

–Lo siento mucho, Callie –dijo alguien más. Muriel.

–Ah, hola, Muriel –dije yo–. No sabía que habías vuelto de California.

–Volví ayer –respondió ella, mientras analizaba mi atuendo.

Yo me había puesto un vestido amarillo brillante, como los rayos del sol, para Noah. Llevaba unos zapatos de tacón rojos que me estaban matando, pero eran un homenaje a su fuerza vital. Esas eran las conclusiones a las que llegaba una fetichista de los zapatos.

–Bueno, muchas gracias por venir –le dije a Muriel, y miré a su alrededor, en busca del resto de los empleados de Green Mountain. Todos ellos me

habían llamado ya, pero todavía no habían ido al funeral.

–Van a venir después –me dijo Muriel, respondiendo así a mi pregunta implícita–. Yo... eh... tenía que hacer un recado y pensé en venir ahora –añadió, e inclinó la cabeza–. Bueno, lo siento mucho.

Claramente, se sentía azorada, y no era extraño, porque estaba en mi territorio, rodeada por toda mi familia y todos mis amigos.

–Muchas gracias por venir, Muriel. Ha sido muy amable por tu parte.

–De nada. Nos... nos vemos pronto.

–Seguro que sí –dije yo.

Me pregunté si Mark le había dicho ya que me iba de la empresa, pero, entonces, llegó el doctor Kumar y me abrazó, y Muriel se me olvidó de repente.

–Mi querida niña, siento mucho la pérdida de tu abuelo –me dijo con sus preciosos ojos castaños empañados–. Sé que estabais muy unidos.

–Gracias, doctor Kumar –le dije a mi viejo amigo–. ¿Qué tal en Branson?

–¡Ah, Callie, es precioso! Lo hemos pasado muy bien. Ahora queremos ir a Dollywood. Pero, dime, querida, ¿qué te parece el doctor McFarland? –preguntó el doctor Kumar, dulcemente.

–Me cae muy bien, doctor Kumar.

–Sí, eso creía yo, que te iba a gustar. Me alegro.

Y, con eso, el doctor Kumar me guiñó un ojo, me dio otro abrazo y se alejó.

Cuando llegó el momento, Louis acompañó a todo el mundo fuera para que pudiéramos irnos al cementerio.

–¿Puedo quedarme un momento a solas con el abuelo, papá? –le pregunté.

–Claro que sí, Caniche. Nosotros estamos fuera.

Louis cerró la puerta al salir para dejarme a solas en la Sala de la Serenidad.

El silencio nos envolvió pesadamente. Me acerqué al ataúd y miré a mi abuelo.

–Ya terminó todo, Noah –susurré.

A pesar de lo cascarrabias que era, mi abuelo siempre había sido una roca a la que aferrarme en el río de mi vida, y me dolía mucho pensar que nunca más iba a poder hablar con él.

Entonces, abrí el bolso y saqué las cosas que quería que él tuviera. Un rizo de madera de cedro que había recogido del suelo del taller. Un mechón de pelo de Bowie. Una galleta de pepitas de chocolate.

Y una cosa más: una tarjeta mía, uno de los dibujos que le enviaba todas las semanas después de que muriera la abuela. Aquel era el típico dibujo infantil... Un corazón, unos tulipanes y un arco iris, pintados con ceras. En la parte de abajo, había escrito lo mejor que había podido: *¡Te quiero, abuelito! Besos, Calliope.*

Había encontrado la tarjeta el día anterior, al fondo de su cajón de los calcetines. Tenía todas las tarjetas, dieciséis en total, atadas con un lazo descolorido. Las había guardado durante veintitrés años y medio, y las veía todos los días. Eso me dejaba el corazón pequeño y frágil, como si pudiera romperseme al menor golpe.

Una de mis lágrimas cayó sobre la camisa de franela de mi abuelo, y pensé que, tal vez, a él le gustara aquello. Porque, a pesar de sus gruñidos y sus maldiciones, Noah era muy tierno.

—Gracias, abuelo —le susurré, y le acaricié la barba por última vez—. Gracias por haberme dejado ser útil. Gracias por todo.

El sábado siguiente era la regata de los River Rats, un evento escandaloso en el que se consumían cerveza hecha en la zona y perritos calientes y se hacían algunas carreras por el Connecticut. No era la típica regata en la que a la gente le importara el resultado... Nah. Aquello era una juerga, más bien. Había concursos para elegir el barco más feo y el mejor uso del cartón como elemento de construcción para las embarcaciones, y había una competición para ver quién duraba más, algo que normalmente ganaba Jim, el dueño del Whoop & Holler, que había sido Navy SEAL en su juventud.

Aunque estábamos a finales de octubre, brillaba el sol. Seguramente, aquel era el último fin de semana de buen tiempo hasta la primavera siguiente. Casi todas las hojas habían caído, aunque algunos álamos todavía conservaban algunas hojas amarillas. En aquel septiembre había llovido menos de lo normal, así que el río discurría lentamente, plácidamente, dibujando sus meandros entre New Hamster y Vermont con elegancia.

Aquel año, los River Rats me habían pedido que presentara el concurso para elegir el barco más bonito. Habían rebautizado aquella categoría con el nombre de Premio Noah Grey a la Excelencia Estética. En las ediciones pasadas, siempre le habían pedido a Noah que presentara aquel premio, pero él rehusaba la invitación, aunque aparecía por allí para echar un vistazo. Yo

me sentí conmovida por el hecho de que me lo hubieran pedido a mí.

Saludé y sonreí a la gente que conocía. Me encontré enseguida con Annie, pero, por el momento, yo estaba sola, porque Ian tenía que trabajar. Al pensar en él, se me alegró un poco el corazón. Estaba enamorada y, por primera vez, era aquel tipo de amor que hacía que me sintiera mejor persona. Aunque yo siempre hubiera pensado que Mark era todo lo que deseaba, en realidad, Ian era lo que necesitaba de verdad.

—Hola, Callie —me dijo Freddie, que apareció a mi lado.

Llevaba una de las camisas de Noah, y no se había afeitado en dos días. Su parecido con nuestro abuelo era un poco sorprendente, sobre todo, cuando se arrodilló para acariciar a Bowie.

—¿Dónde está Ian? —me preguntó.

—Va a venir un poco más tarde, por el horario de los sábados —dije yo.

—¿Vais en serio? —preguntó Fred. Bowie se puso a canturrear de placer cuando mi hermano encontró su punto favorito para las cosquillas.

Yo me ruboricé.

—Pues... más o menos. Sí.

—Parece un tío guay —dijo mi hermano. Se incorporó y se sacudió los pelos de Bowie—. Callie, estaba pensando...

—¿En serio? ¿Te encuentras bien?

—En serio, sí —dijo, y se cruzó de brazos, mirándome—. Noah nos ha dejado los derechos de todos los planos de las embarcaciones a los tres, ¿lo sabías? —me preguntó. Yo asentí—. Estaba pensando en que podría intentar dedicarme a la construcción de barcos. Continuar la tradición.

Yo me quedé boquiabierta.

—¿Y la universidad?

—He cambiado de asignaturas seis veces en tres años, Callie. Creo que eso quiere decir algo.

—¿No querías estudiar Derecho y ser abogado?

—Sí, pero solo porque se me da bien mentir —respondió—. Pero... bueno, lo he estado pensando, y no se me ocurre nada que me apetezca hacer más que esto. Cuando estaba ayudando a Noah en el taller... Esos eran los momentos en los que mejor me sentía. Tenía la sensación de que estaba haciendo algo... importante. Lo que sea —dijo Freddie, y puso los ojos en blanco. Estaba azorado, sí, pero yo noté la sinceridad de su tono de voz.

—Yo creo que eso sería estupendo. Y lo harías muy bien —le dije.

–¿Y crees que podría ganarme la vida con ello?

–Bueno, al abuelo le fue muy bien. A lo mejor tienes que bajar los precios al principio, para hacerte con una buena clientela, pero... ¡Eh, yo puedo ayudarte! Noah nunca me dejó que le hiciera una campaña de publicidad, pero esto sería maravilloso. Noah's Arks se convertiría en una tradición familiar de varias generaciones. Podríamos hacer una página web, poner una galería de fotos...

–Pero yo no haré un trabajo tan bueno como el del abuelo –dijo Freddie. Por un momento, fue otra vez aquel niño pequeño a quien yo tanto había querido.

–Puede que al principio, no. Pero después lo harás estupendamente, lo sé.

Bowie, que estaba totalmente de acuerdo, le lamió la bota a Freddie para darle ánimos.

Fred me abrazó.

–Gracias, Calorie. Espero que a mamá no le dé un ataque cuando se lo cuente.

–Está demasiado ocupada redescubriendo a papá –dije yo.

–Lo cual es repugnante –dijo Hester, que se había acercado a nosotros con las niñas.

–Sí, claro, como si lo tuyo fuera mejor –replicó Bronte–. Callie, ¿sabes quién va a venir a cenar a casa? ¡Louis! Quiere... conocernos mejor –dijo mi sobrina–. Es un bicho raro.

Hester puso los ojos en blanco y le dio a su hija un empujoncito afectuoso.

–Louis me ha hecho una máscara mortuoria –dijo Josephine, mientras Bowie le lamía la barbilla–. Está en mi habitación. Me la voy a poner en Halloween. Se llama Mooey.

–Es un buen nombre –dije yo–. ¿Qué te parece a ti Louis, Josephine?

–Es simpático –respondió. Después, cambió de tema–: La abuela me va a llevar a comprar mi vestido para la boda. Voy a llevar las flores, y puedo elegir el que quiera.

–Yo te recomiendo uno de estampado de leopardo –dijo Freddie.

–Cómprame palomitas, tío Fred –le ordenó nuestra sobrina.

–Sí, mi ama –dijo él, y se la llevó de la mano–. Nos vemos después. Bronte, ¿quieres venir?

–Claro. Eres mi único familiar guay –dijo ella.

–Eso no me ha gustado –le grité yo mientras se alejaban.

–Pues deja de cantar a los Black–Eyed–Peas en público –respondió ella mirando hacia atrás.

–¡Te quiero! –le dijo Hester.

Bronte no respondió, pero alzó la mano con el dedo meñique, el dedo índice y el dedo pulgar estirados... Lo cual significaba «Te quiero» en lenguaje de signos.

–¡Ay! –dije yo. Hester sonrió–. Bueno –continué–. ¿Y Louis es... bueno contigo?

Ella se encogió de hombros.

–El sexo es increíble. La otra noche lo hicimos en un ataúd...

–¡Dios Santo, fulmíname con un rayo ahora mismo, te lo ruego! –balbuceé, y Bowie se puso a ladrar por pura solidaridad–. ¡Hester, por favor! Yo soy una persona normal. Me abruma este tipo de información.

–¿Qué pasa? ¿Es que Ian y tú no lo habéis hecho en ningún sitio inesperado?

–Bueno... –dije, y me ruboricé–. Tiene un embarcadero, ¿sabes? Y la otra noche salimos a ver las estrellas, y teníamos mantas, y las cosas se pusieron... románticas.

–Bostezo –dijo Hester.

–No fue para bostezar, ¿sabes? Me hizo feliz. Dos veces. Fue...

Fue algo especial. Bello. ¡Trascendental! Betty Boop y yo suspiramos de felicidad y sonreímos como bobas.

–Bueno, lo que sea. Pero no renuncies a los ataúdes. Cuando mamá esté fuera, claro. Ah, mira, hablando de mamá, ahí vienen los dos –dijo Hester, y cabeceó–. Míralos. ¿Quién lo habría pensado?

Nuestros padres se acercaban caminando por la orilla del río, tomados de la mano.

–¿Te alegras de que hayan vuelto a estar juntos, Hes?

Ella suspiró.

–No sé si me alegro, pero... ¿qué demonios? Es su vida. Si quieren, que la caguen otra vez.

–Bueno, pues ya sabemos quién va a hacer el brindis en la boda –dije yo–. Eso que has dicho ha sido precioso.

Ella me sonrió.

–Me muero de hambre. ¿Te apetece un perrito, o algo así?

–No, gracias –le dije–. Nos vemos después.

En cuanto ella se alejó, alguien me llamó. ¡Ah! Dave y Damien también

estaban allí, y también caminaban tomados de la mano. Me saludaron a la vez. Vi a Pete y a Leila, tan absortos como siempre el uno con el otro. Parecía que todos los empleados de Green Mountain Media habían ido a la regata, y todos se acercaban a mí. Éramos... Bueno, la agencia era uno de los patrocinadores del evento, y siempre nos lo habíamos pasado muy bien. Los viejos tiempos. Sentí un poco de nostalgia... no por Mark, el hombre, sino por Mark, el jefe.

–¡Hola, chicos! –les dije.

Un poco más allá del pequeño quiosco de las entradas estaba Fleur, fumando un cigarro. Seguramente, era la última persona de todo Vermont que seguía fumando, y eso le granjeaba miradas de desagrado y toses fingidas. Karen le quitó el cigarro de entre los dedos, lo tiró al suelo y lo pisó, y yo me eché a reír.

Y allí estaba Mark. Se le iluminó la cara al verme. No habíamos vuelto a coincidir desde el funeral de mi abuelo, pero yo tendría que ir pronto a la agencia, a recoger mis cosas y cobrar el finiquito.

–Hola, Callie –me dijo–. ¿Cómo estás?

Se arrodilló para acariciar a Bowie, que le lamió la mano.

Yo le devolví la sonrisa, aunque con cautela.

–Estoy bien. ¿Y tú?

El resto del grupo nos rodeó.

–Hola, amiga –dijo Fleur.

–Te echamos de menos –dijo Leila–. La oficina ya no es lo mismo. No hay diversión –añadió Pete.

–Y nadie nos hace bollitos –dijo Karen–. De verdad, te echamos de menos.

–Y los clientes –dijo Damien–. Hemos perdido a tres desde que te fuiste.

–Sí, pero no os preocupéis –dijo Fleur–. De todos modos, sus proyectos ya estaban casi terminados.

Me pregunté si la habrían ascendido a directora creativa desde que yo había dejado la agencia. Seguramente, Muriel se habría quedado en aquel puesto. Y, hablando de la princesa de hielo...

–¿Y Muriel? –pregunté.

Se hizo el silencio. Un silencio embarazoso. Pete y Leila se miraron, y Fleur enarcó una ceja. Bowie se tiró al suelo y le ofreció la tripa al primero que quisiera rascársela.

–Callie, ven a dar un paseo conmigo –me dijo Mark, y me tomó del brazo–. Tenemos que hablar.

Bowie se puso de pie; yo lo tenía atado con la correa, así que no tuvo más remedio que obedecer. Los tres comenzamos a caminar y pasamos por delante de la parrilla del Lions Club.

–¡Hola, Callie! –dijo Jody Bingham, que estaba en la cola para comprarse una hamburguesa.

–¡Hola, Jody! –le dije yo–. ¿Cómo estás?

–Bastante bien, gracias –respondió. Habíamos quedado para comer a la semana siguiente. Las chicas de Noah.

–¿Sabes qué, Callie? ¡Sé hacer la voltereta lateral!

Hayley McIntyre me demostró su hazaña, y yo me zafé de Mark para aplaudir.

–¡La haces maravillosamente bien, cariño! –le dije.

–¡Ya lo sé! –respondió, y salió corriendo hacia donde estaba su familia.

–¿Podemos seguir? –me preguntó Mark en un tono de impaciencia.

–¿Qué es lo que pasa, Mark? ¿Y por qué hemos tenido que venir hasta aquí?

–Me gustaría que habláramos en privado.

Llegamos hasta el césped del jardín trasero de la biblioteca que, aquel día, estaba cerrada. La hierba todavía estaba verde, y los manzanos que rodeaban la pradera todavía tenían algunas hojas. Yo solía ir allí a leer después del colegio cuando era pequeña, y suspiraba por ser Jane Eyre o Ana de las Tejas Verdes. En el jardín había un banco de piedra en memoria de algún patrón de la biblioteca, orientado hacia el río, y Mark me lo señaló.

–Siéntate.

Yo obedecí, y Bowie se tendió a mis pies. El banco estaba duro y frío, a pesar de que hiciera sol, y yo me moví con incomodidad. No sabía si quería estar allí.

Mark no se sentó a mi lado. Permaneció en pie, con las manos en las caderas, exhaló un suspiro y miró al cielo.

–Habla ya, Mark –le dije con irritación–. Supongo que me has arrastrado hasta aquí por algún motivo.

Él me miró.

–De acuerdo. En primer lugar, Muriel se ha marchado. Así que tienes que volver al trabajo.

–¿Cómo?

–Muriel y yo lo hemos dejado. Lo nuestro no funcionaba.

–Vaya –dije–. Vino al funeral de Noah.

–Sí, bueno, se marchó justo después. Y se llevó la cuenta de BTR.

–No sé qué decir, Mark.

–Di que vas a volver a la agencia. Querías que eligiera, así que elegí. Te elegí a ti.

–Yo no... No sé de qué estás hablando.

Mark se pasó la mano por el pelo y se sentó pesadamente a mi lado. Se le encorvaron los hombros y se giró hacia mí.

–Callie, la noche que murió Noah, me dijiste algunas cosas. Y yo escuché.

–Eh... Pues parece que no, porque yo dejé el trabajo aquella noche. No voy a volver, Mark.

Pero él me tomó las manos y se quedó mirándolas.

–Callie, si pudiera volver atrás en el tiempo...

–Como diría Cher –dije, sin poder evitarlo. Tiré de ambas manos para que me soltara, y las posé recatadamente en mi regazo.

–Mira, Callie –dijo él. Bajó la voz y me lanzó su mirada de James Dean–. Sé que lo eché todo a perder. No vi lo que tenía en ti, y yo... quiero que vuelvas. A la agencia, por supuesto. Y, si quisieras intentar otra vez nuestra relación, eso sería... sería agradable. Estupendo, de hecho –dijo, corrigiéndose rápidamente–. Así que... cuando hayas vuelto a la oficina, veremos cómo van las cosas en lo personal.

–Vaya, es la oferta más deprimente que he oído en toda mi vida, Mark.

–Te daré un aumento.

–¡Vamos!

–Callie, por favor. Sé que no lo estoy haciendo bien, pero... Callie, tú eres estupenda. Y yo sé que... sé que lo nuestro funcionaría. De verdad. Dijiste que llevabas años enamorada de mí. Dame otra oportunidad. Volvamos a tener lo que tuvimos en Santa Fe.

–Tú me dijiste que eso fue un error, Mark.

–Bueno, pues me equivoqué. Eres increíble, Callie, y yo fui un estúpido por no saber verlo antes.

Por supuesto, yo había esperado mucho tiempo para oír aquellas palabras. Habría dado un riñón, o los dos, por haberlas oído. Sin embargo, ahora... no tenían el mismo impacto. De hecho, eran como un *noodle* demasiado cocido en la ensalada de pasta del amor.

–Mira, Mark, todo esto que me estás diciendo es muy... halagador, pero ¿hasta qué punto tiene que ver con los tres clientes que se han marchado?

–Bueno, acabas de sacar un tema importante –dijo él, rápidamente–. El trabajo y... nosotros... son dos cosas que están conectadas. Creo que lo que más orgullo me produce en la vida es haber fundado Green Mountain, y tú eres una parte muy importante de la agencia, Callie. Tu forma de ser en la vida, en el trabajo, con los clientes y con todo el grupo... todo forma parte de lo mismo, ¿sabes?

–Yo... no sé. Pero, de todos modos, no voy a volver –le dije, y miré la hora. Había quedado con Ian dentro de muy poco.

–Haríamos un gran equipo, estoy seguro. En el trabajo y en... lo demás. Es innegable.

–Eso habría sido innegable antes, Mark, pero ahora ya, no.

–Mira, lo siento –dijo él–. Tengo que reconocer que fui un idiota, Callie, pero lo cierto es que... lo que teníamos me asustaba. Era tan intenso que...

–¿En serio? –le pregunté, mirándolo dubitativamente–. Porque a mí no me parecía que estuvieras asustado ni intenso en aquel momento.

–No. Sí lo estaba –dijo él, y volvió a agarrarme las manos–. Callie, me entró pánico. Por eso empecé a salir con Muriel. Ella era tan distinta a ti...

–Mark, déjalo ya –le dije, con firmeza, y tiré de las manos una vez más–. No me importa. Yo ya lo he superado todo, ¿de acuerdo? Lo siento.

Mark se puso rígido.

–Ya lo sé. El veterinario.

–Se llama Ian.

–Sí, ya.

En vez de desanimarlo, la mención del otro hombre fortaleció la determinación de Mark. Se levantó del banco e hincó una rodilla en el suelo, frente a mí.

–¡Levántate, vamos! No pienso casarme contigo, por el amor de Dios.

–No te lo estoy pidiendo –dijo Mark, sonriendo–. Era para verte la cara.

Hice un mohín.

–Todo esto es muy incómodo, Mark.

–Sí, ya lo sé. Para mí, también –dijo él, y apoyó un brazo a cada lado de mis piernas, en el banco–. Solo quiero que lo pienses, Callie.

Había acercado mucho su cara a la mía, y yo me eché hacia atrás.

–Quiero que recuerdes lo bien que estábamos en el trabajo, lo bien que nos iba en la cama... –dijo. Enarcó una ceja y me lanzó su famosa sonrisa ladeada–. Era estupendo incluso charlar. ¿Te acuerdas de cómo era todo

cuando estábamos juntos?

¡Puaj! ¿Había sido siempre tan baboso?

—Nos conocemos desde hace mucho, Callie —prosiguió—. Yo fui el primer chico que te besó, ¿es que no lo recuerdas? Danos otra oportunidad, por favor, Callie. Creo que nos lo merecemos.

Yo me quedé mirándolo embobada, casi con fascinación. Por supuesto que recordaba aquel beso en el armario de Gwen Hardy. Estaba segura de que no me habría besado por segunda vez si no significara algo para él. Recordaba que esperé a que rompiera con Julie Revere. Y, después, de adultos, esperé a que me viera como algo más que una fantástica compañera de trabajo. Recordé aquellas cinco semanas, durante las que él se había ido alejando de mí un poco más cada día. Recordé también mi desesperación, y mis intentos de recordarle a él por qué tenía que quererme.

Recordé cómo me había desmoronado en la Jefatura de Tráfico.

Estaba locamente enamorada, eso era lo que recordaba.

Pero ya no lo estaba.

«Además, es un imbécil», me dijo Betty Boop, con calma. Y yo estuve totalmente de acuerdo con ella.

Sin embargo, Mark interpretó aquel silencio como una muestra de nostalgia. Se inclinó hacia mí y me besó. Yo no me moví. No porque estuviera horrorizada, ni disgustada, ni tampoco emocionada... Fue casi como una comprobación científica de si aquella antigua magia podría resucitar. Pero no hubo ninguna magia. Solo permaneció el sentido común.

—Ya está bien —dije, retirándome.

—Oh, vaya —dijo Fleur—. No quería entrometerme. Ian te estaba buscando, Callie. Esto sí que es incómodo, ¿eh, Ian?

Yo me puse en pie de un salto. Estuve a punto de tirar a Mark al suelo.

—¡Ian! ¡Ya estás aquí!

Mi perro salió corriendo hacia él y lo saludó alegremente. Ian no se movió.

Fleur y él estaban en uno de los jardines laterales de la biblioteca. Era obvio que habían llegado desde la calle. Fleur tenía una sonrisa petulante. Ian... Oh, Dios, me había visto besando a otro hombre, y pensaba que lo había engañado. Exactamente igual que su exmujer. Por eso se había quedado inmóvil, petrificado. Helado.

Yo corrí hacia ellos. Ian desvió la mirada hacia el río.

—Ian, sé que esto tiene muy mala pinta, pero puedo explicártelo —dije.

–Vaya, parece que tu plan ha funcionado muy bien, ¿eh, Callie? –me preguntó Fleur. Sacó otro cigarrillo de su bolso y rebuscó el encendedor.

–Ian –dije de nuevo. Él me miró con dificultad–. Esto no es lo que parece.

–¿Qué plan? –le preguntó a Fleur.

–Ah, lo siento. Creía que estabas en ello.

Fleur encendió su cigarro y dio una calada. Exhaló una bocanada de humo y me miró con una sonrisa.

–El de salir con otro hombre para poner celoso a Mark.

Aquellas palabras fueron un golpe mortal.

–Yo nunca tuve ese plan, Fleur –dije con la voz quebrada.

–¿Ah, no? Pues yo creo que hablamos de ello. Largo y tendido. Y lo has hecho muy bien, porque ha funcionado.

–Ian –dije en voz baja–. Te lo voy a explicar. No es lo que ella está diciendo.

Volvió a clavarme la mirada, pero no se movió.

Fleur se giró hacia Mark, que se estaba acercando a nosotros metiéndose la camisa por la cintura del pantalón. Era como si yo se la hubiera sacado en un momento acalorado, o algo así. A cada segundo que pasaba, yo parecía más y más culpable.

–Mark, ¿qué tal? –le preguntó–. ¿Por fin has entrado en razón y te has dado cuenta de que Callie es una joya, ahora que Muriel te ha dejado?

Aquello me tomó por sorpresa.

–Entonces, fue ella la que te dejó a ti, ¿eh? –le dije–. Vaya, pues me has hecho creer que había sido al revés.

Aunque, si lo hubiera sabido, no sentiría nada distinto.

–Ian, si no te importa que nos marchemos...

–Entonces, el jefe y tú estáis juntos de nuevo –dijo Fleur–. Debes de estar encantada.

–¡No! Y yo no he planeado nada –respondí–. Ian, no ha habido ningún plan, ni nada por el estilo. ¿No podríamos hablar a solas?

Él no respondió. De hecho, todavía no me había dirigido la palabra.

–Nos vamos –dijo Mark–. Callie, hablamos pronto. Piensa en lo que te he dicho.

Me lanzó otra mirada de James Dean y se alejó, con Fleur siguiéndole como un perrito faldero.

Me quedé a solas con Ian, y me asusté tanto que me temblaron las piernas.

–Eh... ¿quieres que nos sentemos? –le pregunté, señalándole el banco.

–No.

–No, claro. Y menos ahí, lógicamente.

Lo miré y me di cuenta de que su expresión se había vuelto pétrea y no dejaba traslucir nada. No era muy halagüeño.

–Está bien, Ian, te lo voy a explicar. Mark quiere volver conmigo, y yo, no. Eso es todo.

Traté de tomarle las manos, pero él apretó los puños y se los metió al bolsillo.

–Lo estabas besando –dijo.

–Bueno, más bien, él me estaba besando a mí.

–No parecía que te importara.

–No ha sido así. Yo no quiero volver con Mark. No quiero, por favor, créeme. Siento que nos vieras besándonos, y sé que debe de traerte malos recuerdos.

–Pues sí, Callie.

–¡Pero yo no te estaba engañando! Yo no haría algo así, Ian. Nunca.

Él cabeceó.

–¿Y qué es eso que ha dicho Fleur? Lo de tu plan para poner celoso a Mark.

–Yo no... no fue... Yo nunca he tenido un plan para...

Pero, por supuesto, era cierto.

Respiré profundamente y empecé a hablar, pero me quedé callada.

–Dime la verdad, Callie –me dijo Ian en voz baja.

Yo me mordí el labio.

–¿Te acuerdas del día de Tráfico?

Él asintió.

–Bueno, pues, después de eso, Annie, Fleur y yo estuvimos hablando de la mejor manera de conseguir que Mark volviera conmigo era... pescar otro pez. O lo que sea. No es una gran metáfora.

–¿Y por eso viniste a la clínica aquel día, diciendo que Bowie se había comido el periódico?

–Um... Sí.

–Entonces, mentiste.

–Bueno, me lo inventé, sí. Es una manera mejor de decirlo –respondí. Él me miró con severidad, y yo asentí—. Sí, mentí, tal y como tú sospechaste. Lo siento.

Ian miró al suelo. A lo lejos se oían los sonidos de la regata, la risa, la música. El llanto de un bebé.

–Entonces, necesitabas una distracción para olvidar a Mark –dijo.

–Yo no lo diría así, Ian –susurré. Tenía los ojos llenos de lágrimas, porque sabía que... Sabía que aquella conversación no iba a terminar bien.

–Aquella primera mañana, después de que... Te pregunté si habías olvidado a Mark.

–¡Y lo he olvidado! No te estoy utilizando, Ian.

–Claro que sí. Acabas de reconocerlo.

Tragué saliva.

–Para ser sincera, supongo que todo empezó así, pero lo del pavo... Aquel día... Eso no fue... Debes de saber que me importas, Ian. No te quedes en los detalles.

–Para mí, los detalles son importantes, Callie –me ladró, y yo me sobresalté–. Ya he estado con una mujer que tenía planes secretos, que quería estar con otra persona. Ya he sido el segundo plato de otra mujer. Cada vez que me doy la vuelta, ahí está él. Dios Santo, Callie, ¡te estabas besando con él!

–¡Ian, ya basta! Yo no quiero a Mark. ¡No nos vas a encontrar juntos en la cama!

–¡Tampoco me esperaba encontrarte besándote con él, y es lo que me ha sucedido! Además, Callie, puede que sí lo quieras. Puede que, cuando se pase el efecto de la novedad de nuestra relación, te des cuenta de que Mark es el amor de tu vida. Y yo no quiero estar ahí para averiguar que soy el segundón.

–Espera –dije, pero me quedé sin voz, porque se me encogió dolorosamente el estómago. Dios, sabía que aquel no era el momento de decirle aquello, pero estaba desesperada–. Yo estoy enamorada de ti, Ian. No de Mark.

–Estabas enamorada de Mark hace dos meses.

–Esto es distinto –susurré–. Te lo prometo.

–¿Y cómo puedo saberlo yo, Callie? ¿Y tú, cómo lo sabes?

–Lo sé. Ian, por favor, no hagas esto.

Pero él ya se había decidido. En su rostro volvió a aparecer aquella expresión distante y reservada que yo había visto tantas veces.

–Creo que es mejor que rompamos ahora –dijo en voz baja.

–Yo, no. Creo que es una idea horrible –gemí, llorando.

–Lo siento –dijo él.

Entonces, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 26

Realmente, la vida era un asco. No tenía trabajo, mi abuelo acababa de morir y, cuando por fin había encontrado el amor verdadero, él me había dejado.

Por supuesto, al principio no pensé que yo tuviera la culpa. No había hecho nada malo. ¿Acaso debería haberle dado una patada en la entrepierna a Mark? Yo no era de esa clase de personas, algo que ahora lamentaba profundamente. Nunca había necesitado darle una patada en las pelotas a un hombre, porque siempre había sido capaz de (trabajarme, manipular, engañar) tratar con ellos sin problemas.

En cuanto a la idea del plan para utilizar a Ian... Sabía que yo no había hecho eso. No tenía nada de malo el hecho de querer dejar atrás un amor sin esperanza, ¿verdad? ¿Era un pecado querer algo mejor?

–No, claro que no es un pecado –me dijo Annie, mientras nos tomábamos un vino barato la noche siguiente a la regata–. Aunque este es el motivo por el que todos los libros sobre relaciones dicen que hay que darse un año de calma después de una ruptura.

–Bueno, pues yo no he esperado un año –dije. Me sequé los ojos y tiré el pañuelo de papel al suelo, donde se reunió con su media docena de hermanos–. No llegué a leer nunca ese capítulo. Además, creo que Ian debería sentirse honrado, porque es el hombre bueno, sano y estable, y yo lo elegí antes que al capitán Idiota.

–Sentirse honrado. Tienes razón –dijo ella, asintiendo sabiamente. Había ido a dormir a mi casa aquella noche y, aunque habíamos alquilado varias películas de Gerard Butler, no habíamos abierto ninguna de ellas–. Pero me imagino que Ian no se siente tan... elegido. Y ahí está el problema.

–Entonces, ¿cómo puedo demostrarle mi amor, y todo eso?

–Ni idea. Pero ya daremos con algo. Ya verás. Y ¿qué vas a hacer con Fleur?

–Ya he pujado por un muñeco de vudú en eBay –respondí.

–Ella siempre te ha detestado. No entiendo cómo no te dabas cuenta.

–No me estás ayudando –murmuré.

–Tenemos que vengarnos de esa bruja celosa –dijo Annie–. Yo conozco a la gente.

–Tú eres bibliotecaria de un colegio –le respondí, mientras servía más vino para las dos–. No conoces a la gente. A esa gente, no.

–Es una zorra.

–Sí, lo es. Y su vida vacía y llena de amargura ya es suficiente castigo para ella.

–No, en lo que a mí respecta –dijo Annie–. Vamos a rayarle el coche.

–Lo cierto es que... yo sé cómo es Ian. Es como el cemento. Esto se le va a meter en el corazón y se va a fraguar, y ya nunca podré... –se me escapó un sollozo, y no pude terminar la frase–. Creo que debería llamarlo. ¿Tú qué crees?

–Mierda, no. No lo vas a llamar. Dame el teléfono. Oh, no... –dijo mi amiga, y cerró los ojos–. Ya lo has llamado, ¿no?

–Um... bueno, sí. Tres veces. Y... bueno... le he mandado un correo electrónico... dos veces. Y fui a su casa ayer a las diez, pero estaba oscura.

–Vaya, todo eso es motivo suficiente para que emitan una orden de alejamiento para ti –murmuró–. ¿Llamaste a la puerta?

–No. Tenía miedo de que la perra me delatara.

–Claro –dijo Annie, y se comió una patata frita. Masticó pensativamente, y añadió–: Creo que deberías esperar.

Yo tragué saliva.

–Es que... creo que, si pudiera explicarle las cosas tal y como fueron, lo entendería. Pero no quiere hablar conmigo.

–¿Le dijiste que lo quieres?

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

–Sí, pero no sirvió de nada.

Annie suspiró.

–No sé, Callie. Me parece que vas a tener que... esperar. Quiero decir que, si tiene que salir bien, saldrá..., ¿no?

–Sí, claro –repliqué–. No. Ian no es de los que pasa las cosas por encima.

Vio a Mark besándome. Eso no se le va a olvidar.

–La verdad es que no me extraña.

–Gracias.

–Bueno, es que es normal. Ese hombre vio a su mujer en la cama con otra. Y, ahora, se encuentra a su nueva novia besándose con un exnovio.

–Si quisiera oír este tipo de cosas, Annie, habría llamado a Hester. ¿Es que no puedes ser más comprensiva?

–Claro, claro –dijo ella–. Bueno, a lo mejor es hora de que pongamos a Gerard, ¿no te parece?

Yo asentí.

–¿Prefieres *300* o *Posdata: te quiero*?

–*Posdata*. La otra es más para el público homosexual.

–Es la película favorita de Dave –dijo ella–, así que, seguramente, tienes razón.

Los días se me hicieron eternos. Ian no me llamó. Lo único que hizo fue contestar a mi cuarto correo electrónico: *Callie, te agradecería que me des un poco de espacio. Ian*. Por mucho que lo intentara, a mí me estaba resultando difícil verle un lado positivo a aquello, aunque fuera mejor que *Déjame en paz, bruja*.

Lo que le había dicho a Annie era cierto. Si consiguiera que Ian entendiese lo que yo quería decir... lo que sentía... Cada vez que pensaba en aquella frase tan estúpida de «Estoy enamorada de ti, Ian, no de Mark», me encogía y me iba a buscar más masa de bizcocho. Aunque era cierto, había sonado... hueco.

Yo nunca me había dado cuenta de todo el ruido que hacía Noah en su taller. El ruido de las sierras y las lijadoras, el extraño ritmo de sus pasos, sus maldiciones y sus exigencias de que le preparara la cena. Aunque yo me alegraba de que se hubiera ido así, sin saberlo, echaba de menos a aquel viejo troll. Y Bowie, también. Iba a menudo a su habitación, y volvía silencioso a echarse a mis pies.

Octubre fue dejando paso al cielo gris y a la lluvia, y Georgebury empezó a sumirse, con resignación, en uno de sus largos inviernos.

Freddie iba a venir a vivir a casa... Aquello tenía todo el sentido, porque iba a trabajar allí. Era sorprendente, pero mis padres se habían puesto muy

contentos al saber que mi hermano quería hacerse cargo de Noah's Arks, aunque eso supusiera que la pequeña fortuna que se habían gastado en su educación universitaria no hubiera servido de nada. Además, aún tenía que ir a pasar una semana de aprendizaje intensivo en la Escuela de Barcos de Madera, en Maine. Volvería a tiempo para la boda.

Ah, la boda. Sería una ceremonia civil y, después, habría una cena en Elements. Mis padres eran tan felices que todo parecía surrealista. Las carcajadas, el coqueteo, el afecto. Hester todavía los miraba con una mezcla de espanto y diversión, pero, claro, nosotros también la mirábamos así a ella, últimamente.

—¿Crees que Louis y tú vais a dar el paso? —le pregunté un día, mientras íbamos a comprar los vestidos de las niñas... Rojo para Josephine y marfil para Bronte.

—No —dijo Hester—. Las niñas y yo estamos muy bien así. A lo mejor, cuando Bronte se vaya a la universidad, pero, si las cosas funcionan así, ¿para qué cambiarlas? Además, a Louis le gusta vivir en su casa. Tiene una colección de herramientas mortuorias antiguas que...

—De acuerdo, ya hemos terminado. Me alegro de que las cosas vayan bien, Hes.

—Gracias, Callie —dijo ella, y me empujó afectuosamente por el hombro—. Yo siento que no haya funcionado lo tuyo con Owen.

—Ian. Gracias —dije.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —me preguntó, cambiando de tema amablemente.

—No muy bien —dije con un suspiro. Miré el reloj, y me alarmé—. Vaya, tengo que irme, Hester. Se supone que hoy tengo que recoger las cosas de mi despacho, y quiero hacerlo a la hora de comer para evitar a cierta gente.

—Buena suerte con eso —me dijo ella.

Cuando entré en Green Mountain, tuve un sentimiento agri dulce. Iba a echar de menos el mal genio y el chismorreo de Damien, los gruñidos de Karen y la simbiosis de Pete y Leila. Y, sobre todo, iba a echar de menos mi trabajo. Pero ya no quería seguir. Le había enviado un correo a Mark diciéndole cuándo iba a ir a recoger mis cosas y pidiéndole que Karen preparara los papeles del fin del contrato. No mencioné sus estúpidas declaraciones ni su estúpido beso.

Cuando estaba intentando entrar por la puerta con varias cajas vacías, Damien se apresuró a ayudarme.

–Estamos haciendo entrevistas para cubrir tu puesto –me dijo, susurrando–, pero Mark te aceptaría de nuevo sin pensarlo. Seguramente, te doblaría el sueldo.

–Paso, colega –le dije–. Pero tú y yo vamos a seguir viéndonos, ¿no?

–Todo el tiempo –me dijo él.

En cierto modo, me proporcionó algo de sosiego recoger mis cosas y recopilar las pruebas de tantos años de trabajo. Al mirar el póster del hospital, los preciosos ojos del niño, pensé en llevármelo a casa. Sin embargo, aquel póster también era lo que me había llevado a Santa Fe, y no quería acordarme más de aquello.

Recogí mis libros y mis plantas. Al enterarse de que me iba de la agencia, habían escrito varios clientes, y Damien me había imprimido los correos electrónicos. Algunos de los clientes también habían enviado regalos... Una invitación de fin de semana de un hotel de Burlington, un vale para una limpieza integral del coche del concesionario de Stowe... John Hammill, mi admirador del sirope de arce, había enviado una botella de cuatro litros de cada uno de sus ocho tipos de sirope, así que, en cuanto a las tortitas, tenía la vida resuelta durante mucho tiempo.

Además, me había ofrecido un trabajo: directora de *marketing*, aunque admitía que no iba a ser ningún reto para mí.

«Pero podrías tomar todo el sirope que quisieras», me dijo, esperanzadamente. Yo me eché a reír, y respondí que ya tenía treinta y dos litros asegurados.

–Bueno, avísame. Si lo quieres, el puesto es tuyo –dijo.

A mí se me formó un nudo en la garganta. La gente de Hammill Farms era fantástica, pero la granja estaba demasiado lejos para ir y volver todos los días al trabajo. Claro que aquella perspectiva no tenía por qué ser la peor para mí.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Alcé la vista. Era Mark.

–Este es un día difícil para nosotros –dijo–. Te perdemos.

–Gracias –dije yo, y volví a mi tarea.

–¿Hay algún modo de conseguir que te quedes, Callie? –me preguntó con tristeza.

–No.

Él se dejó caer en el sofá donde se había sentado tantas veces durante aquellos cuatro años.

–Quiero pedirte perdón por lo del otro día, Callie.

–Adelante –dije yo, con frialdad, mientras envolvía una foto de Bronte para meterla a una caja.

–Para ser sincero, te habría dicho cualquier cosa con tal de que te quedaras –confesó, y se puso a jugar con la manga de su camisa para no mirarme.

–Sí, eso ya lo sé.

Tomé la gruesa taza en la que siempre me tomaba el café.

Mark suspiró. Se inclinó hacia delante y se agarró las manos entre las rodillas.

–Siento no haberme enamorado de ti, Callie. Quería enamorarme. Quería sentir lo mismo que tú, pero... no lo sentía. Por eso te dije lo de que no era el momento adecuado. Pensé que así sería más fácil.

–¿Y Muriel? –le pregunté–. ¿De verdad la querías, o era todo por la cuenta de BTR? Porque eso te convertiría en un prostituto, claro –dije. De repente, sentí simpatía por la princesa de hielo.

–Yo... creía que la quería. Era diferente. Estaba muy segura de sí misma. En California me pareció muy inteligente, y era como si solo le importara el trabajo. Como a mí. Pensé que éramos almas gemelas. No me esperaba que no tuviera ni idea de nada –me explicó, y bajó la cabeza–. A lo mejor, lo único a lo que realmente he querido en la vida es a esta agencia.

–No te olvides de ti mismo.

–*Touché* –dijo él–. Me lo merezco.

Me senté en mi butaca y miré a Mark, el primer chico que me había besado. Era tan guapo... y tan superficial. Y no tenía corazón. No era cruel, eso, no. Simplemente, le faltaba el corazón. Por lo menos, había terminado siendo sincero.

Y, por eso, decidí perdonarlo. Porque había aprendido algo de Ian: que perdonar era una liberación para el alma.

–Has sido un fantástico jefe, Mark, y me ha encantado trabajar aquí. Gracias por la oportunidad.

Él alzó la vista, sorprendido. Después de unos segundos, se le empañaron los ojos.

–De nada. Buena suerte en todo, Callie.

Entonces, se levantó y me tendió la mano. Yo se la estreché. Después, ya no tuvimos nada más que decir.

Cuando estaba a punto de irme, Fleur volvió a la oficina. Olía a cenicero

mojado y llevaba un bote de yogur en la mano. Fingió que no me veía, aunque nuestras áreas solo estaban separadas con cristales. Yo tomé un regalo que le había llevado y llamé a su puerta.

–¡Hola!

–¡Callie! ¡Claro! Alguien me dijo que ibas a venir hoy. Vaya, pues te deseo lo mejor, y todo eso.

Sonrió sin un ápice de arrepentimiento, como un gran tiburón blanco. Siguiendo solo su instinto.

–Mira, sé que lo que pasó durante la regata fue un poco incómodo, pero... bueno –dije, y sonreí falsamente–, siempre me ha encantado trabajar contigo, y te he traído un pequeño regalo de despedida. Sé que cuando vivías en Inglaterra te enganchaste a las infusiones.

Le entregué un pequeño paquete que contenía una taza de porcelana y una bolsa de té a granel, todo ello, envuelto en papel celofán y atado con cintas naranjas y amarillas.

–¡Vaya, Callie, muchas gracias! –exclamó, olvidándose de hablar con acento británico. Se ruborizó, y añadió–: Es todo un detalle por tu parte.

–De nada. Que tengas buena suerte en tu carrera profesional.

–Igualmente –respondió ella mientras desataba las cintas–. Voy a tomarme una ahora mismo –dijo, y lo olisqueó–. Es de hierbas, ¿no?

–Claro –respondí–. Cien por cien natural y orgánico.

Con eso, tomé mi caja de cartón y salí de Green Mountain Media por última vez. Se me olvidó mencionarle a Fleur que aquel regalo era la famosa *Infusión purgante y purificadora del doctor Duncan. Ideal para perder peso al inicio de una dieta*. Cuando Fleur se diera cuenta de que tenía un alien en el estómago, unas doce horas después de aquel momento, esperaba que pensara en mí.

–Bowie, ¿te encuentras bien? –le pregunté a mi perro, mientras me vestía, unos días después–. ¿No necesitas una revisión? ¿Qué tal está mi pequeñín? ¿Un poco malito?

Bowie saltó en círculo, se puso a aullar de alegría y, después, se quedó inmóvil, con toda su atención centrada en algo. «¿Es beicon eso que estoy oliendo? ¡En algún lugar alguien está preparando beicon!».

Bueno, parecía que mi perro estaba perfectamente, así que no tenía excusa

para ir a ver a Ian. La noche anterior, a causa de mi desesperación por recibir afecto, había estado buscando en Youtube vídeos de huskies que pudieran decir «Te quiero», y había estado intentando enseñarle a Bowie a hacer lo mismo.

–Di que quieres a mamá –le pedí, en aquel momento, y él movió la cola frenéticamente–. ¡Te quiero! ¡Te quiero, Bowie!

Rehrahruuu, aulló él, intentándolo con gran entusiasmo.

–¡Buen chico! ¡Te quiero! ¡Di que quieres a mamá!

–Por el amor de Dios, Callie, ¡esto es enfermizo! ¿Es que no puedes buscarte un prostituto, como hace todo el mundo? –me preguntó mi hermano, que había entrado en la habitación.

–Cada día te pareces más al abuelo –le dije–. Aunque él nunca me dijo que pagara a un acompañante.

–Ve a ver a Ian de una vez y tíratelo, por Dios.

–Y el abuelo tampoco me dijo eso, jamás. Pero el parecido está ahí.

–¿Cuándo te vas? –me preguntó Freddie de malas pulgas.

–Esta misma tarde voy a buscar una casa –respondí–. Pero no te olvides de que el abuelo me dejó esta casa a mí, jovencito, y solo porque yo haya decidido alquilártela, no puedes ponerte tan autoritario como Hester.

Aquello provocó una sonrisa.

–De acuerdo. Puedes quedarte todo lo que quieras. Solo procura estar fuera la semana que viene.

Por muy tentador que fuera compartir casa con Freddie... Bueno, no. No era tentador en absoluto. Y, aunque yo adoraba la casa de Noah, no quería vivir allí sin él.

Una de las muchas aficiones de Jody Bingham era cotillear las propiedades inmobiliarias, e iba a acompañarme a buscar casa después de comer.

–Bueno, Bowie, tengo que irme, cariño –le dije a mi perro–. Yo encuentro el beicon y te lo traigo después. ¡Sí, te lo voy a traer! ¡Te quiero! ¿Puedes decírmelo tú a mí? ¡Te quiero!

¡Rrrrooruh! fue lo mejor que pudo decir. Eso era lo que me había ganado yo por adoptar un cruce.

En primer lugar, Jody me llevó a un apartamento. Tenía una cocina preciosa y una terraza soleada, pero estaba demasiado cerca de la autopista para mí. El segundo lugar era un cuchitril. En cuanto abrimos la puerta, percibimos un mal olor que nos ahuyentó.

–Lo siento –dijo Jody–. Aunque creo que el tercer sitio es fantástico. Bueno, es lo que parecía en el anuncio.

–¿Qué tal estás últimamente, Jody? –le pregunté mientras nos dirigíamos hacia el norte, fuera del pueblo.

Ella suspiró.

–Bueno, estoy bien. Pero fue realmente maravilloso conocer a tu abuelo, y supongo que le echo de menos más de lo que debería.

–No. Échalo de menos todo lo que quieras.

Ella me sonrió afectuosamente, y su gesto me llegó al corazón. Me encantaba tener aquella nueva amiga, aunque me hubiera ocupado una vez la bañera.

El tercer sitio estaba subiendo por una pequeña carretera del monte Kiernan. Era una casita pequeña como de cuento de hadas, con el tejado de lamas de metal azul y tejas verdes descoloridas, escondida en un bosque de pinos. Todavía quedaban algunos tagetes que resistían en un tiesto junto a la puerta de entrada, que estaba pintada de color amarillo. El amarillo era mi color favorito... ¿Tal vez aquello fuera una señal? La casita tenía un porche delantero muy pequeño, pero lo suficientemente grande como para poner mi mecedora y una mesita para posar la taza de café.

–Alquilada –murmuré, incluso antes de salir del coche.

No había vecinos; solo me harían compañía los pinos y las vistas del bosque y de los campos, y el brillo del curso del río Trout a lo lejos. Y el chapitel de la iglesia de San Andrés, que marcaba la ubicación de mi pueblo.

Por dentro, la casita era cómoda y acogedora, aunque muy distinta de la de Noah, con sus altísimos techos y sus vigas arqueadas. La cocina estaba bien diseñada y tenía unas buenas encimeras, y había una mesita con vistas al jardín trasero, en el que solo había agujas de pino y un muro de piedra decrepito. Tenía dos pequeños dormitorios, y yo podría usar uno de ellos de vestidor. El baño estaba en buenas condiciones, y había otra habitación grande en la buhardilla.

–Me la quedo –le dije a Jody, sonriendo.

–Excelente –dijo ella–. Callie, ¿has encontrado ya trabajo?

–Oh, no te preocupes, puedo pagar el alquiler. Tengo ahorrado y, además, Noah me dejó también un dinero.

–No, solo preguntaba por el trabajo, si has encontrado algo.

–Pues... no. Todavía no.

Ella asintió.

–Bueno, pues escucha: hay una vacante en el centro de mayores. Es el puesto de director. Timmy McMann se ha ido a otro lugar más importante, así que estamos buscando a alguien. Tendrías que vértelas con el Ayuntamiento, hacer los presupuestos, dirigir a la plantilla de dos personas, pedir subvenciones... todo eso. Pero creo que serías fantástica en el puesto. No hay suficiente gente utilizando todo el espacio que tenemos, y a ti se te da muy bien atraer a gente, ¿verdad? ¿Te gustaría solicitarlo?

Yo pestañeé.

–Um... ¡Sí! ¡Gracias, Jody!

–El trabajo te lo darían directamente con mi recomendación, así que tienes que cerciorarte de que lo quieres, cariño. La información está en internet.

Aquella sí que había sido una tarde productiva. Tenía una nueva amiga, una nueva casa y, seguramente, un trabajo nuevo.

En casa de Noah no había nadie cuando llegué, porque Freddie había salido con Lily Butkes, la hija de Elmira. Dejé el bolso y las llaves y tomé el teléfono. Casi antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, Carmella me respondió.

–Clínica Veterinaria Georgebury, ¿en qué puedo ayudarle?

–Hola, Carmella, soy Callie Grey.

Pasaron un par de segundos.

–Hola, Callie –dijo.

–Um... ¿por casualidad está Ian?

Hubo otra pausa.

–Sí, está aquí, Callie, pero está con un paciente. ¿Quieres dejarle un mensaje?

–¿Sabes si va a estar ocupado más tarde? –le pregunté, mientras me encogía. Me sentía patética.

–Eh... Creo que va a estar fuera del pueblo un par de días, Callie. Sería mejor que lo llamas a su casa.

–De acuerdo. Perdona, Carmella. No quería molestarte.

–No me molestas, cariño.

Vaya. Así que Carmella estaba siendo amable. Ian debía de odiarme de verdad. O, tal vez, no. Tal vez solo se hubiera hartado de mí. Era un hombre que estaba intentando poner orden en el caos de su vida, y yo no era más que otro factor caótico, con mis estallidos de llanto, mis lloriqueos, mi

impuntualidad, mis zapatos de fulana y con una hermana que iba anunciando por todo el pueblo fecundaciones in vitro para mujeres de mediana edad y un hermano que atraía a los perros adiestrados para detectar las drogas. Probablemente, Ian estaba buscando a otra mujer.

Lo que estaba claro era que a mí no me estaba buscando.

¡Rreehhrrruhrrooo! Bowie me empujó la mano con la nariz.

–Yo también te quiero, Bowie –le dije y me sequé los ojos.

Después, abrí el armario y empecé a hacer una purga.

Capítulo 27

El día anterior a la boda de mis padres fue mi último día en casa de Noah.

Ya había llevado casi todas mis cosas a mi nueva casita. Mi viejo sofá de cuero, mis plantas y las fotos de mis sobrinas, y la colección de zapatos. Compré unos visillos de tela de helechos para la cocina, les robé un par de cosas a mis padres... A mi padre, una mesita auxiliar y una lámpara, y a mi madre, un viejo macetero de latón que quedaba precioso junto a la puerta principal.

A la semana siguiente empezaba a trabajar en el Centro de mayores. Tal y como me había dicho Jody, me ofrecieron el puesto casi inmediatamente. ¿Quién iba a pensar que una bienintencionada clase de hip-hop iba a generar tanta buena voluntad? Pagaban menos de lo que yo ganaba en Green Mountain Media, pero no me importaba. Se me había quedado grabado una cosa que me había dicho la tía de Ian: que un trabajo en el ámbito de la publicidad solo servía para que la gente consumiera más. Y, sinceramente, la mayoría de las personas no necesitaban comprar más cosas.

El Centro de mayores, por otra parte, le proporcionaba a la gente de la tercera edad de Georgebury un buen sitio al que ir, y algo que hacer. Formaba parte del tejido social de la comunidad y era útil. La idea de trabajar allí hacía que me sintiera mejor, más limpia. Con el karma más puro, o algo así. A lo mejor, todas aquellas clases de yoga sí habían servido de algo, después de todo. Yo ya tenía grandes planes. Adoptar a una Tropa de Brownies. Implantar clases para la mejora de la memoria. Hacer excursiones. Donaciones de sangre. Más hip-hop y, en aquella ocasión, con una profesora que supiera lo que estaba haciendo.

Así que todo iba bien. Los Grey estábamos mejor de lo que habíamos estado en mucho tiempo. Después de tantos años, mi padre había sido

rehabilitado, y mi madre... ya no era la mujer llena de amargura por una traición, sino que había hecho algo muy difícil: perdonar al hombre que le había hecho tanto daño y volver a quererlo. El día siguiente iba a ser un día precioso.

Pero, por el momento, yo tenía que dejar la casa de mi abuelo e ir a mi nuevo hogar. Freddie había tenido el detalle de marcharse para dejarme a solas, y Bowie y yo nos quedamos sentados unos minutos en mi dormitorio vacío. El sol vespertino entraba a raudales por las ventanas, aunque, en realidad, hiciera frío.

Me parecía que había vivido allí durante más de dos años y medio. El día que me había mudado, Noah me había dicho a gritos:

—¡Yo no necesito ninguna enfermera, que no se te olvide, jovencita!

Entonces, todavía estaba en la silla de ruedas, y se chocó tres veces contra el marco de la puerta del taller antes de conseguir entrar. Después, se había quedado allí metido durante el resto del día. Aquella noche, me encontré una pequeña talla de un herrero sobre mi escritorio, a modo de disculpa. Aquel pájaro estaba ahora en el alféizar de la ventana de mi nueva casita.

Lo único que me faltaba por llevar era mi mecedora, porque no quería que se rayara o se estropeará con mis otras pertenencias.

Me puse de pie, dejé salir a Bowie y me acerqué a mi preciada posesión. La tomé suavemente en brazos y la llevé escaleras abajo, con cuidado de no golpearla contra la barandilla. La saqué por la puerta delantera y la metí en el maletero de la furgoneta de Hester. Mi hermana me la había prestado para hacer la mudanza.

Me sentía rara conduciendo hacia las afueras del pueblo, dejando atrás las tiendecitas, los edificios, la estación de tren y el aserradero. Dejando atrás Green Mountain Media, Toasted & Roasted, Elements... No me marchaba de Georgebury, pero estaba alejándome de muchas cosas.

Cuando llegué a la casita, dejé salir a Bowie y respiré profundamente aquel aire fresco y cargado de olor a pino. Después, saqué la mecedora. Con gran reverencia, la llevé al porche y la coloqué en su sitio. En mi propia casa. Aquello era lo que habíamos estado esperando mi silla y yo. Sonreí al mirarla.

Pero... no. No estaba bien situada. La moví unos cuantos centímetros a la izquierda. No. ¿Y allí, al lado de la ventana? No, allí, tampoco. Intenté colocarla en la esquina más alejada; después, la acerqué a la puerta.

Pero algo no cuadraba. Después de tanto tiempo, la mecedora era

demasiado. Demasiado bella, demasiado grácil.

Se me ocurrió aquella idea y, rápidamente, volví a cargar la mecedora en la furgoneta. Quince minutos después, giré para tomar Bitter Creek Road.

Con aquella luz de la tarde, la casa de Ian era todavía más bonita, pero daba una imagen solitaria. El coche de Ian no estaba allí, y no se oían los ladridos de Angie. Tal vez Ian todavía estuviera trabajando... o, tal vez, se había ido fuera del pueblo un par de días, tal y como me había dicho Carmella. O, demonios, a lo mejor se había ido a Rusia a comprar una esposa. Yo no tenía ni idea.

Abrí el maletero y saqué la mecedora. Cuando la puse en el porche, supe que había encontrado su hogar. Aquella silla tenía que estar allí, aunque Ian y yo ya no estuviéramos juntos.

Volví a la furgoneta y rebusqué un papel en la guantera. Encontré una servilleta y un bolígrafo, y con eso tendría que arreglármelas. Me quedé allí sentada un momento, pensando en todas las cosas ingeniosas que había escrito durante aquellos años, pero no se me ocurrió nada inteligente, ni perfecto. Nada con el poder de transformar las cosas. Después de un minuto, escribí solo lo que quería decir.

Ian, quiero que tengas esto. Quédatelo, véndelo o dónalo a alguna causa justa. Ahora es tuya. Callie.

Metí la servilleta debajo de la mecedora y, después, con una última mirada de agradecimiento a la mecedora que tanto había significado para mí, me marché a casa.

Al cabo de veintisiete horas, mis padres habían vuelto a casarse. Toda la boda, incluido el banquete, se celebró en la funeraria, lo cual era morboso, pero la calefacción de Elements se había averiado. Dave nos envió la comida, pero, sí, mis padres se casaron en la Sala de la Tranquilidad. Por suerte, no había velatorios previstos para aquel día, y mamá estaba en lo cierto: ya teníamos las flores, un equipo de música extraordinario y mucho sitio para bailar.

Mientras mi padre le prometía a mi madre quererla y honrarla para el resto de su vida, yo lloraba como una magdalena, tapándome la boca y la nariz con

un pañuelo. El pañuelo de Ian, en realidad. Supongo que mis lloriqueos eran de esperar, pero incluso Hester lloró. Freddie estaba tremendamente elegante en su papel de padrino, y Bronte estaba guapísima con su vestido, tan mayor y tan increíble que, con solo verla, a mí ya se me habían saltado las lágrimas. Josephine era la imagen de la vitalidad, y Louis estaba... Bueno, todavía daba un poco de miedo y seguía siendo un bicho raro, pero estuvo sonriendo a mi hermana durante toda la ceremonia, y parecía que a Hester le gustaba.

–Haz un brindis, Caniche –me pidió mi padre con una espléndida sonrisa de enamorado.

–No, eso debería hacerlo Freddie.

–Sí, claro –dijo mi padre–. O Hester, o tu perro. No, cariño, hazlo tú. Hazlo por tu anciano padre. Y por tu madre.

Mi madre apoyó la mejilla en el hombro de mi padre, con un semblante luminoso y sereno.

–Este es un día muy feliz, ¿no, Calliope? –me preguntó.

–Sí, lo es –dije yo, con los ojos llenos de lágrimas otra vez–. Voy a hacer un brindis, claro que sí.

Y lo hice, hablando del amor y la persistencia, de la fe y del perdón. Y, sí, lo hice muy bien, porque pensé que lo justo sería que todo el mundo derramara alguna lágrima, ya que mis ojos estaban trabajando horas extra. Entonces, Josephine se hizo con el micrófono, y Bronte hizo algo con su iPod y, unos segundos después, Josephine estaba aullando «¿No te gustaría que tu novia estuviera tan buena como yo?», y esa fue la primera canción que bailaron mis padres en su nueva vida de casados.

Fue muy especial para mí bailar con mi padre, un poco después. Aquel día había mucha felicidad en aquella sala de tristezas. Veintidós años antes, yo había visto a mi padre salir de aquel edificio con todas sus cosas, pero ahora estaba de vuelta, casado otra vez con mi madre, y aquella niña triste que lo observaba todo desde la ventana... podía irse a saltar a la comba, o a jugar al tejo, o a la Wii, o a cualquier cosa que la hiciera feliz. Mamá volvía a querer a papá, y en el mundo todo iba bien otra vez.

Casi.

No, no. Todo iba bien. Punto. Si yo había aprendido algo de Mark, era que no tenía el superpoder de hacer que alguien se enamorara de mí. Podía ser simpática, servicial y muy mona, pero no podía controlarlo todo. Si Ian me quería, bien. Si no me quería, eso era más doloroso, sí. Pero yo me

recuperaría.

–Gracias, Caniche –me susurró mi padre contra el pelo.

–¿Por qué, papá?

–Por pensar que yo era un buen hombre durante todos estos años –respondió, y me dio un beso en la sien.

–Es que eres un buen hombre, papá –susurré yo–. Un buen hombre que cometió errores, sí, pero todo eso ya pasó.

–Sí, yo siempre tuve la razón –musitó mi padre–. Tú, hija mía, eres un genio. ¡Ah, hola!

–¿Callie?

Me paré en seco, y mi padre me pisó un pie.

–Hola –susurré.

Ian estaba delante de mí. Tenía una expresión de cansancio y de preocupación.

–Bueno, me voy –dijo mi padre, y me guiñó un ojo.

Ian no sabía qué decir. Se quedó inmóvil, mirándome.

–Hola –repetí yo.

–¡Hola, doctor McFarland! –exclamó Josephine–. ¿Sabe una cosa? ¡El novio de mi madre me va a regalar una gatita! Bronte dice que es un soborno, pero no me importa. La voy a llamar Stephanie. ¿A que es un nombre muy bonito?

–Están ocupados, cariño –dijo Hester, y nos guiñó un ojo tan exageradamente, que parecía que le había dado un ataque de epilepsia–. Vamos a dejarlos a solas.

Y «dejarlos a solas» debía de significar «dejar de hablar y ponernos a escuchar», porque eso fue lo que sucedió.

–Callie –dijo Ian–. He estado en Honduras con... y yo... Cuando llegué a casa...

Con un gesto de frustración, respiró profundamente.

–Verás –continuó–, yo siempre pensé que sabía lo que estaba buscando. Primero fue Laura, pero, evidentemente, eso no... Después, me imaginé que había aprendido lo que debía buscar, pero se suponía que tenía que ser alguien... Bueno, no como tú. Pero, cuando no estoy contigo, no puedo dejar de pensar en ti, y Dios... te he echado de menos, Callie.

Parecía que estaba asombrado por ello.

–¿Quieres que eche a todo el mundo de aquí, Callie? –me preguntó Annie,

que se acercó a mí un instante. Yo no respondí, porque me había quedado muda.

–No, no pasa nada –dijo Ian, y tragó saliva–. No me importa que nos oigan todos.

Mi ritmo cardíaco se multiplicó por tres. Las palabras «diarrea emocional» aparecieron en mi mente, aunque no fuera lo más romántico del mundo. Oí un jadeo y, al darme cuenta de que era mío, intenté parar.

–Hola –dije, por tercera vez.

–Callie –dijo Ian–. Cuando te vi besando a Mark...

–¡Oooh! –exclamó Jack, porque Annie le había dado un codazo en las costillas.

–Me... me entró pánico. Porque vi que podías... Mierda, no sé. Romperme el corazón.

–Dice palabrotas como tú, mami –dijo Seamus.

Ian cabeceó y cerró los ojos. Después, volvió a abrirlos y me tomó de la mano.

–No quiero la mecedora. No la quiero a menos que tú vengas con ella. Eso es lo que me rompería el corazón. No tenerte a mi lado.

–Oh –susurré.

–Yo... no sé. Eres la última persona con la que me hubiera imaginado, Callie, pero no puedo... No sé... La vida es muy complicada, pero lo único que sé, Callie, es que tú me haces... mejor. Más feliz. Tú llenas de vida los sitios a los que vas, y yo sería un idiota si te dejara marchar. Así que, por favor, Callie, no me permitas ser un idiota. Te quiero. Aunque nada de esto tenga sentido.

–De acuerdo –dije yo, y, al instante, estaba besándolo, y eso hizo que me sintiera muy bien.

Era lo mejor que podíamos hacer, besarnos. Ian me abrazó con tanta fuerza que yo no podía respirar, y recuerdo haber oído aplausos y, tal vez, a Bronte diciendo que todo aquello era horrible y, tal vez, a mi hermano silbando, y a Josephine diciendo que quería un vestido negro para nuestra boda.

No me importaba. Lo único que sabía era que allí, en aquella sala, en aquel momento, con aquel hombre, tenía todo lo que siempre había deseado.

Y más.

Epílogo

Ocho meses después

Jane McFarland no pudo venir a nuestra boda, porque estaba en Nigeria. Sin embargo, Alejandro había llegado aquella mañana y, al día siguiente, sería el padrino de Ian.

–Entonces, vas a cuidar muy bien de mi manito, ¿eh, Callie? –me preguntó, y mi nombre sonó verdaderamente exótico con su acento español.

Estábamos sentados en el porche de Ian en una preciosa tarde de junio, y los pájaros cantaban con todas sus fuerzas. Soplaban un viento suave y olía a lilas. Oíamos a Bowie en el patio trasero, cantándole alegremente a su adorada Angie. Como Alejandro tenía que marcharse al día siguiente, por la noche, habíamos decidido saltarnos la cena de ensayo previa a la boda, para que Ian y él tuvieran más tiempo para estar juntos. De todos modos, iba a ser una celebración pequeña.

–¿Manito? –pregunté, en un tono de ensoñación. Solo porque estuviera enamorada de Ian no iba a dejar de disfrutar del festín visual que tenía ante mí.

–Ese –dijo Alejandro, señalando a Ian con la barbilla–. Hermanito. Mi hermano pequeño.

¡Ah! Su hermano, no su primo. ¡Suspiro! Me senté en el suelo del porche y apoyé la espalda en uno de los postes para poder ver bien a los dos hombres.

–Claro que lo voy a cuidar bien, Alejandro, pero no hablemos de eso ahora. Estoy un poco chiflada por ti, y quiero asimilarlo todo –dije. Suspiré al estilo Betty Boop, e Ian sonrió dentro de su copa.

–¿Chiflada por mí? ¿Qué es eso? –preguntó Alejandro, e Ian le respondió en español. Alejandro se echó a reír. Era como Antonio Banderas, y no estoy mintiendo en esto.

–Tu casa es preciosa –le dijo a Ian–. Te imaginaré siempre aquí, siendo muy feliz.

Ian me sonrió, y yo lo tomé de la mano. Tenía la más firme intención de hacerle feliz.

–Bueno, y ¿cómo van las cosas con La tormenta? –le preguntó Alejandro a Ian–. Mi madre –me aclaró, abriendo mucho los ojos–. Es terrible, ¿sabes?

–Lo sé –dije, sonriendo.

–Está bien –respondió Ian–. Se alegra por nosotros.

Aquello era una exageración, pero lo dejé pasar.

–Me habló de la donación. Bien hecho, hermanito. Siempre fuiste muy listo, aunque no hablaras nada.

–En realidad, fue idea de Callie –dijo Ian.

Alejandro enarcó una ceja.

–Pues aún mejor.

Pensar en ello todavía me daba pena, pero había sido lo mejor que podíamos hacer.

Habíamos vendido la mecedora Morelock.

Colleen McPhee, del Museo del Artesano de América, se había puesto eufórica.

–¿Está segura? –me preguntó por teléfono–. ¡No es que no la queramos, por supuesto que la queremos! Pero parecía usted tan... segura...

–Ahora también estoy segura –le dije.

El museo pagó treinta mil dólares por ella. Aunque me concedieron privilegios de visita, al llegar el momento de separarme de la mecedora, me eché a llorar un poco.

–No tienes por qué hacer esto –dijo Ian, con el ceño fruncido–. Callie, si te hace llorar... –No, no pasa nada –dije yo. Sonreí y me sequé los ojos–. Estoy segura.

Después, envié el cheque a una ONG. La ONG de Bono. Sí, exacto. Y ¿sabéis qué? Recibí una carta suya. Y ¿sabéis otra cosa? La próxima vez que U2 hiciera una gira, yo iba a tener entradas gratis y pases de backstage, aunque, seguramente, me llevaría a Bronte, porque Ian seguía muy apegado a sus sinfonías de Mahler y todavía no era capaz de apreciar a mi banda irlandesa favorita en todo su esplendor.

Mi preciosa mecedora Morelock había cumplido su misión. Le agradecía todo el consuelo que me había proporcionado, pero no necesitaba una silla que

simbolizara todo lo que podría tener algún día, porque ya lo tenía. Tal vez se me hubiera pegado algo de Jane McFarland, también, puesto que la mecedora se convirtió para mí en... bueno, en una silla. Una silla especial y maravillosa, sí, pero no un final feliz y eterno. Ian y yo íbamos a construir ese final para los dos.

Y, si era un movimiento para intentar ganarme a la mujer más parecida a una suegra que iba a tener en la vida, que lo fuera. Ian se lo merecía.

–Bueno, parece que vosotros dos estáis mirándoos con mucha dulzura – comentó Alejandro, y me guiñó un ojo–. Te quiere, Callie.

–Pues es una suerte –respondí yo–, porque el sentimiento es mutuo.

Me puse en pie y me sacudí los pantalones vaqueros.

–Me voy, chicos. Os dejo a solas para que podáis charlar. Además, tengo que irme a dormir para estar descansada y guapa mañana.

–No se puede mejorar la perfección –dijo Alejandro, y se levantó para besarme ambas mejillas.

–Espero que estés anotándolo todo –le dije a mi prometido.

Ian sonrió, y a mí me temblaron las rodillas. Aquella sonrisa me hacía sentir muchas cosas.

–La próxima vez vendré con mi mujer y mis hijos para que conozcan a su tía –dijo Alejandro.

–Me alegro mucho de que hayas venido, Alejandro –respondí.

–¡Por supuesto que he venido! Pero, Ian, esta tiene que ser la última boda, ¿de acuerdo? No más bodas.

–No más bodas –repitió Ian, asintiendo.

–Hasta mañana, Callie –me dijo su hermano, con una sonrisa, en español.

–Hasta mañana –respondí.

Ian me tomó de la mano y me acompañó al coche.

–Bueno, así que ya tienes otro gran amigo –murmuró.

–Es realmente estupendo –dije yo.

Él asintió.

–Sí, sí que lo es. Gracias –me respondió Ian.

Todavía era un poco formal, un poco callado, un poco reservado.

–Pero no te enamores de él –me pidió.

–Mi corazón ya está ocupado –respondí.

Él sonrió, y yo sentí una felicidad tan grande, que estuve a punto de levitar.

–Hasta mañana –le dije con un susurro–. Mañana, de hecho, seré tu mujer.

Entonces, él me besó, y volvió a besarme, y apoyó su frente en la mía.

–Estoy impaciente –dijo.

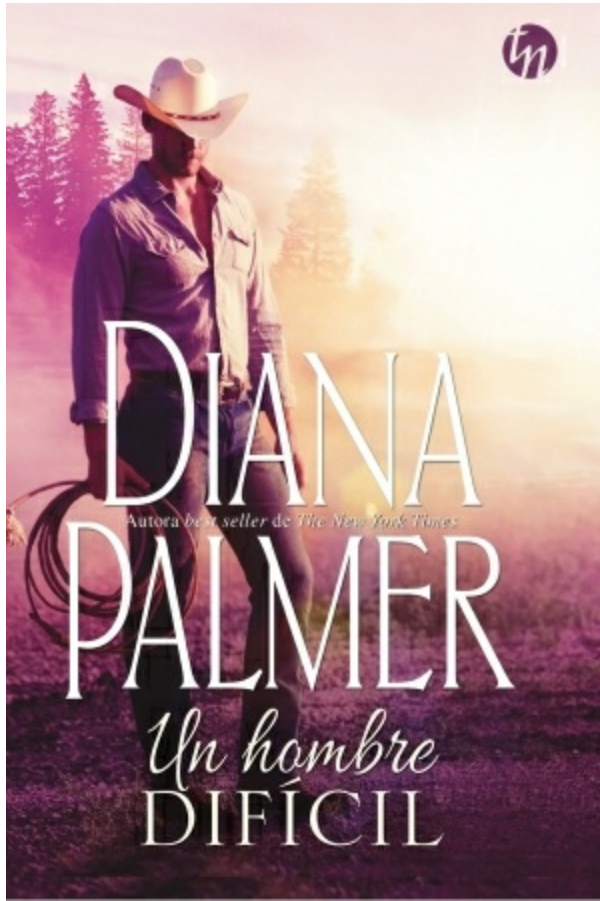
Yo tenía el corazón tan lleno, y el aire era tan dulce, y el cielo... El cielo nunca me había parecido tan azul.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

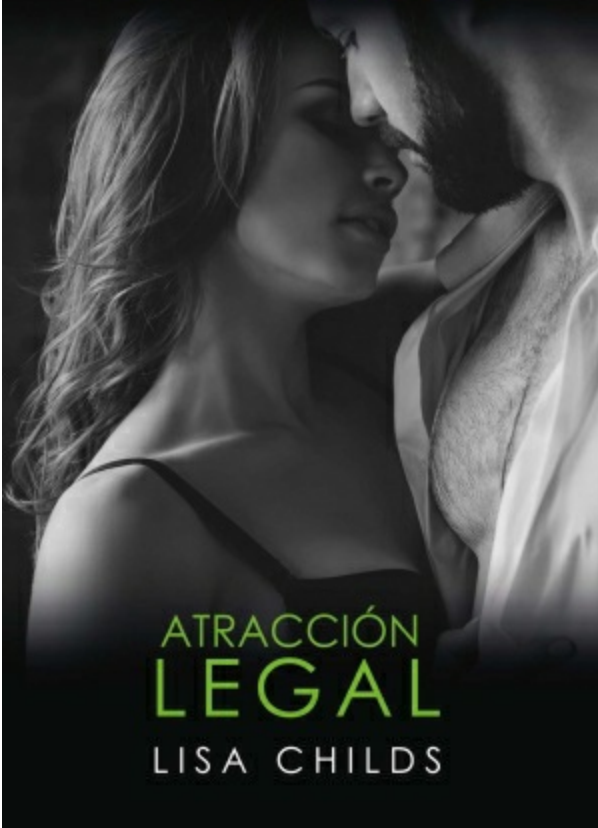
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

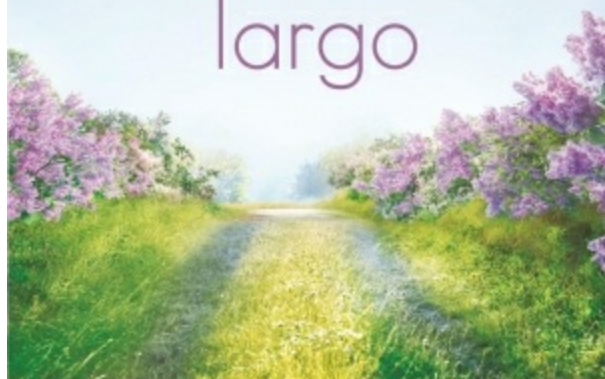
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

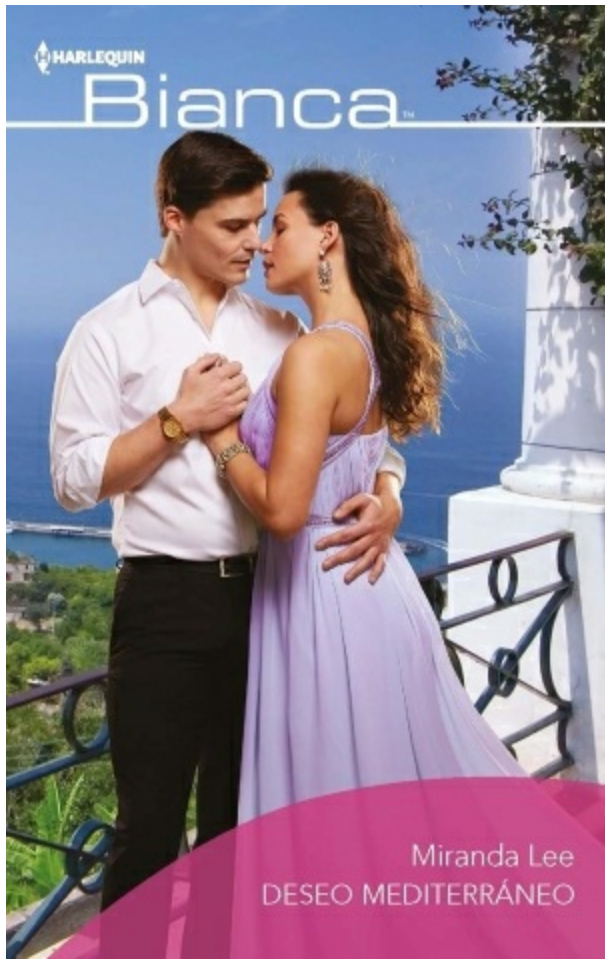
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)